Ona Spell

Hasta que dejemos de ser idiotas



matchstories

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Prólogo
El arte infravalorado
Las tres reglas de Noel
Hei-Hei, unas bragas mordidas y un pastel de fragarias
Jamás fue tan fácil perder la dignidad
Un auténtico dolor de cabeza
Atrapados sin querer
El karma no existe, ¿verdad?
Sueña, pero no te duermas
No hagamos de hoy una noche normal
La última oportunidad
Dos pares muy dispares
Las estrellas fugaces también piden deseos
Queda mucho por sentir
Dejar ir para encontrar
Dos extraños a punto de colisionar
Un éxito catastrófico
Si el amor aprieta, no es de tu talla
A la muerte emborráchala
Si juegas con fuego, terminas convertido en cenizas
Que el miedo no te impida seguir soñando
El amor está en el aire... ¡No respires!
Más voz, menos eco
Huye de las personas que apagan tu sonrisa
Los ojos besan antes que la boca
Quien tiene magia no necesita trucos

Y es contigo cuando brillo más
Busca lo que encienda tu alma
Firmarte con un beso
Las cicatrices al aire se curan mejor
Sé la mejor versión de ti mismo
Perderse duele una vida
Hablemos de los cristales rotos...
Eras, eres y serás siempre tú
No existen las últimas veces... Solo las penúltimas
Hasta siempre, Lena
Epílogo
Guía para dejar de ser idiota
Agradecimientos
Banda sonora
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

Dicen que lo peor de un amor es que no sea correspondido, pero nada es peor que un amor que solo existe en tu imaginación.

Lena Rose es una chica extraña o, como le gusta denominarse, peculiar. Le encanta llevar ropa extravagante y decir palabras que no entendería ni Einstein.

Noel Martín, en cambio, siempre ha luchado por ser el chico más popular del instituto. Para eso, tiene que cumplir las tres normas básicas:

* no hablar con los pringados (como Lena Rose);

* no tener nunca sentimientos (que acabará teniendo por culpa de Lena Rose);

* no dejar que se descubran sus secretos.

Sin embargo, nadie los había avisado de que llegaría Alek, un empollón que dará mucho que hablar y que cambiará todos sus planes.

Cuando Noel se dé cuenta de que su popularidad corre peligro, no le quedará más remedio que pedir ayuda a Lena y, con ello, romper sus tres reglas.

HASTA QUE DEJEMOS DE SER IDIOTAS

Ona Spell

matchstories

A todas las personas que se han perdido
y se están reencontrando.
No estáis solas

Me pregunto si las estrellas están encendidas a fin de que algún día cada uno pueda encontrar la suya.

El Principito

Prólogo



Lena Rose, así la llaman.

Bien, no sé ni cómo empezar. Ella es una de esas chicas que no se pueden definir. De las que miras y no te salen las palabras. No, no me refiero a que sea perfecta. Ni siquiera es agraciada.

Seguro que habéis conocido a personas que no soportaríais jamás en la vida, ni que te aprobaran sin estudiar; que son más extrañas que una mosca en un perfume que huele a lavanda; que dicen al profesor que había deberes cuando nadie de la clase los ha hecho, o que se creen que son los dioses de la ciencia y que conocen incluso de dónde provienen las sartenes. Y no, no hablo de Sheldon Cooper de *The Big Bang Theory*, aunque lo parezca.

¡Eso por no hablar de su físico! Su media melena pelirroja siempre está despeinada. Su ropa parece la que se ponía mi abuela en sus años jóvenes, sus gafas de pasta siempre están empañadas, y eso de tener pecas por toda la cara no le favorece nada.

Así es ella, Lena Rose, la chica más rara que podría haberme encontrado en este jodido mundo. Pero, a pesar de todo, es lista. Muy lista. Y me duele afirmar que yo, Noel Martín, he terminado rompiendo mis tres reglas básicas para sobrevivir y pidiéndole ayuda.

Atentamente,

NOEL MARTÍN

El arte infravalorado



Lena Rose

Dormir siempre ha sido un arte infravalorado. Prometo que es la octava maravilla del mundo. Cerrar los ojos, imaginar rincones remotos y sentir que todo está bien. Que nadie puede hacerte daño. Eso creía antes de que la estrepitosa alarma empezara a sonar a las seis de la mañana y yo cayera de bruces en el suelo. Comenzaba el día genial: con un leñazo en la cabeza y un funcionamiento cerebral disminuido.

Adiós, neuronas. Hola, primer día de clase.

Me levanté del suelo, no sin antes confirmar apuradamente que mi pie derecho era el primero que pisaba el mármol. Un escalofrío me recorrió la espalda. No quería empezar también con una racha de mala suerte, aunque sabía perfectamente que los científicos no aprobaban dicha teoría. Sin embargo, ¿habían tenido en cuenta la ley de Murphy?

El ruido de la ducha terminó de despertarme. Ruido blanco. Repetí por centésima vez, bajo los chorros del agua, la presentación del trabajo de Biología que me tocaría hacer aquel día. Blanca, mi profesora y tutora, había decidido que yo sería la primera en exponer, porque si había algo que todo el instituto Rodoreda sabía era que Lena Rose era la estudiante más aplicada y sobresaliente.

Vamos, lo que también se conoce como «empollona tocapelotas» o «el ojito derecho de los profesores».

Repetí el discurso, otra vez, mientras peinaba mi cabellera zanahoria; otra vez, mientras me vestía con un jersey de lana rosa y unos pantalones de pana turquesa; otra vez, mientras desayunaba una taza de Cola Cao y me ahogaba.

—Como vuelvas a repetir una vez más esta mierda de trabajo, te juro que seré yo quien te ahogue con mis propias manos —confesó un somnoliento Marcos mientras me daba palmaditas en la espalda.

—En primer lugar, si quisieras matarme deberías estar más despierto —protesté.

Marcos era dos años menor que yo y, efectivamente, era guapísimo. No es que fuera mi hermano, que también, sino que era la purísima verdad.

Él había salido a mi madre, rubio y con unos ojos tan añiles que parecían poder leer el alma a cualquiera. Un aspecto físico tan atlético que siempre me pregunté si no hacía sentadillas sonámbulo. Y, según mi abuela, siempre había tenido un gusto exquisito para la moda. Un poco pijillo para mi gusto.

Me miré a mí misma. No estaba descontenta con mi genética. Aunque mis cabellos pelirrojos hacían que me pareciera más a Pippi Långstrump que al mismísimo Thor.

—No querrás ponerme a prueba, ¿no? —refunfuñó.

Negué con la cabeza mientras le lanzaba un beso al aire. Miré el reloj. Las siete y cuarto. Ahogué un grito, llegaba tarde. Me lavé los dientes durante los dos minutos que aconsejaban los expertos, me puse las zapatillas y salí de casa estrepitosamente, con mi mochila colgando.

Mientras bajaba en el ascensor, más viejo que Matusalén y que solía crujir con cada sacudida, eché un ojo dentro de la mochila confirmando que, efectivamente, tenía todas mis cosas allí dentro.

Esa bolsa siempre había sido un tesoro para mí. ¿Qué me podía aportar un trozo de tela salpicada de barro, arañada y más gris que azul? La respuesta era simple: todo y más. Si había una frase que solía aparecer a menudo en mi cabeza era que las cosas simples siempre terminan siendo las que más nos representan.

¿Acaso no tenía mis auriculares amarillo canario allí dentro? O mi túper rojo, repleto de las torrijas que doña Cecilia solía hacerme los fines de semana y que se acababa comiendo Oliver, mi mejor amigo.

Por no hablar de *Nube*, mi querida agenda de tapa dura. Bien. Lo acepto. Soy una pecadora. La gente bautiza sus coches y sus motocicletas; yo bauticé mi agenda con el nombre de *Nube*. Jamás iba a ningún lado sin ella. *Nube*, al igual que un regalo, era el envoltorio de toda mi vida.

Salí a la calle y me abroché la chaqueta. El barrio comenzaba a llenarse de vida. Barcelona se alzaba imponente, con las farolas iluminando aún las heladas calles y el viento ululando entre los plataneros. La noche seguía vertida sobre nosotros, apagándose a cada paso que daba y abriéndose en un amanecer cargado de nubarrones que anunciaban tormenta.

Me até bien la bufanda mientras miraba de reojo los edificios que iban apareciendo en mi camino. Amarillo, blanco, amarillo, azul y amarillo. Si de algo carecían aquellas avenidas era de una gran originalidad.

En algún momento vi reflejada en un cristal una cabellera morena cerca de mi portal. Supe al momento que se trataba de Noel, mi vecino idiota y, aún peor, mi compañero de clase. Me puse la capucha y entrecerré los ojos, como si el hecho de no verlo significara que él había desaparecido. «No lo veo, no existe; no lo veo, no existe.» Él subió en su destartalada moto y se fue en un pestañeo. Lo maldije interiormente; qué suerte tenía de no verse obligado a utilizar sus odiosas largas piernas para llegar al instituto.

Suspiré y me centré en mi camino. Doscientos treinta y cuatro pasos hasta casa de Oliver, mi mejor amigo. Doscientos trece si iba rápida. Doscientos cincuenta y dos si iba lenta. Los había contado tantas veces que ya me los sabía de memoria. Intenté no pisar las líneas del suelo mientras susurraba, una y otra vez, el maldito proyecto de Biología.

Cuando llegué a la calle donde vivía Oliver, me lo encontré esperándome en su portal, como siempre. Apagó de inmediato el cigarro que sujetaba entre los dedos, aplastándolo contra el alféizar de una ventana, y me sonrió, como si no hubiera pasado nada. Él tenía una simple regla: si yo no lo pillaba fumando, no había ocurrido. Aun así, le propiné un golpe en el hombro.

—Que te jodan —pronunció haciéndome una peineta.

—Qué humor... ¿Tan mal te han sentado las Navidades?

A mí las Navidades se me habían hecho larguísimas. Mi madre se había pasado todas las vacaciones encerrada en el hospital ejerciendo de enfermera.

Tengo la certeza de que cuando hay fiestas la gente se dedica a pensar más sobre sí misma —algo que, curiosamente, en su día a día no suelen hacer—, y, en consecuencia, acaban percibiendo todas las dolencias de su cuerpo. Añadir que el 70 por ciento de las personas buscan los síntomas en internet y el resultado siempre es el mismo: morir. Así que Marcos y yo terminamos pasando todas las Navidades solos en casa, espachurrados en el sofá, haciendo maratón de *Friends* y comiendo palomitas. De las saladas. De las buenas.

Tras las Navidades, volvían las clases. Los nervios a flor de piel, los reencuentros y, desgraciadamente, las endemoniadas pruebas para acceder a la universidad. Tragué saliva. Estaba asustadísima. Atemorizada. Alarmada. Como lo queráis llamar.

Si cualquier persona hubiera sabido cómo me sentía en ese momento se habría cachondeado de mí. «¿Lena Rose sintiendo miedo de unos exámenes? ¿Lena Rose? ¿La misma empollona que lleva sacando dieces toda la vida? Mientes», podía imaginarme que decían mis compañeros. Pero sentía un pinchazo de ansiedad cada vez que pensaba en la selectividad, y la razón era que aún no había decidido qué estudiar en un futuro.

Sí, la misma Lena Rose que tenía toda su vida planificada milímetro a milímetro en una agenda llamada *Nube* no sabía qué carrera elegir.

—Han sido horribles —sentenció Oliver mientras poníamos rumbo al instituto—. El capitalismo cada vez es más necesidad y menos lujo. Además, ¡me tocó el haba en el roscón de Reyes!

—Históricamente, si te tocaba el haba significaba que eras el rey de la mesa, porque...

—¡Cállate ya, Calabacita! —murmuró. Un vestigio de sonrisa cruzó sus labios.

Calabacita era mi mote; no era ningún misterio que se debía a mi cabello anaranjado. Sinceramente, a día de hoy aún tengo la duda de si era algo cómico —ya sabéis, para echarse unas risas— o algo adorable.

—Y dime, ¿cómo está Marcos? ¿Hecho un hombre? —preguntó mientras se pasaba una mano por su cabello, haciéndose el interesante.

—Solterón. Espero que virgen y prohibidísimo para ti —protesté.

—Vaya... Pensaba que colaría.

Le eché una mirada de soslayo. Oliver era unos centímetros más alto que yo. Sus ojos rasgados oscuros eran antagónicos a su piel marfil. Su cabello había vuelto a cambiar de color; un lienzo de colores cálidos se anudaba entre sus mechones. Me recordó a los atardeceres que solía ver en el barrio del Carmel. Dos sillas en el balcón y Pilar, mi abuela.

—Por cierto, ¿has sabido algo de Verónica? —le pregunté cambiando de tema.

Él negó varias veces con la cabeza.

—Desde que dejó el instituto apenas ha vuelto a ponerse en contacto —susurró.

No quise indagar más en el tema, aunque tenía un nudo en el pecho. Verónica había sido nuestra mejor amiga. Ambos la echábamos de menos, pero, como decía Oliver, estaba jugando con nosotros al escondite y estábamos perdiendo.

No tardamos mucho más en llegar al instituto. La puerta principal estaba abarrotada de adolescentes. Hice una mueca cuando visualicé a las populares. Jolene encabezaba el grupo con su larga melena azabache. ¿No se aburría de peinarse cada día todo ese pelo? Con lo cómodo que era llevar la melena por encima de los hombros, a pesar de que la humedad me lo rizaba y acababa volviéndolo un estropajo.

—Lena... —Oliver bajó la voz—. Tengo algo que contarte.

—¿Y no has tenido todo el camino para abrir esa boca de charlatán?

—¡Joder! Es que no es fácil tratar ese tema cuando tú me estás explicando toda la trama de *Harry Potter* y sus *cementorios*, ¿sabes?

—*Dementores*.

—Como digas. —Volvió a tragar saliva. Le temblaban los labios—. Alek va a venir a este instituto. Odio mezclar la vida social con la familiar, y estoy *rayado*.

Puse los ojos en blanco.

—*Rallado* solo lo pueden estar los quesos, Oliver. Sobre todo, el parmesano. ¡No tú! —exclamé.

—¿En serio te has quedado con eso? ¡Eres insoportable! —me acusó con el dedo.

Hice oídos sordos.

—¿Quién es Alek? Tiene nombre de esquimal. ¿Viene de Alaska? ¿Es tu nuevo futuro marido?

Él me puso una mano sobre la boca para que me callara. Bufé silenciosamente.

—Alek es mi primo y va a comenzar esta semana en el instituto.

Y en ese momento no fui consciente de todos los problemas que conllevaría conocerlo. Sería como el estallido de una catarata; una avalancha de nieve.

Exagero.

Pero ¿qué iba a saber yo? Nadie me contó que es imposible organizarse la vida milimétricamente sin sucumbir en el caos.

Las tres reglas de Noel



Noel Martín

—El camarón pistola, aparte de ser el animal más ruidoso del planeta, también posee unas pinzas especiales que disparan chorros de agua a más de noventa y ocho kilómetros por hora. Además, dejan un rastro de burbujas que explotan a doscientos decibelios, suficiente para desorientar y asesinar a su presa.

—Creo que el que acabará desorientado y muerto voy a ser yo —murmuró Cristian mientras mordía un bolígrafo. Joder, cuánta razón tenía.

Bostecé por décima vez mientras intentaba estirar todo mi cuerpo en la silla. Era la última clase y estaba atrofiado. Mi culo parecía un cuadrado perfecto en vez de una pelota de fútbol, duro y redondo. Encima, la pierna derecha se me había dormido. La moví dando un pequeño golpe sin querer a Cristian, quien me miró con cara de pocos amigos.

—Lo siento —susurré.

Volví a alzar la vista. La empollona tocapelotas de la clase llevaba media puñetera hora hablando y su voz me taladraba el cerebro. Joder, ese día soñé con camarones pistolas, lo recuerdo. ¿A quién le importaba ese dichoso animal? Prefería los labradores o los dálmatas, los perros sí que eran bonitos.

Me froté los ojos con el dorso de las manos y dejé caer la cabeza encima del pupitre mientras, con un bolígrafo, intentaba hacer un agujero en la mesa. Qué tendrían los bolígrafos que eran tan imprescindibles en una clase aburrida. Te salvaban la vida.

Al levantar la vista, tuve que entrecerrar los ojos al ver que un rayo de luz se colaba entre las cortinas y teñía el cabello anaranjado de Lena Rose, incendiándolo. La había visto cuando había salido de casa. A ver, no es que fuera difícil distinguirla: era una mancha de colores entre los tonos fríos de Barcelona. Me pregunté quién debía de elegir su ropa. El turquesa y el rosa mezclados eran como una patada en las pelotas.

No era consciente de que había dejado de hablar cuando Blanca, la profesora de Biología, gritó mi nombre.

—Noel Martín, es usted el siguiente.

«Mierda.»

Levanté la mirada, más acobardado de lo que pretendía estar. Blanca era la típica profesora que tiraba tizas a los alumnos si no escuchaban.

—Yo...

—¿Usted qué? —protestó mientras entrecerraba los ojos.

Noté un nudo en la garganta.

—Esto... Pensaba que era para la semana...

Una melodía cortó mis palabras. Solté todo el aire que había acumulado cuando me di cuenta de que era el timbre del instituto. ¡Salvado por la campana! Me levanté como pude, soltando algunos gruñidos. Mi cuerpo pedía a gritos un café que lo ayudara a espabilarse. No niego que fuera adicto a él; tampoco lo afirmo. Esos últimos días mis venas parecían hechas de pura cafeína. Quedaban pocas semanas para que fueran las pruebas de baloncesto y era importante seguir siendo el capitán del equipo.

Cogí de un manotazo la mochila y, cuando quise salir por la puerta, una voz áspera me llamó.

—Señor Martín, ¿puede hacer el favor de venir un momento?

Me mordí el labio. ¿Qué habría pasado si hubiera dicho que no quería ir? Posiblemente me habrían expulsado. Nadie quería a un chico indomable en el instituto.

Arrastré los pies hasta donde estaba Blanca, que me esperaba en su escritorio de brazos cruzados. La llamaban *Fiona*, por su parecido con la temible ogra. Nariz ancha, ojos saltones rodeados de unas gafas de culo de botella, piel más verdosa que blanca y una mata de cabello blanco que solía estar recogido en un moño. Su voz retumbó por toda la clase cuando soltó sus pensamientos.

—Estoy hasta mis mismísimos santos ovarios de que no lleve el trabajo al día, señor.

Era flipante cómo mantenía su voz relajada pero amenazante. Tendría que explicarme cómo lo hacía.

—Es que no me ha dado tiempo —dije sin interés, mientras miraba el techo y apretaba los puños para no temblar.

—A la próxima, tendrá usted un punto menos en el examen final. Y, en mi opinión, debería comenzar a replantearse su vida. No pienso consentir que en su último año de instituto esté más atento a las goteras del techo que a las clases.

—¿Por qué no las arreglan? —pregunté. Ella cogió aire y se sentó en su silla mientras abría un archivador lleno de exámenes por corregir—. Me refiero a las goteras.

—Señor Martín, tiene usted dieciocho años y una vida por delante, no la desaproveche.

Tragué saliva. Salí de allí con la sensación de que me había deshinchado. Tal vez fuera que tenía hambre. Tal vez, que sus palabras me habían calado de alguna manera que aún no podía

ver. ¿Tan perdido estaba? Meneé la cabeza de un lado para otro; era hambre seguro. Me vestí con mi mejor sonrisa.

Qué suerte que mi técnica de supervivencia fuera autoengañarme. Y qué mala suerte que me destrozara sin siquiera saberlo.

Me dirigí a la cafetería del instituto. Era una mera rutina que teníamos los estudiantes cuando terminaba la jornada intensiva. Aun así, decidí ir antes a mear.

El baño de chicos tenía pinta de que acabaría siendo un mausoleo de insectos abandonado, con telarañas en cada esquina y grafitis hechos con rotuladores de colores. Los vidrios rotos reflejaban la suciedad de los compartimentos. Cuando vacié mi vejiga sentí como si alcanzara la gloria.

Ensimismado en mis pensamientos, manifesté mi adoración al dios de poder mear tranquilo cuando no puedes aguantar más. Me subí la bragueta y salí del cubículo. La verdad es que ese baño olía a muerto.

Me lavé las manos, intentando que el agua del grifo no me salpicara en la ropa. El chico que me devolvía el espejo tenía unas ojeras que le llegaban casi a la barbilla. «Qué mal aspecto, mierda.» Me mojé la cara con agua fría para espabilarme y me sequé las manos.

Justo cuando iba a salir, alguien abrió de un empujón la destartalada puerta. El golpe fue seco y doloroso. «¡Hostia puta!»

Un líquido espeso y rojo manchó el suelo y parte de mi rostro, entrándome en la boca. Joder. El sabor era asqueroso. Me dieron arcadas. Había sido un sinvergüenza de primer año que murmuraba un inaudible «lo siento».

—¿Acaso crees que mi nariz tiene un puto papel pegado encima que dice que la puedes golpear? Joder, ten más cuidado —vociferé mientras intentaba detener la hemorragia.

Él quiso hablar. No dejaba de tartamudear. Antes de que pudiera pedirme disculpas yo ya había parado más o menos el flujo de sangre y me había ido de aquel cuchitril. Mis tres reglas eran básicas. Fáciles de recordar. Difíciles de no cumplir.

La primera: no hablar con las personas que no se juntaran con los populares; la segunda, jamás mostrar mis sentimientos, y la tercera, que nunca descubrieran mis secretos.

Porque mi vida privada era una jodida mierda. Y porque yo era un monstruo.

Cuando entré en la cafetería del instituto, estaba infestada de gente. Algunos grupitos ya habían arraigado en los calefactores, criarían raíces allí. Enero había llegado cargado de ventiscas y lluvias, cubriendo los callejones de una fina capa perlada.

Pedí un café largo a Fran, el camarero del bar. También mi primo mayor. Era un secreto que desconocían la mayoría de las personas, por el simple hecho de que él no quería que lo compararan con un narcisista popular y yo no quería que lo hicieran con un inepto trabajador.

Tardó más en tomarme nota de lo que era normal. Lo hacía aposta, estoy segurísimo. Refunfuñé cuando atendió primero a varias personas que habían llegado más tarde. Me estaba helando.

Finalmente, me lo sirvió con desgana. Me giré dispuesto a irme, pero no, el día se presentaba aún más irregular cuando me choqué sin querer con un cuerpo menudo y esparcí el café por su cabellera zanahoria. ¡Mierda!

—¡Eres un zopenco! —chilló.

Mi corazón dio un brinco. Una sonrisa ladeada brotó en mis comisuras cuando vi quién era. Lena Rose, mi odiosa vecina.

La pelirroja no era un inconveniente, o eso pensaba antes de que me tirara su zumo de melocotón a la cara. La sonrisa desapareció. Los murmullos no tardaron en llegar, haciéndose más audibles según corría la voz. Me sonrojé de rabia. Lena acababa de convertirme en nada. Me mordí la mejilla para controlar la rabia. Ella... ella, que no era más que un cero a la izquierda.

Iba a abrir la boca, enfadado, cuando la chica más despampanante del instituto me cogió la mano. Jolene. La abeja reina. También mi novia desde hacía un año.

¿Nos queríamos? Permitidme dudarlo. ¿Nos utilizábamos? Sí. Éramos dos títeres jugando entre nosotros a ser populares, a pesar de que estoy seguro que ella tenía a su disposición la mayoría de las cuerdas, las cuales manejaba con malevolencia.

Me quedé atónito cuando los susurros de los jóvenes cesaron; ella había barrido la sala con sus ojos tan negros como el carbón. Brillantes como los de una serpiente. Ese era su don. Tener a todos bajo su dominio (menos a cierta pelirroja, que jamás nos había temido).

—No vale la pena discutir con semejante espécimen —susurró en mi oreja seguidamente.

—¡Por el amor de mi madre, Jolene! Si insultas, hazlo bien —chilló Lena mientras alzaba las manos cabreada. Su pelo mojado de café nos salpicó.

—¿Perdona? —contestó helada mi novia, con los brazos en jarra.

—¡Pues que tú también eres un espécimen! Que somos humanos, joder. ¿Es que no has estudiado Biología?

Varias risas inundaron la cafetería. Me armé de valor y cogí a Jolene, antes de que empezara una discusión estúpida. La saqué de allí y nos dirigimos al exterior. Arrugué la nariz. Hostia puta, olía fatal. Perfecto, ahora era un maldito melocotón andante.

—¡Qué niñata! ¿La has oído?

Chasqueé la lengua. No podía admitir que el razonamiento de la friqui de Lena era cierto.

—Ya no se puede ni insultar tranquilo —terminé diciendo.

Jo me acompañó hasta mi moto. Me senté encima del sillín con los brazos cruzados, intentando parecer un chico malo. Habría estado bien que alguien me hubiera dicho que más que Zac Efron parecía un auténtico gilipollas. Hice un gesto con el dedo hacia ella para que se acercara; sin embargo, Jo meneó la cabeza, negándome ese placer.

—Aquí ya no hace falta fingir que somos pareja.

—Ya —refunfuñé—. Pero un poco de amor no le hace daño a nadie, ¿no?

—Primero quítate ese olor tan repugnante.

Jo era fría como el hielo. Mejor dicho, era la puta reina del hielo. Aunque sabía que en el

fondo también tenía sus demonios, y que ella era pura fachada.

Suspiré apresuradamente. Ella acomodó su larga melena azabache en una deslumbrante coleta. Sus piernas largas vestían unas finísimas medias de seda negra y, a conjunto, llevaba una diminuta falda de cuero rojo.

Una jodida serpiente escarlata.

—A ver, ahora ubícate. —Puse los ojos en blanco—. Este viernes es mi cumpleaños. Como sabes, cumplo dieciocho, así que voy a hacer la fiesta más espectacular del año. Espero que ya lo tengas todo al día.

Mi cerebro explotó en ese mismo instante, quedando inservible. Eso si es que había funcionado alguna vez en su vida, claro. Me había olvidado por completo del cumpleaños de Jolene. Mi puñetera novia falsa. Su fiesta era la más esperada entre los alumnos.

¿Quién no quería alcohol y sexo una noche entera?

—¿Qué tengo que tener al día? —fingí.

—Mi regalo, obviamente. Si quieres seguir a mi lado, ya sabes qué hacer... —renegó antes de echarme un beso en el aire—. Nos vemos mañana, cariño.

Si dijera que en ese momento mi corazón palpitaba, mentiría.

Sabía que cada año le regalaban cosas impresionantes. Jolene tenía demasiadas esperanzas puestas en mí, pero, obviamente tampoco le podía decir que si no tenía el dinero suficiente para comprarme un móvil nuevo, menos aún para hacerle un regalazo.

Mi familia no era precisamente adinerada. Tampoco cariñosa, para qué negarlo.

Observé el cielo, que se teñía de un gris amenazador. Apreté los puños. «No puede ir a peor», murmuré. Pero todavía me quedaba mucho por vivir y la vida no estaba para hostias.

Hei-Hei, unas bragas mordidas y un pastel de fragarias



Lena Rose

—*¡Hei-Hei!* —grité con un nudo en la garganta—. ¡Devuélvemelas!

La pequeña bola de pelo corría sin cesar por mi habitación, tirando y esparciendo por el suelo todos los objetos que tenía en mi escritorio. Puñetas, con lo que me había costado ordenar los libros por orden alfabético y los subrayadores por los colores del arcoíris.

Maldije el día en que me empeñé en meter una mascota a mi tranquilísima vida. ¿No tenía suficiente con Marcos? Es decir, sé que un hermano no es una mascota, pero como si lo fuera. También comía como un animal.

La bola de pelo se había obsesionado con secuestrar mi preciada ropa interior, pequeño pervertido... Y aprovechando que me encontraba en una plácida ducha caliente, después de que el inepto e idiota de Noel me hubiera tirado el café por encima, *Hei-Hei* había robado mis bragas nuevas.

Así que, imaginaos..., Lena Rose galopando a pasos de pequeña giganta, con las gafas empañadas, vestida con nada más que un albornoz morado de patitos y una toalla haciendo el papel de turbante en la cabeza, intentando atrapar a la bestia inmunda que había usurpado su intimidad.

Claro, todo habría acabado bien si mi querido hermano no hubiera dejado abierta la ventana que daba al patio de vecinos. A *Hei-Hei,* que listo era un rato, no se le ocurrió nada mejor que salir corriendo y marcar territorio en casa de la señora Fuster, la madre de Noel.

La señora Fuster era buena, pero también extraña. No, no del mismo modo que yo. Yo era peculiar, ella era extraña a secas. Su voz era tan sutil que cuando abría la boca tenías que prestar muchísima atención para entender qué te estaba diciendo. Siempre me había parecido que se hacía más pequeña cuando se le acercaba alguien, como si le diera miedo.

Como cada lunes, ella estaba regando sus preciosos geranios cuando puso el grito en el cielo.

Perfecto. A *Hei-Hei* le había parecido una maravilla apalancarse en una de sus macetas mientras roía mis bragas de Winnie the Pooh. Noté que mis mejillas se calentaban y el rubor cubría mi cara pecosa.

—¡Muchacha! —vociferó la cincuentona.

«Tierra, trágame; ahora es el momento», pensé.

Corrí a coger a *Hei-Hei* y le di, suavemente, un pequeño golpe en el hocico. Reñí su desastrosa muestra de cómo robar unas bragas y hacerme salir medio desnuda a la calle. Maldita sea. No quería iniciarme en el porno tan joven.

—Discúlpeme, señora Fuster —comenté cabizbaja, seguido de un estornudo.

Me sorbí los mocos, teniendo en cuenta que no tenía un pañuelo a mano. Llevaba días estornudando y no pintaba bien. Debía cuidarme.

Al cabo de unos meses, en mayo para ser más concretos, comenzaban las pruebas nacionales para buscar un representante nacional del campeonato de ajedrez. Simplemente, no podía ni constiparme ni enfermarme.

Llevaba años preparándome para eso, quería llegar a representar a mi país en el campeonato europeo. ¡Ese año lo hacían en Copenhague! Ya me imaginaba recorriendo el larguísimo canal Nyhavn, acariciando la cola de la *Sirenita*, o visitando la inmensa ópera.

Volví al mundo real cuando *Hei-Hei* comenzó a balancearse ferozmente entre mis brazos, intentando deshacerse de mi agarre a base de pequeños arañazos y mordiscos. Me dejaría hecha un cromo, así que mi parte más inconsciente lo depositó en el suelo para que me siguiera.

Pista: no era un perro.

Mientras volvía a mi dulce hogar, el movimiento de una sombra negra captó mi atención. El catastrófico y no-inteligente de mi vecino venía por el otro lado del patio de vecinos. Iba acompañado del amargo Cristian, otra persona *non grata* a mi vista de miope. Quise apresurarme para meterme dentro de casa; no obstante, *Hei-Hei* no había terminado con su juerga y tenía otros planes para mi aburrida vida.

Al ver el panorama que me esperaba me di un bofetón mental, no entendía por qué mi querida mascota no se quedaba quieta dónde yo le decía. ¿Qué había hecho mal? No podía ser el karma. Solía portarme bien, lo prometo. Me dirigí a ellos intentando ser imperceptible. Claro que, yendo con un albornoz de patitos, era complicado hacerme invisible.

Noel agitaba en el aire un bocadillo. Mierda. ¿De verdad? Pavo. Un bocadillo de pavo. El favorito de *Hei-Hei*. No íbamos bien.

—¡Quítame esta rata asquerosa de encima! —gritó Noel mientras alzaba la mano con un bocadillo.

Me aclaré la voz, *Hei-Hei* no era ninguna rata.

—Es un *Mustela putorius furo*, también llamado «hurón», Noel. *Hurón* —repetí enfatizando cada letra.

Cogí a *Hei-Hei* por la cola. Él arqueó sus cejas mientras se planchaba su jersey negro

arrugado.

—¿Eso son unas bragas de Winnie the Pooh? —preguntó incrédulo Cristian.

Me había olvidado por completo de que las llevaba en mi mano como un trofeo.

—Son de mi hermana.

—Lena, tú no tienes hermanas —contestó Noel, curándose del susto.

—De mi prima, quería decir.

—Tampoco tienes prim...

—Vámonos, *Hei-Hei* —corté. Agarré bien al hurón, que seguía intentando alcanzar el bocata de pavo que sujetaba el moreno.

Cuando conseguí al fin entrar en casa y encerrar al pequeño demonio pervertido en su jaula, me tomé la libertad de tumbarme en mi cama. Mi vida era un caos, un auténtico caos.

Y odiaba tener que organizarla milimétricamente cuando, después, no sabía qué hacer con ella. Respiré hondo, puse el último disco de Taylor Swift en el móvil y me tumbé mirando la pared.

Entrecerré los ojos observando el póster del pelirrojo que asomaba en mi pared. Era el dios que me tenía enamorada. ¿Qué tenía Ron Weasley?

Me gustaba fantasear con que algún día conocería a alguien como él, con quien podría compartir una cerveza de mantequilla y comer decenas de ranas de chocolate, o, tal vez, alzar nuestras varitas gritando «Lumos» al unísono. Por otra parte, siempre había pensado que ese era el momento de permanecer sola.

Tenía casi dieciocho años y los proyectos de vida me parecían más fundamentales que una innecesaria aventura romántica.

Sumergida en mis ideas superfluas, no me percaté de que mi madre, Cecilia, había llegado a casa. Golpeó hasta tres veces la puerta antes de que pudiera darme cuenta de su presencia. Tal susto me llevé que el cojín con forma de cactus voló en su dirección.

—¡Lena Rose Quilla Álvarez!

La mención de mi nombre completo me puso los vellos de punta.

—Dígame, *madame* —bromeé para quitar hierro al asunto.

Ella frunció el ceño, no estaba para estupideces.

Cecilia Álvarez era una mujer estancada en los patrones femeninos que siempre ha impuesto el patriarcado. Su larga cascada rubia, siempre bien peinada, contrastaba con unos ojos verdes y deleitados con una capa de rímel que profundizaba su mirada seductora. Detrás de un vestido holgado aguamarina, se percibía a una señora formal, digna, querida y protectora de los suyos.

Siempre he estado orgullosa de mi madre; una persona fuerte que había sabido llevar una familia adelante. Marcos y yo la queríamos con locura.

—¡Cuántas veces te he dicho que no dejes al hurón suelto! —me riñó volviendo a tirarme el cojín que le había lanzado—. La señora Fuster se ha vuelto a quejar. Y, claro, ¿qué excusa le cuento yo? ¡Casi muerde a su hijo!

Negué con la cabeza. La vecina era una dramática en toda regla. *Hei-Hei* podía tener un cerebro diminuto, pues medía alrededor de 36 mm de largo y 24 mm de ancho. Sin embargo, estaba segura de que mi hurón seguía teniendo algo de dignidad en el fondo. Muy en el fondo.

—No es culpa mía que esa mujer sea una aguafiestas, mamá —protesté. Sabía que la vecina tenía razón, pero yo era una testaruda—. Solo es la tercera vez que pasa...

—Pues que sea la última, ¿vale, cariño? —dijo acercándose y dándome un beso en la cabeza —. Pero, a modo de disculpa, le llevas el pastel de fresas que te había comprado para merendar. Así aprenderás.

—Mi merienda no se toca...

—Ah. Y, Lena..., intenta no ir mostrando tus zonas íntimas —dijo haciendo caso omiso de mis quejas.

Me ruboricé al instante.

—¡Llevaba un albornoz! —murmuré antes de que mi madre cerrara la puerta.

Me vestí con un pijama con dibujos de pingüinos y, malhumorada, bajé los peldaños hasta la cocina. Marcos estaba sentado en un taburete comiendo cereales.

—¡Hola, Marquitos! —saludé buscando el pastel de fresas.

Abrí la nevera. Nada. Abrí los armarios. Nada. Abrí los cajones. Nada. Empecé a bufar.

—¿Qué buscas, Calabacita? —comentó él con la boca llena de cereales.

—El pastel de fragarias. —Su rostro expresó lo que cualquier persona normal habría pensado. ¿Qué estaba diciendo?—. De fresas. Pastel de fresas.

—¿Has mirado en el coche?

¡Bingo! Mi madre aún no había subido la compra a casa. Tampoco se le había pasado por la cabeza comentármelo. Cosas de personas ocupadas.

Bajé al garaje, recogí las mil y una bolsas del maletero y decidí subir los peldaños del patio de vecinos con todas las bolsas en vez de utilizar el ascensor. ¿Cuántas veces tendría que hacer aquello a la semana para considerar que hacía deporte regularmente? Al llegar a mi planta decidí que la próxima vez cogería el ascensor.

Dejé las bolsas en la cocina y busqué el pastel de fragarias. Bien, había llegado el momento que menos esperaba.

Aunque no quisiera, era mejor compartir mi merienda que enfadar a mi madre. Cecilia tenía una puntería maravillosa para tirarme la chancla y acertar en la coronilla. Siempre me pregunté si tenía el ángulo exacto calculado.

Me puse un gorro con una borla enorme y una bufanda, no fuera que ahora la vecina me tomara por una adolescente con obsesiones turbias y perversas. Inhalé todo el aire que pude y me dirigí a casa de los vecinos.

A decir verdad, Noel Martín era el ser más curioso que había visto en mi vida.

Jamás solíamos hablar, ni cuando coincidíamos en el ascensor, obviamente, ni en clase. Aunque, para ser sincera, yo al principio me había tomado la molestia de darle los buenos días.

Después de aquello, si me dirigía la palabra era para burlarse de mí.

Qué ser tan deprimente, ¿no lo tenía todo? Novia cañón —no penséis que no tengo ojos—, era el capitán de básquet y, por tanto, podía acceder a alguna beca para ir a la universidad, y no era millonario, pero robaba el dinero del desayuno a los de primer año y apañado.

Llamé hasta cinco veces al timbre. Parecía que no había nadie. Sin embargo, cuando ya estaba celebrando interiormente la victoria y el descanso que comportaba no tener que tratar con un hombre de Cromañón, abrieron la puerta. Su odiosa sonrisa fue lo primero que vi. ¿Dónde tenía el espray de pimienta para tirármelo a mí misma?

—Vaya, qué sorpresa, Lena.

—¿Por qué te sorprende, Noel? Soy tu vecina.

—Bonito pijama.

Arqueé una ceja.

—¿Noel Martín halagando a alguien? —bufé cansada—. Que suba Satanás y lo vea.

—En realidad, no esperaba verte con tanta ropa —se cachondeó mientras observaba el cargamento antifrío que llevaba puesto.

Había olvidado por completo que no hacía ni una hora que me había visto casi en paños menores. Me ruboricé, pero no podía ablandarme.

Aclaré mi voz e intenté arreglar la situación.

—Noel, a pesar de que anteriormente hayas disfrutado de un panorama placentero y este hecho siga provocando que tu poco cerebro se encuentre en la punta de tu minúsculo miembro viril, vengo por otros motivos.

—¿Que qué?

Estiré los brazos obligándolo a coger el pastel de fresas.

—Que sepas que es mi merienda, disfrútala mientras puedas. —Forcé una sonrisa y añadí por lo bajini—: La próxima vez no seré tan maja.

Me giré añorando la merienda que debería haber sido mía, pero el agraciado recuerdo no perduró demasiado cuando regresé a mi habitación y me encontré veinticinco mensajes en mi móvil.

¿El mundo se estaba volviendo loco o qué?

Jamás fue tan fácil perder la dignidad



Noel Martín

La semana estaba pasando demasiado lenta. La vida era demasiado corta como para sentir que estaba en una película antigua en blanco y negro.

«Estimado karma, no es por meter prisa, ¿falta mucho para lo bueno?», preguntaba cada día a mi almohada antes de dormirme. Obviamente, era difícil que me contestara. Aunque, si lo hubiera hecho, tal vez me habría dado un pequeño infarto.

Miércoles. Quedaban dos días para la fiesta de mi novia. No tenía ningún regalo. Conclusión: estaba acabado.

«Ah, pero ¿no lo estabas ya?»

Gracias, conciencia.

Cristian me había acompañado a mi casa después del instituto, como cada día. Mis padres no se encontraban en ella; él se suponía que trabajaba y ella había ido a hacer la compra. Así que mi mejor amigo se quedó a comer. Nos tiramos en el sofá con un suspiro de extenuación y un plato de espaguetis a la carbonara recalentados en el microondas.

—¿Ya te has puesto a estudiar Lengua?

—Tío, no empieces —vociferé—. Estoy hasta los huevos de la sintaxis y la madre que los parió.

Las clases cada día eran peores. Las pruebas para entrar a la universidad estaban a la vuelta de la esquina y los profesores no podían permitirse que los estudiantes suspendiesen, querían que el instituto subiera de nivel y fuera el *mejor instituto de España*. No quería romperles la ilusión y decirles que si conseguía ser el mejor del barrio ya era un logro.

Así que nuestro día a día se componía de una palabra de doce letras: *selectividad*. Te

perseguía como un lobo hambriento. Feroz. Sin piedad.

Eso, por no hablar de los deberes que nos ponían. T. A. R. E. A.: «Tortura no Agradable Realizada para Estresar a los Alumnos».

Suspiré y sorbí los espaguetis, manchándome el rostro de salsa carbonara. Cristian se atragantó cuando me vio las comisuras de la boca blancas.

—¿Qué pasa, tío?

—Eres un poco guarro —protestó mientras bebía agua.

—No lo niegues, sé que te gusta. —Moví las cejas y dibujé media sonrisa ladeada, seductora.

No me esperaba que el rubio escupiera el agua, y el tenedor que sujetaba cayó al suelo. Los espaguetis enrollados en él saltaron pringando la alfombra.

—¡Joder, Noel! No me digas esas cosas.

—¡Qué cabrón! ¡Me has ensuciado toda la alfombra! —exclamé algo indignado.

Me tocaría lavarla a mano, qué palo.

—Lo siento, es que no me esperaba que fueras tan imbécil. Aunque no debería sorprenderme.

—Qué ataque tan gratuito. Tener amigos para esto...

—Ya la limpiaré yo.

—No importa, tío.

Hice un ademán con la mano, restándole importancia a lo sucedido. Agarré la alfombra, que por suerte no era muy grande, y la metí en la ducha. Más tarde la lavaría con agua y jabón.

En mi casa no teníamos lavadora. Ni televisión. Ni cualquier otro trasto tecnológico que te facilitara la vida, a excepción del microondas. Por suerte, sí que tenía wifi, aunque era el del vecino, que nos había dado la contraseña alegando que yo lo necesitaría para mis trabajos del instituto.

Dejé el plato a un lado e intenté tumbarme un poco en el sofá. Cristian comenzó a cotillear las fotografías que salían en su afamado Instagram. Su última foto, él en una bodega de vinos con un traje carísimo, había alcanzado un número de «Me gusta» y comentarios considerable.

Se podría decir que mi mejor amigo era todo un *influencer* en las redes sociales, pues sus imágenes colmadas de lujos llamaban la atención de las multitudes.

Cristian había nacido en una familia adinerada. Vivía en un ático en el centro de Barcelona, con vidrieras de multitud de colores y ventanales que daban a una vista de ensueño, con el mar a lo lejos. Jamás había podido quitarme de la cabeza la primera vez que fui allí. Ver Barcelona extendida a mis pies. Brillante. Con la sensación de pisarla. Tuve miedo. Miedo de no volver a percibir jamás esa sensación de bienestar y grandeza. De volar.

En el fondo lo envidiaba. Se podía permitir tantas cosas... Y aun así llevaba días con la cara larga. No lo entendía. ¿No es ley de vida ser feliz cuando lo tienes todo?

Lo miré de reojo. Nariz aguileña. Ojos miel. Cabello corto dorado que contrarrestaba a la perfección con su tez de marfil sin señales de acné. Qué suerte tenía el jodido, una adolescencia normal y sin granos. ¡Cómo lo habría deseado yo!

Maldije mi frente, tapada por una mata de pelo negro que escondía todas las señales del brote de acné que me había desgraciado hacía unos años. No pude evitar fijarme en las dos bolsas oscuras que aguardaban bajo sus ojos, dándole un aspecto cansado.

—Joder, no sé qué hacer —carraspeé rompiendo el silencio y buscando un asunto monótono del que hablar—. ¿Qué le puedo comprar a Jolene?

El tema de qué regalarle a mi novia me ponía de mal humor. No sabía ni por dónde empezar. Estar con Jolene requería tener los máximos detalles, esos que me guardaran un sitio a su lado. Necesitaba seguir siendo popular. Seguir sintiendo que lo tenía todo cuando, en realidad, no tenía nada.

—Regálale el pastel de fresas que te ha traído Lena Rose. Con los días que lleva abandonado en la encimera de la cocina, debe de estar al punto —añadió él con desgana.

Cristian, a pesar de que era uno de mis mejores amigos, odiaba a Jolene. Él insistía en que había otros métodos para hacerse popular sin perder la dignidad, como había hecho yo.

«Te estás vendiendo, Noel, y tú no tienes precio. Quiérete más.»

Era su frase predilecta. Pero, claro..., qué iba a decir él si lo tenía todo.

Me levanté del sofá, sin hablar más del tema, y fregué los platos. Tampoco teníamos lavavajillas, así es la vida real.

—¿Sabes?, creo que iré a dar una vuelta por el barrio. Necesito distraerme, ¿te vienes? —murmuré.

—No puedo —bostezó él, estirando los brazos y levantándose del sofá.

—¿Y eso?

—Mi padre necesita que lo ayude con el trabajo. Ya sabes, la empresa pasará a ser mía.

Podría haberlo creído, pero sabía cuándo mentía. Su voz se volvía más aguda.

—Pues tú te lo pierdes, campeón.

Lo acompañé hasta la puerta. Quedamos en vernos al día siguiente en el instituto. Cuando le cerré la puerta, me sentí solo.

Mentira.

Mis pensamientos me hacían compañía. Y no sabía qué era peor, si huir de tus demonios o aferrarte a ellos. Decidí huir, esconderlos como siempre.

Antes de irme limpié a fondo la alfombra y la puse a secar en el diminuto balcón que daba al patio de vecinos. Suspiré, necesitaba un café urgentemente. Cogí las llaves, una sudadera negra y cerré la puerta.

Bajé la escalera casi corriendo, necesitaba aire.

Al poner un pie en la calle, el viento azotó mi cabellera, desordenando algunos mechones rebeldes. Me puse la capucha negra de la sudadera antes de comenzar a caminar. Eran casi las cinco de la tarde, agradecí hacer horario intensivo en el instituto.

Hacía un frío de cojones. Los días eran cada vez más largos, aunque el sol ya empezaba a esconderse detrás de la montaña del Tibidabo, construyendo sombras tostadas entre los edificios.

Quedaba una hora de luz. Una bandada de mirlos aleteaba por encima de los tejados.

Pasé por delante de una panadería del barrio y el corazón me dio un vuelco al recordar a Lucinda, la propietaria de una de las mejores panaderías que había en el centro de Barcelona. En mi infancia solía ir allí los domingos por la mañana. Cuando mis padres aún jugaban a quererse. Cuando mi hermano vivía con nosotros. Cuando no estaba solo.

¿Por qué todo me tenía que recordar a él? Habían pasado cuatro años. Todo había cambiado desde que mi hermano había decidido irse a vivir a Lyon, una ciudad de Francia. ¿Lo echaba de menos? Sí. ¿Lo odiaba? También.

No. Me negué a pensar en él. Una persona que te abandona no merece ser recordada. Yo podía solo.

Seguí caminando en dirección al Central Pork, una cafetería cuyo nombre hacía un guiño a la famosa cafetería de *Friends*. Era una de las más concurridas del barrio, y preparaban unos batidos brutales. Muchos estudiantes solían ir ahí a terminar sus trabajos. Cuando era más pequeño, solía perderme entre las plantas que adornaban el techo y caían en cascada; las luces de neón que rezaban la famosa frase de Friends *«How you doin'?»*, o sus famosos pasteles de zanahoria y de quesos.

Abrí la puerta. Hacía tiempo que no entraba... Recordar a mi hermano disfrutando de su porción de pastel y un cappuccino seguía doliendo.

Sin embargo, ese día cambié de opinión. Tenía que dejar de sentir.

No me esperaba encontrarme a Oliver, el mejor amigo rarito de mi vecina. Pero lo que me sorprendió no fue verlo a él, sino a su acompañante. Un chico más alto que él que no dejaba de mirar a su alrededor con una sonrisa tímida. ¿El nuevo novio de Oliver?

Decidí cotillear. No tenía nada más que hacer. Ni nada que perder, ¿no? Me senté a la mesa de detrás. Cogí la carta que había sobre ella e hice ver que la leía.

Oliver me daba la espalda. Su cabello teñido de tonos rosas y anaranjados resplandecía bajo las bombillas del local. Era un chico extravagante, no me extrañaba que siempre fuera con Lena Rose. Ambos eran más raros que un piojo verde.

Afiné el oído.

—Estoy nervioso, Oliver. —La voz del desconocido era ronca. Tenía un acento cerrado, no era de Barcelona—. ¿Y si no encajo bien?

Miré por encima de la carta. El atractivo del chico se podía distinguir a kilómetros de distancia. Tenía la piel dorada por el sol. El cabello negro y ondulado le caía por la frente. Una sonrisa perlada, perfecta. Y dos putos hoyuelos que lo hacían encantador.

Una de las camareras de la cafetería se acercó a ellos para tomarles nota. Observé cómo tonteaba con el pelinegro, no pude evitar poner los ojos en blanco.

—Alek —comentó el pelirrosa cuando se quedaron solos—. ¡Claro que vas a caer bien! En el Rodoreda encajarás. Me tienes a mí. ¡Ah! Y también te presentaré a Lena. Es una chica bastante rara, pero tiene su qué. Ya lo verás.

Ah, ¿que iba a ir a nuestro instituto? Qué bien. Vi como algunas chicas y chicos lo miraban cuando pasaban por su lado. Él sonreía encantador, como si quisiera comerse el mundo. Tenía un brillo extraño que no supe definir. Algo me recorrió hasta las entrañas. ¿Rabia? ¿Envidia? ¿Algo más?

«Tú jamás tendrás ese brillo.»

Siempre tan oportuna, conciencia.

—¿Estás bien? —me sorprendió una voz—. ¿Querés tomar algo? El cappuccino está repiola.

Era Gino, el hombre argentino que regentaba el bar.

«No, no estoy bien», pero asentí inconscientemente como siempre. Estaba acostumbrado.

—Estoy bien. No quiero nada, gracias.

Gino me miró con los ojos entrecerrados, soltó un suspiro de cansancio y se fue a otra mesa. La cabeza me iba a mil. Los pensamientos se me acumulaban, uno encima de otro, aplastándome.

Sí, debía hacerlo. Era el momento de mi aparición estelar. Y, a pesar de que fuera una acción demasiado dramática, incluso para mí, sentí que debía vigilar a ese chico.

Los amigos cerca, los posibles enemigos aún más.

Me levanté, me froté las manos cubiertas de una película de sudor frío en los vaqueros, dibujé la sonrisa más socarrona posible y me dirigí a su mesa.

Primer paso: ser un capullo sin sentimientos.

«Eso se te da terriblemente bien.»

Lo sé.

Llegué a la mesa y me senté al lado de Oliver. Ambos se quedaron estupefactos. El pelinegro, blanco; el pelirrosa, irritado. Sentí como la opresión del pecho iba creciendo. Me miraban como si fuera un puto monstruo.

—He oído que eres nuevo. Soy Noel, tu futuro compañero de clase.

Alargué el brazo, saludando al desconocido con un buen apretón de manos. Arqueé una ceja, esperando su nombre.

—Alek... —murmuró indeciso.

—Bien. Alek, Alek...

Oliver se aclaró la garganta, interrumpiéndome.

—Como te decía, querido primo, hay mucha gente estúpida en el Rodoreda. Sin embargo, algunos incluso abusan de ese privilegio —se quejó Oliver, lanzándome una mirada de odio.

Así que era su primo...

—¿No deberías estar vigilando la mercería de tus padres? —contraataqué.

—¿Y tú no deberías dejar de ser un gilipollas? —Me mordí la lengua—. Ah, es verdad, que no puedes.

Lo ignoré. Alek arrugó la nariz.

—Volviendo al tema principal. No he podido evitar oír vuestra conversación.

—¿Encima nos espiabas? —preguntó Oliver.

—¿Espiar yo? —Me hice el ofendido—. No es mi culpa que os hayáis puesto en el perímetro de mi oído.

Oliver me habría arrancado la cabeza en ese momento, así que, para incendiar más el ambiente, bebí un sorbo de su taza. Café frío, basura. Oliver me arrebató la taza de las manos y maldijo por dentro.

—Así que eres nuevo, Alek. ¿De dónde vienes?

—No tiene por qué dar explicaciones a un don nadie como tú —escupió Oliver.

—¿Acaso no tiene lengua para hablarme él? —Chasqueé la lengua indiferente.

Alek nos miraba prudente.

—De una ciudad del sur —contestó al fin el pelinegro.

—¿Y eres primo de este de aquí?

—Me llamo Oliver, gilipollas.

—Es que no me interesa aprenderme tu nombre —rebatí, indiferente a sus insultos—. Y dime, Alek. ¿Ya tienes amigos por aquí? Podría presentarte a mi equipo.

«Dices equipo porque amigos no tienes, ¿verdad?»

Acallé mi voz interior.

Alek alzó las cejas confundido.

—Noel. Gracias por tu interés, pero creo que estoy perfectamente capacitado para decidir con quién me junto —soltó con modestia.

Odié cómo pronunciaba esas palabras tan triviales, con una voz grave y decidida que provocó que todas mis inseguridades salieran a flote. Las enterré bajo mi piel.

—Tienes pinta de ser listo, tío. Tú sabrás lo que te conviene.

Cogí la chaqueta de un manotazo y me la puse sin decir una palabra más. Quise salir de allí volando y gritar. Gritar hasta que me doliera la jodida garganta. Porque era un jodido inútil que solo la cagaba.

Me despedí con la mano y salí casi corriendo. No pude ir muy lejos. Cuando ya casi estaba fuera, alguien me sujetó del codo. La gente no dejaba de parlotear, pero en ese instante sentí que todo el mundo nos observaba. Oliver me miraba con odio.

—Cabrón engreído, no sé qué intentas. Pero no me vas a intimidar.

—Fuera de mi vista. —Traté de zafarme, pero él no me dejó—. ¿No me has entendido? —gruñí entre dientes, de mala hostia.

Él reaccionó, soltándome. Pero Oliver no tenía suficiente.

—Déjanos en paz.

—Perfecto. ¿Algo más?

—Si quieres joder a alguien me parece perfecto. Pero utiliza a tus amigos... Aunque, teniendo en cuenta que eres una mierda de persona y que seguramente no tengas, mejor cómprate un pez.

Le sonreí con todos los dientes. Pronuncié las siguientes palabras muy lentamente:

—Que te den.

Y me largué.

No todas las cosas hacen ruido cuando se rompen. Algunas se derrumban por completo en el más absoluto de los silencios.

Un auténtico dolor de cabeza



Lena Rose

—¡¿Qué me estás contando?! —grité a través del auricular—. No me lo puedo creer..., ¿quién se piensa que es ese charlatán?

Me aparté de un manotazo los cuatro pelos que se me caían del moño mal hecho que llevaba. Oliver me había contado todo lo que había sucedido en el Central Pork. Me parecía surrealista que Noel se interesara por el chico nuevo. Mi mente privilegiada intentaba entender, de una manera u otra, por qué Noel quería hacerse amigo de Alek.

Al final, llegué a una clara conclusión: Noel era simplemente un idiota en toda regla.

Me froté la cara exhausta. Estaba siendo una semana difícil. Así es la adolescencia: se dramatizan demasiado las cosas. Sí. Tenía que ser eso. Noel era idiota y punto. Y yo no estaba disgustada por ese hecho. Estaba enfadada por otra cosa y lo estaba canalizando con lo sucedido con Noel. Lo cierto es que me había surgido un problema con patas llamado Verónica.

—Ni idea, Lena, pero mi primo se niega a empezar las clases. ¡Mañana es su primer día! Joder. Me cago en la puta.

—Eso no se dice, Oliver—murmuré.

—Perdón. Me cago en la mierda. Eso. —Me lo imaginé asintiendo con la cabeza—. ¿Qué hago?

Entendía a Oliver. A pesar de que intentaba aparentar ser una persona confiada, se preocupaba por quienes quería. Y dolía. Dolía ver cómo fingía ser fuerte y se tragaba sus emociones. Él pensaba que comiéndose sus emociones sería libre, y no se daba cuenta de que para salir de la jaula tienes que ser tú mismo. Con sentimientos incluidos.

—Dile que Noel no es tan interesante como quiere hacer ver.

Estaba convencida de que las dos únicas neuronas que tenía mi odioso vecino se llamaban Señorita Egocéntrica y Señorita Holgazana. Seguro que se pasaban el día jugando a ping-pong en su cerebro de *Rattus norvegicus*.

Aunque también tenía claro que era innecesario meterse con él y su séquito de personas destinadas a hacer *bullying*, a no ser que el sueño de tu vida fuera morir aplastado en el balón prisionero.

—Eso ya lo sabe, Lena, no es estúpido.

—No sé... Engáñalo, ¡o secuéstralo!

—¿Tienes cloroformo?

—No. Solo un insecticida. ¿Te sirve? —comenté.

—No, Alek no tiene pinta de ser un mosquito, la verdad. Aunque, sinceramente, de lo que tiene pinta es de pinchar bien. El otro día iba en chándal y se le marcaba todo.

—Oliver, joder, ¡que es tu primo! —Me sonrojé.

Él hizo oídos sordos.

—Además, es que ya he buscado en el santo Google «cómo persuadir a alguien». Me ha salido una página tope extraña con diez técnicas que debía seguir.

—¿Y te han servido?

—¡Qué va! Me he perdido en el quinto paso, que hablaba sobre cómo adoptar una actitud valorativa. ¿Qué coño significa eso?

—Pues...

—¡Qué más da! —me cortó—. Solo me falta hacerle un pastel. Y bueno..., tú ya sabes cómo se me da la repostería.

Sonreí. Era verdad que a mi amigo se le daba fatal cocinar. La última vez que había comido una pieza de repostería hecha por él había acabado con gastroenteritis. El tío había puesto kilos de sal en vez de azúcar. Hacía poco que nos conocíamos, así que, estúpida de mí, me lo había comido todo para no quedar mal.

Oliver gritó algo que no entendí, me aparté el móvil de la oreja. Me dejaría sorda. Sus palabras llegaron a mí como un torbellino de letras dispersas. Supuse que estaba hablando con sus padres.

—¡Es que son mazo pesados! Quiero independizarme ya.

—No te quejes, que te mantienen.

—Ya, ya. Bueno, Calabacita, me voy a cenar. Recuerda pasar a buscarnos mañana —comentó antes de colgarme.

Me levanté de la cama perezosa y decidí ir a cenar algo.

El apartamento donde vivíamos no era demasiado grande, pero tampoco me quejaba. Encendí la calefacción, me estaba congelando, y me puse a cocinar. Mi madre, Cecilia, aún no había llegado del trabajo, así que hice dos tortillas de queso y dos rebanadas de pan con aguacate para mí y mi hermano.

Llamé a Marcos para que viniera a comer, pusimos el portátil y comenzamos a ver un capítulo de la nueva serie de Netflix. Estábamos en silencio; no obstante, su mirada añil analizaba todos mis movimientos. Al final, no pude aguantar más.

—¿Me puedes explicar qué es lo que pasa?

Paré el capítulo y me crucé de brazos. Él enarcó una ceja.

—No sé. ¿Qué tiene que pasar? —comentó él, tragando saliva.

—Si fuera cierto el dicho «me estás gastando de mirarme tanto», sin ninguna duda ya no quedaría nada de mí.

—¿Tú crees?

—¡Deja de hacerte el tonto! ¿Qué pasa, Marcos? —Suspiré sonoramente.

—Nada...

—Sabes que puedes confiar en tu hermana, ¿verdad?

Frunció los labios y se comió de dos bocados la rebanada de pan. Se limpió con la servilleta y estuvo un par de minutos en silencio. Lo dejé hacer, aunque un mal presentimiento me recorría por dentro. Antes de soltar lo que le pasaba por la cabeza, respiró profundamente. Lo hizo sin tapujos. Sin anestesia.

—He visto a Verónica... —Achicó los ojos, esperando mi reacción.

Subí y bajé los hombros, intentando ignorar el manojo de nervios que me provocaba ese nombre.

—¿Y?

—Estaba con Carlos.

Entonces sí que me sobresalté. No, no, no... ¿Estaban juntos de nuevo? ¿Después de todo lo que había pasado? ¿Después de cómo el estúpido ese había tratado a Verónica? Y si habían vuelto, eso quería decir...

—Oh, no.

Me levanté de golpe de la silla. Cogí el móvil con un movimiento rápido y violento. Volví a leer los mensajes que había recibido dos días antes.

[14/1 19:50] Ronnie: Lena, necesito hablar contigo.

[14/1 20:15] Ronnie: Por favor, tía, contéstame. Estás en línea.

[14/1 20:15] Ronnie: Te tengo que contar algo muy importante para mí.

[15/1 10:13] Ronnie: No te enfades, por favor...

[15/1 10:14] Ronnie: Es duro. Muy duro. Pero necesito hablar contigo, eres la única que me puede entender.

[15/1 12:42] Ronnie: Lena, por favor. Nadie me apoya...

Así seguían todos los otros mensajes. La había dejado en visto por el bien de mi salud mental. Sin embargo, ¿por qué sentía como si me hubieran acuchillado por dentro?

Hacía meses que no la veía, había desaparecido como las hojas de los árboles en otoño. Al final, era ella quién había decidido apartarnos de su vida. Y no era la primera vez. Verónica había sido nuestra mejor amiga; desde primero de secundaria, Oliver y yo la habíamos arropado y querido. Habíamos sido tres. Siempre tres, como los mosqueteros. Hasta que lo conoció; él, con la fuerza de un tsunami, nos la arrebató.

Carlos Ruiz, un universitario tres años mayor que nosotros.

Verónica —Ronnie para los amigos— lo había conocido por internet, en una página para ligar cuyo eslogan era «GPS hacia el amor». Una bobada de las grandes, y con la cual bromeábamos diciendo que en vez de dirigirse hacia el amor terminaría con el corazón roto.

Pista: terminó con el corazón roto y perdida.

Ronnie jamás dejó de soñar con Carlos. El típico cliché de chico malo: fumador, con moto y mujeriego. Y aunque le decíamos que era demasiada pequeña para enamorarse, ella decía entre risas: «Si vas a soñar, sueña a lo grande».

Joder, si lo hizo.

Soñó tan a lo grande que luego la caída fue monumental. Carlos la arrastró al desastre. A ella y a todos los que la rodeaban. Los primeros meses fueron bonitos. Un cuento de Disney. Y después... después llegaron los celos; la frase «con quién has quedado» y «mejor vístete de otra forma». Aparecieron las falsas sonrisas y el sexo pasó a ser la solución a todo. Carlos apartó a Ronnie de nuestro lado, con mentiras que esculpía en su cerebro.

No solo los golpes hacen daño. Hay heridas que no se ven.

Verónica dejó de ser la diva del pintalabios rojo para pasar a ser un cuerpo sin alma. Huyó del instituto, de nuestras vidas. Ronnie... Ronnie dejó de ser ella misma. Solo quedó la Verónica de los labios pálidos y las ojeras profundas. Hasta que llegó verano. Era un día soleado cuando Ronnie me llamó para quedar en la playa de Badalona. Lejos de donde vivíamos, para que nadie nos viera. Se presentó puntual como un reloj.

—Hemos cortado.

Recuerdo que no pude evitar sonreír un poco.

—No puedo más, Lena. No puedo más —sollozó encima de mi hombro—. Es todo tan difícil.

La abracé, calmándola.

—Cariño... El primer paso es el más difícil. Te destrozará. Te romperá. Pero también te salvará.

—¿De verdad? —jadeó entre lágrimas.

—Te lo prometo. Estoy aquí. Siempre lo estaré.

Fue una mentira. Dejé de estarlo. Meses más tarde, ella volvió a desaparecer. Se negaba a dejar de huir... Aun sabiendo que no se puede escapar de los demonios que se llevan dentro.

Así que me había enfadado cuando había leído todo aquello: ¿solo servía para cuando ella quería? ¿Después de tantos meses intentando comunicarme con ella solo me hablaba para que la apoyara en su decisión? Ronnie no podía volver a caer en esa relación tóxica.

—Di algo, Lena —murmuró bajito mi hermano.

Tragué saliva, dolida.

—¿Quieres decir que vuelven a estar juntos?

Él pensó bien sus palabras... Pero no sabía mentir. Al menos, no a mí.

—Teniendo en cuenta que se estaban besando como dos babosas, debo suponer que sí... —Sus ojos brillaban de preocupación—. Lena, de verdad, no te metas. Acabaste mal la última vez. Deberías echarla de tu vida.

Lo recordaba. Carlos y Verónica me habían bloqueado de todos lados, incluso de la vida de ella. Aspiré con fuerza por la nariz.

—Tienes razón —me levanté mientras arrastraba las palabras.

—Ve a dormir, ya limpio yo.

Asentí con la cabeza. Se lo agradecí. No tardé mucho más en meterme en la cama, con los ojos cerrados y la preocupación latiéndome debajo de la piel. De repente, me sentí muy cansada.

«Todo irá bien», me repetí. Y es que a veces es mejor irse en el momento indicado para poder regresar en un futuro.

Atrapados sin querer



Lena Rose

Me desperté con desgana. La alarma no dejaba de sonar. Alargué una mano y le di un golpe, con lo que tiré el despertador al suelo. Supliqué para mis adentros que no se hubiera roto, aunque realmente deseaba dormir algunos minutos más. ¡Penúltimo día de clases de la semana! Y eso significaba... Joder, me tocaba Geología. Maldije para mis adentros; odiaba esa asignatura.

Sí, Lena Rose también tenía alergia a algunas materias. El temario que estábamos dando era sobre la estructura, el origen y los tipos de rocas. El resultado es que había empezado a odiar las rocas.

Me levanté como pude y me dirigí al baño. Al mirarme en el espejo me frustré. ¡Me había salido un grano gigante en la frente! Intenté esconderlo utilizando los polvos para el rostro de mi madre, pero maquillarme no era una de mis dotes principales. Tuve ganas de llorar. Parecía un nacho de queso... Contrariada, decidí desmaquillarme y optar por petarme el grano.

Resultado: nefasto. Aún se veía más.

Corriendo, y tratando de no echarme a llorar, me vestí con un peto amarillo que combinaba a la perfección con mi cabello y un jersey de lana blanco. Me puse un gorro, del mismo color, que me tapaba parte de la frente. Al menos el grano no se veía tanto.

Me calcé las deportivas y, por suerte, ya tenía la mochila preparada. La cogí de un manotazo y bajé rápido hasta la cocina. Solo me quedaban veinte minutos para desayunar y salir a la carrera de casa antes de que Oliver comenzara a llamarme sin parar.

—Buenos días, Calabacita —saludó mi madre mientras me daba un beso en la frente.

Le contesté mientras me servía en un bol cereales con Cola Cao y me metía una cucharada enorme en la boca. Me quedé pensando... ¿Qué capacidad bucal tendría mi boca? Nunca me lo había preguntado. Intenté comprobarlo con la siguiente cucharada, varios cereales se cayeron en la mesa.

—¡Hija! No comas con la boca abierta. ¿Es que no te he enseñado modales?

—Perdón, perdón —pronuncié tragando de golpe la comida y atragantándome—. ¿Cuándo has llegado?

Cecilia se tiró en el sofá con los brazos abiertos y los ojos cerrados.

—Hace unos minutos. ¡Por fin me han dado vacaciones! —Sonrió.

Unas arrugas diminutas se concentraron en sus ojos. Sonreí. Mi madre era preciosa.

—¡Fenomenal! —Sonreí también.

—Por cierto, cariño.

—Dime... —contesté mientras me metía entre pecho y espalda otra cucharada.

—Recuerda que el lunes que viene tienes visita en el dentista. Nada de comer porquerías este fin de semana, que te van a salir caries y no estamos para gastar más dinero con empastes —suspiró Cecilia.

Abrí unos ojos como platos. *«¿Dentisqué?»* Un pinchazo de terror me recorrió vértebra a vértebra.

—¡No, no, no! Me niego. —Hice un puchero.

—Toca revisión anual, Lena. Para hacer limpieza y ver si tienes caries o no.

—¡Si me lavo superbién los dientes! Dos minutos una mitad de la boca, dos minutos la otra.

—Sigue siendo una revisión, hija.

—Además, las caries se van formando por un proceso continuo de aproximadamente cinco a diez días. ¡Dudo que, en un fin de semana, me salga alguna!

Ella negó con la cabeza. No tenía ganas de contradecirme. Las horas interminables en el hospital la estaban agotando. Dos bolsas oscuras descansaban bajo sus ojos felinos. Vi que cerraba los ojos y sucumbía a un duermevela. En silencio, terminé de desayunar y puse los platos en el lavavajillas. Agarré el abrigo de plumas y la mochila grisácea, le di un beso en la frente a mi madre y salí de casa.

Treinta y tres pasos hasta el ascensor. «Mierda, qué frío.» Apreté el botón y me guardé las manos en los bolsillos de la chaqueta. Fruncí el ceño cuando pasó un minuto. El ascensor no llegaba. Pulsé otra vez al botón. Y otra vez. Como si así fuera a ir más rápido.

—¡Venga, carajo! —Por fin apareció—. ¿Así que funcionas a gritos?

Para mi desgracia, unos pasos estridentes llegaron adonde estaba yo. Entrecerré los ojos y miré. ¡Perfecto! Quise desaparecer. Él me miraba molesto, ¿por qué siempre tenía esa cara? Como si yo le hubiera hecho algo.

«Bien, Lena. No te preocupes. Que tú sepas, no es ni un caníbal ni un asesino. Solo un vecino odioso que disfruta jodiendo a los demás. Puedes con ello», pensé.

Abrió la puerta del ascensor y me dejó pasar a mí primera, estudiando mis movimientos en todo momento. Seguía disgustada con su soberbia, pero yo no era una maleducada.

—Buenos días, Noel.

Él solo sacudió la cabeza.

«Recuerda que cada persona es un mundo, y que no en todos los mundos hay vida

inteligente», me dije.

Apreté el botón de la planta baja y las puertas se cerraron. Noel estaba demasiado cerca... Tragué saliva. ¿Solo habíamos bajado un piso? Córcholis. No recordaba que el ascensor fuera tan lento. Cerré los ojos. Conté los segundos que pasaban mientras mi brazo rozaba accidentalmente el suyo. Mierda. La carne de gallina. Ambas respiraciones entrecortadas. Las ganas de salir huyendo eran muy reales. Segundos eternos que no terminaban nunca. Mi dedo índice repiqueteaba con nerviosismo. Solo quedaba un piso... Solo uno. Podría sobrevivir a su lado sin matarlo. Sería libre...

Dos gritos se unieron en una oscuridad absoluta y unos brazos se abalanzaron sobre mí.

Tropecé con mis propios pies y me di un golpe en la espalda con la pared de metal, quedándome sin aire. ¡Joder! ¿Así era como se sentía cuando uno estaba a punto de morir? ¿No se suponía que tenía que ver toda mi vida como una película? Entonces, ¿por qué demonios noté su cuerpo pegado al mío?

Sentí el cosquilleo de sus dedos cogiéndome de la cintura. Él, estremeciéndose con el roce de mis dedos, que se habían posado en su clavícula. Su respiración encima de mis labios. Nuestros ojos brillaban en la oscuridad. Percibí unos pinchazos en el bajo vientre que no supe descifrar.

Las bombillas comenzaron a titilar, algunos destellos azulados llenaron el ascensor, como una lluvia de estrellas. Mierda. Eran las luces de emergencia. Entrecerré los ojos, adaptándome a la luz. Ahogué un grito cuando vi que no eran alucinaciones mías. Estábamos demasiado cerca. Noté su corazón dentro de mi piel. Su respiración se enredaba con la mía.

«Joder», volví a pensar cuando vi sus ojos miel tan cerca de los míos. Su boca tan cerca de la mía.

Di un salto hacia atrás, ganándome otro golpe en la espalda. ¡Por Satanás! Apenas había espacio ahí dentro. No sé si fue fruto de la ansiedad o de las luces índigo que acariciaban su rostro, pero advertí un leve enrojecimiento en sus mejillas. Me quité la idea de la cabeza. Noel Martín no tenía sentimientos, una persona como él jamás los tendría.

Intenté pensar en frío y verlo todo con perspectiva. Respiré profundamente; bien. Nos habíamos quedado atrapados en un cubículo de tres metros cuadrados. Sí... Demasiado juntos. Oliver se cachondearía de mí al saber que me había quedado encerrada con su «amigo del alma».

Mi odioso vecino comenzó a apretar todos los botones que encontró en el panel de la derecha, cada vez con más fuerza. Yo saqué el móvil de inmediato.

—¡Me cago en tus muertos! —gritó Noel al ascensor.

Me mordí la lengua y no le dije que los ascensores no eran seres vivos y, por tanto, no podía cagarse en sus muertos.

—¡Mierda! Aquí no hay cobertura... —Noel pasó de mí. Seguía dándole con furia a los botones.

—Noel, aunque aprietes más fuerte los botones, no van a funcionar. Tendremos que esperar.

—Maravilloso... —jadeó mientras deslizaba su espalda por la pared hasta quedar sentado en

el suelo.

Sus piernas largas encogidas apenas cabían en aquel espacio. Me crucé de brazos y observé el suelo. ¿Estaría lleno de polvo? Decidí seguir de pie, a pesar de que me dolían los muslos de la tensión.

Noel me miraba fijamente, con los ojos brillantes. Sus labios eran una fina línea rígida, enmarcados por un rostro cuadrado y unos pómulos bien definidos. Varios mechones rebeldes le caían por encima de la frente, y una diminuta peca descansaba encima de su ceja. Si no hubiera sido por su actitud de mierda —y por no perder mi dignidad—, habría afirmado que era muy atractivo.

—¿Qué? —pregunté nerviosa.

Él negó con la cabeza. Se sacó el móvil del bolsillo del vaquero y comenzó a pasárselo de una mano a la otra.

Transcurrieron los minutos: largos, lentos y eternos. Los muslos me pesaban y, en contra de mi voluntad —y por culpa de mi poco aguante físico porque no solía utilizar la escalera—, decidí sentarme en el suelo. Tuve que situar las piernas entre las de Noel, que seguía acurrucado sin decir nada. Ni se inmutó cuando mis gemelos rozaron los suyos. Yo, en cambio, noté una descarga eléctrica desagradable.

No pude evitar volver a mirarlo de reojo. Mechones desenfrenados le caían por la frente; no me había fijado en el tic que tenía de revolverse el pelo cuando estaba nervioso. Me di cuenta entonces.

Sus manos tiritaban y, si escuchaba con atención, podía oír su respiración desacompasada y el sudor perlado surcándole la frente. Comenzó a crearse un nudo de pena en mi estómago. Podía odiarlo... ¡Muchísimo! Pero odiaba más ver que alguien no estaba bien.

—¿Eres claustrofóbico? —le pregunté sin pensar.

Alzó la vista, tenía los ojos vidriosos.

—¿A ti qué te importa? —soltó.

Cogí una bocanada de aire, rezando para mis adentros por no perder el control y terminar estampándole mi mochila en la cabeza.

—No te preocupes —murmuré indecisa—. El ascensor es, seguramente, el vehículo de transporte más utilizado.

—Ya.

—¿Sabes?, anteriormente los primeros mecanismos estaban compuestos por un único sistema de poleas, por lo que existe la idea de que hay solo una cuerda y de que se puede romper en cualquier momento.

—Joder... Así no ayudas —me cortó mientras se mordía el labio, aún más nervioso.

—¡Pero déjame hablar! —me quejé—. Esa creencia es totalmente errónea.

—Ah.

—Los ascensores modernos cuentan con múltiples cables de acero, cada uno con la

capacidad de soportar el peso de una cabina completamente llena. Evitan que el ascensor se suelte y caiga.

Observé el ascensor y fruncí los labios, incómoda y pensativa.

—Aunque... no sé cuántos años tendrá este ascensor. Igual...

Es cierto. A veces no pensaba lo que iba a decir.

—¡Lena! —bramó asustado.

—¡Es broma, es broma!

—No tiene gracia...

Alcé los brazos, rindiéndome. Arqueó una ceja y, seguidamente, continuó mirando cómo su móvil pasaba de una mano a otra.

—También es falso que si te quedas encerrado en un ascensor entre dos pisos estés en peligro.

En ese momento levantó la mirada. ¿Era alivio lo que veía en ella?

—¿Te estás quedando conmigo?

No le hice ni caso.

—Noel, el lugar más seguro para esperar es aquí dentro, si intentáramos salir sin ayuda estaríamos perdidos. ¡Nos mataríamos!

—Vaya, qué mala noticia, pecosa.

Arrugué las cejas, ¿me había llamado «pecosa»? ¡Se iba a enterar!

—De acuerdo, visto lo visto, no estaría mal intentar salir y tirarte de arriba abajo.

—Primero tendrías que luchar contra mí y ganarme.

—¡Oh! —sonreí entre dientes—. ¿Dudas que lo haga?

—Yo siempre gano, Lena.

—Mentira. Tú siempre pierdes, Noel —le devolví el ataque.

—No me conoces.

—Ni quiero hacerlo.

—Eso dices ahora —contestó seductor.

Me crucé de brazos y desvié la mirada molesta. Obviamente, era casi un insulto pensar que ambos deseábamos estar allí. Encerrados. Juntos. Vaya, un infierno.

«Recuerda lo que te enseñó la psicóloga: inspirar y exhalar. No puedes matar a nadie, eso sería asesinato. Que sí, que sé que sería por defensa propia. Están atacando tu inteligencia. ¡Pero tú eres más lista!»

Pasaron los minutos. Él fue el primero en volver a hablar.

—En fin, ¿algo más, sabelotodo? —añadió algo nervioso.

—¿Ahora me hablas?

—Me aburro —contestó divertido.

Lo pensé bien y decidí seguir con la tontería.

—Bueno, que sepas que no nos quedaremos sin aire. —No estaba muy segura de esa

afirmación, pero continué con mi discurso.

—Ajá...

—Los ascensores tienen un sistema de ventilación que permite que el aire fluya y no nos ahoguemos.

Repiqueteé en el suelo con el pie. A veces admiraba mi capacidad para hablar de manera amable a ciertas personas a las que en realidad debería haber mandado a la mierda.

—Así que no tengo que preocuparme por si quieres ahogarme en este ascensor, ¿no?

—Estoy intentando controlar mis ataques de mal humor, ¿sabes? Pero hay gente que no colabora —lo acusé con un dedo.

—De acuerdo. Mejor seguir ignorándote hasta el punto de que dudes de tu existencia.

—¡Zoquete!

—¿Qué me has llamado? —contestó ofendido.

Él masculló en voz baja algunos improperios y siguió observando sus manos. Lo miré fijamente, con una mueca de disgusto. Me di cuenta en ese momento. Ya no tiritaba. Se veía más relajado y sus labios se curvaban ligeramente hacia arriba. Su móvil ya no oscilaba entre sus manos. ¿Había sido gracias a mí? Me di unas palmaditas mentales en la espalda.

Al cabo de pocos segundos, empezamos a oír un repiqueteo de cuerdas. El corazón me dio un salto y, en un pestañeo, el ascensor comenzó a funcionar. Nos levantamos de golpe y me di un cabezazo contra su abdomen. Entorné los ojos ante su sonrisa burlona.

«Estúpido vecino.»

El ascensor se abrió e, inconscientemente, volví a respirar con normalidad. Fuera estaba una señora con un mono azul y una caja de herramientas. Sonrió con dulzura cuando nos vio.

—Lamento muchísimo no haber llegado antes —se disculpó.

Hice un ademán para restarle importancia.

—No se preocupe, señora.

Noel caminaba detrás de mí, con las manos en los bolsillos y una mirada altiva.

—Espero que ese galán te haya hecho buena compañía.

Puse los ojos en blanco ante su comentario. «¡Señora! ¡Que él casi se muere de un infarto!», quería gritarle.

Lo primero que hice al salir del ascensor, mientras evitaba la mirada de Noel, fue consultar el móvil. Por fin teníamos cobertura. No me sorprendió ver varias llamadas perdidas de Oliver y muchísimos mensajes. Pero al comprobar la hora me quise morir. Mierda. ¡No soportaba llegar tarde! Las clases habían comenzado hacía veinte minutos. Maldije el momento en el que había decidido coger el ascensor y no bajar por la escalera. ¡Tres jodidos pisos! ¡Solo eran tres jodidos pisos!

Aun así, me apresuré a salir del edificio y, en cuanto tuve un pie fuera, quise empezar a correr con todas mis energías hacia el instituto. Mierda, la directora nos echaría la bronca.

Supliqué a mi ángel de la guarda que ese día no estuviera en las enormes puertas de hierro,

que no nos pillara y nos castigara después de clase a limpiar las aulas. Antes de que pudiera coger aire y lanzarme a volar hacia mi destino, unas manos fuertes y callosas me agarraron suavemente del brazo.

—Sé que no debería, porque..., bueno, tú eres tú. Pero si quieres...

Di un salto de la impresión. Noel tragó saliva mientras me miraba, no pude evitar abrir mucho los ojos.

—Dime, ¡rápido! ¡Llegamos tarde! —solté de carrerilla, histérica.

—Sube a la moto, anda. Te llevo.

Mi cabeza falló. ¿Que había dicho qué? Me quedé de piedra.

—Mira... Si no quieres, allá tú —comenzó a decir mientras se dirigía a su moto, aparcada unos metros más lejos.

—¡No, no! Espera. —Las palabras me salían atropelladas. No pensé en nada más—. Voy. Voy contigo.

Cuando llegué a su lado, él esperó a que yo subiera. ¿En qué momento había aceptado? Respiré hondo: era por mi bien. Por no llegar más tarde. Sacó un casco del maletero y me lo tendió. Era de color negro mate. Aburrido. Sin vida. Se me pasaron mil preguntas por la cabeza. ¿Iba a morir? ¡Joder! Además, estar tan cerca de alguien a quien detestaba me ponía nerviosa, pero intenté serenarme. No quería caerme de la moto, ni morir en manos de mi odioso vecino.

—Sujétate bien —añadió antes de acelerar.

Al primer acelerón, no pude evitar cogerme de su cintura y apoyé la cabeza entre sus omóplatos. Pero como había leído en una revista —y porque era una orgullosa de manual—, reuní toda mi fuerza de voluntad y me situé de tal manera que cargué todo mi peso sobre la parte más centrada de la moto. No quería desequilibrarlo. Ni estar demasiado cerca de él.

Recorrimos las calles de Barcelona. La tensión, en algún momento que desconozco, se convirtió en satisfacción. Me olvidé de todo. Me olvidé de quién era y con quién estaba. Por primera vez, inconscientemente, estaba tratando de ser feliz, no perfecta. Cerré los ojos contra el viento. Me sentía diminuta entre tanto tránsito y personas con un rumbo fijo. Quise sumergirme en la magia de aquel instante.

Tardamos apenas diez minutos en llegar al instituto. Cuando vi cómo se alzaba ante mí la fortaleza de paredes color hueso se rompió la magia del momento. Suspiré tristemente.

Noel aparcó la moto más lejos de lo que habría esperado. Supe de inmediato por qué lo hacía: no quería que nadie me viera con él. Y, en ese instante, al contrario de lo que todos se habrían imaginado, no me sentí mal.

Bajé de un salto y le entregué el casco. Sabía que él dejaría que yo entrara primero a clase para que nadie supusiera que habíamos llegado juntos. Así que comencé a caminar hacia las puertas de hierro. Y, antes de que pudiera lanzarme a correr a través de ellas cuando vi que la directora no estaba, Noel me llamó.

—¡Lena! —Me giré, con la garganta en la boca y el corazón yéndome a mil por hora—.

Gracias.

Creo que ese día Noel empezó a agrietarse, dejando ver cómo era realmente. Cada cual lucha con sus batallas interiores. Yo no era quién para discutírselas.

Solo pude sonreírle apenada. Me giré y me fui corriendo.

Me apresuré a llegar a mi clase. Justo tocó el timbre de la segunda hora cuando me lancé de cabeza, metafóricamente, hacia mi mesa. Delante de mí estaba sentado Oliver. Puso morritos de disgusto cuando me vio, sacó una lima de uñas del estuche y comenzó a hacerse la manicura. Se quería hacer el interesante.

—Anda que me has avisado de que no vendrías a buscarnos —dijo al rato, confirmando mis sospechas. Estaba molesto.

Tragué aire varias veces. Mis pulmones quemaban del maratón que me había pegado hasta allí.

—Me he quedado encerrada en el ascensor —protesté.

—¿Y el móvil...?

—Sin cobertura —añadí.

Lancé una mirada a mis compañeros, quienes no habían advertido que yo había llegado. Solía pasar desapercibida. Oliver abrió mucho los ojos.

—¡Pues vaya coñazo!

—¿Qué te tengo dicho, Oliver? —Le lancé una mirada desaprobatoria.

—*Cojonazo*.

—Mejor.

—¿Estás bien? —Asentí—. Y yo que pensaba que querías deshacerte de mí.

—Sí. Es que eres como un lunes.

—¿Como un lunes? —preguntó sorprendido.

—Nadie te quiere.

Una sonrisa burlona se deslizó por su rostro ante mi comentario sarcástico.

—¡Ya sabes utilizar la ironía! Te he enseñado bien.

El corazón se me paró cuando él apareció por la puerta. Noel. No dejaba de pasarse la mano por el cabello y se mordía el labio nervioso. Buscaba algo con la mirada. Y, entonces, encontró la mía. No pudimos evitar hacer la misma mueca. Sinceramente, me parecía un recuerdo muy lejano lo que había pasado hacía apenas minutos. Y, por su mirada salvaje y triste, intuí que ese recuerdo quedaría entre nosotros y las cuatro paredes metálicas del ascensor.

Nadie sabría jamás que Lena Rose y Noel Martín habían compartido un espacio de tres metros cuadrados durante casi una hora. Menos que él me había llevado en su moto. Ni que lo había ayudado con su pequeña aversión a los espacios cerrados.

Ese recuerdo sería de él y mío. Y, seguramente, el tiempo lo acabaría borrando.

—Bien. Y ahora que estoy aquí, ¿y tu primo? —Salí de mis cavilaciones mientras me ponía bien el gorro blanco que llevaba.

Necesitaba empezar otra conversación cuando me di cuenta de que Oliver me estaba observando curioso.

—No sé, supongo que...

El sonido de una puerta abriéndose y cerrándose lo cortó. Todos nos sentamos a la vez, en silencio y esperando ver qué sucedía. La tutora entraba, meneando sus caderas, presumida. Su piel pálida sujetaba un archivador plateado. Y detrás de ella... ¡Por el amor de mi madre! ¿Qué belleza estaban viendo mis ojos? Ambos se situaron delante de toda la clase. Los alumnos se callaron sorprendidos.

—Buenos días. —Toda la clase saludó a coro—. Bien. Les presento a un nuevo alumno, Alek González. Espero de todo corazón que se comporten y lo ayuden como a uno más de la familia. —No pudo evitar dirigir su mirada a Noel, lanzándole una advertencia invisible.

Alek sonrió. Joder. ¿Eso era lo que llamaban atracción a primera vista? Jamás había creído en el amor a primera vista. No podías enamorarte si no lo conocías. Pero atracción... Sí. Me mordí el labio nerviosa.

—Deja de babear, tía. Mancharás el suelo y no tenemos fregona, que estamos en crisis. —Oliver me dio un codazo en las costillas.

—Serás imbécil —murmuré entre dientes.

Hice de tripas corazón y guardé mis pensamientos en una caja fuerte en mi cerebro. Lena Rose no estaba para distracciones, menos para obsesionarse con alguien.

Siempre había creído que el amor es para los que aman el caos. Yo era la persona más organizada del mundo.

Así que ese año no podía permitirme pensar en nadie más que no fuera yo misma. Y menos, enamorarme.

El karma no existe, ¿verdad?



Noel Martín

Lo cierto es que siempre me había dado miedo ser yo mismo.

Me había acostumbrado a la falsedad. Las comisuras de mis labios solían alzarse dibujando una sonrisa salvaje, afilada. Y así me autoengañaba, porque no quería ver cómo todo a mi alrededor se desplomaba.

Hacía frío. Un escalofrío me recorrió toda la espalda cuando ella se sujetó de mi chaqueta. Noté su aliento en mi nuca. Se me puso la carne de gallina. El viento iba en nuestra contra. Golpeándonos. Despeinándonos. Nervioso, no pude evitar acelerar la moto.

Joder. Ella podía arruinarme para siempre. Lena era un problema.

Por ella acababa de romper la primera de mis reglas: «No hablar con los pringados». Era consciente de que la pelirroja me había ayudado con mi claustrofobia a pesar de ser un gilipollas. Y, aun sabiendo eso, volví a ponerme mi puta máscara de indiferencia, la de monstruo.

Se me escapó un pensamiento en forma de grito ahogado: «Me cago en la puta».

Al llegar al instituto Rodoreda, decidí aparcar a varios metros del centro. El nudo del pecho apretaba cada vez más. Quería entenderme, pero no pude evitar hacerme un montón de preguntas por lo que acababa de pasar. ¿Y si nos veían? ¿Y si la gente hablaba? ¿Y si lo perdía todo? «¿Y si...?» era la pregunta más peligrosa que una persona se podía hacer. Destruía. Cogí aire, intentando calmarme. No. Ni hablar. No volvería a romper ninguna de mis reglas, me lo juré internamente.

Lena bajó de un salto de la moto. Sus iris esmeralda me observaron y, entonces, asintió con la cabeza. Me apoyé en el sillín de la moto, con los brazos cruzados y la mirada altiva. Y, aun así, el corazón me martilleaba sonoramente en el pecho. Por ella. Por su culpa. Joder con la pecosa.

Lena comenzó a caminar, sus piernas cortas intentaban dar grandes zancadas para llegar

pronto a clase. Quería alejarse de mí.

«Eres un jodido monstruo», dijo la voz de mi cabeza.

Me aguanté las ganas de gritar. Tenía que ser fuerte, dejar de sentir. Los sentimientos solo anulan a las personas, y yo no quería eso. Sin embargo, algo en mi interior intentó luchar contra ese pensamiento:

—¡Lena!

Ella se giró.

—Dime.

—Gracias.

Sé que lo entendió todo, y también sé que mis ojos se humedecieron. Me quedé varios minutos sentado en el sillín de la moto, con la mente en blanco.

Las puertas del instituto se alzaban como dos gigantes a punto de lanzarse en una batalla. *Intimidantes* era la palabra perfecta. Respiré hondo y comencé a caminar hacia ellas, a paso ligero y con una espina clavada en mi interior. Inspirar. Espirar. Inspirar. Espirar. Parecía tan sencillo... Pero me asfixiaba.

Me mordí el labio cuando me adentré en el edificio. La luz tenue iluminaba los pasillos llenos de taquillas diminutas y vitrinas cristalinas; allí dormitaban los trofeos y premios que había obtenido el instituto Rodoreda en los últimos años. Como siempre, me paré enfrente de una vitrina que conocía demasiado bien. Una fotografía en tonos sepia adornaba el estante superior. Un destello de nostalgia me sacudió.

Ese año había sido el primero en que habían admitido a chicas en el equipo de básquet del instituto. Y, a pesar de que había habido muchísimas quejas por parte del equipo masculino, en esa foto todo el mundo sonreía con satisfacción. Sobre todo, él.

Leo Martín.

«Por un mundo donde seamos socialmente iguales, humanamente diferentes y totalmente libres», me repetía cuando le preguntaba por qué se unía a las manifestaciones del 8 de marzo; por qué iba a recoger firmas para que las pocas chicas que quisieran pudieran participar en el campeonato de básquet junto al equipo masculino; por qué se peleaba con Pablo, nuestro padre, cuando él no hacía nada mientras nuestra madre lo hacía todo.

«Debemos apoyar su causa, pero jamás tomar el protagonismo de su lucha», acababa diciendo siempre.

Suspiré. Leo luchaba en contra de las injusticias. Así que cuando terminó bachillerato, tuvo la oportunidad de irse a estudiar Trabajo Social a Francia. Él aceptó. A mí me abandonó. Me mordí la lengua. No lo entendía. Jamás lo haría. ¿Por qué había decidido irse del país dejándome solo en ese ambiente familiar catastrófico? ¿Por qué ayudaba al resto pero a mí no?

Él había sido la calma antes de que se incendiara mi mundo. ¿Lo quería? Sí. Cada jodido día de mi vida. ¿Lo odiaba? También.

—¿Recordando viejos tiempos, Noel?

Me giré abruptamente. Me encontré con unos ojos ciegos, los cuales parecían saber más de mí que yo mismo. Luciano Mafteiu, un hombre rumano de mediana estatura, era mi profesor favorito de Historia, y del mundo. De hecho, era mi tercera persona favorita, después de Cristian y mi hermano.

—Estate quieto, *Sherlock* —renegó tirando de una correa escarlata.

Un perro enorme de raza labrador no dejaba de mover la cola, dando pequeños latigazos a sus piernas delgadas pero firmes.

Sherlock había acompañado al hombre desde que comenzó como profesor de Historia en el instituto Rodoreda. Él mismo me había contado que el alumnado se había quedado con la boca abierta: ¿una persona invidente enseñando junto con un perro guía en un aula? Parecía casi imposible. Luciano había nacido ciego y no podía ver, pero sí que miraba. Nos conocía a todos.

—No ves la hora de irte de aquí, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—Aunque estés en silencio, lo estás gritando a los cuatro vientos. —Abrí la boca para responder—. No. No puedo verte, pero tú mismo no dejas de enviar señales.

—Señor Mafteiu...

—Noel. —Se acercó a mí y me puso su mano callosa en mi hombro—. Sabes perfectamente que tu único límite es tu mente. Te lo digo siempre.

—Ya...

—Si yo pude con todo, tú también puedes.

Asentí sin creérmelo del todo. Me habría gustado ser como Leo, mi hermano; como Luciano. Fuerte y valiente.

«¿Tú? ¿Fuerte y valiente? Lo que eres es patético.»

Aparté el pensamiento intrusivo con el corazón en un puño. No era valiente. No podía con todo. Sin embargo, tenía claro que seguiría luchando para que la gente me respetara y no me pisara. Y, después, me iría lejos de todo aquello que había conocido. Empezaría de cero.

—Anda, vete a clase; llegas tarde.

—Lo sé.

—Y comienza a estudiar el temario de la Segunda República. Tenéis examen sorpresa la semana que viene.

—Ahora ya no es sorpresa... —me quejé.

—Vaya. ¿No serás tú un genio? —preguntó sarcástico.

La sombra de una sonrisa apareció en mis labios.

—Señor Mafteiu, ¿se ha enamorado alguna vez a primera vista? —contraataqué.

—Qué poco original eres, hijo mío. Si te quieres burlar de un invidente como yo, hazme el favor de buscar mejores chistes.

—Lo haré —prometí mientras me reía y acariciaba a *Sherlock*—. Nos vemos en clase.

El nudo de ansiedad que me oprimía el pecho se había aflojado; aun así, seguía sintiendo en

mi interior que alguna cosa iba mal. Que no encajaba. Era un sentimiento recurrente, el de ahogarse una vez y otra, el de pensar que sería mejor no sentir nada.

Entré en clase. Lo primero que hice fue barrer con la vista a mis compañeros, buscándola inconscientemente. Tragué saliva cuando la vi. Me miraba ceñuda, desdibujando las pecas de su rostro. Fueron segundos que parecieron minutos. Me jodió que ella había sido siempre ella, mientras que yo seguía huyendo de mí mismo.

Supliqué al cielo que Lena no dijera nada. Era un egoísta por pensar así, pero no podría haber soportado perder el respeto que me tenía la gente. Quería que todo quedara en un recuerdo que se desvaneciera con el tiempo. Muy en el fondo, supe que jamás podría olvidarlo.

Me senté en mi silla, ensimismado en mis pensamientos. Mi mente seguía recordándome que había perdido. Había roto mi primera regla. Maldije mi cerebro. Había sido débil. Joder. Esperé que nadie se diera cuenta de lo que había pasado.

—Tío, tienes cara de haber lamido limones... —comentó Cristian cuando me senté a su lado.

Mierda, Lena olía a limones.

—¿Qué coño dices? —gruñí entre dientes.

—Nada. Nada.

—Bien.

—Te voy a regalar una lámpara para que guardes tu genio —susurró para sí mismo. Lo ignoré.

Cogí un bolígrafo y comencé a dibujar en mi libreta. Mi nombre, en diferentes tamaños, diferentes colores. Me centré en olvidarlo todo. Prefería seguir matándome lentamente por dentro. Apreté el bolígrafo contra el papel cuando oí la puerta cerrarse, pero no alcé la mirada. Hice caso omiso de los murmullos, de la tensión que se palpaba en el aire. Me negué a estar atento. Hasta que oí ese nombre: Alek González. Hice una mueca de desagrado.

—¿Ese es el chico que me comentaste? —preguntó Cristian.

Asentí. De reojo, vi como mi mejor amigo abría mucho los ojos. Arqueé una ceja sorprendido. ¿Qué le había picado? Puse los ojos en blanco.

—Siéntese en un sitio libre, señor González —comentó la profesora.

Él sonrió y se sentó en el único pupitre libre, que, por cosas de la vida, resultaba ser el que estaba justo delante del de Jolene. Una sensación de celos e inquietud me perforó el vientre. Jolene le dedicó un guiño. Cerré los ojos. El nudo del pecho hizo acto de presencia. Tenía náuseas.

El karma es un invento de la sociedad, ¿verdad?

«Solo si eres imbécil, como tú.»

Perfecto.

Las horas pasarían lentas. Muy lentas.



—Las moléculas de ADN son muy estables en condiciones fisiológicas. Sin embargo, la estructura de doble hélice se puede perder al separarse las dos hebras cuando se alteran las condiciones de pH o se someten a temperaturas superiores a 100 ^{o}C. ¿Quién me puede responder a la siguiente cuestión?: ¿a qué creen que se debe este hecho? —preguntó la profesora de Biología.

Reaccioné como si me hubiera estado hablando en otro idioma, con la boca abierta. No entendía una mierda de lo que acababa de preguntar. Obviamente, todos esperábamos que fuera Lena quien levantara la mano, como siempre. Y para sorpresa de nadie, fue la primera que lo hizo, haciendo espasmos con ansias de responder la pregunta. No obstante, un murmullo de voces sucumbió en el aula cuando Alek también levantó la mano.

—Si me permite, señorita Rose, vamos a dejarle una oportunidad al señor González. —Sus mejillas pecosas se tintaron de rojo. Estaba perpleja—. Si lo desea, señor González, puede contestar.

Tragué saliva enfadado. Si encima resultaría ser listo.

—Bien. Al alterarse el pH o la temperatura, se desorganiza la doble hélice al romperse los puentes de hidrógeno que se establecen entre las bases nitrogenadas en la molécula del ADN. Además, las hebras son más estables, pues los enlaces fosfodiéster son más fuertes.

«Me cago en las farolas que alumbran las tumbas de sus muertos.»

—Perfecto —sonrió la tutora—. A ver si el resto se aplican el cuento y estudian más.

El murmullo de la clase se hizo más presente.

—Bienvenido al instituto Rodoreda, señor González.

El timbre sonó. Las sillas se arrastraron por el suelo, pero yo seguía mirando a Alek con los ojos entrecerrados. Furioso, porque, en el fondo, me sentía mal conmigo mismo.

«Jamás vas a llegar a nada», me advirtió la voz de mi cabeza.

Eso no fue lo peor. Una llamarada de frustración me recorrió por dentro cuando vi lo que estaba haciendo Jolene. Le estaba dando un post-it amarillo mientras le susurraba coqueta. Me mordí el labio.

A pesar de que no quería mostrar mis sentimientos, no pude evitar romperme un poco más.

Sueña, pero no te duermas



Lena Rose

Salí desconcertada del aula. ¿De verdad el primo de Oliver había contestado la pregunta? Me pasé una mano por la frente, perlada de sudor frío. Jamás me habría imaginado que conocería a un chico guapísimo y listo; listo y guapísimo, mejor.

«La cabeza siempre va por delante, y no la tienes que perder», pensé.

La sociedad nos convierte en personas superficiales e injustas. Sin embargo, puedo confirmar que, ciertamente, los chicos astutos y apuestos no son una especie en extinción. Y aunque era innegable que un nudo abrasador se deslizaba bajo mi vientre cuando lo miraba —porque estaba como un tren, tengo ojos—, yo estaba aterrada. Uno de mis sueños estaba en peligro: ¡conseguir matrícula de honor en bachillerato!

En su momento, le había prometido a mi madre que trabajaría muchísimo para obtenerla. Era consciente de que teníamos suficiente dinero para poder pagar una buena universidad, pero eso era gracias a que mi madre siempre se había matado a trabajar y a hacer horas extras. Así que quería demostrarle a ella y a mí misma que podía conseguir una beca por méritos propios.

¡Pero, relámpagos! Alek había resultado ser endemoniadamente inteligente. El pelinegro acababa de mover la pieza de una partida de ajedrez a la que hasta ese momento había estado jugando yo sola. Tenía un maldito rival. Y lo odié.

Cerré los ojos y pegué mi cabeza contra la pared, fría como granizo. Intenté aclararme las ideas, pero seguían revoloteando sin cesar dentro de mi mente. Saboreé la palabra: *rival*. Sabía a limón y a vodka; a chocolate y a menta. *Agridulce* era la palabra perfecta. Alek parecía ser tan pacífico y, aun así, me mareaba la incertidumbre de que se convirtiera en mi contrincante.

—¡Lena! ¡Lena! ¡Lena! —me zarandearon por la espalda.

Mi cabeza, aún pegada a la pared, rebotó contra ella. Dejé escapar un aullido de dolor.

—¡Demonios, Oliver! Qué daño, joder.

A Oliver no le importó mi golpe en la cabeza, donde estaba segura de que comenzaba a

salirme un buen chichón —¿qué esperaba?, ¿que lo escondiera el gorro blanco que llevaba?—, y siguió sonriendo de oreja a oreja. Intenté replicar, pero mis labios se abrieron en un pequeño círculo y no salió ninguna palabra de ellos. Alek había aparecido detrás de él.

—¡Lena! Te presento mi primo. —Puso una mano en su hombro y acercó a Alek delante de mí—. Lena, Alek. Alek, Lena.

Él iba a darme dos besos en las mejillas. Aun así, cansada de tener que dar siempre dos besos, extendí mi brazo y encajé mi mano con la suya. Era una costumbre que había adoptado desde chiquita: si ellos no se daban dos besos, ¿por qué yo tenía que darlos? ¿Por ser mujer? ¿Por una cuestión cultural? Ni hablar. No quería limpiarme rastros de saliva, pintalabios o dar picos accidentales.

Él se incomodó ante mi reacción, pero finalmente nuestras manos encajaron en un golpe seco. La suya era dura y estaba llena de callos que me rasparon mi fina piel. Parecía tan pequeña a su lado... Nos soltamos las manos y nos quedamos observándonos. Tal vez el choque de nuestras miradas fuera un reto silencioso. Tal vez nos estuviéramos colando uno dentro del otro más de lo que queríamos. Y no me gustó.

—Encantado —sonrió.

Abrí la boca, pero de allí no salió nada. Ni una pequeña exhalación. Tenía una batalla interna. Lo miré absorta. Alek era alto y esbelto. Tres pecas descansaban en su clavícula, formando una constelación que me resultó imposible de descifrar. Sus ojos... Joder. Sus ojos avellana, adornados de una fina película de pestañas larguísimas, brillaban más que el hielo bajo los últimos rayos de sol.

Él carraspeó. «Mierda, mierda, mierda...» Debía decir algo.

—Lena Rose.

Joder.

—¿Por qué repites tu nombre, imbécil? —murmuró Oliver mientras ponía los ojos en blanco. Tenía que salir de allí.

—Baño —dije antes de salir corriendo.

—¡Te guardamos sitio en Geología! —gritó Oliver mientras yo volaba hacia el baño.

Entré en el primer cubículo, nerviosa y sudada, a pesar de que era invierno. Solté un gemido de paz interior cuando me senté encima de la tapa del váter. Yo no era estúpida. Era el último año de bachillerato y tenía que centrarme en mi futuro, no en alguien que no fuera yo misma. Respiré hondo un par de veces, salí del cubículo y me repeiné con las manos mi media melena encrespada enfrente al espejo.

—¡Lena! —saludó Nia enfática.

Nia era una sureña de cabellos largos y negros como el carbón. Habíamos coincidido en algunos trabajos grupales. Sus gruesos labios se curvaron en una sonrisa.

—Nena, ¿has visto al chico nuevo? Está para mojarlo con pan —comentó mientras se retocaba la base de maquillaje.

—Es apuesto, la verdad —afirmé al final—. Pero no es oro todo lo que reluce.

Nia frunció el ceño.

—Quiero decir... —A veces se me olvidaba que tenía diecisiete años y que hablaba como una anciana—. Es apuesto. Pero no todo es físico, también debemos tener en cuenta su interior. No lo conocemos.

—Puede ser. Tal vez tenga la polla pequeña, aunque parezca un dios griego. Aunque he visto que tiene las manos grandes, ¿no dicen que esos son los que la tienen enorme?

Me atraganté con mi propia saliva, provocando que Nia comenzara a reírse a carcajadas. Tosí varias veces. Omití la explicación de que los expertos griegos aseguraban que los dioses tenían micropenes.

Pero ¿para qué negarlo? Sí. Me había dado tal sofocón con ese comentario que mi rostro se confundía con el fruto de un *Solanum lycopersicum*, lo que la gente común suele llamar «tomate». Mi mente había reaccionado creando de la nada una imagen de Alek desnudo. Volví a toser. ¿Por qué pensaba en aquello?

¡Si no había llegado ni a tener un primer beso! (Eso si no tenía en cuenta el pico accidental que me di en parvulario jugando a ser Blancanieves.) Pero, para ser sincera, en ese momento tampoco me apetecía intercambiar fluidos líquidos y viscosos de reacción alcalina compleja, también llamados «saliva».

Esperé a que Nia terminara de aplicarse un bálsamo de labios, el cual le dejó un rastro de purpurina rosa (me pregunté si no le molestaba o se lo comía de forma accidental. ¿Tendrían purpurina sus defecaciones?).

Cuando finalizó, ambas recorrimos el extenso pasillo hasta los laboratorios. Yo nerviosa, ella tranquilísima. Nada más poner una mano en el pomo de la puerta sonó el timbre del instituto. ¡Mierda! Di un salto del susto, Nia rio con ganas enseñando los dientes y abrió. ¡Mierda por segunda vez! No se podía llegar tarde a la clase de Geología del viejo profesor Ruiz. Nos lo encontramos con el ceño fruncido, la nariz arrugada y los brazos en jarras.

—¿Cómo osan entrar después de que haya sonado el timbre, jovencitas? —Sus gafas de culo de botella resbalaron hasta el puente de su nariz.

El truco era estar callada y no contestarle.

—Solo ha pasado un segundo, profesor —protestó Nia, ajena a mis pensamientos.

Quise morirme. Estábamos jodidas.

—¿Ah, sí, señorita Izquierdo? —soltó con un tono de voz alarmante, suave pero desafiante.

Nia asintió. Quise meter la cabeza en la pecera que había en una esquina del laboratorio. Con un poco de suerte, me ahogaría antes de que el profesor Ruiz contestara. ¿Cuánto tardaba alguien en ahogarse? Calculé que tenía entre treinta segundos y dos minutos. Primero comenzaría a aspirar líquido, a mi cerebro le faltaría oxígeno, pasando al daño cerebral y la muerte. No era tan complicado, ¿no?

—Bien. Veo que usted, señorita Izquierdo, y su compañera, señorita Rose, tienen muchas

ganas de trabajar.

—Yo... —No me dejó decir nada más.

—¡Examen sorpresa, chicos! Den las gracias a sus compañeras.

Norma número uno: jamás debes contradecir al profesor Ruiz de Geología.

Un alarido de quejidos resonó por todo el laboratorio. Quise esconderme bajo la mesa. Algunas miradas punzantes se clavaron en nosotras, amenazantes y furiosas. Qué buen día se estaba quedando.

Me senté al lado de Oliver. Lo miré de reojo y él, con poco disimulo, se pasó el dedo índice por el cuello. «Te voy a matar», vocalizó. Murmuré una disculpa inaudible. No lo culpaba, yo también tenía ganas de asesinarme a mí misma. El señor Ruiz comenzó a hablar.

—Ya saben que la perfección es una pulida colección de errores. Deben practicar, practicar, errar y aprender —comentó mientras repartía unos folios en blanco.

—¿Va a contar para nota este examen? —preguntó Cristian, acuchillándome con la mirada.

—Obviamente. Así se equivocarán y aprenderán para la próxima —sonrió el profesor. Un hormigueo de pánico se deslizó por mi columna vertebral—. Pero espero que no suspendan, muchachos.

Y, a pesar de ser una chica de excelentes, quise contestarle: «Al que deberían suspender es a usted, pensando que aquí todos somos iguales. Cada persona es diferente y cada cual tiene sus virtudes». Muy a mi pesar, me mordí la lengua.

El examen comenzó. Por suerte, las preguntas no fueron difíciles, al menos para mí. Y eso que odiaba Geología. En cambio, Oliver estaba sudando la gota gorda y su mano temblaba encima del papel, casi arrugándolo. Cuando vi que la silla de atrás se arrastraba, me frustré. Alek había terminado el primero. Dio su examen y salió de la clase.

Bien, era mi turno. Me concentré todo lo que pude para ser la siguiente en entregarlo y así fue. Me levanté, con las piernas dormidas, dejé el examen y salí detrás de él.

Noté como mi corazón se aceleraba cuando lo vi recostado en la pared amarillenta. Me mordí el carrillo por dentro y respiré hondo. Sin duda había sido una extrasístole, un vuelco de mi corazón. Me golpeé con suavidad en el pecho, como si así mi corazón fuera a hacerme caso y a dejar de latir tan estrepitosamente. Pista: no funcionó.

Decidí que la mejor opción era no decirle nada. Quise girarme y salir huyendo. Antes de que pudiera, sus palabras me hipnotizaron:

—No tiene nada de malo sentir miedo...

—Siempre y cuando no te dejes vencer —terminamos murmurando los dos.

Dejé de respirar.

—¿Cómo sabes que es mi frase favorita de Marvel?

Tan solo sonrió. Dos hoyuelos se le dibujaron en las mejillas. «Mierda, ¿dónde has estado toda mi vida?», acallé esos pensamientos meneando la cabeza.

—Oliver, ¿verdad? Te lo ha dicho él.

Negó con la cabeza y señaló mi mochila.

—Llevas un parche del escudo del Capitán América.

—Ah... —contesté inquieta.

—Aunque yo soy más de Iron Man.

«En fin, no todo el mundo puede ser perfecto.»

Antes de que pudiera abrir la boca, Oliver salió del examen con la lengua fuera y maldiciendo todo lo que lo rodeaba. Supe que iría a por mí. Obviamente, acerté. Nada más llegar a mi lado, aprovechando que era más alto que yo, me propinó un tortazo en la coronilla.

—¡Auch! ¿Y eso? —Joder, qué fuerza tenía el bruto.

—¡Me has obligado a hacer un estúpido examen! ¡Te odio! —Varios alumnos giraron la cabeza al oír los gritos—. Ya verás, ya. El que ríe último ríe mejor, y yo no tengo prisa.

—¡No ha sido mi culpa! —exclamé alzando las manos—. No seas rencoroso.

—¡No, no! Sin rencores, Lena. Pero con memoria —me amenazó con un dedo antes de irse a la cafetería, mientras continuaba soltando insultos y hacía aspavientos con los brazos. Era una *drama queen* en toda regla.

Alek y yo lo seguimos. Él levantó las cejas, restándole importancia a lo sucedido, y le sonreí agradecida. Decidí no hacerle caso a Oliver. Estaba convencida de que no había sido culpa mía, sino de la amargura crónica del profesor.

Cuando llegamos a la cafetería, esta estaba llena, así que nos sentamos en el jardín que había detrás, lleno de árboles sin hojas. Aunque el frío calaba hasta los huesos, adoraba esa sensación. Los bancos de madera crujieron cuando nos sentamos los tres.

Alek, Oliver y yo. Éramos tres, como cuando estaba Verónica. Un nudo se me instaló en la garganta. Negué con la cabeza inquieta, debía centrarme en mis estudios. Me perdí entre el sonido de las gaviotas que revoloteaban en el cielo. Saqué un sándwich de jamón serrano y le di un bocado. Oliver y Alek hablaban entre ellos.

—¡Vosotros, pringados! —Los tres dimos un brinco en el banco al darnos cuenta de que se referían a nosotros.

Me giré. ¡Qué frustración! Jolene se acercaba meneando sus caderas en un andar sensual; su coleta se balanceaba, como una serpiente que baila al son de la música. Bella pero letal.

—A ver, raritos... —Su voz era fría como el hielo.

—¿Qué? —gruñó mi mejor amigo al verla.

Jolene puso los ojos en blanco y soltó una gran bocanada de aire, como si la afectada fuera ella. Si al final ella le ganaría a Oliver al premio de dramas. La abeja reina comenzó a sacar una pequeña carta, con muchísima purpurina plateada y tonos negros, y nos la tendió. La cogí y la columpié entre los dedos, asqueada y sorprendida a la vez.

—¿Está envenenada?

—Mira, ojalá. Habría hecho un favor a la humanidad —espetó sarcástica—. Doy una fiesta.

—Felicidades —contestó Oliver en el mismo tono.

Ella cogió aire, armándose de valor.

—Privada. —Lo dijo de forma tan seca que temí por nuestra integridad.

Miré otra vez la carta con atención y la abrí. Escrito allí, con una letra pulcra y en plateado, había una dirección, un día y una hora.

—No debe de ser tan privada si nos estás invitando. —No pude evitar hablar en voz alta. Me gané un empujón de Oliver, que me dijo que me callara.

—En fin... Lo que pasa es que he invitado al nuevo. Alek, ¿verdad? —me contestó sin apartar la mirada del pelinegro. Acto seguido, le guiñó un ojo—. Pero se ha negado a venir porque no conocía a nadie.

—Eh... —repuse.

—Por lo visto, sí que os conoce a vosotros.

—Ah... —Estaba intentando analizar la situación y no lo entendía.

—Estás invitada. Tú y el chino.

—Soy tan español como tú —contestó él enfadado.

Los tres asentimos. Oliver había sido adoptado a los tres años de una pequeña región de Corea del Sur. Después de eso, había vivido toda su vida en Barcelona. Era obvio que era tan español como nosotros.

—Sí. Lo que digas —respondió con indiferencia—. Os espero allí.

Tal como había venido, se fue. Jolene era una ola que se estrellaba y arrastraba todo a su paso, causando destrozos. Oliver y yo nos giramos hacia Alek, esperando una explicación.

—¿Algo que decirnos, primo? —añadió Oliver pasándose una mano entre sus mechones fresa, divertido.

Alek carraspeó y sacó una carta plateada de su bolsillo. Igual que la que me había dado Jolene a mí. Suspiró con desgana.

—Quiere que vaya a su fiesta de cumpleaños.

—¡No me digas! —exclamó su primo. Alek puso los ojos en blanco—. No lo habíamos notado.

—Me he negado porque no conozco a nadie, además de que tampoco me fío de ese bicho. Ha coqueteado demasiado conmigo, y eso que es mi primer día. Y tengo entendido que sale con el chico que nos abordó en la cafetería.

Mi interior dio un pequeño salto de emoción cuando Alek declaró que Jolene era un bicho. A pesar de que a mí me parecía más una *Ixodoidea*, una garrapata.

—No le he dicho en ningún momento que os invitara. Es muy insistente —añadió.

Miré a Oliver. Él era su primo. Él debía decidir qué decir, no al revés. No obstante, como la vida se empeñaba en ser un caos en mi mundo milimétricamente ordenado, terminé hablando yo. Lo cual resultó ser una terrible idea.

—¿Por qué no vamos? —Sonreí.

—¿Tienes fiebre? —Oliver me miraba con el ceño fruncido.

—¡Imbécil! Solo creo que será divertido integrarse un poco con la gente de clase...
—Y así, de paso, nos enteramos de los cotilleos.
Sí. Era una pésima idea.

No hagamos de hoy una noche normal



Lena Rose

«Viernes que te quiero viernes», canturreaba para mí mientras abría la puerta de casa.

El día había sido largo y las pruebas de ajedrez no habían ido del todo bien. Mentira. Habían sido deplorables; habría preferido un «tenemos que hablar» de mi madre. En mayo serían las pruebas nacionales. Si mi compañero Ricky y yo ganábamos, nos iríamos a Dinamarca para el campeonato europeo, y ese día él había decidido perder todas las partidas.

Me quité las botas iridiscentes que llevaba y las coloqué paralelas al mueble; debían quedar bien alineadas. El frío del invierno me había calado los huesos, así que puse la calefacción a tope y me dirigí al pequeño comedor. Tatareaba la última canción que había sacado Buhos, un grupo catalán que adoraba.

Moví las caderas al ritmo de la música mientras cogía un bol de la nevera y me llenaba el plato de *Lactuca sativa*, más conocida como «lechuga». No quedaban muchas cosas en la despensa: un paquete de cacahuetes rancios, tres zanahorias y media cebolla. Tenía que ir a hacer la compra urgentemente. Cuando estaba pensando justo en eso, mi madre entró por la puerta cargada con diez bolsas del supermercado.

—¡Ayúdame! —gritó mientras intentaba cerrar la puerta con un pie.

Fui corriendo a socorrerla.

—¿Has arrasado con toda la tienda? —Chasqueé la lengua al comprobar toda la cantidad ingente de comida y objetos que había comprado—. ¿O tienes pensado alimentar a una manada de rinoceróntidos?

—¿Quién te ha enseñado esas palabras tan extrañas? —refunfuñó mientras terminaba de dejar las bolsas sobre la encimera.

—La curiosidad y el diccionario.

Comencé a cotillear la compra. Una caja de bombones, una botella de champán, un paquete de treinta velas con aroma a vainilla...

—¿Esperas a alguien? —Arqueé las cejas, enfatizando la última palabra.

Cecilia me arrancó las bolsas de las manos.

—¿No te han enseñado a no meter las narices en los asuntos de los demás, hija mía?

Negué con la cabeza.

—Así que dime. ¿Quiénes son tus «invitados»? —No pude evitar decir la última palabra haciendo comillas con los dedos.

Cecilia alzó las manos, rindiéndose ante mi curiosidad.

—¿Invitados?

—Tú dirás; una botella de champán de las caras, velas, bombones de chocolate negro y... —Saqué un paquete de preservativos de la caja y los meneé delante de su rostro—. Una caja de profilácticos.

—¡Dame eso! —gritó mi madre alarmada.

Leí la letra pequeña.

—«Con puntos y estrías para una estimulación extra.» ¿Con estrías? ¡Mamá!

Cecilia se ruborizó y me quitó la caja de las manos.

—Una mujer de cuarenta y siete años también puede mimarse, ¿verdad? —Fue más una afirmación que una pregunta.

Cogió la bolsa con los objetos pertinentes y se fue corriendo a su habitación. Cerró de un golpe la puerta.

—¡Tienes razón!

Otra vez sola, aproveché para coger varias verduras que había comprado y mezclarlas en mi ensalada. Sinceramente, no soportaba la lechuga. ¿Por qué tenía que comer aquello tan insípido? Me senté en el taburete de la encimera y le hinqué el diente.

Comencé a balancear las piernas. Bien. Era la hora. Debía decirle a mi madre que iba a una fiesta. ¿Había esperado hasta el último día para decírselo? Sí. ¿Seguramente me dijera que no porque aún era menor de edad? También. ¿Y ahora, después de cotillear entre sus cosas y coger su caja de preservativos, había menos posibilidades de que me dejara ir? En efecto. Así que tenía que buscar el plan perfecto para que aceptara mi proposición.

Hice una lista mental: podía limpiar toda la casa, aunque lo había hecho hacía dos días a conciencia, con lejía. Podía decirle que era un regalo por todas las buenas notas que sacaba diariamente, a pesar de que sabía que era mi obligación. Podía... Una bombilla se encendió en mi cabeza. ¡Crepes! Córcholis. Sí. Haría su postre favorito.

Terminé mi ensalada rápido y limpié el plato. Estaba poniendo en marcha el lavavajillas cuando Marcos entró en casa y cerró de un portazo. Acto seguido se dirigió a su habitación. Oí como mi madre intentaba entrar y él se negaba a gritos. Me sorprendió bastante, él no solía enfadarse.

—¿Qué pasa?

Nadie me contestó.

Meneé la cabeza, alejando todos los pensamientos posibles: debía centrarme en lo que era importante. Cogí todos los ingredientes para hacer las crepes: 125 gramos de harina, dos huevos, 250 mililitros de leche, 50 gramos de mantequilla, 5 gramos de azúcar y una pizca de sal.

Lo mezclé todo, poco a poco. Vi cómo comenzaba a crearse una masa espesa, color crema. Me mordí el labio ante una idea que tuve: podía llevarle algunas a Oliver y a su primo. Sobre todo, a Alek..., como una ofrenda de paz. «Tú te comes las crepes de chocolate y dejas en paz mi matrícula de honor», pensé. Sí. Eso debería funcionar, pero primero debía convencer a Cecilia para que me permitiera ir a la fiesta. Oí unos pasos detrás de mí.

—Dímelo ya, Lena. Hacer crepes te delata —me sobresaltó la voz de mi madre.

Me puse bien las gafas, que resbalaban incesantemente hasta el puente de mi pecosa nariz, y la observé. Me limpié las manos en el delantal, sudorosa. Bien. Era el momento.

—Es sobre...

—¿Sobre qué?

—Bueno... Yo... —tartamudeé.

—Habla claro, por el amor de Dios.

—Fiesta —solté sin pensar.

«Idiota.»

—¿Fiesta? —Cecilia achicó los ojos, observándome atentamente.

Mierda. Mierda. Mierda. Me iba a decir que no, lo sabía. Cerré los ojos.

—Me gustaría... Eso...

—¿Que mi hija quiere ir a una fiesta? —La sombra de una sonrisa se dibujó en las comisuras de sus labios. Asentí—. ¿Tienes fiebre?

Se levantó y me puso la mano en la frente. Me aparté de inmediato.

—¡Mamá!

—Está bien. Explícame, ¿de quién es la fiesta? ¿Con quién vas a ir? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Hora?

Comencé a anotar todas las respuestas mentalmente. ¿Qué manía tenían las madres de hacer todas las preguntas del tirón?

—Jolene. Oliver. El barrio de Pedralbes. Hoy. A las nueve —solté sin respirar.

Mi madre abrió mucho los ojos sorprendida. ¿Tan raro era que una chica de diecisiete años quisiera ir a una fiesta?

—¿Al barrio de los ricos de Barcelona? Vaya, qué nivel tienes.

—Bueno...

—De acuerdo. Te dejo ir, pero solo una consumición. ¡Y nada de sexo sin protección! No quiero una mini Lena correteando por aquí, ya tengo bastante contigo.

A pesar del comentario despectivo, aunque con cariño, salté de alegría. Sería mi primera fiesta de bachillerato.

—¡Gracias, mamá! —La abracé, ella me devolvió el abrazo y se soltó.

—¡Y quiero que hagas las crepes de chocolate y avellanas! —gritó antes de volver a su habitación.

Terminé de preparar las crepes. Estaba muy satisfecha de cómo habían quedado. Una madre orgullosa de sus bebés. Puse la mitad en un plato y guardé la otra mitad en un túper azul para dárselos a Oliver y a Alek. ¿Cómo le debía decir a Alek que era una propuesta para que dejara mi matrícula de honor en paz? «Seré directa», pensé.

Me recorrió una suave caricia bajo el pecho cuando recordé nuestro encuentro. «No tiene nada de malo sentir miedo, siempre y cuando no te dejes vencer.» Me encantaba esa frase, porque todo lo bueno siempre empieza con un poco de miedo. Y él, en cierta manera, me aterrorizaba.

Fui a mi habitación y cerré la puerta. Esta no era muy grande. Paredes azul clarito, una cama individual y varias estanterías blancas decoraban el dormitorio. Cogí el viejo radiocasete y puse una cinta en él. Comenzaron a sonar a todo volumen viejas canciones de los años noventa. Me sacudió la libertad, la esperanza, la inspiración.

Siempre he pensado que la música son los gritos de lo que el alma calla.

Me hice una coleta desaliñada, cogí de un volantazo a *Nube*, mi agenda, y me tiré encima de mi cama. Me hundí entre las sábanas amarillas. *Hei-Hei*, que dormía encima de mi almohada, se asustó y se escondió bajo la cama. El sonido retronaba entre las paredes. A veces se cierra una puerta y se abre el universo entero. Así me sentía en ese momento. Comencé a escribir en mi diario todo lo que sentía, vomité letras, me desahogué.



Habían pasado minutos, tal vez horas, cuando volví a mirar el reloj. ¡Las ocho en punto! Faltaba una hora para salir de casa e ir a cenar con Oliver y Alek. Habíamos quedado en ir a una pizzería barata cerca de nuestras casas, después cogeríamos un taxi. Dejé a *Nube* apartada y comencé a revolver en el armario. Mierda. No encontré ni una sola pieza digna para una fiesta.

—¡Mamá! ¡Ayuda! —grité desde la habitación desesperada, ganándome varios gruñidos de Marcos—. ¡Necesito ropa! ¡De la tuya tan refinada!

Cecilia vino tranquilamente mientras yo me comía las uñas por el nerviosismo.

—Siempre he sabido que este día llegaría —dijo feliz—. Dime, ¿qué tipo de ropa quieres?

—Ni idea... ¿Qué se suele llevar?

Indecisa, seguí a mi madre a su habitación. Me empezaba a cuestionar si era buena idea ir a la fiesta de Jolene. ¿Y si acababa metida en líos? ¿Y si se marcaban un *Carrie* y me tiraban zumo de tomate encima, simulando que era sangre? Mientras lo pensaba, mi madre abrió el armario de par en par y se puso a sacar vestidos, faldas y blusas blancas. Arrugué la nariz, todo era demasiado oscuro o aburrido. Yo quería colores vivos, alegres y divertidos.

—Tengo todo esto —añadió al final cuando terminó de sacar medio armario.

No me gustaba nada, parecía ropa de la familia Addams. Sin embargo, ir desnuda tampoco

era una opción factible. «Aunque te mueres porque cierto pelinegro te arranque la ropa...» Joder. Sacudí la cabeza quitándome esa idea absurda de la mente.

—Mmm... No sé. ¿No tienes algo que...?

—¿Qué no sabes? No te entiendo, hija —protestó Cecilia.

—Me refiero a algo más colorido.

Mi madre iba a negar con la cabeza cuando alzó un dedo, pensando, y abrió un cajón. Sacó un vestido corto esmeralda con las mangas de campana. Tenía la espalda completamente descubierta. Y, aunque era bastante atrevido para mí, me quedé boquiabierta. Eso sí que fue amor a primera vista. ¡Era una fantasía! Emocionada, cogí el vestido, me lo puse por encima y comencé a dar vueltas sobre mí misma entusiasmada.

—¡Es precioso! ¿Es tuyo?

Mi madre negó con la cabeza.

—Era de la abuela. —Sonrió—. Me lo regaló hace unos años.

—Me quedo con este.

—Ahora, lo importante. —Su sonrisa maquiavélica me asustó—. ¿Te maquillo?

Alcé las cejas. ¡Mierda! No había pensado en aquello. Mi madre amaba el maquillaje. Y su hija, es decir, yo, jamás aceptaba que me utilizara como una muñeca de porcelana. De hecho, no me apetecía que una base de derivado del petróleo me invadiera los ojos. Aun así, pensé que por un día que me pusiera rímel no me volvería ciega, por lo que accedí intranquila.

Después de decidir que era un día especial y ponerme lentillas, me senté en su tocador, Cecilia empezó a maquillarme dulcemente. Ella no dejaba de reírse bajo la nariz. ¿Qué se estaba imaginando?

—Suéltalo —le dije al final, nerviosa. ¿Y si se había dado cuenta de que me había comido su última onza de chocolate negro?

—Así que, ¿has conocido a alguien? —soltó de sopetón.

¡¿Qué?! ¿A qué venía aquello?

—¡Claro que no!

—Haré ver que te creo —contestó mientras me guiñaba un ojo—. En mi época, cuando yo salía era porque tenía un rollete. ¿Cómo lo llamáis ahora? «Follamigos», «amigovios» o algo así.

Los colores me cubrieron el rostro. Comencé a repiquetear con los dedos en las piernas, algo nerviosa.

—¡Mamá! No es así.

—¿Ah, no? ¿Y qué es?

—Tú eres de otra generación. —Moví la cabeza para mirarla, ganándome un aviso de mi madre porque me estaba aplicando una crema extraña en el rostro que casi acaba en mi cabello —. Hoy en día una puede salir sin necesidad de estar con alguien.

—¿Me estás llamando vieja?

—A ver, algo madura sí que estás —añadí sin pensar.

Ella abrió mucho los ojos.

—¡Lena Rose Quilla! —se indignó poniendo los brazos en jarras.

Suspiré al oír mi nombre completo y me disculpé mientras terminaba de maquillarme. Después de varios minutos, los cuales se me hicieron eternos y me sirvieron para repasar por quinta vez la tabla periódica, mi madre acabó. Me alcé y me miré en el espejo. Flipé en colores al verme.

—¿En serio esta soy yo?

—¡Claro! Eres preciosa —sonrió Cecilia mientras me ponía las manos encima de los hombros.

Nos quedamos ambas mirándonos en el espejo. Sus ojos se humedecieron, brillaban. La quería tanto... Ella estaba hecha para volar y brillar con luz propia. Siempre lo había sabido, aunque ella no era consciente.

—¿Qué te pasa, mamá?

—Nada...

—Ya... —No la creí.

—Solo que os hacéis mayores, y yo... Yo también. —Se sentó encima de su cómoda.

Ella era mi refugio; no importaba la edad que yo tuviera, sus brazos siempre serían el mejor hogar que podría tener. Cecilia era valiente y fuerte. Nos hundimos en un abrazo profundo y duradero. Mi madre podía con todo y con mucho más, pero la soledad era su demonio. Su batalla personal.

—Jamás te vas a quedar sola. Lo prometo. —Al separarme, observé sus ojos brillantes como perlas de agua. Le di un beso en la frente.

Me ayudó a peinarme, con una diadema fina y plateada que me retiraba el cabello de la cara. Los mechones se balanceaban en un vals encima de los hombros. Me sentía poderosa, y eso me encantaba.

Me dirigí a mi armario y escogí un abrigo largo blanco que combinaba con mis zapatos plateados de punta, que tenían un pequeño tacón. Miré la hora en el móvil. Faltaban quince minutos para llegar a la pizzería donde había quedado con Oliver y Alek, así que era la hora.

Tenía varios mensajes de mi mejor amigo avisándome de que ya salían de casa. Los leí atentamente.

[18/1 20:32] Oliver Dramas: Ni se
te ocurra llegar tarde si no quieres morir inexplicablemente asfixiada
por una pizza.

Puse los ojos en blanco. Le contesté que ya no podía matarme de esa manera porque había dejado las evidencias en los mensajes. ¿Es que no había aprendido nada de *Mentes criminales*? Le había hecho ver todas las temporadas. Me puse el abrigo, cogí una mochila pequeña con las crepes y decidí irme.

—¡Eres preciosa, créetelo! —me gritó mi madre antes de que saliera.

—¡Tú también! —contesté antes de cerrar la puerta.

Bajé por el ascensor y no pude evitar pensar en Noel y en cómo nos habíamos quedado encerrados en ese ascensor el día antes. Cerré los ojos, intentando olvidar ese recuerdo. Parecía un sueño muy lejano. Dejé de respirar cuando se abrieron las puertas. Por cosas de la vida, él estaba enfrente.

Noté como la piel se me erizaba y el corazón se me aceleraba. Joder, ¿por qué sus ojos brillaban tanto? Vi como entreabría los labios para decir algo. ¡Ni hablar! Nadie me iba a joder esa noche.

—Adiós, Noel. —No pude evitar huir y dejarlo con la palabra en la boca.

Al poner un pie fuera, solté todo el aire que había estado conteniendo. ¿Por qué me había puesto tan nerviosa? Respiré hondo varias veces, reponiéndome, y comencé a caminar.

El barrio estaba colmado de gente que paseaba o salía de trabajar. Me puse unos auriculares inalámbricos y eché a andar al son de *La sortida*, de Sense Sal. El abrigo blanco brillaba bajo las farolas que alumbraban mis pasos. La pizzería no estaba lejos, y mientras tatareaba sin vergüenza alguna —ganándome varias miradas de perplejidad—, empecé a preguntarme qué pasaría aquella noche y creé varios espacios imaginarios en mi mente.

Mis hipótesis, a cuál más extraña, no duraron mucho. Cuando llegué, Oliver y Alek me esperaban de pie en una esquina. Me pasé una mano por el cabello, intentando que el leve viento no me despeinara. A Oliver no le dio tiempo a apagar el cigarro que yacía entre sus labios.

—¡Eso mata! —chillé tan fuerte que algunas personas se giraron a mirarnos.

—¡Joder, tía! Qué susto. —Tranquilo, tiró la colilla al suelo. En realidad, la resignación brotaba de su rostro.

—¡Es que ya tengo pocos amigos como para perder a uno!

—Lo que eres es una tocapelotas, Calabacita —comentó él abrazándose a sí mismo.

—Las pelotas es lo que te cortaré como no dejes de fumar.

—¡Perfecto! —exclamó—. Pero ¿podemos entrar ya? Me convertiré en un yeti. ¡Joder con este frío!

Puse los ojos en blanco. ¡Era obvio que no podía ser un yeti! Alek nos miraba con una ceja levantada, alucinando con nuestras discusiones tan extrañas.

—No puedes parecerte al abominable hombre de las nieves, Oliver. Él mide entre dos metros y dos metros setenta y cinco y es del Himalaya.

—¿Y?

—Tú eres bajito y tienes los ojos chiquitos. Solo os parecéis en que los dos sois más blancos que un huevo.

—¿Algo más? —refunfuñó exhausto. Negué con la cabeza, me sentía ganadora de ese asalto —. ¿Entramos o no?

Asentimos. Una oleada de calor, gracias a la calefacción, nos invadió al entrar. Decidimos sentarnos en el sitio más alejado de la puerta, donde la corriente de aire no podía alcanzarnos.

Delante de mí estaba Alek. Joder. No podía dejar de mirarlo y, menos, cuando se quitó el abrigo. Tuve que apretar los labios para no soltar ninguna frase fuera de tono.

El pelinegro vestía un polo color marfil que resaltaba su piel dorada por el sol. Entre sus cabellos azabaches se reflejaban azules de todas las tonalidades. No pude evitar perderme en su mirada tintada de café y noches de desvelo, en el aro pequeño que se balanceaba en su oreja, en las pecas que descansaban en su clavícula. ¡Rayos y centellas! Casi me clavo el cuchillo cuando apoyé el codo encima de la mesa dando un golpe a todos los cubiertos, que terminaron rebotando en el suelo.

«Donde mandan las hormonas, no reinan las neuronas», decía siempre mi abuela. Vaya, qué razón tenía. Los latidos de mi corazón eran demasiado ruidosos. Me pregunté si él los podía oír.

—¡Eres un desastre! —soltó Oliver, sin filtros.

Alek y yo nos agachamos a la vez, dándonos un pequeño coscorrón en la cabeza. Recogí todos los cubiertos nerviosa y me senté otra vez en mi silla, acomodando mi vestido. «Tierra, trágame, y si puedes escupirme en la otra punta del mundo lo aceptaré.»

Él se aclaró la voz, se disculpó y se fue al baño. Me quedé a solas con Oliver, que me miraba divertido. Cogí la servilleta que había encima de la mesa y comencé a estrujarla entre los dedos. Mi mejor amigo no me quitaba el ojo de encima, me estaba poniendo muy nerviosa.

—¿Qué? —espeté al final. Se rio por lo bajo—. ¡Suéltalo!

—Te palpita cada vez que piensas en él... Y no me refiero precisamente al corazón.

La boca se me desencajó. Un sofocón me recorrió todo el cuerpo.

—¡Eres un puerco!

—Estás cachonda perdidita por él, ¿eh? —Movió las cejas arriba y abajo.

—Es mentira —contesté yo, cada vez más acalorada.

—No pasa nada, Calabacita. Está como un tren, y no lo digo porque sea mi primo.

—No lo niego, pero...

Oliver me cortó.

—Lena, cariño. Estás en todo tu derecho de tener fantasías sexuales con Alek.

—¡Oliver!

—Te doy mi bendición.

—No necesito tu bendición para nada.

—Soy familia suya, Lena. —Se estaba divirtiendo a mi costa—. Así que te la doy.

Puse morritos y crucé los brazos sobre el pecho, malhumorada.

—Mis sentimientos no son de tu incumbencia.

Callamos ambos cuando nos dimos cuenta de que Alek regresaba a la mesa. Respiré hondo cuatro veces hasta que el vértigo comenzó a disminuir. ¡Maldito Oliver! Tener amigos para eso.

—¿De qué hablabais? —preguntó Alek, inocente.

—De cómo a Lena...

—¡De las pizzas! —corté yo.

Justo en ese momento llegó la camarera. Me deshice en mi silla, aliviada. «Nota mental: no volver a perder los estribos delante de un tío, y menos si tu mejor amigo está delante.»

—¡Buenas noches! —comentó una sonriente mujer—. ¿Qué deseáis para comer?

Miré el menú, analizando mi futuro pedido.

—A ver. Una pizza cuatro quesos, una boloñesa y... —dijo Oliver dirigiéndose a mí.

—Yo... Mmm... ¡Una pizza hawaiana!

Todos me miraron mal. Muy mal. No entendí por qué.

—No me miréis así. La pizza con piña está rica.

—Eres una aberración de persona —comentó Oliver—. ¿A que sí, Alek?

Abrí mucho los ojos, molesta e indignada. ¿Por qué se estaba cebando tanto conmigo?

—No metas a tu primo en esta conversación.

—Pero, Lena, cariño mío... —comenzó a decir mi mejor amigo.

Salté de inmediato.

—¿Quién se va a comer la pizza? ¿Tú? Ah, es verdad. Me la comeré yo sola, así que chitón.

Oliver intentó evitar las carcajadas que empezaban a brotar desde su garganta. Era la discusión más ridícula de la historia, como todas las que teníamos. La mujer, con pasos indecisos, se giró y se fue a la cocina. Tanto Oliver como Alek estuvieron un rato metiéndose conmigo, pero yo no pensaba bajarme del burro. La pizza hawaiana estaba rica. Si había gente que mezclaba patatas fritas con chocolate, ¿qué me impedía a mí mezclar fruta con pizza?

Al rato, aprovechando que estábamos los tres solos, sin personas curiosas a nuestro alrededor, comenzamos a hablar de cosas menos triviales, como que estábamos en el último año de instituto. En un momento inoportuno moví las rodillas, las cuales rozaron las piernas de Alek. No pude evitar jadear interiormente. Joder, ¿qué me pasaba?

«Recuerda. Tienes que centrarte en tu matrícula de honor.» Tuve que recordarme por qué estaba luchando por ella. Mi madre se había sacrificado toda su vida, cuidándonos sola y haciendo más horas que un reloj para poder darnos una vida digna. ¡Qué menos que devolverle el favor sacando matrícula de honor y ganando una beca!

Así que era el momento: tenía que dar las crepes. Cogí mi mochila pequeña azul zafiro y rebusqué en su interior. Saqué el túper y lo deslicé por encima de la mesa.

—¿Qué es eso? —preguntó mi mejor amigo.

—Crepes.

—¿Qué es lo que quieres? —siguió preguntando Oliver.

Me mordí los labios, joder. ¿Por qué no colaba?

—Nada. ¿No puedo regalar estas delicias a mis amigos?

El pelirrosa me estaba tirando por tierra mi táctica para aclarar las cosas. No quería parecer una desesperada. ¡Estaba indignada! Me tocaría buscar otro recurso.

—Cariño mío... Sabes que solo cocinas crepes o torrijas cuando quieres algo.

—¿Eso es verdad? —murmuró Alek divertido. La sombra de una sonrisa se pintó en sus

labios rosados.

Puse los ojos en blanco. ¡Estaba quedando como una estúpida!

—No le hagas caso a tu primo. —Estaba muy indignada—. El tinte del pelo le ha matado todas las neuronas.

El aludido me sacó la lengua y guardó el túper en su mochila de cuerdas. Perfecto. Oliver había arruinado mi maquiavélico plan. Me mordí la lengua para no decirle cuatro cosas; para qué quería amigos, si podía tener enemigos tan crueles.

No tardaron mucho más en traernos las pizzas. Salivando por el olor, cogí un trozo y le hinqué el diente. Me deshice por dentro cuando lo saboreé. ¡Eso sí era un orgasmo, y no los de los libros!

—¡Está riquísimo! —exclamé, olvidándome por un momento de mi frustración.

Oliver me miró con los ojos entrecerrados.

—Lena, tú no puedes opinar. Eso no es comida. —Señalaba mi pizza.

Como contestación, le di otro bocado a mi trozo de pizza y le hice una peineta. Comimos durante unos minutos en silencio, mientras oíamos el viento repiquetear en los grandes ventanales y el murmullo de la gente que celebraba que era viernes.

—Había hambre, ¿eh? —Alek rompió el silencio mientras sonreía.

Se le marcaron los hoyuelos en las mejillas. ¡Era adorable! Carraspeé un poco nerviosa ante ese pensamiento.

—Y dime, ¿de dónde vienes? Porque no tienes acento de Barcelona.

Oliver contestó antes de que Alek pudiera abrir la boca.

—Pues mira, Calabacita, no sé si lo sabías, pero nacemos porque antes ha habido una acción que se llama «procrear»; o «follar», si eres menos romántico. Normalmente, es cuando un hombre y una mujer se ponen cachondos y...

—¡Oliver! —grité desesperada—. ¡No se te puede sacar de casa!

Alek rio con ganas.

—Ya lo había entendido, primo. —Mi mejor amigo me sacó la lengua—. Vengo de una ciudad del sur de Cataluña. Aunque nací en un pequeño pueblo de Portugal, mi padre es de allí.

—¡¿Y hablas portugués?! —pregunté emocionada. Él asintió—. ¿Y cuál es tu palabra favorita?

De pequeña, había viajado a Portugal con mi abuela Pilar. Había adorado los callejones repletos de colores vibrantes, los canales y los tranvías. Ese país era un espectáculo de magia y luces.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —murmuró Oliver con los dientes manchados de salsa boloñesa.

Alek no le hizo ni caso.

—Es una frase: *«Não é porque uma andorinha morre que acaba a primavera»*. —Ladeé la cabeza, intentando adivinar qué significaba. Él me leyó la mente—. Significa «que una

golondrina muera no quiere decir que se acabe la primavera». Es una expresión para la esperanza.

Oliver empezó a hacer aspavientos con las manos.

—¡Ya está bien! —protestó—. Cambio de tema, por favor. Esto es demasiado ñoño hasta para mi gusto.

Puse los ojos en blanco.

—Eres un aguafiestas. —Lo fulminé con la mirada mientras daba otro bocado a mi pizza.

—A ver... Primo, ¿has pensado en presentarte a alguna extraescolar? Ahora en febrero abren inscripciones para el segundo cuatrimestre.

—La verdad es que sí —sonrió Alek, mostrando todos los dientes.

Maldita dentadura perfecta. ¿Habría llevado brackets como yo?

—¿Cuál tienes pensada hacer? —le pregunté.

—En mi antiguo instituto jugaba a baloncesto, pretendía apuntarme.

Me atraganté con la piña. ¿Qué? ¿Básquet? ¿Como Noel y Cristian? ¿Con los populares y matones que no tenían cerebro? ¡Oliver y yo éramos personas muertas!

—¿En serio? —La voz me salió aguda.

—Claro, ¿por qué no?

Subí y bajé los hombros, tratando de parecer indiferente.

—¿Lo has pensada bien, Alek? Hay muchos engreídos en ese equipo —comenté sin reflexionar.

—Sé cuidarme solo, Lena. —Su voz era ronca; sensual.

El ambiente subió unos cuantos grados cuando sus ojos se clavaron en los míos. Demonios. Sus pupilas estaban más dilatadas, y yo solo quería morderme el labio. Sin embargo, decidí mantenerle la mirada. No pensaba dejarme empequeñecer por aquello. Fuera como fuera, él y yo habíamos empezado una guerra —que seguramente solo estaba en mi cabeza— por ser los mejores de la clase. Él fue el primero en apartarla. Sonreí sin pensarlo, pequeña victoria para mí.

No quise dar más bombo al asunto. Yo no era nadie para meterme en sus quehaceres o deseos personales. Me moví incómoda en mi asiento. Me sentía idiota. Tal vez me pasaría todo en un pestañeo. Pestañeé. No ocurrió nada, su actitud seguía haciendo vibrar mi cuerpo.

Entre los dos estábamos creando un desastre.

Cuando terminamos la pizza, pagamos y salimos. Fuera hacía un frío de mil demonios, me até bien el abrigo.

—¿Caminando o taxi? —pregunté.

—Taxi siempre. —Oliver era el más vago de todos.

Él odiaba el ejercicio, y si alguna vez íbamos a caminar —que solía ser pocas veces, porque yo tampoco era una chica *fitness*—, se vestía de negro porque alegaba que hacer ejercicio era como ir a un funeral para su grasa y su cuerpo.

Entre los tres, decidimos pagar un taxi para que nos llevara a la dirección que nos había dado

Jolene. Esperamos, helándonos y dando pequeños saltitos. El taxi al final llegó y, lamentablemente, me tocó sentarme atrás con Alek a solas. Oliver se sentó delante (pequeño traidor). No dejé de mover la pierna en todo el trayecto, nerviosa y acalorada. Alek no paraba de mirarme de reojo, riéndose porque yo no sabía estar quieta.

—¿Estás bien? —preguntó al final.

—¿No hace mucho calor aquí? —comencé a abanicarme con la mano.

—Será la calefacción.

—O que estás cachon... —Oliver era un bocazas. Se calló cuando le di una patada a su asiento, ganándome una mirada asesina del conductor.

Aunque según el móvil parecía que el trayecto no era demasiado largo, lo fue. Al ser viernes por la noche había bastante tráfico. Cuando llegamos, bajé de un salto. No pude evitar estar a punto de llorar cuando me dijeron el precio final del trayecto. Parte de mis ahorros habían sido destinados a un taxi. No tuvimos en cuenta que el metro era más barato; qué tontos habíamos sido.

Empezamos a caminar entre casas de lujo llenas de jardines con piscinas y pinos. Algunas de ellas aún estaban adornadas con las luces de Navidad, a pesar de estar a mediados de enero. Cuando comencé a oír la música y los gritos de la gente, la adrenalina recorrió mis venas. ¡Estaba en una maldita fiesta!

Me quedé flipando. Era una casa gigante y blanca por completo. Unos hinchables decoraban el jardín. Miles de luces simulaban ser luciérnagas y brillaban al son de la música, que retumbaba por todo el vecindario. Un montón de serpentinas con purpurina decoraban los arbustos.

Casi todos los jóvenes del instituto Rodoreda estaban allí, bebiendo con vasos de cubatas. Los más osados se bañaban en una piscina climatizada, mientras que otros preferían agruparse en juegos para consumir alcohol más deprisa. Observé a jóvenes amantes que se escondían en los sitios más solitarios mientras descubrían las curvas misteriosas de sus acompañantes. Tragué saliva. ¿Y si terminaba como ellos? Borracha, abrazada a Alek, con sus manos recorriendo mi cuerpo en una danza lenta.

—¡Palurda! —Estaba tan ensimismada con todo a mi alrededor que me asusté.

«Ley de Murphy: cuando aparezca un nuevo problema, debes saber que viene acompañado.»

Y allí estaba Jolene, con un minivestido granate y unos ojos ahumados que me miraban irritantes. Me pregunté qué le debía de haber hecho yo a aquella chica para caerle así de mal.

—Jolene. —No pude evitar sonreír falsamente—. ¡Felicidades!

—¿De verdad? —Ella frunció el ceño.

Empezábamos bien.

—¿No podrías ser algo más amable? —protesté—. Estar enfadada provoca que te salgan arrugas. Y aún eres muy joven, solo cumples dieciocho años.

—Cállate.

—¿Por? —contesté irritada.

Ella me ignoró. Su mirada, rápidamente, se deslizó hacia Alek. Sus ojos, antes fríos, brillaron con lujuria.

—Bien. —Se mordió el labio.

Alek arrugó la nariz en señal de desaprobación. Me enfadé, él no era un objeto que se pudiera utilizar cuando quisiera.

—Muy bien: normas.

—Pero si casi no nos vas a ver el pelo. Hay decenas de personas en tu fiesta. —Me pregunté si Jolene realmente era así de víbora o era un personaje que se había creado. Ella no me hizo caso.

—No estéis donde esté yo; no me miréis; no os hagáis notar. Y durante toda la noche será la única vez que hablemos —murmuró—. ¿Dónde está el chino?

Me giré abruptamente. ¿Dónde estaba Oliver? ¡Oh, no! Fruncí los labios furiosa y maldije por dentro toda su vida. ¡Era un cabrón! Había desaparecido y me olía el por qué: me había dejado sola con su primo.

—Bueno, si lo ves se lo repites —añadió mientras rozaba con el dedo la camisa marfil de Alek—. Obviamente, todo esto no va por ti, cielo.

Él se apartó incómodo. ¿Qué bicho le había picado a esa tía? Encima, ¿no tenía novio? El inadaptado de mi vecino. En un acto de locura, cogí la mano de Alek y tiré de él para llevarlo hacia otro lado. Miré a Jolene y, sin pestañear, le solté lo que pensaba:

—Tampoco teníamos pensado seguir a la bazofia. —Ella se quedó a cuadros—. Adiós, Jolene, disfruta de tu cumpleaños.

La pelinegra no iba a arruinarme esa noche, en la que podría dejar de ser la empollona de la clase. Y yo no quería hacer de ese día una noche normal.

Quería quemar el mundo, y, tal vez, la locura de la noche hizo que apretara más la mano de Alek, quien me devolvió el gesto y sonrió cómplice.

La última oportunidad



Noel Martín

El sudor se escurría por mi frente. Renegué y me la limpié con el antebrazo. Estaba practicando ejercicios de lanzamiento y, a pesar de que era bastante bueno en baloncesto, no metía ni una canasta.

«No sirves ni para eso, inútil.»

Tiré con todas mis fuerzas el balón hacia las gradas y rugí. Me dejé caer de rodillas mientras apretaba tan fuerte los puños que me clavaba las uñas. Solo quería dejar de sentir. Dejar de quebrarme.

¿Es posible que alguien roto se pueda romper más?

—¿Aún sigues aquí? —La voz de Cristian resonó por todo el pabellón. Me sobresalté—. Tienes que prepararte para la fiesta.

Hice una mueca. El día anterior había sido una putísima mierda. Un pinchazo me nublaba los pensamientos; ansiedad: una jaula que te atrapa... Todo iba mal. Había discutido con Jolene, nuestra farsa de hacernos los enamorados no estaba yendo bien. Odiaba que me mirara por encima del hombro, como si fuera poca cosa.

«Trátame bien y te trataré bien; trátame como un juguete y te mostraré cómo se juega», había terminado diciéndole.

Sinceramente, no me arrepentía. Aunque eso de jugar a ser fuerte ya no era tan divertido.

—No pienso ir —gruñí mientras me levantaba del suelo y me acercaba a Cristian.

—¿Por?

—No voy a ser el hazmerreír de la gente. —Me levanté del suelo—. No soy tan gilipollas como todos se piensan.

—¿Desde cuándo crees eso? —Subí y bajé los hombros indiferente—. Espera... ¿Es por la discusión que tuviste con Jolene?

Aparté la mirada, molesto por que Cristian me conociera tan bien.

—Noel.

Puso su mano encima de mi mejilla. La acarició con las yemas de los dedos. Fruncí el ceño, sorprendido por ese gesto.

—¿Qué?

—Estás creando una bola enorme de algo que aún no ha pasado.

—Mentira.

—Déjalo. Respira. Espera. Levántate sin prisas. Inspira. Reponte. La vida, el mundo te espera.

Una sonrisa tímida osciló en su rostro cuando lo miré. Sin embargo, cuando me aparté, sus ojos se oscurecieron; me jodió que hasta su lado oscuro estuviera lleno de colores.

—¿Esa frase no era de una canción de la serie *Pulseras rojas*? —pregunté cambiando de tema.

—Sí. Me gusta ser poético —murmuró Cristian—. En fin, me voy ya. Nos vemos en la fiesta. ¡Y ni se te ocurra no ir, capullo!

No me dio tiempo a despedirme. Hice lo que me había dicho: inspiré y exhalé. Pista: no funcionó.

Fui directamente a las duchas; aún estaban abiertas, pero debía darme prisa. Solo quedaba media hora para que cerraran las instalaciones del instituto. El agua estaba helada; no me importó. Tal vez de esa manera no rompería mi segunda regla: no mostrar jamás mis sentimientos. Tal vez recompondría mi coraza de granizo. Aunque me olvidé de que el hielo también quema.

«Todo irá bien», me mentí.

Me vestí, cogí todo el equipamiento y fui al aparcamiento. Levanté el rostro hacia el cielo, agradeciendo la brisa marina que corría a esas horas. La noche ya había devorado las calles. De hecho, la luna llena acaparaba el cielo, borrando del mapa las estrellas. Recordé las palabras de mi hermano en una noche parecida: «Dicen que cuando la luna está llena es por las miradas que se perdieron buscando una respuesta a los imposibles».

Supe entonces que tenía razón.

Subí a la destartalada moto. Llevaba dos años junto a ella. Era irónico que una pieza de metal me conociera más que la gente que me rodeaba. Me puse el casco negro, arranqué y comencé a recorrer los callejones de Barcelona. Era viernes. Las luces de neón de los pubs empezaban a encenderse; grupos de personas que salían de trabajar se reunían en las terrazas, acurrucadas junto a las estufas; los callejones olían a sal y a mar. Y yo estaba solo con mis pensamientos destructivos.

Decidí ir por el camino largo. No quería pensar. Solo quería dejar de sentir. Aceleré. Recorrí las calles, preguntándome en qué punto estaba de la vida. Aceleré más, hasta que dejé de notar los dedos de las manos.

«No eres suficiente. Jamás lo serás.»

Me mordí la lengua mientras apretaba con los puños el manillar de la moto. Si no era suficiente para los demás, pues sería un monstruo.

Después de media hora conseguí distinguir mi calle. Comencé a frenar pausadamente a varios metros de distancia, no quería que mis padres oyeran el rugido del motor. Miré el apartamento desde la calle. «Bienvenido, otra vez, al infierno», pensé.

Aparqué indeciso. Bajé de la moto e intenté no pensar mucho en cómo sería entrar en casa. Me estaba mordiendo las uñas, esperando el ascensor. Estaba tardando demasiado... Y se abrieron las puertas.

Un destello fugaz salió del mismo. Me quedé de piedra. ¿Era cierto lo que estaba viendo? Lena Rose... ¿De verdad? ¿Maquillada y con un vestido? Joder. No entendía por qué el corazón me latía tan deprisa. Seguro que me estaba volviendo loco. Lena jamás habría ido de fiesta. Abrí la boca, sin saber bien qué decir, pero ella se me adelantó.

—Adiós, Noel. —Esas palabras fueron como un puñal.

Decidí, al final, subir por la escalera, indeciso y enfadado por no haber sido más rápido que ella. ¡Me había dejado con la palabra en la boca! Sin embargo, dejé de pensar en la pelirroja cuando llegué delante de mi puerta. Cogí aire y la abrí.

La tensión en mi casa se podía cortar con un cuchillo. De hecho, era tan afilada que me pregunté cómo aún no había nadie sangrando. Aguanté el aire y me dirigí a mi habitación con pasos silenciosos. Me avergoncé cuando puse un pie dentro, como cada vez que entraba en mi habitación. Era un cuchitril que había sido, anteriormente, un desván. Una pequeña cama —donde se me salían la mitad de las piernas cuando me tumbaba— y un armario eran lo único que lo adornaban.

Me cambié de ropa, necesitaba volver a salir de allí. De esa casa. Me puse una camisa blanca que me había prestado Cristian y unos pitillos negros que me realzaban el trasero. Efectivamente, no hay mejor ejercicio espiritual que mandarlo todo a tomar por culo, y era lo que quería hacer, lo prometo.

Me desordené un poco el pelo. Era mi estilo favorito —el peinado caótico planificado—, y me eché un perfume que guardaba para las ocasiones especiales.

—¡Hijo! —me llamó una voz áspera.

Me tensé inmediatamente, noté los huevos en el cuello, nervioso. Me giré despacio. Mi madre me miraba. Sus ojos ya no brillaban. Su cabello había perdido color. Estaba vacía, como siempre. Odiaba verla así, pero ya no sabía qué hacer.

—¿Qué?

—¿Adónde vas?

—A la fiesta de Jolene —contesté con desgana—. No volveré tarde, lo prometo.

Ella se acercó y me colocó bien el cuello de la camisa. No dijo nada; nunca decía nada. ¿Cómo podía vivir así? Sin sonreír, rindiéndose ante su desgracia. ¿Por qué no luchaba? ¿Por

qué no se divorciaba? Pablo la trataba tan mal... Ella vivía para él, vivía para servirle. Uno de los peores maltratos es el que no te deja marcas en la piel.

—¡¿Dónde está la cena, Montserrat?! —gritaron desde el salón.

Apreté los puños. Las uñas se quedaron grabadas en las palmas de mis manos. Mi madre se hizo más pequeña. La observé, sin ser consciente de en qué momento había envejecido tanto. Siempre sentía impotencia al saber que no podía hacer feliz a alguien que quería.

—No tienes que soportar esto... —susurré.

—Tú no lo entiendes —murmuró ella antes de darme un beso en la sien e irse a servir la cena al cerdo de su marido.

No. No lo entendía. «¿Por qué no me lo explicas?», le había preguntado millones de veces. «Eres demasiado joven para entenderlo», respondía ella.

Me tragué las lágrimas y las emociones. No sentir nada era mucho mejor.

Me puse una chaqueta de cuero, en la que me había gastado todos los ahorros, que me protegería del frío, y abrí el armario. El día anterior había dejado allí un brazalete de plata que había sido de mi abuela paterna. Se lo regalaría a mi falsa novia. Lo guardé en mi bolsillo. No me había dado tiempo a envolver el regalo, ya me inventaría cualquier excusa. Al final, el único propósito de la farsa con Jolene era estar a la sombra de su popularidad.

Salí de casa casi corriendo, sin despedirme de mi madre. Obviamente, menos aún del hijo de puta de Pablo. Me mordí la lengua al pensar en él. Lo odiaba. Lo odiaba demasiado.

Subí otra vez a la moto, con rumbo fijo al barrio de Pedralbes. El trayecto fue rápido, eran casi las once de la noche cuando llegué. Había bastante sitio para aparcar. Aunque, por si acaso, dejé la moto alejada de la fiesta: no quería que al día siguiente fuera un montón de chatarra por culpa de los borrachos de turno.

Fui caminando, respirando una y otra vez hasta que pude esconder todas las emociones que afloraban de vez en cuando.

La música comenzó a sonar, era puro reguetón. Había ido un par de veces a esa casa lujosa y sabía que el portal de la entrada estaba cubierto por una rosaleda de rosas rojas. Decidí coger una para regalársela a Jolene.

Agarré el brazalete con una mano y la rosa con la otra, empeñado en entrar en la mansión, rodear la gran fuente de mármol que decoraba la entrada y encontrar a Jolene. Iba todo perfecto, hasta que sucedió lo inevitable: la primera desgracia.

Dos chicos del club de baloncesto, borrachos como cubas, vinieron corriendo hacia mí.

—¡Al suelo! —gritaron ambos.

Me hicieron un placaje, tirándome. No recuerdo si primero fue el grito y luego el insulto, o al revés. En fin, el karma —que parecía haberme cogido cariño— deseó que me cayera dentro de la fuente llena de roña. Tanto el brazalete como la rosa salieron volando.

—¡Hijos de la gran puta!

Joder. Estaba muy cabreado.

—Venga, tío, enróllate un poco —contestó Aarón, uno de los chicos, tendiéndome la mano para levantarme.

Le di un manotazo.

—Sí, lo que te voy a enrollar es la polla para cortártela, mamón —grité desesperado mientras buscaba el brazalete.

Cuando me di cuenta era demasiado tarde. La joya colgaba de una pequeña alcantarilla fuera de la fuente. Me levanté, resbalándome a cada paso que daba. Olía a agua estancada. Quería vomitar. ¡Joder! Aarón, con sus gigantescos pies, intentó ayudarme, con tan mala suerte que pisó la rejilla de la cloaca y tiró el brazalete dentro de esta. Grité de frustración.

—¡Te mato! ¡Juro que te rajo aquí mismo, hijo de la gran puta!

Cristian, quien acababa de llegar, vino a ayudarme. No pudo evitar soltar una carcajada que enmudeció a todos a mi alrededor. La gente comenzó a hacer fotos con sus móviles. La rabia se hacía más presente. Quise desaparecer, para siempre.

«Eres patético.»

—¿De qué te ríes, gilipollas? —contesté enfadado—. La cosa es seria. ¡He perdido todos los regalos! ¡Y huelo a mierda!

—¡Entonces será mi día de suerte! —aplaudió—. Jolene te dejará y no tendré que fingir que me cae bien.

Entrecerré los ojos, observándolo. Llevaba una camisa blanca, casi toda desabotonada. Su aliento olía a alcohol del barato y perlas de sudor le acariciaban la frente. Fruncí el ceño.

—Hueles a vodka, ¿en qué nivel de borrachera estás?

—No lo suficiente —dijo entre dientes—. Levanta, mamonazo. Vamos a mi casa, que está aquí al lado, y te dejo algo para cambiarte.

No sabía si matarlo o enviarlo a la mierda. Pero el primer paso para perdonar es aceptar que la otra persona es imbécil y que no se le va a quitar. La desesperación comenzó a emerger. La inquietud de perder todo lo que había construido apareció.

«Jamás vas a conseguir nada, no sé ni para qué lo intentas.»

Sujeté la mano a Cristian, que casi me vuelve a tirar a la fuente, y en silencio nos dirigimos a su casa. Tardamos quince minutos. Mi mejor amigo vivía en un ático, con vistas al mar y a toda Barcelona. Al entrar por la puerta principal no pude evitar abrir la boca como siempre hacía. Las paredes blancas, decoradas con cuadros minimalistas y luces con cuencas de cristales, me hacían sentir pequeño. Subimos en el ascensor. Décimo piso.

Miré de refilón a Cristian, que estaba ausente.

—¿Estás bien?

Se sobresaltó.

—¡Claro! Borracho. Pero fenomenal. —Intentó forzar una sonrisa.

Traté de no poner los ojos en blanco.

—Haré ver que te creo. —Se le daba fatal mentir—. ¿Tus padres están en casa?

Negó con la cabeza.

—Están en una cena de empresa. —Dio la conversación por terminada.

Lo seguí hasta su cuarto, tan grande como casi toda mi casa. Tenía las paredes llenas de pilotos de Fórmula 1 y algún que otro cantante, como Harry Styles o Elvis Presley. Una cama extragrande se situaba en uno de los extremos, al lado de un escritorio desorganizado y lleno de apuntes. Si algo no era mi mejor amigo era organizado. Si no hubiera sido por la suerte que tenía en casi todo, haría tiempo que habría perdido la cabeza.

—Coge lo que quieras. Ya sabes...

—Lo que es tuyo es mío —contesté divertido.

—Menos mis nuevos videojuegos, que siempre los rompes.

—¡Pero tío! Eso no se vale —me quejé.

Abrí el armario y me relamí entre infinitas oportunidades de vestirme. Pantalones vaqueros, de cuero y acampanados; camisas de todos los estampados y colores posibles; gorras, sombreros, zapatos, cinturones y gafas de sol. Había de todo. A Cristian le encantaba la moda.

—¿Crees que con los pantalones de cuero se me va a resaltar la chorra? —Reí.

El rubio puso los ojos en blanco.

—No te lo aconsejo si no quieres que vean que en el paquete se te hace bolsa —me vaciló.

Le hice una peineta. Me decidí por unos pantalones chinos de color beige y una camisa, con mangas tres cuartos, blanca. Así se resaltaría el poco moreno que me quedaba del verano pasado.

El baño que daba a la habitación de Cristian era gigante (para variar). Me decidí por el plato de ducha. Quería darme prisa. Entré y, después de manosear todas las cremas habidas y por haber y descubrir cuál era el gel y cuál el champú, abrí el grifo del agua. Salió helada, aunque lo agradecí. Quería despejarme, notar cómo las gotas caían como agujas de hielo en mi piel. Oír el ruido blanco, ahuyentar mis pensamientos intrusivos. Me mordí los labios.

Solo quería dejar de sentir. Como siempre. Y eso también me asustaba.

Salí de la ducha tiritando, me sequé y me dirigí a la habitación con la toalla encima del hombro. Cristian, que se mordía las uñas mientras miraba el móvil, dio un salto al verme desnudo.

—Pero ¡¿qué coño?! ¡Tápate, tío!

—Ves como mi polla no es un cacahuete. —La señalé, orgulloso de ella.

—¡Joder! Tápate, pervertido de mierda.

Bufé, como si no me hubiera visto mil veces en pelota picada. Me puse unos calzoncillos, ofrenda de mi mejor amigo, y la ropa que había escogido. Mientras lo hacía, no dejaba de pensar en lo que pasaría en el futuro. Estaba cagado, porque siempre me ponía en la peor situación, aunque jamás lo admitiría delante de nadie.

—¿Sabes? No sé qué voy a hacer, tío... —refunfuñé—. Jolene últimamente pasa de mí, y ahora mismo no tengo ningún regalo.

Comencé a abotonarme la camisa limpia. Cristian se mordía las uñas y miraba el móvil

distraído. Frunció el ceño varias veces. Me acerqué a él.

—¡Eh! —le grité en la oreja—. ¡Tierra llamando a Cristian!

Se sobresaltó y cerró la pantalla de golpe. ¿Qué estaba mirando? No me había dado tiempo a verlo.

—¿Qué te pasa?

Me senté a su lado. Cristian levantó la vista y negó con la cabeza.

—Nada —contestó ignorando mi preocupación. Se levantó—. ¿Estás listo?

—Emm... Sí, claro —dije indeciso.

¿Qué le pasaba por la cabeza? Casi en absoluto silencio, algo incómodos, regresamos a la fiesta. Eran las doce de la noche pasadas y aún había más gente que antes. Por alguna triste razón, me agobié. Sentí como si todo el mundo me mirara y me juzgara. ¿Habría rulado mi foto tirado en la fuente?

Saqué un cigarro al llegar, siempre me había servido para hacerme el duro. Y para tranquilizarme, porque sabía que la gente me tenía miedo (o asco). Aunque, sinceramente, no sabía ni fumar. Lo encendí y le di una breve calada, intentando no toser. Sin embargo, tosí. Y mucho.

Sobre todo, cuando la vi junto a Alek y Lena. Jolene le rozaba el cuello, sensualmente, con las yemas de los dedos.

Cristian sonrió.

El cigarro se me cayó.

¿En qué mentira estaba viviendo?

Dos pares muy dispares



Lena Rose

¿Habéis tenido alguna vez la sensación de que podéis tocar los olores y los colores?

Levantas la mano y acaricias la brisa marina; palpas las estrellas que centellean al ritmo de las lluvias de enero; hueles la luna, una mezcla de tierra mojada y días cortos de invierno. Todo te cala, haciéndote cosquillas, hasta el lugar más profundo de tu ser. Ese que ni siquiera sabías que existía.

Así me sentía yo en ese momento mientras observaba a Alek. Y también, por culpa del alcohol que había ingerido, para qué negarlo. Ya llevaba dos cubatas y medio. ¿Cómo estaba tan buena esa mierda?

La luz de su mirada chispeaba bajo las farolas mientras hablaba y sonreía:

—Los únicos que te dicen la verdad se llaman «tiempo» y «destino».

Un pequeño hoyuelo se le marcó en el rostro. Negué efusivamente con la cabeza, con el corazón en el estómago.

—El destino no existe.

—¿Por qué crees eso?

—En mi opinión, somos nosotros mismos quienes creamos un camino, a partir de probar y errar. Las personas que piensan que existe el destino es porque se creen incapaces de cambiar el futuro.

Él levanto la cabeza. Lo imité. Millones de estrellas bañaban el cielo.

—De acuerdo —contestó al final—. Tú ganas, pero solo esta vez, señorita Rose.

—Que te lo crees tú. —Sonreí exultante—. Lena Rose siempre gana.

Y pensaba ganar la matrícula de honor. Borracha, pero con memoria.

—Vale, no crees en el destino. Pero ¿crees en la magia?

Su pregunta me pilló desprevenida.

—¿Debería?

Miré de reojo a Alek. Tenía las mejillas rosadas a causa del alcohol. Me pregunté qué debía de tener ese chico que era tan hipnótico. En ese momento pensé que él era un misterio que me habría gustado resolver. Como una partida de ajedrez.

—Mi padre solía decir que aquellos que creen en la magia están destinados a encontrarla.

—¿Y tú crees en ello?

—Yo no creo en la magia, pero sí que existen personas que lo son.

—Personas que son magia... —Saboreé las palabras en mi paladar.

—Dicen que aparecen de repente en tu vida. Sin avisar. Y que te llenan con su brillo.

Lo miré con el ceño fruncido.

—¿Conoces a alguien así?

—Aún no.

—Vaya... —Un nudo de decepción se instaló en mi pecho.

—Aunque hace poco conocí a una chica a la que le brillan los ojos cuando habla y que es feliz con las pequeñas cosas. —Su sonrisa resplandecía—. Estoy casi convencido de que ella pertenece a ese grupo.

Un pinchazo de posibles celos se coló en mi estómago. Me mordí los labios y di otro sorbo al vaso que sujetaba. Jamás había bebido tanto, aunque seguía prefiriendo mil veces los tés de eucalipto con limón que preparaba mi abuela Pilar, y no esa bebida perjudicial para la mente y los secretos.

La fiesta se había desenfrenado hacía horas. No había vuelto a ver a Oliver, así que me había quedado con Alek. Tampoco es que tuviera más opciones. «No hagas como que no te gustaba estar con él...» Cállate, mente.

Habíamos acabado en unos columpios en el patio trasero de la casa, escurriéndonos del ruido embriagador. Nos balanceábamos lentamente, degustando las corrientes heladas del invierno. El vaho salía de nuestros labios cada vez que hablábamos o cantábamos a pleno pulmón las canciones que sonaban por toda la vivienda. Miré de reojo a Alek. Su piel dorada relucía bajo las farolas, donde pequeñas luciérnagas parecían bailar salsa.

Él se mordía el labio pensativo; yo quise que mordiera el mío. Culpemos al alcohol. Di un brinco cuando se levantó, se acercó a mí y me dio un golpecito en la nariz.

—¿Sabes bailar? —preguntó.

Abrí mucho los ojos. La melodía de la versión acústica de *All of Me* de John Legend envolvió el ambiente.

—Si bailar significa que tus pies se enzarcen entre ellos, entonces sí. Sé bailar muy bien.

Me agarró de la mano y tiró de mí como si fuera un simple pétalo al viento. Me quitó mi vaso y lo dejó encima del columpio.

—Que no sepas bailar no significa que no debas bailar —me susurró en la oreja mientras me acercaba a él y me acariciaba la mano.

Mi piel se erizó.

—¿Y esa frase tan célebre de quién es? —Tragué saliva—. ¿Tuya?

—No. La escribió el alcohol.

Alek me cogió de la cintura, suavemente, pegándome a él. Mi pecho chocó con el suyo. Con recelo, posé las manos en su nuca y él las puso alrededor de mi cintura. No dejaba de mover los dedos, trazando pequeños círculos que me removían por dentro. Nos quedamos mirándonos, hipnotizados. Su olor cítrico se enredó en mi mente. Comenzamos a bailar pegados, despacio.

Estábamos solos, escondidos de la multitud. Una parte de mí quería parar el tiempo. Noté como sus dedos largos apretaban más mi cintura, dejando un rastro de calidez. Sus labios estaban húmedos, no pude evitar relamer los míos. Él posó la mirada en ellos. Sus ojos se oscurecieron. Quería que me besara... Él comenzó a acercarse más, pegó su frente a la mía. Sus labios casi rozaban los míos, notaba su respiración.

El corazón me dio un brinco. Fui consciente entonces.

Una sensación de pavor me consumió viva. Qué estúpida estaba siendo. Mi alma se estaba desnudando delante de él. Me sentí frágil, de cristal, y me negaba a aceptarlo. No pude aguantar más, me aparté de sopetón. Alek frunció el ceño.

Mierda, mierda, mierda. La estaba cagando.

—¿Estás bien? —preguntó confundido—. ¿He hecho algo que te haya molestado?

—¡No, no, no! —Me sentí fatal por él—. Solo que estaba pensando que podríamos ir a comer algo, me está rugiendo el estómago. He visto que hay empanadillas en la barra del jardín.

Hablaba demasiado deprisa, atacada de los nervios. Una mentira piadosa no hacía daño a nadie, ¿verdad? Él asintió, no muy convencido. Solté todo el aire que había estado aguantando, sin ser consciente de ello, cuando comenzamos a dirigirnos a la parte delantera.

Unas garras me apretaban el estómago, hundiéndome en mi propia angustia. ¿Qué había pasado? Debía centrarme en los estudios, en mi futuro, en mi vida. Debía centrarme en mí. Me regañé a mí misma, haciendo caso omiso de los latidos feroces que me anulaban los pensamientos. Mi cerebro tenía que estar por encima de mi corazón.

La barra americana, situada en el medio del jardín, estaba en pleno apogeo de gente que iba a rellenar sus copas. Fruncí el ceño, tendría que pasar en medio de todas aquellas personas. Sinceramente, me habría apetecido más que mi madre me tirara la zapatilla.

Codeé entre la multitud para llegar a la barra. Me choqué con algunos compañeros de clase, que me miraron perplejos. Ya sé lo que se preguntaban: qué hacía yo en una fiesta. Pero me dio igual, tenía el mismo derecho a disfrutar de la vida que ellos. Estaba algo mareada, necesitaba comer algo urgentemente si no quería vomitar. Esperé que Alek me siguiera, pero cuando llegué cerca de la barra...

—¡Estás loco, tío! —gritó alguien.

Mi corazón dio un vuelco. Esa voz... Me giré de inmediato, tambaleándome por el efecto del alcohol en mis venas. Sentí pánico cuando la muchedumbre comenzó a apretujarse más, dejándome fuera del circo que se estaba montando.

«¡Que no me toquen!», pensé, a pesar de notar codos y huesos pegados a mi cuerpo menudo.

—¡Deja a un lado tu masculinidad tan frágil!

—¡Repite eso, cabrón! —gritó el otro.

Mierda. Fui consciente entonces de a quiénes pertenecían esas voces. ¡No podía ser! No me quedaba otra, tenía que ir hacia allí. Me acerqué como pude, dando codazos hasta llegar a primera fila. Me gané muchos insultos y miradas afiladas, pero necesitaba hacerlo. Ahogué un grito cuando lo logré. Mi mente, cada vez más embriagada y cero funcional, empezó a volar entre sus rostros.

Alek. Noel.

Noel. Alek.

Joder, se iban a matar.

—¡Alto! —grité sin pensar, situándome en medio de ambos. La gente sacó los móviles y comenzaron a hacer fotos—. ¡¿Qué coño estáis haciendo?!

—Quita, esto no tiene nada que ver contigo —bramó Noel, apartándome suavemente.

Nuestras miradas se encontraron. Sus ojos resplandecían y gotas de sudor caían como perlas por su frente. Noel iba demasiado borracho, debía hacer algo. «Tú tampoco ibas mucho mejor...» Cierto. Pero tenía que hablar.

—Las peleas no sirven de nada, más vale hablar —gruñí a Noel mientras tiraba de su brazo, intentando calmar la situación. Alek parecía desesperado—. Además, la ira es perjudicial para la salud. Provoca un aumento de la presión sanguínea, taquicardias y...

—¡Joder! —gritó alguien—. ¡Cállate ya, pringada!

Una mano tiró de mí, sacándome de ese caos. Solo oía el murmullo de la gente, cotilleando. Al día siguiente sería el chismorreo del instituto, pero en ese momento no me podía dar más igual. ¡Mi amigo estaba en peligro! Intenté soltarme. No obstante, iba demasiado borracha. Una chica consiguió llevarme hasta fuera del círculo, donde apenas había gente.

—¡¿Qué haces?! —Me solté, sin saber a quién me estaba dirigiendo—. ¡Estaba a punto de solucionarlo!

—¿Es que estás tonta, friqui?

Aluciné cuando me di cuenta de quién era.

—Buen momento para aparecer, cumpleañera —refunfuñé haciendo un puchero—. ¡Se van a matar!

Puso los brazos en jarras.

—Joder, tía, mira que eres inocente —contestó Jolene, balanceando su larga coleta—. Sabes que eres más lista que ese guapito pelinegro y mi ex.

O iba más bebida de lo que pensaba, o la chica que me odiaba me acababa de lanzar un pequeño halago. ¿Y acababa de decir la palabra *ex*? ¿Noel era su ex? ¿Mi odioso vecino?

—Pero...

Me tambaleé al intentar volver al corrillo donde seguían insultándose ambos chicos.

—¡Oh, Dios! Vas demasiado borracha, Lena. —La sombra de una sonrisa apareció en sus comisuras.

—Mentira.

—Ya me lo dirás mañana, cuando te levantes con resaca.

—Mentira —repetí.

—Anda, ven.

¿Qué? Ni hablar. No obstante, en contra de mi voluntad, ella me agarró del brazo y me arrastró a un banco que había en la otra punta del jardín.

Me obligó a sentarme, mientras yo seguía discutiendo conmigo misma. ¿Debía levantarme e ir a buscar a Alek? ¿Jolene me asesinaría en ese momento? Todo el mundo estaba centrado en la pelea, no en nosotras. Era un buen momento para darme un golpe en la cabeza y enterrarme viva.

—Esto es un secuestro, Jolene —refunfuñé mientras me cruzaba de brazos y me sentaba en el banco.

—Ojalá lo fuera —protestó ella. Cogió un vaso y me lo tendió—. Toma, bebe.

Solté un chillido.

—¡¿Más alcohol?!

—¡Pero no grites! —Me obligó a coger el vaso y a beber de él—. Es agua, imbécil. No te habías emborrachado jamás, ¿no?

Negué con la cabeza. Era mi primera vez, y la última. Di un trago al vaso, cerrando los ojos y temiendo que realmente fuera vodka, o veneno. De parte de Jolene, todo era posible. Ya me creía muerta cuando me di cuenta de que ella no me había mentido.

—Anda... Sí que es agua. —Estaba alucinada. La popular no quería matarme.

Jolene me soltó un golpecito en el hombro, dándome ánimos y riéndose entre dientes, antes de irse por donde había venido. Más tarde me preguntaría si todo aquello no lo habría soñado. La pelinegra no podía ser una buena persona, ¿no?

Aún bastante borracha, me levanté temblando y me dirigí a la pelea a trompicones. Cuando llegué, observé como la gente comenzaba a dispersarse. En ese preciso instante, una mano me tocó el hombro. Di un brinco. Él me miraba molesto y cabreado. Tenía los ojos apagados y los labios apretados.

—Alek, ¿qué ha pasado? —musité preocupada.

—¡Ese chico está mal de la cabeza, Lena! —Resopló—. Ha llegado gritándome por algo sobre Jolene, o qué sé yo.

—¿En serio? —Estaba estupefacta.

—Y después me ha empujado. Obviamente, se lo he devuelto.

No me lo podía creer. ¿Que Noel había hecho qué?

—¿Os habéis hecho daño?

Él negó con la cabeza.

—No... Lo siento, Lena, pero me iré para casa. Este sitio no es para mí —me comentó Alek

antes de darme un abrazo inesperado.

Estaba a cuadros y me dejó sin aliento.

—¿Qué...? —No reaccioné hasta pasado unos segundos.

—A ver si puedes encontrar a Oliver. —Suspiró—. Cualquier cosa, me llamas.

Me olvidé de decirle que no tenía su número de teléfono. Pero era tarde, él ya se estaba yendo.

—Joder...

Me sentí una completa idiota. Me había quedado sola en esa fiesta. El ánimo se me cayó a los pies y tuve ganas de llorar. En ese momento, una sombra pasó por mi lado, alzando el puño y maldiciendo todo lo que se movía.

—¡Vete a tu jodida casa y no vuelvas!

Fruncí el ceño. Era Noel, ebrio y solo. ¡Ese imbécil me había arruinado la noche por completo! Ni siquiera me había dado tiempo a arruinarla yo misma. No lo pensé ni dos segundos hasta que comencé a apartarlo a empujones.

—¡Eres un cabezón! ¡Un cafre! ¡Un maldito descerebrado! ¡Cobarde!

Yo no tenía fuerza; sin embargo, él estaba perdiendo el equilibrio por el alcohol. Le di un empujón tan fuerte que se tambaleó y cayó de bruces al suelo, quedando semiinconsciente. Y yo... Yo fui detrás de él. Noté como mis mejillas se incendiaban al ver que estaba encima de él. Tragué saliva. Él tenía los ojos cerrados.

—Noel. —Lo zarandeé—. Despierta...

No se movía. Empecé a perder la paciencia. Me quité de encima, arrodillándome a su lado, y comencé a darle golpes en el pecho. Seguía sin moverse.

—¡Oh, mierda! Lo he matado —chillé horrorizada, tapándome la boca—. ¡Soy una jodida asesina!

Miré a todos lados mientras me mordía el labio nerviosa. Estaba histérica, pero se me encendió la bombilla. Tuve una idea, que en ese momento me pareció maravillosa. Corrí hacia la barra de bebidas y cogí un cubo lleno de agua fría, donde antes había habido hielo. Con todas mis fuerzas, lo arrastré hasta donde estaba Noel. Sí, tenía que ser una buena idea. Si no, mi plan B era darme a la fuga a otro país.

Agarré el cubo con todas mis fuerzas y le tiré el agua fría en el rostro. Él se quejó, haciéndose el remolón. La sensación de alivio que me inundó fue maravillosa.

—¡No está muerto! —aplaudí.

No me acordaba de que para sujetar algo necesitas las manos... El cubo impactó en su rostro adormilado.

—¡Joder, me cago en tus muertos!

—Perdón —murmuré—. Al menos no te he matado.

—Pero ¿qué coño haces? —gritó Noel mientras se incorporaba y se quedaba sentado en el suelo.

—Joder, qué mal despertar tienes. Podrías darme la gracias.

—¡¿Por tirarme un cubo en la cabeza?!

—¡Te acabo de salvar la vida!

Él me miró con los ojos muy abiertos, como si yo estuviera loca.

Puse los ojos en blanco. Se levantó, masajeándose el moratón que comenzaba a formarse en su frente. Sus ojos impactaron con los míos, estaban encendidos, como las brasas de un fuego que aún no se ha apagado.

—¿Has visto a Cristian? —preguntó cambiando de tema.

Se apretujaba el puente de la nariz para controlar el mareo que le había provocado el alcohol. Negué con la cabeza.

—Qué hijo de puta...

Le lancé una mirada furiosa.

—¡Su madre no tiene ninguna culpa, Noel!

Hizo oídos sordos y echó a caminar hacia la salida de la casa, trastabillando con cada paso que daba. En ese momento pensé que en mi vida había personas que me habría gustado conocer en otro momento de mi existencia: nunca, por ejemplo.

Él era uno de ellos. Y, aun así, decidí seguirlo.

Las estrellas fugaces también piden deseos



Noel Martín

Sus zapatos repiqueteaban detrás de mí, arrítmicos. Eso se ponía interesante. Y yo estaba histérico. Un ligero mareo se había apoderado de mí. Notaba el cuerpo dolorido, como si un camión me hubiera pasado por encima. Necesitaba alejarme de allí. Esa noche habían ocurrido demasiadas cosas. Saboreé la palabra a regañadientes: *exnovia*.

Un vacío inexplicable había comenzado a aumentar en mi interior. Y eso que siempre habíamos estado juntos por conveniencia; por ser populares juntos. Suspiré. Que éramos lo que había elegido ser era verdad; que por culpa de ello era todo una putísima mierda, también.

—¡No camines tan rápido, córcholis! —gritó con su voz chillona. Reprimí el impulso de poner los ojos en blanco—. Mis piernas no son lo suficientemente largas, un paso tuyo son dos míos.

Echó a correr con sus tacones plateados, como si fuera un pato mareado, hasta situarse a mi lado. Me fulminó con la mirada cuando llegó y me agarró del brazo, haciéndome parar para que ella pudiera coger aire.

—¿Qué quieres, Lena? —pregunté cansado. Lo último que me faltaba era que ella estuviera a mi lado.

—¿Por qué no puedes esperarme? —Jadeante, puso los brazos en jarras.

—¿Y tú, por qué me sigues?

Se mordió los labios, la había pillado. Estaba sola. La miré mejor, su piel estaba lívida. Gotas de sudor frío resbalaban por su frente, embadurnando su rostro de manchas de rímel.

—Verás, no me interesa que Marilyn Manson me rapte esta noche —añadí—. El rímel te ha perjudicado un poco.

Ella se alarmó, pasó una mano por su mejilla dándose cuenta de que tenía razón. La miré de arriba abajo, analizándola. Perfecto, ella estaba bien, así que yo podía seguir mi camino.

Reanudé la marcha, buscando el móvil en mi bolsillo. Joder. ¡Lo que me faltaba! La batería se había agotado y yo no podía volver a casa en moto. No en ese estado de mareo y ganas de vomitar. Repasé mentalmente mis opciones, no obstante, sus pasos arrítmicos me despistaron.

—¿Por qué no puedes esperarme?

—Porque no quiero —le contesté frío.

No lo vi venir. Lena se paró en medio de la calle y alzó las manos. Comenzó a gritar histérica. Estaba dando un espectáculo. ¡Se iba a enterar todo el mundo! Me acerqué furioso a ella y la cogí de los hombros, mirándola a los ojos.

—¿Tan patética soy? ¡Déjame dudarlo, Noel!

—Cállate, joder —le supliqué—. Vas a despertar a todos los vecinos.

—¡Yo no soy quien se ha puesto a gritar en la fiesta! —siguió chillando—. Maldito seas. Que un rayo te parta por la mitad. ¡Qué...!

Joder con la canija. En un arrebato le tapé la boca y la acerqué aún más a mí. Sus ojos color miel me miraban, brillantes y furiosos.

—Estás montando un circo, pecosa —gruñí en su oreja.

Su olor a flores se coló dentro de mí. ¿Y esas repentinas ganas de olerle el cuello? No lo pude pensar mucho porque ella me mordió la mano.

—¡Joder! ¿Eso a qué viene? —contesté enfadado.

Me había dado un buen mordisco. La miré de soslayo. Maldita salvaje. Ella me observaba por debajo de sus largas pestañas. Las pecas se le unían en el puente de la nariz, explotando en un montón de constelaciones sin nombre.

—Dime. ¿Qué quieres? —volví a preguntar.

De un momento a otro, sus ojos se abrieron de par en par. Sus labios empalidecieron, comenzó a temblar, frágil, al igual que las velas cuando suspiras cerca de ellas. Mi corazón dio un vuelco, asustado.

«¿No decías que querías dejar de sentir? Patético.» Intenté parar de pensar.

—¿Lena? ¿Qué pasa? —Le levanté la barbilla—. Habla.

Me lanzó una mirada llena de miedo, como si viera algo que yo no. No lo pudo controlar; yo tampoco. Dio un paso atrás y vomitó todo el alcohol, manchándome todos mis zapatos. ¡Joder! Lo que me faltaba.

Cerré los ojos para no vomitar yo también. Me mordí los labios para no maldecirla. Me aparté de ella y le recogí el pelo mientras le acariciaba la espalda, trazando círculos pequeños con el pulgar para que se calmara.

—Ya está —susurré contrariado. El viento enmudeció mis palabras—. Tranquila.

Ella se levantó, pálida, aún temblando y con los ojos brillantes. Me miró y, para mi sorpresa, le dio un ataque de risa. No entendía nada, ¿qué le pasaba por la cabeza? Pensé que en ese

momento la había perdido; tanto a ella como a mí mismo. Estábamos locos. Arrugué la frente y me crucé de brazos cabreado.

—¡No te enfades! —Me golpeó en el hombro.

Cogió aire, abriendo bien los brazos, y comenzó a caminar. ¿Adónde iba? Intenté armarme de paciencia. ¡Esa chica me iba a volver loco!

—¿Adónde crees que vas? —De dos zancadas me puse a su lado. El mareo del alcohol se me había pasado de golpe—. Lena, no puedes volver a casa así. Deberíamos comprar agua para hidratarte.

No contestó. Ella, ignorándome, se sacó el móvil del bolsillo del abrigo y se puso a buscar algo. Respiré hondo. Estaba perdiendo la poca paciencia que me quedaba.

—¿Sigues viva? ¿O el alcohol te ha consumido?

Lena, por fin, se paró mostrándome la pantalla de su móvil. Arqueé las cejas sin entender nada.

—Estaba buscando en internet, cansino.

—¿Y?

—Según mi querido móvil, tengo entendido que son las tres de la madrugada.

—¡No me digas! —Adiós, paciencia.

—Y por aquí no hay ninguna tienda de veinticuatro horas. —Me mostró la pantalla del teléfono y compuso una amplia sonrisa. Perfecto—. Así que, ¿qué podemos hacer?

—Pecosa, ¿estás hablando de nosotros? ¿Hacer algo juntos? —Entrecerré los ojos. Ella no entraba en mis planes de esa noche.

—¿Te perdiste las clases de cuál es la primera persona del plural?

Qué cansina podía ser.

Cerré los ojos, centrándome en ese instante. De un momento a otro, se me ocurrió una idea. No pude evitar comenzar a sonreír. Iba a ser muy divertido.

—Noel... Me estás asustando —dijo Lena, volviéndose pequeña.



—Hay muchas cosas que quiero hacer en esta vida. Ir a la cárcel no es una de ellas —me contestó preocupada.

—Vamos, Lena, te ayudo a subir. —Estiré una mano, ofreciéndosela—. No será para tanto.

—¿Crees que soy idiota y confiaré en ti? Noel, sabía que la naturaleza no te había hecho muy listo, pero al menos deberías tener una o dos neuronas.

Sus ojos viajaban de un lado a otro de la calle, sus dedos cogían con fuerza las cuerdas de su pequeña mochila.

—Tú necesitas beber agua.

—Pero...

—Yo necesito lavarme los zapatos. —Me giré mirando la enorme valla—. La única opción es entrar en ese parque, donde casualmente hay una fuente.

—¡Pero está cerrado! —Levantó las manos exasperada—. Y la palabra *cerrar*, según la Real Academia Española, significa asegurar con cerradura, pestillo u otro instrumento, una puerta, ventana o lo que sea, para impedir que se abra. ¿Lo entiendes?

Supliqué a quien fuera que estaba en las estrellas que me protegiera de esa chiflada.

—¿Has roto alguna vez una norma?

—Negativo. Las normas son reglas que se deben seguir o... —continuó recitando como si fuera un diccionario.

—¡Entendido! ¡Entendido! —contesté irritado, cortando su monólogo—. Pues aquí te quedas.

Comencé a escalar por la valla. Fue rápido, y en un santiamén ya estaba en lo alto de la verja. Miré hacia abajo, Lena se veía diminuta allí. Tenía el ceño fruncido y la boquita de piñón. Sus dedos, largos como garras, agarraban con fuerza el borde de su vestido.

—¿Cómo está el tiempo allí abajo? —le grité.

Sus labios se arrugaron más.

—¡Por el amor de mi madre! Está bien.

—¿Vas a subir?

—¡Que sí, pesado! —contestó alterada—. Pero antes déjame enviar un mensaje.

Sacó el móvil y tecleó veloz. Pude jurar, por lo poco que la conocía, que le había enviado un mensaje a su mejor amigo. Sería algo así como: «Querido amigo del alma, me despido de ti. Si no vuelvo a mi dulce hogar, di a la policía que fue culpa del inculto, engreído, petulante y fantasma de mi vecino. Diles a mamá y a mi hermanito que los quiero, aunque siguen sin permiso para tocar mis libros. ¡Los vigilaré desde el firmamento!».

Guardó el aparato en la diminuta mochila que llevaba a la espalda y se la colocó bien, se arremangó el abrigo blanco como pudo y comenzó a subir por la valla. Igual había sido una terrible idea. Tuve el instinto de cerrar los ojos, ¡como se cayera de bruces no sobreviviría! No obstante, me obligué a mantenerlos bien abiertos para supervisar. Después de varios minutos de agonía por mi parte, sufrimiento por la suya, llegó a la cima. Se sentó, con una pierna a cada lado y la mano en el pecho.

—¡No puedo creer que me hagas hacer esto! —resolló, haciéndose la víctima.

—Lena Rose, incumpliendo la ley. Eso saldrá en los libros de historia.

La sombra de una sonrisa se dibujó en la curva de mis labios. Estaba siendo muy divertido.

—¡No digas eso! —sollozó—. Solo la incumplo porque tengo que beber agua.

—Ya.

—Es importante beber líquidos, el alcohol deshidrata muchísimo.

—Claro, claro. —Puse los ojos en blanco—. Lo que tú digas.

Lena Rose era demasiada Lena Rose.

—Bien. ¿Y cuál es el siguiente paso? —Su voz era un nudo de emociones.

—Bajar.

—¡Eso ya lo sé, cabeza de chorlito! No se puede subir más.

Lena miró la distancia hasta el suelo, palideció seguidamente. Supe cómo se sentía, insegura. Lo sé porque yo notaba ese sentimiento más de la mitad del tiempo, aunque me negara a admitirlo. Aun así, por primera vez, viéndome en esa situación y después de tantos años, me volví a sentir casi vivo. Fui una estrella fugaz que se encendió y se ocultó tras la luna.

—Te puedo ayudar a bajar —murmuré indeciso.

«¿Qué coño haces?», me pregunté. No lo sabía. La pelirroja abrió unos ojos como platos y agachó la cabeza. No la puedo culpar, mis propias palabras también me habrían sonado extrañas a oídos ajenos.

—¿Cómo?

—Solo tienes que saltar, yo te cojo. No hay tanta altura.

—¿Estás loco?

Me pregunté lo mismo.

«No seas más estúpido de lo que ya eres», la voz de mi cabeza no dejaba de gritarme. Apreté tan fuerte las manos que noté como las uñas se me clavaban. Joder. No podía seguir así. Terminé explotando.

—¡A la mierda todo!

—¿Qué dices? —Dio un bote del susto—. ¿Te has vuelto loco?

—¿Sabes?, hoy me niego a dudar de mis capacidades. —Rocé con mi índice su mentón hasta que alzó el rostro tímida—. ¿Confías en mí?

La diadema que llevaba se le había caído hacia atrás, mechones rebeldes empapaban de fuego su rostro pecoso. El viento no dejaba de silbar entre los árboles. Inconscientemente —y anulado por los restos de alcohol que había en mis venas— le aparté uno de los mechones y se lo situé detrás de la oreja. Sus ojos brillantes me invitaron a soñar. Quise culpar al mismísimo viento por el desorden que provocó ese pequeño gesto.

—¿Confías en mí? —le volví a decir. Le tendí una mano.

Tragó saliva y, extrañamente, asintió despacio. Bajé de un salto hasta el suelo, calculé unos dos metros. Intenté sonreír mientras abría mis brazos para indicarle que ya podía saltar.

—¡¿Seguro que no tienes pensado asesinarme?! —chilló. Una risa histérica brotó de sus labios.

—¡Si hubiera querido matarte, ya lo habría hecho! —respondí.

Acto seguido, tomó aire, cerró los ojos y se tiró. La cogí al vuelo y sentí una descarga en mis brazos. Sus mechones rebeldes me hicieron cosquillas en las mejillas.

Dejé que sus pies rozaran el suelo. Noté como su respiración se mezclaba con la mía y sus ojos me miraban, algo incómoda. Inmediatamente, se soltó de mi agarre. Susurró un inaudible

«gracias» y comenzó a caminar. Puedo jurar que sus mejillas se habían sonrojado un poco; o tal vez fueron las mías. Carraspeé inquieto.

—Ejem... Esto..., Lena. Es por el otro lado.

Hizo un giro completo del cuerpo, como un robot.

—Ya lo sabía —murmuró.

Caminamos en silencio, más pegados de lo que realmente queríamos aceptar. ¿Qué me estaba pasando?

Saboreamos la música de la noche.

Las ranas cantaban sus baladas en el estanque, la luna bailaba en la superficie del agua, el viento removía las hojas de los pinos. Nuestras respiraciones se acompasaron. Pasamos entre arcos de arbustos que se balanceaban; rosales, de donde brotaban rosas tan blancas como el vaho que salía de nuestros labios entreabiertos.

No tardamos en localizar la fuente. Primero, yo me eché un poco de agua en los zapatos, que quedaron empapados. Después, ella bebió un buen trago de agua. Acto seguido, Lena se sentó en un banco que había al lado con las piernas cruzadas, cerró los ojos e inspiró profundamente. Decidí sentarme a su lado, vacilante.

—¿Qué haces?

—Estoy disfrutando del lenguaje del silencio —sonrió.

Sus dientes, pequeños e imperfectos, iluminaron su rostro. Me pregunté cómo lo hacía para que una simple sonrisa suya alumbrara la noche. La odié por ello; yo también quería sentirme vivo. Suspiré.

—¿Qué te pasa? —Me sobresalté. La pelirroja había abierto los ojos y me miraba, con la cabeza ladeada.

«Que quiero desaparecer.»

—Nada —mentí.

—Ya.

—¿Por qué lo preguntas?

—Tienes una mirada muy oscura, apenada, triste, afligida...

Joder. Tragué saliva.

—¡Vale! Lo pillo —murmuré. Me removí incómodo—. No sé qué responder, nunca me habían hecho esa pregunta.

—Responde la verdad.

—Yo... no sé cómo hacerlo.

Lena me cogió de la mano, dándome apoyo. Mis labios se convirtieron en una línea fina. La odié aún más; ¿en qué momento me había quedado tan solo que me tenía que consolar una tía como ella?

—Inténtalo.

Cogí aire. Lo pensé bien... Era la primera persona que me preguntaba cómo estaba. La única

que se estaba interesando y... ¿Podía hacerlo?

—Creo que la peor parte de hacerse el fuerte es que nadie te pregunta si estás bien...

Las palabras brotaron solas de mi interior. Joder. El alcohol aún me hacía efecto.

—¿Y por qué te haces el fuerte?

«Porque sabes que en realidad no vales nada. Eres un cobarde. No eres suficiente.» Cerré los ojos y apreté los puños, odiándome.

—Necesito ayuda, Lena —pronuncié lentamente.

Ella me mostró su sonrisa cuando me ruboricé, incómodo por soltar la verdad.

—No tienes que avergonzarte si quieres ir a un psicólogo. —Me acarició la mano, haciendo pequeños círculos con el pulgar—. No es fácil pedir ayuda, Noel. Pero un profesional te puede ayudar a encontrar una solución. La salud mental es muy importante.

—No me has entendido. —Negué con la cabeza. Ella me miró como si lo hiciera por primera vez—. Necesito... necesito tu ayuda, Lena.

Me levanté desesperado. ¿Acababa de pedir ayuda a Lena Rose? ¿La misma vecina empollona que tanto detestaba y que iba a mi clase? Mierda. Me pasé las manos por el cabello, enmarañándolo. Quise apagar mi cerebro e ignorar el miedo que me estaba consumiendo en ese momento. Quise dejar de sentir.

—Olvídalo —rechisté.

Ella se levantó y cruzó los brazos, mirándome.

—Yo no te puedo ayudar, Noel.

Fue un puñal directo a mi espalda. Me puse nervioso. Ella no entendía nada. ¿Qué iba a saber una tía de sobresaliente y que no decepcionaba a nadie? Las lágrimas amenazaron con salirme, pero me las tragué, como siempre.

—Joder, no lo entiendes.

—Pues no, no te entiendo —protestó fría.

—¡Necesito recuperarlo todo!

«Recuperar a mi familia; volver a ser feliz», pensé. Pero no lo dije. Ella se frotó los ojos con las manos. El vaho escapó de sus labios, creando una nube que se evaporó en el cielo.

—¿Lo dices porque quieres recuperar a Jolene? —Abrí unos ojos como platos. ¿Qué sabía ella de todo eso? Se lo iba a preguntar, pero ella se me adelantó—. ¿Tú la quieres?

Esa pregunta... Me quedé sin palabras. El nudo del pecho se hizo más intenso.

—¿Cómo? —contesté con un hilo de voz.

—¿La quieres, Noel? ¿Estás enamorado de Jolene?

—Yo...

Ella levantó los brazos. ¿Sabía que Jolene y yo estábamos juntos por aprovecharnos de la popularidad de ambos?

—Puedes llamarme inútil en el tema del amor, no te lo voy a negar. También creo que la gente exagera cuando dice que no se puede vivir sin amor, opino que el oxígeno es más

importante.

—No hables si no sabes... —No pude seguir, miré al suelo avergonzado.

—Cuando quieres a alguien, confías en esa persona; cuando quieres a alguien, no la utilizas para tu propio beneficio. Pero Noel... Sé que es cierto que cuando quieres a alguien, no tienes dudas de que es así.

Me volví a sentar, hundí la cabeza entre las manos, escondiendo el escozor de mis ojos. Demasiadas palabras, demasiado rápido. Parecía que mi cerebro en cualquier momento diría basta.

—Ayúdame, por favor. —Me sentía impotente, débil por suplicarle. «Ayúdame a no ser un puto monstruo», quise gritarle.

«Qué patético eres arrastrándote así.» Joder con la voz de mi cabeza.

—Cuando dejes de ser un fanfarrón, un machista y un engreído —protestó.

Me rendí.

—Entiendo... No me quieres ayudar. —Volví a construir mi coraza de indiferencia.

—Exacto.

No fui consciente de que las siguientes palabras se arrastraron por mi paladar furiosas, como si no quisieran salir.

—¿Y si hago que Alek se fije en ti?

Lena se levantó, dio un par de pasos adelante, se quitó el zapato de tacón y me lo tiró. Todo en un pestañeo. Conseguí esquivarlo, pero el zapato pasó rozando mi oreja.

—¡¿Qué coño se te pasa por la cabeza?! —protesté.

No tuve más remedio que ir a buscarlo mientras ella saltaba a la pata coja y se sentaba otra vez en el banco, haciendo un mohín.

—¿Qué creías? ¿Que me iba a rebajar por un hombre? ¡Imbécil!

Debía pensar otra opción. Necesitaba de algún modo salir de todo aquel embrollo. Lena era la más lista de la clase. Me autoconvencí de que por eso le estaba pidiendo ayuda, no porque fuera patético, aunque la voz de mi cabeza no dejaba de repetírmelo.

La cogí del pie y le puse el zapato mientras ella negaba con la cabeza. ¿Qué le podía decir? No obstante, Lena encontró antes la solución. Como siempre.

—Tengo una idea. No puedo hacerte más listo con este cerebro de australopiteco.

—¿De qué?

—¿Cómo de qué? ¡Ah! De prehistórico —añadió cuando se dio cuenta de que no la había entendido. Puse los ojos en blanco—. Aun así, puedo intentar hacerte mejor persona, todo un reto para mí.

—Bien.

—Aunque quiero un buen acuerdo.

Todo aquello empezaba a parecerme una terrible idea.

—¿Cuál?

—Deberás hacer todo lo que te diga. Sin preguntas.

—¡Ni hablar! —exclamé, y me levanté como un resorte.

—Entonces no hay trato. —Sonrió.

¿Qué debía hacer? ¿Aceptar? En ese momento pensé que no me quedaba otra opción. Estaba acabado.

—Bien —dije sin pensar, lanzándome a un precipicio sin fondo.

—Bien, ¿qué?

—Acepto.

No había vuelta atrás. Tal vez, en un futuro, aprendería de nuevo a volar.

—¡Perfecto! —Se levantó y me apuntó con un dedo—. Primer punto para que dejes de ser idiota: no agobiarás ni insultarás a las personas para sentirte superior. Ellas son tus iguales.

—Vale... —Asentí un poco preocupado. Me había metido en la boca del lobo.

—Y puede que me tengas que acompañar a varios sitios. —Sonrió malévola.

—¿Cuáles? —Tragué saliva.

—El trato decía que no podías hacer preguntas.

—Pero...

—Tampoco rechistar. ¿Tendré que hacerte una guía? —se burló. Miró su móvil, eran las cuatro y media de la madrugada. Nos miramos. El alcohol ya nos había bajado a ambos—. Deberíamos irnos, ¿no?

—Claro. —La miré, cuestionándome si debía hacerle la siguiente pregunta. Cogí aire—. ¿Tienes cómo volver?

Ella se mordió los labios, sin saber qué decir. Se cruzó de brazos algo nerviosa. Joder. No podía dejarla allí sola y, total, era mi vecina. Me quejé en silencio, ya podía merecerme el cielo.

—Venga, vamos. Tengo la moto a unos metros de este parque.

Volvió a sonreír y se le iluminó la mirada. La volví a odiar, brillaba con luz propia. Empezamos a caminar hacia la verja.

—Tendremos que saltarla de nuevo, ¿verdad? —Le salió una risa histérica, aunque quería llorar.

Negué con la cabeza. Ella soltó un chillido de frustración. No pude evitar sonreír divertido.

—Hay un agujero en la valla, por ahí.

—¡Mequetrefe! —Me zarandeó—. ¡Pero ¿por qué no hemos entrado antes por ahí?!

Una carcajada real brotó de mi interior.

—Era más divertido verte subir y bajar esa valla. —Sonreí burlón.

Lena me hizo una peineta y salió por el agujero enfadada. No tardamos demasiado en encontrar la moto. Ella subió sin oponerse, le tendí el casco de repuesto. Antes de que se lo pusiera le sujeté la muñeca y me acerqué a su oreja divertido.

—Pecosa, sé que te gusta abrazarme, pero intenta no romperme las costillas —le dije en un ronroneo antes de subirme delante.

—Si no te callas, será el cráneo lo que te romperé.

Me gustaba ponerla nerviosa. Aunque una parte de mí sabía que podía salir muy mal ese juego sucio. Arranqué la moto y aceleré. La brisa marina se arremolinó entre mis manos; esta vez su agarre fuerte provocó que se me pusiera la carne de gallina.

La odiaba. Odiaba que me hiciera sentir algo.

Unas pinceladas salmón anunciaron el amanecer; un día nuevo. Una bandada de pájaros pasó en forma de «V», aceleré. Quise parecerme a ellos, salir volando.

—¡Dicen que dan buena suerte! —gritó Lena a través del viento que nos penetraba.

En mi último suspiro decidí llevarla por el paseo marítimo. Jamás lo había visto tan despejado. Me sorprendí cuando ella apoyó su cabeza en mi espalda. Me transmitió una tranquilidad que jamás había experimentado. En un breve instante, quise sanar las cosas de las que no hablaba.

Intenté imaginarme una vida eterna, pero cuanto más eternos queremos ser, más fugaces nos volvemos. Y, sin pensarlo ni quererlo, ese recuerdo se convirtió en mi estrella fugaz favorita.

Queda mucho por sentir



Lena Rose

La cabeza me iba a estallar en cualquier momento. Los golpes en la ventana eran cada vez más persistentes; yo, más susceptible. En un momento concreto me levanté, arrastrando conmigo la manta de patitos. Si yo tenía que ir a cerrar la maldita persiana, ella venía conmigo; una relación de mutuo acuerdo.

Entrecerré los ojos cuando aparté las cortinas, habría jurado que los golpes que repiqueteaban eran a causa de la lluvia. No obstante, el cielo estaba despejado y los rayos de sol alumbraron toda la habitación, creando sombras imposibles y acentuando los colores exóticos.

Tap, tap, tap.

Miré el reloj de Mickey Mouse que descansaba en mi mesilla de noche. Las tres de la tarde. Me maldije internamente y juré que nunca más bebería tanto. Ya lo decía Mr. Wonderful: «Noches de desenfreno, mañanas de ibuprofeno».

La cabeza me daba vueltas. Lo extraño era que no me doliera cada día al tratar de comprender todo lo que me rodeaba. Aun así, en ese momento necesitaba instalar un botón de *reset* en mi cerebro. Abrí el botiquín que tenía reservado para casos de urgencia bajo mi cama y, para variar, me ahogué cuando intenté tomarme la pastilla.

Tap, tap, tap. ¡Malditos golpes! Me dirigí otra vez a la ventana, furiosa por ese ruido tan molesto. La abrí y entorné la mirada.

—¿Quién se atreve a molestarme un fin de semana? —protesté.

Nadie contestó.

—¡Córcholis! —exclamé cuando un objeto, pequeño y redondo, chocó con mi frente.

Me di cuenta de que había varias bolitas en el alféizar, de un color cetrino que me recordó a los veranos entre pinos y tiendas de campaña. ¿Aceitunas? ¿Quién estaba tirando aceitunas cual Romeo moderno? Miré abajo y me ahogué con mi propia saliva. Allí estaba él. Su piel dorada.

Un lienzo tan bonito que habría enmarcado y situado a los pies de mi cama. Me temblaron las piernas.

—¡Oh, Lena Rose! Dulce como el sol, bella como la luna.

Hice una mueca. ¿Qué le pasaba en el rostro? Ahogué un grito cuando el cuerpo de Alek comenzó a deformarse. ¿Qué estaba ocurriendo?

—El mar es inmenso y el desierto infinito, pero estar contigo siempre es lo más bonito.

Esa voz...

—¿Noel? —casi grité asustada.

Unos pinchazos agudos empezaron a nublarme la vista, mi nombre comenzó a retumbar dentro de mi cabeza. Cada vez sonaba más fuerte. El olor a humedad y a sudor me embargó. ¿Qué demonios estaba pasando?

—¡Joder, despiértate, Lena! Está la abuela Pilar esperándote.

Marcos me estaba dando golpes con una almohada en la cabeza. Mocoso malcriado. Todo había sido un sueño perverso. Giré encima de la cama, quedándome boca abajo. Cogí la almohada que me había lanzado mi hermano y me la puse encima de la cabeza. Marcos me la quitó y volvió a darme con ella.

—¡Que te levantes!

—Me deberían dar un trofeo por tener que aguantar a esta *Eisenia hortensis* —farfullé mientras bostezaba.

—Deja de llamarme «gusano», levántate.

Marcos ya conocía casi todos mis insultos científicos. Me planteé seriamente soltar a *Hei-Hei* y que lo mordiera, aunque era preferible no tener que aguantar los sermones de mi madre sobre la transmisión de la gripe y otras enfermedades. Todo el mundo sabe que los hurones pueden tener la gripe. ¡No hacía falta recordármelo!

—¿Qué hora es? —tartamudeé.

—Las nueve de la mañana.

—¡Quiero dormir! —sollocé.

—Que te levantes. Ah, y límpiate las babas —se burló Marcos antes de irse de mi habitación —. No sé qué debías de estar soñando...

¡Solo había dormido cuatro horas! ¿Por qué me tenían que despertar tan temprano? ¿Porque ya había salido el sol? ¡Como si yo fuera a hacer la fotosíntesis!

Me levanté con un dolor de cabeza inaguantable. Me tomé una pastilla para el dolor y me dirigí deprisa al baño, ocultándome detrás de la puerta para que mi abuela no me viera desde el salón, pues el apartamento no era demasiado grande. En treinta y cinco pasos podías llegar de un extremo al otro.

Ahogué un chillido cuando me miré en el espejo: me había disfrazado de payaso de feria. Unas considerables ojeras adornaban mi preciado rostro. Me desmaquillé con rapidez —recé para que Oliver, el experto en maquillaje, jamás se enterara de que me había ido a dormir

maquillada— y me lavé los dientes. No pude revivir mi cabello, el cual se me había pegado como un nido al cogote por los sudores fríos que me había provocado el alcohol. Intenté hacerme un moño de cualquier forma. Volví a la habitación, me vestí con unas mallas y un jersey de punto de colores y me fui al salón apresuradamente.

—¡Querida mía! —sonrió Pilar al verme—. Ya estaba a punto de ir a buscarte.

Alzó los brazos y estiró mis mejillas.

—Es que ayer salió de fiesta —murmuró mi madre—. Aún dormía.

La fulminé con los ojos, aunque seguramente pareció más una mirada de demente moribunda. ¡Chivata!

—¿Eso es que has conocido a un chico? —exclamó mi abuela emocionada.

—O a una chica —respondí sarcástica.

Mi abuela abrió mucho los ojos. Su mano se dirigió al lado izquierdo, encima de su corazón. ¿Le iba a dar un ataque? Me sorprendió cuando una sonrisa traviesa brotó de sus labios. De reojo observé a Marcos. Se había quedado tan blanco como el papel y se mordía las uñas enfadado.

—Es broma —tuve que aclarar—. Lo de tener pareja, digo.

Pilar dijo palabras sueltas al cielo y se acercó a mí.

—Sé que te da vergüenza, mi vida. Pero no pasa nada por tener pareja a tu edad. De hecho, yo me casé con veinte años.

Hizo el ademán de bailar un vals por la habitación, añorando a su difunto marido. Siempre quise conocer a Leonard, mi abuelo. No obstante, falleció antes de que yo naciera. Mi abuela siempre me había hablado maravillas de él.

Recordé esas tardes melancólicas de tormentas veraniegas y un cubo de palomitas mientras mirábamos los álbumes de fotografías. Pilar solía repetir una sola palabra: *sempiterno*. Siempre supe que para ella esas letras eran tan importantes como respirar.

—¡No me da vergüenza! —refunfuñé—. Hoy en día los jóvenes salimos para divertirnos, para satisfacernos a nosotros mismos.

—Y para hacer *fostureo* —dijo con la boquita pequeña.

—Postureo —la rectifiqué.

—Eso mismo, *pustureo*. Hoy en día no podéis estar sin esos aparatos ni un segundo. Todo el día con el móvil. ¡Os van a salir antenas!

—Eso no es verdad —replicó Marcos, quien hasta entonces se había mantenido al margen de todo aquello.

Pilar lo miró, él le sacó la lengua y acto seguido mi abuela comenzó a reírse.

—Bien, bien, bien. Mis queridos energúmenos, me voy, que tengo que ir a yoga.

—¿Haces yoga? —Estaba asombrada.

—¡No sabéis las maravillas que hacen allí! Nunca me había sentido tan bien abriéndome de piernas.

—¡Mamá! —suspiró Cecilia—. ¡Delante de los niños no!

Pilar puso los ojos en blanco antes de dirigirse a mí. Sus ojos centellearon.

—Espero que me presentes a esa persona especial. —Me guiñó un ojo.

Respiré para calmar el impulso de refunfuñar. ¡Yo quería estar sola! Me despedí de ella en la puerta, con besos sonoros y manchas de carmín en las mejillas. Pilar me hizo prometerle que pronto iría a verla, y así sería.

Cuando se cerró la puerta, mi instinto me pidió que huyera; aun así, no pude ir muy lejos. La voz cantarina de mi madre me llamó la atención. Me giré, con los ojos cerrados y los puños a ambos lados de mi cuerpo, como si hubiera hecho algo malo.

—¿Y bien...? Cuéntame.

—¿El qué? —pregunté inocente, ladeando un poco la cabeza.

—¿Cómo fue la noche?

Tragué saliva.

No podía contarle la verdad: me emborraché, vomité, me colé en un parque cerrado y volví en moto con el hijo de nuestros vecinos estrambóticos. Tampoco es que me hubiera quedado otra opción, pero provocar el fin del mundo no era la solución. Para eso ya existían las teorías de invasiones extraterrestres.

—¡Muy bien! Bailé toda la noche y me fue de fábula —improvisé.

Ella asintió. Supe enseguida que no me creía. Mierda.

—¿Y qué más?

El corazón se me paró. Ella entendió de inmediato que no iba a soltar prenda.

—¿Cómo fue con el chico que te gusta? —Me iba a quejar cuando añadió—: O chica. Aunque, querida Lena Rose Quilla Álvarez, no hace falta que me mientas. Soy tu madre.

—Y parece que también adivina —murmuré flojito para que no me oyera.

Me quedé blanca cuando dijo las siguientes palabras.

—Te vi regresar con el vecino.

Me senté poco a poco en el sofá, esperando la regañina. Ya podía visualizar en los diarios del país: «Apuñalada por su propia familia al descubrir la temible verdad que ocultaba».

—No te voy a matar —contestó mi madre. Lo que yo había dicho, era adivina—. Aunque te voy a dar un consejo: jamás te abandones a ti misma por amor.

—Eso nunca... —repliqué asombrada.

—Una persona puede venir e irse, contigo vas a convivir el resto de tu vida. Quiere, ríe y llora. Vive el momento. Pero jamás dependas de nadie para cumplir tus sueños.

En ese instante no entendí ese mensaje, iba a protestar. ¡Si existía algún sentimiento entre Noel y yo era aversión! El amor de carácter romántico era inexistente, solo era un invento para justificar la soledad que sentía una persona; o eso pensaba.

—Mamá...

—No hace falta que digas nada, confío en ti. —Me abrazó sorprendiéndome.

Por primera vez en mi vida no tuve palabras para describir ese momento de incertidumbre.

Me había quedado igual que un papel en blanco: sin letras para seguir escribiendo mi historia.

Cecilia se tumbó en el sofá y se puso a ver su telenovela favorita y yo, anonadada por aquella conversación tan surrealista, decidí irme a dar una vuelta por el barrio. Así me despejaría. Me vestí con un peto de pana y un jersey naranja. Unas orejeras del mismo color me cubrieron las orejas, protegiéndome así del aire invernal. En un último momento decidí coger a *Hei-Hei*; le puse una correa y salimos a pasear.

Bajé la escalera del patio de vecinos casi trotando, no me apetecía coger el ascensor por si me encontraba a Noel. Me recorrió una sensación extraña por el estómago al recordar la noche anterior. Qué tonta había sido aceptando su proposición de ayudarlo a ser mejor persona. ¿En qué estaría pensando?

Me fui directa a la rambla principal del barrio, que cada sábado por la mañana se adornaba con un mercado muy pequeño. Disfruté al mirar tenderete por tenderete, mientras *Hei-Hei* decidía dejar rastro por todos los árboles y hierbajos que encontrábamos, como si de un perro se tratara.

Una pareja de abuelos observaba y compraba verduras frescas que habrían hecho la boca agua a cualquier amante de las hortalizas; los vendedores no paraban de gritar las ofertas del día. Estuve tentada de comprar dos bolsitas de té negro con aroma a vainilla, pero al darme cuenta de que no quería volverme pobre aborté la misión.

Me quedé pensativa al ver a una mujer uniformada con un pequeño maletín. El estómago me gruñó, cerrándose en un nudo imposible. Quise abofetear y alejar el pensamiento que albergaba en mi interior y que no me dejaba dormir: faltaba medio año para escoger qué estudiar. La dirección de mi futuro. Siendo sincera, jamás había podido entender por qué nos hacían elegir nuestro futuro tan jóvenes. Aun así, comprendí que esos meses que quedaban eran para centrarme en mí misma y perseguir mis sueños.

Eres lo que haces, no lo que dices que vas a hacer.

Intentando olvidar la ansiedad que se anidaba en mi pecho, decidí ir al parque que había a diez minutos de mi casa, allí podría desconectar mejor. Me puse los auriculares y al son de ABBA me encaminé hasta dicho lugar. Me senté en un banco mientras *Hei-Hei* roía varios palos secos y perseguía hojas marchitas. Cerré los ojos, acariciando el silencio como si este tuviera todas las respuestas de mi vida. Comencé a tatarear una de las canciones que sonaban.

—¿ABBA? —preguntó una voz.

Mierda. ¡Había estado cantando en voz alta como siempre! Abrí los ojos y, al ver de quién se trataba, me olvidé de cómo tragar saliva, de cómo respirar. Su piel dorada, sus ojos curiosos... Y encima yo con unas pintas horribles del resacón. Quería esconderme bajo el banco. Asentí con la cabeza, lentamente.

—¿Me puedo sentar? —preguntó con una sonrisa.

Volví a asentir.

¿Qué debía decir? Tenía que ser inteligente. «Lena, piensa, piensa, piensa...», me obligué.

—Te presento a *Hei-Hei*. Es un *Mustela putorius furo*, mide unos cuarenta y ocho centímetros y pesa un kilo y medio. Tiene muy mala vista, su color de piel va cambiando y ama dormir, unas dieciocho horas al día. Su hobby es ser curioso y robar mi ropa interior. —Me sonrojé cuando me di cuenta de todo lo que le había dicho—. Bueno, lo de mis bragas mejor olvídalo.

Alek se rio. Sus carcajadas sacudieron mis entrañas.

—Y llevas calcetines de colores diferentes porque te los debe de haber roído todos, ¿verdad? —añadió divertido.

Bajé la mirada poco a poco. ¡Tenía razón! Mi calcetín izquierdo era naranja con pequeñas borlas blancas. En cambio, el derecho era de un púrpura tan brillante que se podría haber visto de noche. Me sofoqué. ¡Qué vergüenza!

Alek sonrió, no sabía qué contestarle. Estaba siendo un día de lo más extraño. La vibración de mi móvil me sorprendió. Era una llamada que habría sido muy inoportuna, si no fuera porque en ese instante necesitaba una mano para salvar el momento.

—¡Querido Oliver! —contesté dramatizando demasiado—. ¡Qué alegría!

—¡Ya puedes explicarme ahora mismo qué pasó ayer con Noel!

—¿De qué hablas? —Fruncí el ceño.

Oliver gritaba demasiado.

—¡Que os fuisteis solos! Todo el mundo habla de lo mismo y hay fotos de una pelea. ¡Por el amor de tu santa madre! En diez minutos en el Central Pork. —Colgó.

Tragué saliva desconcertada. Mierda, Alek me miró mientras alzaba una ceja.

«Querido destino, intenté esperarte, pero no pude aguantar más para joderlo todo...», pensé.



Dos pares de ojos me observaban.

Me moví incómoda en la silla. Encima, los ovarios me avisaban de que en breve me vendría la regla. Sin ninguna duda, ese día no estaba siendo el mejor. A pesar de que yo había estado hablando sobre *Hei-Hei* durante todo el camino hasta casa, donde dejé a mi querida mascota, y después hablando de gustos musicales hasta la cafetería, Alek solo me había regalado sonrisas modestas.

Sus respuestas eran monosílabas a pesar de mis preguntas; un poco más y me habría quedado sin saliva. Él no dejaba de morderse los labios, un pequeño tic que habría encontrado excitante si no hubiera sido porque tenía ganas de ir al baño de lo nerviosa que estaba.

Oliver me había dicho que todo el mundo estaba hablando de lo mismo. Y, para hacerlo más interesante, había miles de fotos de la noche anterior: Noel dentro de una fuente mojado; Alek y Noel peleándose, y yo gritándole a Noel mientras me iba con él.

¡¿En qué momento había pasado de ser la chica invisible a ser el cotilleo del instituto?! Me apreté el puente de la nariz, intentando no perder la paciencia. Eso parecía un patio de colegio

y no un instituto decente.

—¡No mientas! —volvió a gritar Oliver tras escuchar mi relato—. Me niego a creer que la *nerd* terminara con el popular y no pasara nada. ¡En las novelas no es así!

—Pero no estamos en una novela, querido amigo —respondí.

—Me da igual.

—A mí no.

Alek iba alternando la mirada entre uno y otro, como si de un partido de tenis se tratara. Tenía la nariz fruncida. Parecía tan incómodo como yo.

—Por cierto, primo. Noel es su vecino.

—Ya lo sabe...

—El problema es que no se caen bien. Pero ya sabes, del odio al amor hay un paso —le aclaró, como si no hubiera sido bastante el bochorno de la situación.

—Es del amor al odio, memo —corregí.

—Lo que sea.

—No pasó nada, solo me acompañó a casa —mentí mientras jugueteaba con mis dedos.

Sí que había pasado algo: le había prometido que lo ayudaría. Pero, en cierto modo, sentía que ese secreto nos pertenecía a él y a mí. La luna llena sería la única testigo de lo que había ocurrido entre nosotros. Di un sorbo al café solo que me había pedido. «Demasiado joven para un sabor tan amargo», me había dicho el camarero.

Sin embargo, necesitaba despejarme para poder ser más persona y menos idiota. La jaqueca aún no había desaparecido; las preguntas de mi mejor amigo no me ayudaban.

—¡Claro que pasó algo! —resopló él—. Dicen las malas lenguas que no cogisteis la moto cuando os fuisteis.

—Las malas lenguas dicen muchas mentiras.

¿En qué momento había comenzado a mentir yo?

—Pero las malas lenguas que yo conozco no las dicen —bramó.

¿A quién se refería? Entonces me acordé de que había desaparecido toda la noche. Entrecerré los ojos y lo acusé con un dedo.

—Por cierto, ¿dónde te metiste tú?

Aunque sonara imposible, su piel palideció aún más y sus mejillas se tiñeron de un sencillo tono de vino tinto. Apartó la vista, observando la multitud que deambulaba a través de las vitrinas.

—No es de tu incumbencia, cariño mío —respondió al final con la voz ronca por haber bebido tanto la noche anterior y la mirada perdida.

—Lo mismo te digo, querido Oliver —contraataqué.

Él levantó las manos rendido. Cogí la taza de café para darle un sorbo.

—Está bien. Solo dime una cosa, Lena Rose. —Sus ojos se oscurecieron—. ¿Follasteis?

Me atraganté.

—¡Eso es un sí! —gritó, provocando que la poca gente que había en la cafetería se girara en nuestra dirección.

Escondí la cara detrás de la carta de bebidas, notaba que mi cuerpo se había encendido. Me iba a dar un ataque de nervios.

—¿Qué dices...?

—¡Follasteis! —aplaudió—. ¿Cómo la tiene?

—¡Córcholis! ¡Rayos y centellas, Oliver! —Me ruboricé—. No grites tanto. Ni copulamos, ni intercambiamos fluidos alcalinos, ni nos dimos un abrazo de despedida.

—¿En serio? —Pareció decepcionado.

—Nada de nada.

—¿De verdad de la buena? —Puso morritos.

—¿En serio, Oliver? ¡Pero si tú odias a Noel! —Era irónico.

—¡Pero adoro el salseo!

Me crucé de brazos. No pensaba contarles nada. Comencé a comerme la cabeza... No quería que la gente hablara de nosotros. Yo era muy feliz pasando desapercibida. Menos por las miradas de odio de mis compañeros cuando decía que había deberes. ¡No me juzguéis! Odiaba tirarme horas haciendo los deberes para que después los profesores se olvidaran de que los habían pedido. Los tres nos quedamos en silencio, pensando en nuestras batallas internas.

—Lo siento... —soltó de repente Alek.

Oliver y yo alzamos la vista confundidos.

—Lo siento, Lena. —Se mordió el labio. Sus dedos repiqueteaban nerviosos encima de la mesa—. No supe cómo reaccionar ayer, no tendría que haberte dejado sola.

Oliver se levantó de repente, golpeando la mesa.

—¡¿Que la dejaste qué?! —gritó, y comenzó a zarandear a Alek de un lado a otro—. ¿Dejaste sola a mi amiga? ¡Yo no os dejé solos para que la abandonaras, joder!

—No os preocupéis, chicos, sé cuidarme sola —respondí sin pensar, rememorando la vez en que Alek me había contestado lo mismo.

—¡Pero yo quería que vosotros dos...!

—¡Oliver! —Le lancé una mirada de advertencia.

Quería que mi mejor amigo se mordiera la lengua y no hablara más de lo debido. Por primera vez en la vida, hizo lo que le pedí. Di un trago para terminarme el café y me levanté.

—Bueno, me voy. Tengo que seguir con el trabajo de Ciencias. —Sonreí, apaciguando los ánimos.

—¿No puedes parar ni un sábado? —refunfuñó Oliver.

Negué con la cabeza; tenía que sacar las mejores notas.

—¿Quedamos el lunes para ir juntos al instituto?

Ambos asintieron. Me despedí y volví a casa. El camino fue corto, aunque eso no impidió que llegara helada, con los pies entumecidos. Al entrar, me di cuenta de que Marcos y Cecilia no

estaban. Mi hermano había quedado con unos amigos para jugar a la Play, pero ¿dónde se había metido mi madre? Igual había quedado con sus amigas.

Entré en mi habitación. Olía a humedad, así que abrí la ventana para ventilarla y, acto seguido, decidí darme una ducha caliente para despejar el mal cuerpo que llevaba encima. Dejé el pijama en la habitación, ya me vestiría después. Total, no había nadie en casa.

Abrí el grifo del agua caliente y me metí dentro. Tardé más de lo que quería. El agua me relajaba. Ducharme era uno de mis momentos favoritos del día después de escribir en *Nube*, mi diario azul.

Tarareé varias canciones de los sesenta; algunas las conocía de cuando iba, de pequeña, con mi madre en el coche. Comencé a cantar el estribillo de *Yellow Submarine* de los Beatles cuando oí un golpe seco que parecía venir de mi habitación. Me callé de golpe y abrí la mampara de la ducha. Había dejado la puerta abierta, así que grité.

—¿Mamá? ¿Marcos?

Nadie respondió. Decidí salir de la ducha y secarme. Tatareé de nuevo la canción cuando oí un chillido. Joder... Volví a gritar.

—¿Hola? ¿Hay alguien?

Entonces me acordé. Había dejado la ventana abierta. Mierda, mierda, mierda. Podrían haber subido por la escalera de emergencias que daba justo al lado de la ventana. Joder, ¡un ladrón! Me enrollé en una toalla, no tenía más ropa. ¡Y encima había dejado el móvil cargándose en la habitación! Quería llorar. Mi mente, inoportuna, empezó a crear miles de posibilidades donde me mataban.

Busqué rápidamente una opción en mi cabeza. Mi cerebro podía funcionar bajo presión, pero si se trataba de mi vida no pensaba con claridad. Solo caí en que debía coger un arma, por si acaso.

Comencé a visualizar todo lo que tenía a mi alrededor: «¿Un bote de jabón? ¿Una esponja? Demasiado blando todo. ¡Ah! ¡El secador inalámbrico!». Si le echaba aire caliente en la cara seguro que se asustaría y saldría corriendo.

«Qué idea de mierda.» Mi conciencia tenía razón, debería haber salido corriendo hacia la puerta.

Los ruidos seguían, parecía que *Hei-Hei* estaba bufando. Pero me asusté más cuando una voz irreconocible volvió a chillar. En un acto de valentía, salí en cuclillas y me escondí detrás de la puerta abierta de mi habitación. Había alguien sentado encima de mi cama; *Hei-Hei* no dejaba de bufar.

¿Qué debía hacer? Tenía el corazón en la garganta y unas ganas de llorar tremendas. Hice de tripas corazón y de un salto me situé detrás del sujeto encendiendo el secador y dándole un buen golpe en la cabeza con la parte trasera de este.

El individuo exclamó de dolor.

—¡Me cago en mi puta vida, Lena!

Solté un grito de sorpresa.

—¿Qué coño haces aquí? —pregunté con un nudo en la garganta cuando me di cuenta de quién era.

No era posible.

Dejar ir para encontrar



Noel Martín

La noche había sido larga. Tal vez habría sido mejor no haber vuelto a casa.

Dormir en un parque en pleno invierno me parecía más apetecible que seguir oyendo los gritos de Pablo, mi padre. Lo odiaba. Cada palabra suya tenía unas consecuencias, cada silencio nuestro también.

Había llegado casi a las cuatro de la mañana a casa, me había dado una ducha de agua fría y me había tumbado en mi cama con los auriculares. Estuve mirando el techo, como si allí estuviera la solución a mis problemas. Cuanto más abría los ojos, más se me cerraba el corazón.

Y así estuve hasta bien entrada el alba, sin dormir y con un sabor agrio en la garganta. O en el alma. Ya no lo sabía. Eran las diez de la mañana, sonaba una canción de Imagine Dragons, cuando tocaron varias veces a mi puerta.

—¡Hijo!

Suspiré pesadamente. Yo no quería ser su hijo. «No le abras, no le abras...», pensé. Pero sabía que si no lo hacía las consecuencias serían peores.

—¡¿No piensas hacer nada de provecho en toda la mañana?! —gruñó desde el otro lado.

Otra tanda de gritos y golpes en la puerta siguieron a su voz. Me levanté de la cama, me pesaba el cuerpo. Arrastré los pies hasta la puerta y abrí. Un hombre que me sacaba una cabeza me miraba con el ceño fruncido y los ojos encendidos. Los mismos ojos que yo había heredado y que tanto odiaba.

—¿Qué quieres que haga? —suspiré, sin fuerzas para discutir.

—¡A mí no me hables así, pedazo de inútil!

—Perdón. —Era una palabra que no sentía, pero había aprendido a decirla sin pensar porque no quería que me gritara más.

—Inútil que eres.

«Lo sé.»

—Haz algo con tu vida —vociferó antes de ir dando golpes hasta el portal de casa, coger su chaqueta vaquera e irse dando un portazo.

Habría dicho que cada día me destruía más, pero no sé hasta qué punto se puede destruir a una persona. Me puse un chándal negro, me lavé la cara en el baño —tenía unas ojeras que llegaban a la barbilla— y me dirigí a la cocina, donde mi madre limpiaba. Quise murmurar un «buenos días»; sin embargo, esas palabras murieron en mis labios al verla.

—Deberías descansar. —Me sorprendí de mis propias palabras—. Ya limpio yo.

Ella iba a abrir la boca horrorizada. Negué con la cabeza.

—Él no se va a enterar, mamá. Volverá tarde. —Cogí la escoba de entre sus manos y me puse a barrer la casa—. Limpio yo.

Ella no se apartó de mí durante la hora que estuve limpiando el pequeño apartamento. En ningún momento medió palabra, pero el silencio tiene su propio lenguaje. Fregué el suelo una y otra vez, como si de esa manera pudiera purgar el odio que había quedado arrinconado entre las paredes. Hacía mucho tiempo que esa casa ya no era un hogar.

—Deberías ir a dar una vuelta, para despejarte. Tienes mala cara —dijo mi madre antes de irse a regar los geranios de todos los colores que tenía en el balcón.

«Tú también tienes mala cara», le quería decir. No me quedaba otra opción, ella necesitaba estar sola consigo misma.

Envié varios mensajes a Cristian, el único amigo verdadero que me quedaba. No tenía a nadie más. Jolene ya no estaba en mi vida, jamás había quedado con los compañeros de baloncesto y mi hermano estaba en otro país. Sin embargo, desde la noche anterior, mi mejor amigo no había dado señales de vida, y tampoco recibía los mensajes.

Resignado, me puse las deportivas. Necesitaba correr, porque cuando el cuerpo corre la mente olvida. Cuando vi el ascensor se me formó un nudo en el estómago de procedencia no identificada y, sin pensarlo dos veces, me encontré apretando el botón para subirme en él.

El corazón se me aceleró cuando las puertas se abrieron, el nudo en la garganta era cada vez más inevitable. Estaba vacío. Noté como me deshinchaba. Sentí como si me resbalara una lágrima; no de aquellas que salen del lagrimal y patinan por el rostro, sino de las que resbalan del corazón en silencio y llegan hasta el alma. De las que duelen. Me sentía solo. Era patético.

«Dejar de sentir», me recordé.

Era un sábado soleado, los rayos dorados se perdían en las esquinas y los pájaros entonaban una alegre melodía. Aun así, hacía un frío que pelaba. Corrí cerca del mercadillo. Hacía años que no iba, desde que mi hermano se había ido a Lyon, Francia.

Recordé los melindros artesanales que desayunábamos los sábados; las tazas de chocolate caliente que nos daba nuestro abuelo materno, Miquel. Nos manchaba la nariz con el chocolate y nos susurraba divertido: «No hay pena que el chocolate no cure».

Nostálgico, troté hasta el parque que estaba cerca de mi casa. Una sensación agridulce me

invadió cuando vi las copas de los árboles, rememorando la noche anterior, cuando a pesar de la oscuridad una estrella zarpó cerca de mí, iluminándome. Quise dibujar una sonrisa, pero me opuse.

«Vas de fuerte, pero eres débil.» Mi conciencia tenía razón.

Decidí estirar el cuerpo en uno de los bancos. Escogí el más escondido, aunque pronto una mujer mayor se sentó a mi lado. Llevaba una bolsa de tela llena hasta arriba, de donde sobresalía una esterilla de color turquesa. El pelo blanquecino recogido y los labios pintados de rojo le daban un aire más jovial. Refunfuñé ante la aproximación de la señora.

—¿Haciendo deporte? —saludó la anciana. Yo no tenía ganas de hablar con nadie, así que solo asentí—. Está muy bien. A ver si aprenden mis nietos, con las excusas no se queman calorías. ¡Ni se vive de forma saludable!

Abrí mucho los ojos. ¿Qué me estaba contando? Sonreír y asentir; lo que se debe hacer cuando no sabes qué contestar. Así lo hice.

—Suerte que al menos mi nieta es bastante astuta. —Sonrió—. Lo que no tiene de deportista lo tiene de lista.

—Al menos tiene algo —contesté mientras estiraba los gemelos.

«No como yo, que era idiota.»

—Mira que siempre se lo digo, chiquillo: no hay fracaso, salvo dejar de intentarlo.

Sonreí y asentí. La mueca que hizo la mujer me recordó a alguien, pero no supe decir a quién. Entonces se rio. Estaba completamente loca, «pero las mejores personas lo están», decía mi hermano. Se levantó de golpe, asustándome, y pegué un pequeño salto. ¿Cómo podía tener tanta energía aquella mujer?

—Me voy, hijo mío, que tengo yoga desde hace cinco minutos. Llego tarde, pero ya sabes..., la edad me obliga a ir más lenta de lo que me gustaría. —Me apretó el hombro—. Encantada de conocerte.

—Igualmente —dije con la boca pequeña.

La mujer se alejó dejándome descolocado. Era muy extraña. ¿Por qué la gente mayor parecía que tenía todo el tiempo del mundo? Como si pudieran alargar el dedo y pararlo todo, degustar los momentos y dejar de correr detrás del viento. De jóvenes siempre creemos que quedará más tiempo... Pero no es eterno.

Era hora de volver a casa. Hice de tripas corazón y metí la llave en la cerradura. Un giro. Dos. Entré... Y respiré cuando me di cuenta de que él aún no había llegado. Mi madre dormitaba en el sillón, me quedé mirando su silueta hecha un ovillo. Cogí una manta y la tapé, intentando espantar los demonios que la desvelaban cada noche.

Me duché con agua fría, como siempre, y me vestí con otro chándal. Eran las doce de la mañana cuando me di cuenta de que necesitaba salir de ese apartamento antes de que volviera él. Antes de oír más gritos. Más lágrimas y jarrones rotos.

Llamé varias veces a Cristian. Otra vez, saltó el buzón de voz... Lo necesitaba más que

nunca. Todo se estaba viniendo abajo y él no estaba. Me recosté en la ventana que daba al patio. Mi corazón se desbocó cuando la vi. Lena Rose, con su hurón indomesticable, entraba en su casa como un destello de luz.

Suspiré. Era patético, pero no me quedaba nadie más y yo necesitaba salir de allí.

Me puse una sudadera negra e intenté salir sin hacer ruido para no despertar a mi madre. Me dirigí hacia la puerta de Lena y llamé varias veces. Nadie contestó, arrugué la nariz. Juraría que era la pecosa a la que había visto subir por la escalera que daba al jardín. Llamé otra vez sin obtener respuesta alguna. Me pasé la mano por el pelo. ¿Qué podía hacer? Se me encendió la bombilla. ¡La escalera de incendios! Sabía que aquella escalera daba a la parte trasera de la casa y, posiblemente, desde allí me oiría.

¿Tan desesperado estaba? Suspiré. Tal vez fuera mejor que me marchara.

No fui consciente de que mis piernas se movían solas hasta llegar al pie de la escalera de incendios. Supongo que una persona que no tiene nada más que perder comete locuras. Cogí aire y subí los tres pisos. Una breve sonrisa brotó en mi rostro. ¡Bingo! Tenía la ventana abierta.

Me estiré un poco hasta llegar a su ventana, metí el cuerpo y entré en la habitación de paredes azules. La llamé varias veces, susurrando su nombre. Nadie contestó. Tal vez no había sido una buena idea, pero la curiosidad me podía.

Observé el dormitorio y supe que era el de Lena Rose. Libros ordenados por género y colores, bolígrafos clasificados por su tamaño, las zapatillas alineadas al lado de la cama. Ni una mota de polvo. Una risa surgió de mi garganta cuando alcé la cabeza y vi colocado en la pared, milimétricamente alineado con la puerta, un póster de un personaje de *Harry Potter*.

¿Por qué fantaseaba con alguien que no existía? 365 días, 24 horas, 60 minutos, más de siete mil millones de personas en el mundo y a ella le gustaba un personaje literario.

Me llamó la atención una libreta de tapa dura que tenía escrita la palabra *NUBE* en plateado, con una letra perfecta y en cursiva. Iba a tocarla cuando oí un rugido que venía del lado de la cama. Era el pequeño diablo. La rata de Lena Rose.

—Hola, bichín —le dije mientras me acercaba al animal, que se arremolinaba encima de la cama.

Él contestó bufando. Se me podría haber pasado la cabeza que no era la mejor idea acercarme más...

—Mira que eres feo —susurré mientras alargaba un dedo para tocarle el hocico.

Un aullido de dolor resonó por todo el edificio. La bestia inmunda me había mordido. Joder, joder, joder. ¿Se podía coger la rabia? Cómo dolía. Mierda. Me chupé el dedo instintivamente antes de sentir un golpe sordo en la cabeza.

Todos mis huesos crujieron.

—¡Me cago en mi puta vida, Lena! —me quejé con un dolor que atronaba en mi cabeza.

—¿Qué coño haces aquí? —preguntó con un nudo en la garganta cuando se dio cuenta de quién era.

Lena Rose, vestida con solo una toalla, me amenazaba con todas sus fuerzas con un secador.

Dos extraños a punto de colisionar



Lena Rose

Y allí estábamos. Yo, curándole el dedo y poniéndole una tirita de dinosaurios de colores, mientras él remugaba por el frío que le provocaba la bolsa congelada de guisantes que estaba en el chichón de su cabeza.

—¡Recórcholis! ¿Cómo se te ocurre incordiar a *Hei-Hei*?

Noel alzó las cejas.

—¿Se llama como la gallina de *Vaiana*? No me extraña que sea tan feo.

—¡Para feo ya estás tú! —Le di un empujón y cambió de tema.

—¿No me vas a preguntar por qué me he colado en tu casa? —dijo extrañado.

—Eres un mequetrefe, pero un mequetrefe valiente. —Sonreí—. Los cobardes ni siquiera se atreverían a poner un pie en esta habitación.

Le estaba mintiendo. En realidad, me había ahogado por el casi ataque de corazón que me había dado. Le habría contestado con una de mis míticas frases: «Un día se va a poner de moda ser imbécil y algunos no sabrán qué hacer con la fama». Pero sus ojos cansados y su mirada perdida me detuvieron. De alguna manera estuve a punto de decirle: «Cuídate».

—¿En serio? ¿Una tirita de dinosaurios?

—Noel, no estás en posición de protestar —me quejé.

—Ya.

—¿Sabías que hay un estudio que confirma que las gallinas son descendientes de los dinosaurios?

—¿Me estás vacilando? —bufó—. Creo que me sigues odiando.

—Me cae bien la gente que se da cuenta de que me cae mal. —Le pinché con el dedo en el hombro cuando terminé de curarle la herida. Lo miré—: Y ahora, ¿qué? ¿Me vas a contar qué hacías aquí?

—Pervertirte —se burló.

—¡A que te arranco la tirita de cuajo! —lo amenacé.

Él agachó la cabeza y se pasó la mano por su mata de cabello.

—De acuerdo. —Escondió el rostro detrás de sus manos pensativo—. Sinceramente, no sé en qué pensaba.

—Algo debías de pensar, ¡y no me digas que querías pervertirme! —Sentí como me quemaban las mejillas.

Él parecía ausente. Le pasé la mano por la cara, intentando sacarlo de ese trance tan estúpido.

—¿Donuts rellenos de flan? —soltó de repente.

Me sobresalté.

¿Había dicho «donuts rellenos de flan»? Tal vez el golpe con el secador lo había dejado más perjudicado de lo que imaginaba. Tuve la necesidad de poner una mano en su frente para ver si tenía fiebre. Él se apartó inmediatamente.

—¿Estás delirando, Noel?

—No, no, no. Vamos. Iremos a un sitio.

—¿Y por qué debería ir contigo? —Me crucé de brazos—. No me fío de ti, Noel.

—Ni yo de ti —contraatacó divertido—. Pero después de lo que te voy a enseñar, me vas a desear todavía más.

—¡Yo nunca he dicho que te desee! —me quejé—. ¡Eres tú quien está en mi habitación!

Demonios: Noel Martín estaba en mi habitación. Me ruboricé de la cabeza a los pies. Él, sin hacerme caso y sin ser cómplice de todas las emociones que me cruzaron por la cara, se levantó de golpe de la cama, ganándose varios bufidos de *Hei-Hei*.

—Venga, vamos.

Irónicamente, hay veces en que lo más inteligente es hacerse la tonta, así que acepté (y, también, porque la curiosidad me mataba). No tenía nada que perder, ¿verdad? O, tal vez, era otra mentira que se añadía a mi colección.

—Antes, vístete. —Sus labios se curvaron en una mueca burlona. Me repasó de arriba abajo. Vi como se le oscurecía la mirada, tuve que tragar saliva—. Si quieres, claro. Así también vas bien.

¡Mierda! Con toda la tensión del momento me había olvidado de vestirme y seguía enrollada en mi toalla amarilla de conejos. Tuve ganas de borrar esa sonrisa sarcástica de su cara de un chancletazo.

—Esperaba tener una conversación racional, pero parece que no hay nadie alrededor para tenerla —contesté con toda la dignidad que me quedaba.

Cogí un jersey azul de lana con nubes dibujadas y unos cómodos pantalones de campana y me fui corriendo al baño. Me sequé el cabello y me hice dos moñitos de cualquier manera para apartarme el medio flequillo de la cara. ¡Perfecta! Salí a trompicones, nerviosa. Noel estaba sentado en el filo de la cama, mordiéndose las uñas. Le di un manotazo.

—¿Sabías que el acto de morderte las uñas se llama «onicofagia»? Y esa acción provoca

futuros problemas: deformaciones de la cutícula, infecciones, verrugas y dermatitis. Aunque, en el peor de los casos, pierdes los dientes —le comenté mientras me ponía unas deportivas desgastadas.

—Pero ¿te estás oyendo? —preguntó Noel horrorizado.

—Claro que me oigo. ¿Es que tú no te oyes cuando hablas? —protesté.

—Déjalo... Vamos.

Aún no había llegado nadie a casa, por suerte, así que salimos como las personas normales: por la puerta. Ni saltando vallas, ni fugándonos por la ventana. Noel parecía algo incómodo. No sabía qué hacer, así que me limité a no decir nada y a dejarle espacio al mismo tío que se había colado en mi habitación.

—Tengo la moto aparcada en la calle de al lado —comentó.

Recordé la noche anterior. Los dos persiguiendo la alborada. Volando, aunque el mundo se nos tirara encima. Sonriendo, enseñando los dientes, gritándole al mundo que estábamos dispuestos a luchar, a pesar de que nos quisieran golpear donde más duele. Uniéndonos. Mezclándonos. Siendo únicos. Siendo nosotros. Joder. Quería olvidarme de todo aquello.

—¿Sabes que están hablando de nosotros? —dije sin pensar. Noel se estremeció—. ¿No has visto las fotos?

Mi odioso vecino comenzó a alterarse.

—¿De qué hablas?

Igual no había sido la mejor decisión sacar ese tema.

—No te preocupes, la mayoría hablan sin tener conectada la lengua al cerebro.

No contestó. Supe que se estaba mordiendo la lengua, que no quería pensar en eso. Leí en su mirada que existían dos partes que luchaban en su interior: la que quería tirarlo todo por la borda y la que le decía que todo era un error. Sorprendentemente, contestó contraatacando.

—¿No te cansas de hablar?

Abrí muchísimo los ojos, ofendida.

—Gracias por ser un amor —ironicé.

—Es decir, no es que me canse escucharte...

—Claro, ahora arréglalo —comenté malhumorada.

—Joder. No es eso, pecosa. —Suspiró—. No quiero que pienses que soy un imbécil, aunque probablemente lo sea. Pero, hostias, lo estoy intentando, ¿vale?

Lo miré de reojo y asentí.

—Eres un malhablado, Noel —dije entre dientes—. Pero puedes seguir.

—Bien. Quería decir que cómo puede ser que siempre tengas algún tema del que hablar. Simplemente me sorprende.

Lo miré de arriba abajo, examinando si había alguna señal que me indicara que ese chico con síntomas de padecer de *Idiotismus severus* había conectado su cerebro.

—¿Qué miras? —Frunció los labios.

Afirmativo: no lo había conectado.

—A ti. Te miro a ti —contesté, haciendo un ademán para no darle más importancia.

Llegamos a la moto. Noel me tendió un casco que olía a sudado. Ese día analicé atentamente todas las infecciones que me podía provocar ponerme un casco ajeno y que ni siquiera era de mi medida, pero supongo que su idiotez se me estaba pegando un poco, porque me lo puse sin rechistar. Aunque, analizando bien la situación, prefería romperme una pierna antes que el cráneo.

Noel se subió delante. Tragué saliva al recordar cómo lo había agarrado la noche anterior y noté un pinchazo en la barriga. Negué con la cabeza, ahuyentando mis pensamientos. Debía de ser la regla, que me estaba alterando. Decidí sujetarme bien fuerte al sillín. Él se giró y levantó las cejas al ver que no lo envolvería entre mis brazos. Una sombra desconocida cruzó su mirada, sus iris pardos perdieron la poca luz que tenían.

—Sujétate bien, Lena Rose. —Mi nombre le dejó un sabor agridulce en el paladar.

Noel arrancó y pegó tal acelerón que me hizo cerrar los ojos. Solté un grito.

«Por favor, si muero joven que al menos pongan *It's My Life* de Bon Jovi en mi funeral», recé en mi interior. A pesar de que estaba segura de que Oliver se negaría y querría poner una de reguetón para perrear sobre mi tumba; «Eso te pasa por dejarme solo, estúpida», me diría.

Poco a poco, fui abriendo los ojos. Sentía algo extraño en mi interior, una mezcla de miedo y adrenalina que no había experimentado jamás. La sonrisa que vino después nació sola.

Recorrimos las calles de Barcelona, que se alzaba imponente a nuestro alrededor. Pasamos por delante de la Sagrada Familia, uno de los monumentos más preciados de la ciudad. Me sentí pequeña a su lado e, irónicamente, viva. Era brutal.

La sensación se desvaneció rápido, a pesar de que tardamos en aparcar cerca del barrio gótico. No me habría importado seguir recorriendo las calles de Barcelona. El barrio gótico era uno de los más antiguos de la ciudad (aunque nadie sabía que el *gótico* de ese barrio era más falso que una moneda de tres euros). Salté de la moto y le entregué el casco a Noel, que lo guardó. Era un sábado al mediodía, no me extrañó que las calles estuvieran a rebosar y en los bares no cupiera ni un alma más.

Noel comenzó a caminar sin mediar ni una palabra. Lo miré de reojo, me era casi imposible descifrar lo que había detrás de esa armadura más fría que un mamut congelado en la prehistoria. Él empezó a ir más deprisa.

—¡Pero no andes tan rápido, zoquete! —Me iba a entrar flato—. Que tengo las piernas cortas.

—¿Quién es la malhablada ahora? —Me pareció que el destello de una sonrisa iluminaba su rostro. Para mi suerte, bajó el ritmo.

—Yo seguro que no. —Puse los ojos en blanco—. ¿Adónde vamos?

No contestó.

—¡No me gustan las sorpresas! —Bufé para apartar varios pelos que se me habían soltado de

los moñitos por culpa del casco—. ¡Y menos si vienen de gente que no conozco!

—A mí sí me conoces. —Sonrió irónico.

—¡Mentira! Solo sé que te llamas Noel Martín y que eres mi odioso vecino.

—¿Odioso vecino? —Arqueó las cejas—. Gracias por ese mote.

—¡Pues claro que eres odioso! Los vecinos suelen saludarse, ¿sabes? Y hablan del tiempo que hace, aunque eso me haga perder el tiempo. No necesito a nadie que me confirme si hace sol o está granizando.

—Claro...

—¡Como si las personas no miraran el cielo antes de salir de casa! Pero prefiero que me hablen de eso que de otras estupideces. A mí qué más me da que el vecino de arriba ronque como si fuera un avión aterrizando en nuestro salón. Tanto hablar a espaldas de él, pero pobre, nadie le habrá dicho que ronca tanto que me desvela algunas noches.

—¿Tú también lo oyes? —se rio—. Al vecino del quinto, me refiero.

—¡Noel! Pobre señor —me quejé—. Además, no me cambies de tema. ¿Adónde vamos? No me irás a asesinar...

—Sí. Claro —contestó divertido—. Te voy a cortar en pedacitos y después te comeré.

Ahogué un grito.

—¿Y si me raptas? Te prometo que nadie te pagará un rescate. Me quieren mucho, lo sé, pero...

—¡Lena, qué hostias dices! —me cortó, aunque se estaba riendo—. Si fuera un asesino en serie, ya lo sabrías. Vivo a tu lado y las paredes que nos separan son más finas que un papel.

—Quién sabe... Igual amordazas a tus víctimas.

—Si quieres que te amordace para que no grites mientras lo hagamos... —su voz había bajado una octava—, solo me lo tienes que pedir.

Me ruboricé y me tapé los ojos.

—¡Noel! ¡No digas esas cosas!

—¿Qué? ¿Te pongo nerviosa?

Bufé, orgullosa.

—Solo me pones mala.

—Tanta mente prodigiosa para que me vengas diciendo esas mierdas de si soy un asesino o no.

Se pasó una mano por el pelo. Había comenzado a notar que cuando se ponía nervioso no dejaba de despeinarse.

—Vale, ya no digo nada más.

—¡Aleluya! —Le lancé una mirada de reproche.

Seguimos caminando, serpenteando entre las callejuelas del barrio gótico. Cuando pasamos por la calle Petritxol me quise parar delante del escaparate de una de las chocolaterías más famosas de Barcelona. Había montañas de chocolates artesanos, tabletas de chocolate de todos

los tipos y tartas caseras. Se me hizo la boca agua cuando vi esos manjares. Pegué la cara al cristal.

—Vamos, Lena. Estás ensuciando el escaparate, deja de salivar como un perro hambriento. —Noel tuvo que tirar de mi brazo para alejarme de allí.

—¡Pero es que estoy hambrienta! —me lamenté.

—Pues a tu lado tienes a un bombón —contestó señalándose.

—¡Hambrienta de comida!

—Pesada, ya estamos a punto de llegar.

—¿Adónde? —tuve que volver a preguntar; era innato en mí.

No me gustaba tener la vida tan descontrolada (y últimamente lo estaba mucho). En ese momento, si él hubiera presionado mi mano encima de mi pecho, me habría dado cuenta de lo rápido que latía mi corazón.

Unos segundos después Noel se paró. Levanté la vista. Un nudo se comenzó a formar en mi estómago. ¿Dónde estábamos? ¿Por qué Noel me había llevado allí? Un letrero envejecido decoraba la fachada principal y rezaba la palabra *«Boulangerie»*.

—¿Dónde...? —empecé a hablar. Él me miró con los ojos brillantes y, por primera vez, no continué la frase.

No sé qué pasó entre nosotros en ese momento. Fue una mirada cómplice.

—En el sitio que llamo «hogar» —dejó caer como si no hubiera sido una bomba para mí.

En ese preciso instante tuve la certeza de que Noel estaba intentando protegerse con una capa de frialdad. ¿Quién le había hecho tanto daño para que su única defensa fuera cerrar su corazón? Y entonces lo supe: éramos dos extraños que se odiaban a punto de colisionar.

Un éxito catastrófico



Noel Martín

Sigo sin ser consciente del momento en que dejé de respirar.

Era irónico, el corazón me iba a mil por hora y yo no podía hacer nada más que mirar embobado la fachada de aquella pequeña panadería. Después de tantos años, seguía manteniendo su encanto, a pesar de que la pintura de las paredes se estaba levantando y las humedades recorrían la parte baja del local. El color menta contrastaba con las dos vitrinas que había a los lados de la puerta. Estaban repletas de estanterías de madera que agrupaban panes y bollos recién hechos.

La nostalgia me envolvió.

Vi a un niño de cinco años de la mano de su hermano mayor. Estaba llorando porque se había caído de la bici. Su hermano le prometió un croissant tan bueno que haría que se le pasara el dolor.

Vi a un muchacho de unos ocho años sonriendo mientras comía un trozo de pastel de calabaza y corría detrás de las palomas en la plaza de enfrente, asustándolas.

Vi a un chico de quince años destrozado que trataba de ser fuerte. Caminando sin rumbo en un día de tormenta. Terminando delante de aquel lugar y derrumbándose. Recuerdo que ese día Lucinda, la dueña de la tienda, me acogió y me preparó una taza de chocolate caliente. Hablamos de todo y de nada. «Busca lo que encienda tu alma», me dijo antes de que la puerta se cerrara detrás de mí.

Ese era yo en mi rincón favorito del mundo. Si algo había aprendido era que el hogar no es un sitio, sino un sentimiento.

Desde entonces, volvía una vez cada cierto tiempo. Sin embargo, hacía casi un año que no iba. Y no entendía por qué había regresado... Ni por qué había llevado a Lena conmigo. Ella...

ella no debería haber estado allí, a mi lado. Se me formó un nudo en la garganta. Pensé que sabía a sal porque ese nudo era el mar a punto de desbordarse por mis ojos.

«Eres un perdedor. No tienes a nadie.»

Lena me agarró la mano y entrelazó los dedos con los míos, sacándome de mis pensamientos. Joder, tenía el corazón en un puño.

—Estoy aquí, Noel. —Su labio superior temblaba. Entonces noté como una lágrima silenciosa recorría mi mejilla—. Estoy aquí.

«Cobarde, patético, débil.»

—Estoy bien. —Me limpié la lágrima con brusquedad y liberé mi mano de golpe.

El frío me acarició allí donde Lena me había tocado. Joder. No quería que me viera llorar. Ella no. Cogí aire, haciéndome el valiente, y entramos en el local. Las campanitas oxidadas de la puerta anunciaron nuestra presencia. El olor de bollería recién hecha nos invadió, dejándonos un sabor dulce en la boca. Estaba tan bloqueado que no oí la voz de la dependienta detrás del mostrador.

—Noel, di algo. ¡Recórcholis!

Lena me golpeó con un codo en las costillas, despertándome del sueño efímero que estaba teniendo. Miré hacia delante y me encontré con alguien que no esperaba. Una chica rubia, unos años mayor que nosotros, nos miraba con curiosidad. Iba alternando sus ojos verdes de mí a Lena.

—¿En qué puedo ayudaros?

Me mordí el labio.

—Noel, ahora me vendría muy bien que contestaras. No quiero que esto se convierta en un éxito catastrófico —susurró Lena cerca de mí.

La miré inmediatamente.

—¿Un éxito qué? —le pregunté sin entender.

La chica del mostrador carraspeó.

—Sí. Em..., esto... —comencé.

—¿Te busco un diccionario? —dijo Lena.

Le lancé una mirada de recelo.

—Disculpa. ¿Está Lucinda?

No sé de dónde salió esa pregunta. Yo quería pedir el manjar de esa panadería, unos dulces que solo se podían conseguir allí: donuts rellenos de flan. Cuando visitaba a Lucinda, siempre me invitaba a comerlos. Me había contado que desde que había enviudado siempre intentaba crear recetas nuevas para distraerse, así que pensó unir dos alimentos que la fascinaban: los donuts y los flanes. ¡Y menudo invento!

—Sí. Debe de estar a punto de llegar. —Sonrió la chica—. ¿Quieres que le dé algún mensaje?

Justo estaba terminando esa frase cuando las campanas oxidadas de la entrada repiquetearon.

Me giré sobresaltado. Al verla, se me cayó el alma y el corazón se me partió en dos. Ella no...

—Joder... —murmuré.

—¿Noel? —preguntó al verme. Sus pupilas brillaban—. ¡Eres tú, qué alegría verte!

Lucinda estaba de pie delante de mí. Y donde antes había existido una melena de plata, en ese momento había un pañuelo celeste. Llevaba una cánula nasal, lo cual le daba un aspecto completamente diferente al de la mujer que había conocido. Parecía cansada, pálida y delgada. Así que me sorprendió ver que sus ojos seguían irradiando luz.

Lucinda era de esas personas que se nutren de estrellas y te guían en la oscuridad; de esas personas que bailan bajo la lluvia, abrazan el fuego y patinan sobre el hielo. Ella creía que existíamos para vivir. Solía decir que siempre viviríamos primeras veces, por eso no tenía miedo a morir, porque sería toda una experiencia de vida; sería una primera y única vez.

Me recordaba a Lena.

—¿Tan emocionado estás que no te salen las palabras? —Me dio un abrazo tan fuerte que me pareció que intentaba unir todas mis piezas rotas. Se apartó.

—Sí... Yo... —comencé.

Efectivamente, Lena debería haberme comprado un diccionario.

—No te preocupes por eso, Noel —dijo quitándose el pañuelo de la cabeza. Como siempre, me había leído la mente—. Esta enfermedad jamás me va a controlar, sea cual sea el resultado.

Joder.

—¿Estás bien? —le pregunté, dándole un abrazo.

—Ahora lo estoy más —sonrió, dulce.

Se puso un delantal y se situó detrás del mostrador. Saludó a la chica rubia, que resultó llamarse Ginesta. Debía de ser nueva en la panadería.

—¿Lo mismo de siempre? —preguntó.

—Lo mismo de siempre. —Le devolví una sonrisa real.

No hicieron falta más palabras para que Lucinda supiera cómo estaba yo. Con ella era la única persona con la que podía ser transparente.

Observé a Lena de reojo, no dejaba de arrancarse pellejos del labio, nerviosa por esa situación que no podía tener controlada. Yo tampoco entendía qué hacía ella allí, ni qué se me había pasado a mí por la cabeza. Pero, por lo poco que la conocía, sabía que necesitaba tenerlo todo milimétricamente organizado. Tal vez pensara que si no era así reinaría el caos en su vida. Sonreí ante la idea de pedirle una guía para sobrevivir en el caos.

—¿Sabías que los primeros donuts no tenían agujero en el medio? —soltó Lena de repente.

Puse los ojos en blanco. Ya estaba a punto de comenzar a hablar sobre historias-que-no-interesan-a-nadie. Muy a mi pesar, Lucinda contestó:

—Toda la razón, reina. —Sonrió—. De hecho, el motivo de que conozcamos los donuts con agujero es que los originales tenían problemas de cocción en el centro, porque esa parte siempre quedaba cruda.

—Y un día a alguien se le conectó la neurona y decidió colocar una tapa de un bote de pimienta en el centro. —Lena asentía desesperadamente con la cabeza, feliz—. ¡Así se hicieron los agujeros!

Cuando vi que sus ojos brillaban noté una sensación de calidez en el pecho. Meneé la cabeza para apartar ese sentimiento.

—Me caes bien... —murmuró Lucinda, esperando que Lena dijera su nombre.

—Lena Rose —se presentó.

Lucinda le guiñó un ojo.

—Encantada de conocerte. —Le dio una bolsa con unos donuts de flan—. Cuídalo, ¿vale?

Ella asintió sorprendida. Me removí incómodo. ¿Se estaba refiriendo a mí? Me removí incómodo. Nadie tenía que cuidarme. Lucinda me entregó una bolsa de papel con otro par de donuts de flan. Antes de irnos, se acercó y me dio un beso en la mejilla.

—Me alegro de verte, Noel.

—Volveré pronto. —Le di un abrazo—. Lo prometo.

—Y recuerda: ¡busca lo que encienda tu alma! —me dijo antes de que la puerta se cerrara detrás de mí.

Fue un *déjà vu* que me dejó conmocionado.

Caminamos por el barrio gótico. Lena no dejaba de preguntar adónde la llevaba, refunfuñando porque no le dejaba comerse los donuts. Se quejaba de que su barriga no paraba de rugir, y después pasó a explicarme más ciencia: el nombre técnico de los ruidos intestinales, *borborigmos*. Me recordó a la palabra *Borbón*, así que decidí que esos ruidos debían de ser nocivos para la salud.

No mantuvo la boca cerrada en ningún momento. Lo admito, admiraba su manera de sacar conversación, aunque terminara hablando ella sola. Y me sentía algo estúpido a su lado. Sin embargo, un sentimiento de afecto comenzaba a aflorar muy dentro de mí.

Lo odiaba. Me odiaba. La odiaba.

«Está contigo por pena.» Putos pensamientos. Dejé de sonreír y apreté los puños.

Llegamos. Un edificio imponente crecía hacia el cielo, echando raíces a nuestros pies.

—¿Qué hacemos aquí? No pienso colarme en un hotel —refunfuñó.

No le hice caso. Me colé en el edificio, un hotel antiguo que se situaba en el centro de Barcelona. Ella me siguió a regañadientes.

—Te vas a convertir en una ilegal. —Sonreí, frío.

—Te odio —bramó.

Aunque fuera de broma, dolió. Yo también me odiaba.

Subimos en el ascensor. Me mordí los labios cuando recordé la última vez que habíamos estado en una situación parecida. Detestaba los espacios cerrados. Odiaba esa sensación, la de estar perdiendo todo. Perdiéndome a mí.

«Idiota, idiota, idiota.»

No obstante, cuando se abrieron las puertas me obligué a respirar lentamente. No me había dado cuenta de que estaba conteniendo el aire. Una terraza de trescientos sesenta grados abarcaba la imponente panorámica de Barcelona. Las vistas eran impresionantes. Me sentí pequeño, como polvo de estrellas.

Lena se quedó sin palabras y corrió a la barandilla más cercana para observar el horizonte. Alzó los brazos y comenzó a reír. Me acerqué a ella y, sin querer, mis dedos rozaron su cintura. No sé si es posible que los grandes incendios nazcan de las pequeñas chispas, pero ella no pareció notar lo que yo acababa de hacer. Yo sí.

«Dejar de sentir», recordé. Tenía que hacerlo.

—¡Es precioso! —sonrió.

Me sentí un intruso a su lado.

Sin mediar palabra, le ofrecí uno de los donuts que llevaba en la bolsa. En ningún momento ella dejó de sonreír, con esos dientes pequeños y su boca de piñón. El viento alborotaba sus mechones rojizos. Me pareció que sus ojos se iluminaban, convirtiéndose en fuego. Le hincó el diente con ganas. Sus labios se curvaron aún más, si eso era posible.

—¡Está buenísimo!

—Espero que aceptes este donut como ofrenda de paz por colarme en tu habitación. —Lo dije sin pensar.

—¿Por qué lo has hecho?

—Yo...

No sabía si contárselo. Lena era alguien ajeno a mi vida.

—Me aburría —dije sin darle importancia.

Ella se giró, observándome, y me acarició el brazo. Era demasiado lista y sabía que mentía. Me tensé ante ese contacto. No quería que me viera de aquella manera. Como si estuviera roto; era patético.

—Noel, la soledad forma parte de la vida. Lo importante es que dependas de ti mismo, no de la sociedad.

—¿Y cómo coño se hace eso? —murmuré mirando al infinito.

—Intentando sacar lo que llevas dentro. Para llenarse de felicidad primero debes vaciarte de todas las emociones negativas.

—Ya, claro —protesté indiferente—. Como si fuera tan fácil.

—Noel, cada cual da el valor que quiere a las piedras que lleva en la mochila.

—Ya. —Me estaba comenzando a irritar un poco. ¿Qué sabría ella?

—Si debes buscar ayuda, hazlo. No te avergüences de ello.

Para Lena debía de ser muy fácil, para mí era complicadísimo. Ella lo tenía todo: era lista, tenía una madre que la quería con locura y unos amigos que eran leales. Ambos nos quedamos en silencio. Las palabras nunca son suficientes cuando lo que se tiene que decir desborda el alma.

—Ojalá siempre fuera así. Ojalá nada hubiera cambiado... —dije sin pensar.

—Jamás se trata de cuánto hemos perdido. —La miré alzando las cejas—. Se trata de cuánto nos queda.

—¿Es que ahora eres filósofa?

—¡Ojalá! —Se rio, hincando otra vez el diente al donut. Yo aún no había probado bocado, tenía el estómago cerrado—. Es una frase de Tony Stark, de Marvel.

—No he visto nunca una película de Marvel —confesé molesto.

Ella qué sabría de mi vida.

—¡No puede ser eso, Noel! Tenemos que ponerle remedio.

—¿Cómo?

El corazón se me paró una milésima de segundo cuando contestó.

—Podemos verlas en mi casa. Pero tú traes la pizza.

Abrí muchos los ojos. ¿En qué jodido momento habíamos pasado de odiarnos a querer quedar para ver una estúpida película de superhéroes? Ella siguió hablando, pero yo ya no la escuchaba.

«No vales nada, nadie te va a querer. Cuanto antes lo aceptes, mejor.»

Hostia puta. Me había abierto en canal con alguien que no soportaba. Me alboroté el pelo nervioso. No quería que nadie más entrara en mi vida para que después me abandonara. Lo habían hecho todos.

Mi coraza había empezado a ser vulnerable cuando estaba con ella. Debía reforzarla para que mi corazón no sufriera más lesiones. Sentía una presión en el pecho insoportable. No quería que me derribara nadie. Lena aún menos.

—No somos amigos —gruñí apretando los puños. La pillé desprevenida—. Y nunca lo seremos.

Me salió del alma. Pero me partió más cuando solo me miró de reojo con el cejo fruncido y sin enfadarse. Ella era superior a mí. No lo aguanté más.

—Noel... —intentó hablar.

Alcé la mano, haciéndola callar. Sus labios, antes curvados, se convirtieron en una línea fina. La sensación de ahogo era insoportable. Lo había jodido todo de una forma maravillosa.

—Nos vemos en clase.

Y me fui, sin mirar atrás. Dejándola sola en una terraza.

Quedándome solo en la vida, porque creía que siempre lo estaría.

Si el amor aprieta, no es de tu talla



Lena Rose

Habían pasado dos semanas desde que Noel me dejó sola en esa terraza.

Me había molestado, aunque tampoco se lo tuve mucho en cuenta. No es que yo fuera una tontaina, sino que sabía que las personas eran difíciles de cambiar. Sobre todo, era complicado modificar sus pensamientos. Los demonios de Noel lo dominaban tanto que el único que podía salvarlo era él mismo. Yo no podía hacerlo por él.

Los siguientes días en el instituto volvimos a ser desconocidos, como si nunca nos hubiéramos acercado. Finalmente, yo había desistido de seguir intentando decirle buenos días y conseguir que me contestara. En el fondo, lo prefería así. Suena egocéntrico, pero tenía otras preocupaciones antes que tratar de salvar a un chico con los sueños rotos.

Marzo estaba a la vuelta de la esquina, y eso significaba que la selectividad también. Dos meses para decidir mi futuro. Estaba sentada en la cama de Oliver, mientras él me enseñaba los nuevos modelitos que se había comprado.

—¿Qué se te pasa por ese cerebro? —Se tiró a mi lado—. Llevas horas desconectada.

—Desconectados solo lo pueden estar los aparatos tecnológicos —refunfuñé—. Además, llevo media hora aquí, no horas.

Oliver me fulminó con la mirada.

—Pues me están pareciendo años, porque no me haces ni puto caso.

—Perdón. —Abracé el peluche de Pikachu que tenía a un lado. Oliver lo había ganado en los juegos de la feria del barrio—. No dejo de pensar.

—¿Tú pensando? —exclamó irónico—. Qué extraño, no lo habría dicho nunca.

Puse los ojos en blanco.

—Serás mequetrefe...

—Para qué tener enemigos, si te tengo a ti. Eres odiosa.

—¿Odiosa yo? Si soy más dulce que un limón —contesté sarcástica.

—Anda, suéltalo. —Se sentó a mi lado, pasándome el brazo por el hombro y revolviéndome el cabello.

—Es que llega la selectividad y... ¡estoy hasta el champiñón! —sollocé—. No sé aún qué estudiar y todo el mundo espera demasiado de mí.

—Hasta el champiñón... —repitió Oliver—. Jamás pensé que la mismísima Lena Rose utilizaría esa expresión.

Le di un golpe con el peluche de Pikachu.

—Está bien... Está bien.

—¿Qué debería hacer, Oli?

—Morirte. —Le di otro golpe, exhausta. Él se quejó—: ¡Vale ya!

—¡Pues no digas bobadas!

—Es que yo no te puedo ayudar, Calabacita.

—Lo sé...

—Sabes que yo siempre he querido estudiar Periodismo para poder escribir sobre moda. ¿Te imaginas entrevistar a Ze García? ¡¿O a las *influencers* de moda, como Brielle Salazar?! —Se le iluminó la mirada y yo arrugué la nariz.

—Te envidio... —me lamenté—. Ojalá poder tenerlo todo tan claro como tú.

Él siempre había sabido qué hacer con su futuro. Era un chico de ideas claras, y lo envidiaba por ello.

—Lena, ten por seguro que algún día encontrarás algo que te enamore, que te llene y que sientas que está hecho para ti.

—Ya... —Suspiré, dejando caer mi cabeza encima del colchón—. Pero ese día tiene que llegar antes de mayo y de las preinscripciones a la universidad. Quedan cincuenta y cuatro días.

—¿Sabes lo que pienso? Que nadie es como tú, y ese es tu poder.

—Pero...

—¡No me repliques con que los poderes solo los tienen los superhéroes! —añadió.

Reí, me había leído la mente.

—Ahora ayúdame a elegir modelito para mañana: ¿camisa verde pistacho o jersey rosa fresa?

—¿Cómo que para mañana? —Se tapó la cara avergonzado, como si hubiera dicho algo que no debía—. ¿Qué escondes, Oli?

—Nada, nada. Es que mis padres quieren ir a comer al indio que han abierto en el barrio.

Levanté una ceja. Entre semana la mercería de sus padres nunca cerraba a mediodía.

—Mentiroso. ¿Es un nuevo ligue?

Negó efusivamente con la cabeza. Era muy malo mintiendo.

En el momento en que iba a pedirle explicaciones sonó el timbre. Nunca lo había visto huir tan rápido. Salí de la habitación divertida y lo seguí hasta la puerta principal.

—¿Quién es? —le pregunté.

Tragué saliva cuando vi quién estaba detrás de la puerta. No habíamos hablado mucho desde

el día después de la fiesta. Pero ahí estaba, con su sonrisa imparable y su aroma cítrico. Y no pude evitar recordar cuando estuvimos juntos; cuando casi baja mis defensas y me besa por culpa de una mirada cargada de emociones y dos palabras sencillas: «¿Sabes bailar?».

«Situación actual: intentando reiniciar mis emociones.»

—¡Primo! Pensaba que vendrías más tarde.

—He terminado antes de currar. —Sonrió Alek. Se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla, cerca de la comisura de mis labios—. Cuánto tiempo, Lena.

Un escalofrío me recorrió la columna cuando dijo mi nombre.

«Te ha gustado.»

No.

«Sí.»

No.

¿Dónde tenía Oliver el alcohol? Para darle solo un par de sorbitos. O llenarme dos vasos enteros.

—Buenas tardes —murmuré formal mientras me rascaba la cabeza.

Él levantó una ceja divertido.

—Pasa, pasa, primo.

Fuimos los tres al comedor. Era pequeño, pero confortable. De paredes de color mandarina, un sofá extragrande y una mesita de madera con tres sillas. Una estantería llena de libros y plantas adornaba una de las esquinas. De vez en cuando, la madre de Oliver me prestaba algún que otro *thriller*.

Nos sentamos en el sofá e intenté, sin conseguirlo, colocarme lejos de Alek. Mi mejor amigo, que se lo olía, obligó a su primo a sentarse a mi lado. Puse los ojos en blanco, frustrada, y coloqué un cojín que separaba nuestras piernas.

—Gente, tengo hambre —dijo Oliver.

—Pues cómete un fiambre —solté.

Me lanzó una mirada de pocos amigos e hizo ver que se limpiaba una mota de polvo invisible para ignorarme.

—Bien. ¿Qué queréis comer?

—Si puede ser algo que no esté hecho por ti, mejor —contestó Alek, riéndose.

—¿A ti también te ha hecho probar su repostería? —Me reí con él, el corazón me dio un bote.

—Al menos lo intento —refunfuñó Oliver—. ¡Ay! Ya sé. ¡Podríamos pedir comida india! Me apetece muchísimo.

Lo que a mí me apetecía era desaparecer un rato y no tener que aguantar más mi corazón latiendo a toda velocidad.

—¿Pero no ibas mañana a comer con tus padres al indio? —pregunté.

Oliver achicó los ojos y negó con la cabeza con fuerza, nervioso. Pillado.

—¿Un indio te he dicho? Quería decir al italiano.

No forcé más la situación. Ya me lo contaría cuando él quisiera.



Estábamos sentados en el sofá, varias cajas de comida india se acomodaban en la mesa. Yo removía el plato con un tenedor mientras escuchaba las conversaciones triviales que tenían ambos chicos.

—Cenicienta nunca pidió un príncipe, ¿sabéis? Ella solo quería una noche libre —protestó Oliver—. ¡Como yo!

—Pero si tienes las noches libres cada fin de semana —respondió Alek.

—Déjame ser dramático, hostias. Ni así se puede.

—Eres más drama que persona. —Me reí.

Oliver me sacó la lengua.

No podía evitar buscar a Alek con la mirada. Lo encontré observándome varias veces con una sonrisa tímida que se acomodaba en sus labios. Era terriblemente atractivo. Estaba nerviosa sin saber el motivo, y que me desorganizaran la mente era algo que no llevaba bien. Nada bien.

—Lena, ¿no tienes hambre? —preguntó de repente. Pegué un bote en mi asiento—. No dejas de remover los fideos.

Me mordí los labios y bebí de mi vaso, intranquila por no saber qué decir.

—Es que no sabe qué estudiar el año que viene —soltó Oliver con la boca llena de arroz.

Casi escupo el agua en su rostro. Lo fulminé con la mirada. ¡Chivato! Alek me observaba, prudente. Cuando comencé a hablar, nadie me pudo parar.

—Ya, ya sé que no lo parece. ¿Lena Rose sin saber qué hacer cuando tiene toda su vida planeada milímetro a milímetro? ¡¿Qué me estás contando?! —empecé a decir enfadada con Oliver; era un traidor. Lo acusé con un dedo—. Parece una distopía, pero es la verdad. No sé qué estudiar. No sé adónde ir. No sé nada.

—Ya le he dicho antes que debe estudiar algo que la llene —dijo Oliver, haciéndose el inocente—. Y, obviamente, que no sea una polla.

—¡Por las barbas de Merlín, eres un malhablado!

—Eso ya lo sabías antes de ser mi amiga —comentó con la boca llena, otra vez.

—Además, ¿algo que me llene y que sienta que está hecho para mí? No se me ocurre nada.

—Ahora mismo, como no sea construir diccionarios o hacer la carrera de Ingeniería para mejorar la adherencia de las sartenes... —Mi mejor amigo era horrible cuando quería.

—¡Te odio! —gruñí a Oliver, que intentaba hacerse el gracioso—. Aunque, a decir verdad, estoy hasta la coliflor de que las tortillas siempre se peguen. Termino haciendo revuelto de huevo con trozos de cáscara de adorno.

Nos quedamos los tres callados. Mi corazón iba a mil por hora, intenté respirar tranquila. No ganaba para espantos.

—¿Y si apuntas todo lo que te gusta e investigas todos aquellos grados universitarios que traten esos temas? Además, también existen los ciclos formativos y otras alternativas.

—Ya...

—Lena, no es necesario ir a la universidad para formarte. Pensar que la universidad es la única salida es un error.

Oliver y yo nos quedamos mirando a Alek. Tenía razón en todo. Sin embargo, yo debía seguir luchando con uñas y dientes para ganar esa matrícula de honor. Quería que mi madre estuviera orgullosa de mí. Quería devolverle todo el amor que me había dado toda mi vida.



Eran las siete de la tarde cuando nos despedimos en el portal de Oliver. La noche comenzaba a abarcar la ciudad. Habíamos pasado la tarde jugando a juegos de mesa y criticando las telenovelas que le gustaban a mi mejor amigo mientras comíamos gominolas de fresa. Me abrigué bien y coloqué mis manos, siempre frías, dentro de la chaqueta. Alguien me acarició el hombro cuando estaba a punto de empezar a caminar hacia mi casa.

—He venido en coche, ¿quieres que te lleve? —Me sonrió.

¿Cómo se respiraba? «Después dices que no te gusta... Inhala y exhala.» No hice caso a ese pensamiento. Inhalar y exhalar. No era tan difícil, ¿no? Mentira. Era complicadísimo a su lado.

—¿Tienes coche? —conseguí pronunciar.

El pelinegro asintió.

—Cumplí los dieciocho en enero.

—Ostras... No has tardado nada en sacártelo. —Estaba impresionada.

—Lo hice justo en febrero, para así poder llevar a mi padre al médico cuando mi madre trabaja.

No pregunté, no quería husmear en su vida. No obstante, él siguió hablando.

—Cuando yo era pequeño tuvimos un accidente de coche y él se quedó en silla de ruedas.

—Vaya...

—Y cada miércoles, cuando acabo de trabajar, vamos a la montaña a ver las estrellas, aunque con la contaminación lumínica es complicado. —Sonrió apenado—. Le prometí que nunca dejaría de hacerlo.

Estaba impresionada. Removí nerviosa las manos heladas en los bolsillos de la chaqueta.

—Eso es muy bonito de tu parte.

—Él dice que las estrellas lo ayudan a olvidar la oscuridad.

Se le empañaron los ojos, pero eso no lo obligó perder su sonrisa.

—Lo siento tanto...

—No lo sientas. —Sonrió nostálgico—. Mejor vivir con un «¿te acuerdas de lo que hemos vivido?» que con un «¿te imaginas si estuviera aquí?».

Me quedé ensimismada observándolo. Su mirada se oscureció. Podía sentir su pánico y su

dolor; se palpaba en el aire. Estuve tentada de abrazarlo y decirle que todo estaría bien. Que yo estaría a su lado siempre que lo necesitara, a pesar de que terminó siendo una verdad a medias. Se mordió el labio nervioso.

—¿Quieres venir un día? A mi padre le gustaría conocerte.

—Yo... —No sabía qué contestar.

—Solo di que sí.

—Sí... —respondí insegura; no entendía por qué me lo pedía.

Subimos a su coche, un Ford Fiesta verde oliva de segunda mano. Le di la dirección de mi casa y la escribió en el GPS. Comenzó a conducir. A pesar de estar ya en marzo, el frío nocturno calaba en los huesos, así que Alek encendió la calefacción y subió un poco la radio. *Drivers License* de Olivia Rodrigo empezó a vibrar por los altavoces.

«Una canción perfecta para este momento», pensé sarcástica.

El silencio entre nosotros no era incómodo, pero tenía la necesidad de hablar. Quería que nos olvidáramos de lo que nos rodeaba. Quería soltarme, conocerlo y que fuéramos nosotros mismos, así que decidí sincerarme.

—¿Qué vas a estudiar, Alek? —pregunté rompiendo el silencio.

—Enfermería. —Sonrió. No hizo falta preguntarle por qué quería estudiar esa carrera. Alek era demasiado bueno.

—¿Aquí, en Barcelona? —Él sonrió y asintió—. Y...

—¿Y...? Suelta lo que te pasa por la mente desde que me conociste.

Abrí mucho los ojos.

—¿Tan evidente es? —Él asintió, riéndose—. Vale... ¿Vas a intentar conseguir la matrícula de honor?

—Sí, se lo debo a mis padres.

Aunque lo entendí, porque yo también se lo debía a mi madre, algo se quebró dentro de mí.

—Yo también.

Sus ojos se desviaron dos segundos hacia mí. Me ruboricé cuando dibujó una sonrisa ladina. Notaba el corazón latiéndome demasiado rápido.

—Así que la mismísima Lena Rose es mi rival. Interesante.

—¿Interesante por qué? —contraataqué—. Si sabes que la voy a ganar yo.

—Eso está por ver.

—¿Te quieres apostar algo? —dije haciéndome la bravucona.

Justo en ese momento aparcó delante de mi casa. Yo no vivía muy lejos de la casa de mi mejor amigo. Sus ojos me taladraron. Alargó la mano y me colocó un mechón rebelde detrás de la oreja. Tan delicado, tan suave... El hormigueo de mi estómago se intensificó. Eran los nervios, seguro.

«Son mariposas.»

O que la comida india me había sentado mal.

—No deberías apostar tan a la ligera, Lena Rose —susurró acercándose a mí. Su respiración acarició mis labios—. Sabes que vas a perder.

Estábamos tan cerca... ¡Cielos! El control. Debía recuperar el control de mí misma y de mi vida. Me separé de inmediato.

—Una cena —pronuncié atropelladamente—. Quien pierda invita al otro.

—Perfecto.

—¿Sí?

—Sí. —Sonrió sensual—. Nos apostamos una cita.

Abrí mucho los ojos, irritada.

—¡Yo no he dicho eso! —repliqué mientras salía del coche.

—Sí lo has dicho.

—Lo que tú digas —bufé—. Gracias por traerme, Alek, buenas noches.

Salí y cerré la puerta. Él bajó la ventanilla y me giré.

—Avísame cuando hayas entrado en tu casa, por favor. Y dile a Oliver que te pase mi número de móvil.

—De acuerdo... ¡Nos vemos! —Y antes de darme media vuelta procuré aclarar—: Y nada de citas.

Vi como se reía y yo me ruboricé por segunda vez. ¿Qué pasaba entre nosotros? Me moría por besarlo y, aun así, ese chico me asustaba. Él no era agua clara, no veía por dónde iban sus intenciones.

Me encaminé hacia el portal. Cuando abrí la puerta de la entrada, las bisagras gruñeron por el desgaste del metal. Yo estaba algo desanimada, aunque no podía negar que Oliver y Alek habían conseguido sacarme una sonrisa. Una sonrisa real que desapareció cuando llegué a la escalera que daba al patio de vecinos y la vi sentada, fumándose un cigarrillo.

El alma se me cayó a los pies. Hostias. Imposible. No podía ser ella. Cerré los ojos con la esperanza de abrirlos y que su fantasma desapareciera. Lo hice, pero ella seguía allí.

—¿Ronnie?

Se levantó corriendo y me abrazó. Tenía los ojos apagados y su pelo, antes brillante, caía en una mata sin gracia encima de los hombros. Los pómulos hundidos, la piel tan blanca que parecía papel... No quedaba rastro de la chica de los labios rojos, la sonrisa sincera y las carcajadas que te invitaban a unirte a ella. Era un cuerpo sin vida, gobernado por monstruos y fantasmas que vivían dentro de ella. Se había adentrado en una tormenta eterna.

—Se ha ido... —Lloró encima de mi hombro.

La ira comenzó a embargarme. ¿Siempre iba a ser así? Solo volvía cuando quería, cuando se derrumbaba. Lo que nos había separado no había sido la distancia, lo había provocado ella misma; sus malditas inseguridades y sus miedos. Me aparté, tratando de controlar mi ira.

—¿Cómo que se ha ido?

—Se ha ido...

—Ronnie... —Intentaba calmarme, respiré hondo. Fue en vano—. Tú no lo necesitas.

—Sí... —sollozó, entre mocos y lágrimas—. Necesito que vuelva, no sé qué hacer...

Una risa histérica y seca brotó de mi garganta. Apreté los dientes.

—¿Solo has venido para que te diga mentiras, Verónica?

Verónica había sido mi mejor amiga y la de Oliver durante muchos años. Hasta que conoció a Carlos. El amor no debía doler, era la primera lección del enamoramiento. Pero Ronnie se pilló tanto de ese tío que dejó de quererse a sí misma. Un terrible error.

«Si el amor aprieta, no es de tu talla», decía siempre mi abuela.

—Pensaba que...

—¿Qué?

—Pensaba que tú lo entenderías...

Fue la chispa que encendió la llama. No pude evitar gritar. Por primera vez en mi vida, todo mi autocontrol se había ido a tomar por saco. Mis emociones se descontrolaron por completo y las lágrimas empezaron a deslizarse por mi rostro.

—¡¿Eso pensabas?! —chillé sin importar si me oían los vecinos—. ¡¿Creías que volvería a protegerte después de la última vez?! Me humillaste delante de todos. Joder. Recibí toda tu mierda en la cara.

La última vez yo había terminado metiéndome en su relación y gritándole a Carlos delante de todo el mundo. Ella, aun sabiendo como era él, decidió irse.

—Lena...

—¡Lloré semanas por ti! —Se estaban mezclando la rabia y la amargura.

—No...

—¡Deja de autoengañarte! —grité desesperada, cortando su discurso—. ¡Deja de esconderte! Joder, Carlos no cambiará. ¡Jamás lo hará!

—Eso no es cierto... —susurró mientras se abrazaba a sí misma. Temblaba de tristeza, yo de rabia—. Él me quiere, volverá. Lo sé.

Una risa irónica brotó entre mis labios, las lágrimas escocían.

—¡Volverá para destruirte! ¡Te destruirá hasta que no quede nada de ti!

—Mentira...

No pude callarme.

—Date cuenta, caray. Juega contigo mientras tú te la juegas siempre por él. ¡Mírate! ¡Mírate, Verónica!

—Yo...

Vi como apretaba los labios, intentando no derrumbarse más. Me sentí patética a su lado. Mala persona. Pero había cosas que ya no quería aguantar más.

—Estás muerta por dentro —murmuré.

—¿Sabes qué?, no debería haber venido —resolló mientras se sorbía los mocos por la nariz —. Tú no tienes ni idea de nada. No entiendes lo que es el amor.

—Pues no, no deberías haber venido...

—Gracias por nada —contestó con rabia.

Abrí muchos los ojos. ¿Había dicho lo que creía? Fue un puñal directo al corazón. Solté un gemido de dolor, entre lágrimas.

—¿En serio, Verónica? ¡No puedes buscarme cada vez que te salga de los ovarios para después olvidarme! Y el amor... —La miré de hito en hito—. El amor no duele.

Y antes de que pudiera contestarme, corrí escaleras arriba, llorando de la impotencia y de la rabia que sentía. ¿Cómo podía ser que Verónica se hubiera consumido así? ¿Por qué lo permitía?

Sentí un dolor en el pecho que me asfixiaba. Le había fallado a ella, pero sobre todo me había fallado a mí misma por haber intentado hacer lo correcto y recibir todo lo contrario. Estaba cansada de procurar que las cosas fueran bien para que al final se rebosara todo de mierda. Nunca debería haber esperado nada de nadie, ni encariñarme de ninguna persona. Ya no necesitaba más decepciones, con ella había tenido suficientes.

Todos los problemas se habían acumulado durante las últimas semanas. Tenía las emociones a flor de piel, y eso era demasiado nuevo para mí.

Llegué a mi puerta, la abrí y, cuando estaba a punto de cerrar, alguien me sujetó de la muñeca. Me giré, a punto de empezar a chillar otra vez pensando que era Verónica. Sin embargo, no lo era... Me volví pequeña al verlo. No, no lo necesitaba justo en ese momento. No quería que me viera de aquella manera.

Noel me observaba con el pelo revuelto y el ceño fruncido. Solté mi brazo de su agarre, el corazón me martilleaba en el pecho y recé para que él no lo notara. El corazón aún se me rompió más. Deseé volar lejos de él; lejos de cualquiera.

Me quedé quieta cuando acercó uno de sus dedos a mi mejilla; me limpió una lágrima y dejó un rastro cálido allí donde me había tocado. Me sujetó de la barbilla, obligándome a mirarlo. Me encontré con sus ojos café brillando en la oscuridad.

—¿Estás bien?

—Sí.

—No mientas...

—Tampoco finjas que te importo.

Tenía razón, no nos podíamos seguir mintiendo... No se puede fingir una una amistad que siempre ha sido una mentira.

Di un paso atrás y le cerré la puerta en la cara, a pesar de que él comenzó a susurrar mi nombre a través de ella, preocupado. Lo odiaba. A él y a todo el mundo. Esta vez fui yo quien lo dejó solo. ¿Cuándo se había ido todo a la mierda?

Arrastré la espalda por la puerta, me desplomé en el suelo y lloré en silencio.

A la muerte emborráchala



Noel Martín

El local olía a humo, a alcohol y a fritanga. Una mezcla que podría haber despertado a diez muertos. Aun así, llevábamos toda la tarde allí, y Cristian seguía intentando tirar el dardo al centro de la diana. No desistía el tío, aunque era más malo que mear contra el viento, y empezaba a tambalearse por culpa del par de cervezas que llevaba encima.

—¡No aguantas nada! —reí mientras le pegaba un trago a una de las botellas.

El líquido dorado burbujeó en mi garganta y no pude evitar soltar un eructo.

—¡Cerdo!

—En algunos países eructar es señal de buena educación. —Sonreí enseñando los dientes.

Cristian meneó la cabeza, dando la batalla por perdida.

No dejaba de sonar un repertorio enorme de rock de los años noventa que me recordaba a las cintas de casete que escuchaban mis padres cuando todo iba bien. Cuando aún se nos podía considerar una familia. Intenté despejar esos pensamientos.

Cristian y yo estábamos en un bar de mala muerte que vendía bebidas alcohólicas a menores. Nos sentíamos rebeldes... Y no éramos más que dos pringados jugando a ser unos ignorantes. En ese preciso momento recordé cuando Lena me dijo que la ignorancia podía ser curada, pero la estupidez era eterna. Se me contrajo el pecho al pensar en ella.

Hacía un par de semanas que no hablábamos. No quería pensar en ella..., y no hacía otra cosa en todo el día. Me intentaba convencer de que no la necesitaba, de que sin ella todo iría mejor. ¡Si apenas habíamos hablado un par de veces! Éramos demasiado diferentes. Fuera lo que fuese lo que hubo entre nosotros, era sinónimo de equivocación. Un terrible error.

Entonces, ¿por qué me sentía tan perdido? Tan solo. Ella había sido un pequeño rayo de luz y eso, aunque lo negaba, me había marcado.

—¡Joder! Ni una, tío.

—Se te da de pena —dije. Cristian dejó los dardos y pidió un cuenco de kikos. Se sentó a mi lado, mientras picoteaba entretenido—. ¿Cómo llevas el examen de Química, el de la semana que viene?

Levanté una ceja cuando Cristian sujetó bien la botella de cerveza y se bebió lo que quedaba de un solo trago.

—¿Tan mal?

—Fatal. ¿Y tú?

—¿Yo? Yo juraría que llevo días en el *mood* «ahorro de energía». No hago nada, tío.

—¡Tú siempre estás en ese *mood*!

—*Touché*. —Nos reímos.

Fue una risa agria. Casi no pisaba mi casa, a no ser que fuera para dormir. Y si no dormía, me ponía a estudiar. Después de los entrenos de básquet, Cristian solía invitarme a su piso, aunque cada vez lo hacía menos. Comíamos bolsas de comida basura y, luego, nos bebíamos un café mientras jugábamos a la Play.

Él era un adicto a la cafeína de manual, juraría que más de una vez lo había visto oler su taza de la NBA con gran ímpetu. No me extrañaría que en las horas muertas que no lo localizaba —porque, sí, cada vez desaparecía más y seguía sin conseguir que soltara prenda de adónde iba—, se fuera a la fábrica de café para olisquear el aire.

—¿Estás preparado para las pruebas de mañana?

—Supongo.

Tragué aire y lo aguanté dentro de mí, como si así pudiera dejar de ahogarme con mi histerismo. Al día siguiente eran las pruebas de básquet, donde se seleccionaría el nuevo equipo y, asimismo, el capitán.

El Rodoreda llevaba años yendo a buen puerto y se esperaba que ese año ascendiera de nivel, pudiendo participar así en las Ligas Nacionales de Básquet. Intenté convencerme de que seguiría siendo el capitán del equipo. Después de todo, no había estado cuatro años siéndolo para que ahora llegara alguien a arrebatarme la plaza, ¿no? En realidad, ya no estaba seguro de nada.

Cristian me pasó un brazo por los hombros y me despeinó.

—¡No seas capullo! Te irá bien, les das demasiadas vueltas a las cosas.

—¡Eso no es cierto, tío! —me quejé.

—Sí que lo es. Llevas unas semanas pesado, pesado... Entre Jolene y el novato... —Arrastraba las palabras—. Aunque, oye, me alegro de que te hayas alejado de ella. No era buena para ti.

«Ni yo para ella.»

—¡Pero si yo paso de todo!

—Sí, y yo soy Linus Pauling —afirmó poniéndose una mano en el pecho. No entendí a quién se refería—. Ya sabes, ¡ese químico que sale en el examen!

—Mamonazo que eres. ¡Suerte que lo llevabas mal!

—Bueno... Puede que haya estudiado un poco.

Cogí un puñado de kikos y se los tiré a la cara.

—¡Cabrón! Con la comida no se juega —refunfuñó quitándose algún kiko que se le había quedado en los pantalones.

Di un trago a mi cerveza.

—A ver si un día me das clases de repaso.

Cristian abrió mucho los ojos y comenzó a tartamudear.

—Eh, yo... Es que...

Me rasqué la nuca, últimamente me costaba entender algunas de sus reacciones.

—Tranquilo, que no me como a nadie. —Dibujé una sonrisa. Esta desapareció cuando él se ruborizó. ¿O eran el par de cervezas que llevábamos?—. ¿Estás bien?

—¡Sí! Claro que estoy bien —contestó con una voz aguda—. Solo que llevo días ayudando a mi padre y estoy algo cansado.

—Ya.

Qué mentiroso.

—¿Nos vamos? —preguntó.

Moví los hombros arriba y abajo. Algún día me acostumbraría a las mentiras. Cuando él quisiera, ya me contaría qué mierdas pasaba en su vida.

Cristian decidió volver a su casa caminando, no estaba muy lejos, pero yo pasaba de andar siete kilómetros hasta la mía. No me había llevado la moto porque sabía que beberíamos. Era idiota, no kamikaze.

«Dulce mentira.»

Nos despedimos en la boca del metro. Me coloqué los cascos de música y me puse a escuchar a Glaswen, un chico anónimo que hacía *covers*. El frío me caló hasta los huesos.

«Cada día más solo, ¿eh?»

Apreté los puños para asustar los pensamientos intrusivos que me perseguían como fantasmas. El agujero negro que tenía en el pecho se extendió más cuando oí el estribillo de la versión de *My Life* de Imagine Dragons. Me sentía demasiado identificado.

«Can I wish on a star for another life? ‘Cause it feels like I’m all on my own tonight. And I find myself in pieces.»

¿Era lo que sentía? Mi profesor de Historia decía que eso era ansiedad, pero yo jamás quise aceptarlo. No quería pensar que me estaba derrumbando. Intentaba empujar ese sentimiento de agonía a un lado. Si no le hacía caso, no existía, y cada día pensaba: «Déjalo estar por hoy». Luchaba con mi propia mente y le decía que todo estaba bien. Pero el nudo seguía apretando... Hasta que casi me termino ahogando.

Leí que la ansiedad es cuando el dolor del pecho se vuelve más profundo y te vas agrietando más cada día. El dolor se hace hueco dentro de ti. Como un virus. Pierdes las ganas; las ganas de llorar, de reír y de ser tú mismo. Las ganas existir.

Ojalá en ese momento me hubieran enseñado qué era la ansiedad. La importancia de la salud mental y de quererse. Ojalá me hubieran dicho que el tiempo no cura una mierda, la terapia sí. Pero no fue así, porque yo no hablaba de mis sentimientos. Me enseñaron que para ser fuerte tenía que convertirme en un bloque de hielo.

Entre canciones y dolores de cabeza, tardé casi una hora en llegar al portal de mi casa. Al menos me había bajado la borrachera. Caía una fina capa de agua y la humedad del tiempo era horrible. Mi flequillo estaba aplastado y mojado bajo mi gorro de lana negro. Bufé, era un incordio. ¿Por qué no existía un verano eterno? Me apresuré a subir la escalera, justo cuando empecé a oír unos gritos. Se me pusieron los cojones en la garganta. ¿Qué coño estaba pasando?

Llegué tarde, pero fue suficiente para ver la situación. Se me desencajó la mandíbula al ver a Lena derrumbándose, corriendo escaleras arriba. Gritaba, lloraba y sufría. Algo se rompió más dentro de mí. Me sentí terriblemente mal. Estaba tan ensimismado que un hombro chocó con el mío.

—Apártate —dijo una chica morena casi tan alta como yo.

No contesté. Corrí directamente detrás de Lena, sin pensar en lo que estaba haciendo. Necesitaba encontrarla, saber que estaba bien. Ella sí que no podía perder la luz. No quería que apagaran su sonrisa, pocas personas tenían la capacidad de iluminar a los demás. Aunque negaría toda la vida ese sentimiento de protección que me surgió.

Llegué a nuestra planta. Solo tuve tiempo de que mi pie se interpusiera en la puerta antes de que ella la cerrara. Sujeté suavemente su muñeca. Abrió la boca de la sorpresa.

Sus ojos verdes, con motas doradas y brillantes por las lágrimas, observaron los míos. Me mordí la mejilla. ¿Así de hundido era como siempre me veía ella a mí? El corazón no dejaba de martillearme en el pecho. Se apartó como si le hubiera pinchado con una espina y me dolió que me viera como un monstruo.

No pude evitar limpiarle una lágrima que resbalaba por su mejilla, camuflándose entre las pecas. Bajó la vista y, suavemente, le cogí el mentón para que me mirara. Quería ver sus ojos. Saber que estaba bien, aunque tenía claro que ella era más fuerte que cualquier otra persona.

—¿Estás bien?

—Sí.

—No mientas... —susurré.

—Tampoco finjas que te importo.

Dio un paso atrás y cerró la puerta de golpe. Joder. Dolió más que aceptar que estaba solo.



Esa noche no dormí una mierda. De hecho, me pasé las horas estudiando ese idioma que había empezado a adorar y odiar a la vez. Mi pequeño secreto. El francés.

No sé en qué momento comencé a estudiarlo, pero sí por quién fue. Leo, mi hermano; en el

fondo deseaba que algún día me llevara con él. Por eso me gustaba y detestaba ese acento, porque sabía que no podía soñar muy alto si no quería despeñarme.

Habían empezado siendo palabras cortas y siguieron las frases básicas para viajar: *«Comment allez-vous?»*, *«Je m'appelle Noel»* o, mi favorita: *«Enculé»* («Que te den»).

Me desperté cuando oí la puerta cerrarse de golpe. Tenía el cuello dolorido. ¡Joder! Me había quedado dormido encima de la mesilla de noche, que hacía a la vez de escritorio. Y, además, se me había grabado la marca del cuaderno de francés en la mejilla. Un aplauso a la vida por ser tan sumamente odiosa.

Renegué cuando miré el reloj y vi que apenas faltaba un hora y media para ir a clase. Guardé corriendo el cuaderno bajo el colchón y salí de la habitación de puntillas. Solté el aire cuando vi que él no estaba. Se acababa de ir. Me pegué una ducha rapidísima, con agua fría, y me vestí con unos vaqueros desgastados y un jersey de lana que me había prestado Cristian.

Cuando estuve listo, me acerqué a la cocina. Mi madre estaba limpiando, para variar. Nervioso, me pasé una mano por el cabello. Cogí una barrita energética que había en la nevera y me dispuse a irme sin decir nada.

—¿Vendrás temprano hoy? —me preguntó mi madre.

El corazón me dio un salto. Su voz...

—¿Debería? —pregunté resentido.

No. Ni por encima de mi cadáver. Me negaba a pasar horas encerrado en un cubículo que me parecía más una prisión que un hogar. Fui un egoísta. En ese momento no supe ver que no me estaba obligando a volver antes, sino que me pedía ayuda. Porque, al igual que yo, ella ya no soportaba más estar tan sola con sus demonios. Ni con él.

—Que vayan bien las clases, hijo.

Hice un ademán con la mano y salí de casa.

«Egoísta, egoísta, egoísta...» Con un dedo iba dando vueltas a las llaves mientras esperaba el ascensor. Vi un destello naranja con el rabillo del ojo. Antes de que llegara supe que era ella. Lena Rose.

No pude evitar sonreír cuando vi que llevaba un peto vaquero con margaritas de colores estampadas y un jersey de lana verde menta. Todo combinado con una boina blanca que me recordaba al gato peludo que tenían los vecinos de abajo. Siempre me pregunté si su secreto era meter la ropa en un saco y sacarla sin mirar, creando así combinaciones bastante sorprendentes.

Iba mirando el móvil, alterada por algo, así que no me vio. Se comió de lleno mi espalda y empezó a pedir perdón. Cuando levantó la vista, palideció.

—¿Tan mal aspecto tengo? —Intenté iniciar una conversación—. Parece que hayas visto a un muerto.

Ya me podría haber imaginado que saldría corriendo por la escalera. Aunque me sorprendió que Lena Rose no me replicara con alguna de sus frases mordaces. Me reí. Me reí porque me estaba doliendo más de lo que pensaba. Estaba bien jodido.

Arranqué la moto y no tardé demasiados minutos más en llegar al instituto. Quedaba un cuarto de hora para que empezara la primera clase del día: Lengua Española.

Estábamos estudiando *La Celestina*. La famosa tragicomedia de Calisto, Melibea y la madre que los parió. Me apostaba cincuenta pavos a que el autor se había fumado toda su plantación de marihuana. No me parecía descabellada la idea que había tenido Emma, una chica de clase, algunos días antes. Sugirió recoger firmas para que cambiaran las obras que nos teníamos que leer para la selectividad por otras más modernas. Así al menos leeríamos a gusto y sin traumatizarnos de por vida.

Las clases pasaron muy lentamente hasta que sonó la campana que ponía fin a la última.

—¡Tío, tío, tío! —vino corriendo Cristian.

—¡Eh, eh, eh! —imité su voz.

—Sé que habíamos quedado para ir a entrenar antes de la selección —hablaba demasiado rápido—, pero tengo que irme, lo siento mucho. Nos vemos después allí. ¡Te debo una!

Y antes de que pudiera contestarle, se fue corriendo. Puse los ojos en blanco. ¡Lo mataría! Tenía que arrinconarlo un día y preguntarle dónde se metía esas horas libres.

Fui al vestuario para ponerme la ropa de los entrenamientos. El equipo de básquet era de color amarillo. Lo detestaba. Con ese color parecía que tuviéramos un exceso de bilirrubina —gracias a las clases de Biología por ayudarme a aprender qué era la ictericia— o que fuéramos pollos mojados.

Saludé altivo a varios compañeros y compañeras del equipo antes de entrar a la pista descubierta. Aún no había llegado nadie. Aproveché para desahogarme. Grité de vez en cuando, para no acumular silencios. Y así fueron pasando las horas. Cuando terminé el entrenamiento a base de tiros libres, ya se habían sentado algunas personas en las gradas. Comencé a morderme las uñas nervioso. Hice un barrido rápido con la mirada. Y... joder.

El corazón... Otra vez latía demasiado rápido. ¿Por qué últimamente nuestros ojos se encontraban tanto? Seguro que era una burla del destino. Aparté la vista e hice caso omiso.

Lena y Oliver estaban en las gradas, comiéndose una caja de galletas. Me pregunté qué hacían allí. No hizo falta pensar mucho. El novato estaba hablando con el entrenador, que acababa de llegar. Suspiré. Se escribe «karma» y se pronuncia «me río en tu puta cara». Él me vio y se acercó.

—Noel —dijo seco.

—Novato —contesté cruzando los brazos—. ¿Preparado para morir?

Alek chasqueó la lengua indiferente.

—¿Por qué me odias tanto?

Abrí los ojos. No me esperaba esa pregunta. Me enfurecí sin razón (seguramente a causa de toda la mierda que llevaba encima). Tenía tantas cosas que decir que si me callaba me saldrían subtítulos.

—¿Odiarte? —Le rodeé el hombro con un brazo, como si fuéramos amigos de toda la vida

—. Pero si me caes genial, tío. Si te estuvieras ahogando y pasara con un bote, te saludaría y todo.

—No seas sarcástico. —Hizo una mueca.

Me aparté y me puse delante de él.

—Si no quieres respuestas sarcásticas, no hagas preguntas de mierda.

—¿Sabes?, deberías dejar de joder a los demás y comenzar a enfrentarte a tus problemas.

—Yo no tengo problemas... —No me lo creía ni yo.

—¡Y nosotros no somos tus sacos de boxeo para que te desahogues!

Se me desencajó la boca. ¡Qué hijo de puta! Él qué sabría... Pasé por su lado y le pegué un empujón con el hombro, desestabilizándolo.

—Ya puedes despedirte de tu suerte —susurré antes de irme.

En fin. Ya se sabe que quien se pica ajos come. Mi caso no fue la excepción.

Entré en el equipo, pero perdí la capitanía. Por idiota.

Si juegas con fuego, terminas convertido en cenizas



Lena Rose

Ese viernes fuimos a celebrar la victoria a casa de Oliver. No teníamos dinero para gastárnoslo cada semana en pizzas y refrescos, así que nos comimos la famosísima tortilla de patatas que había preparado su madre ese mediodía. ¡Y qué tortilla!

Parecía que quisiera disfrazarse de bizcocho mullido. Alek arrugó la nariz cuando vio la cebolla. En fin, no todos los chicos pueden ser perfectos, ¿no? Si no, el mundo sería muy aburrido. Y menos caótico...

El pelinegro se había ofrecido a pagarnos la cena en un *fast food*, pero lo habíamos rechazado. Era el único de los tres que trabajaba en ese momento, en la mercería de los padres de Oliver, y no queríamos que se gastara sus ahorros en tacos y nachos. Aunque yo también había trabajado el verano anterior, ¡y a mucha honra!

Había dado repaso a dos monstruitos gemelos de ocho años. Estuvieron a punto de terminar con las provisiones de mi paciencia. Así que, obviamente, no pensaba malgastar los míseros ahorros que había recibido gracias a intentar educar a los mismísimos diablos.

—¡Es muy fuerte que hayas entrado en el equipo directamente! —repitió Oliver por sexta vez —. ¡Eres buenísimo!

«Y está buenísimo. De cerebro, obvio.»

—Aún no me lo creo —contestó Alek a punto de dar un bocado a un trozo de tortilla.

—¡Y Noel ha perdido la capitanía! Qué fuerte, qué fuerte...

—*Qui firti, qui firti*... —repetí para molestarlo. No dejaba de decirlo, soñaría con esas palabras.

Estaba claro que Oliver no sería jamás un poeta. O sí. Después de leer el famoso «poema» que se había hecho viral en Twitter («¿Sabes qué? / ¿Qué? / No lo sé»), me esperaba cualquier

cosa de la humanidad. ¡Bendito poema que nos había dejado con la duda a todos! Si es que parecía un *thriller*.

—¡Es que lo es, leñe! Ha estado años para llegar allí. Eso le pasa por estúpido.

Se me cerró el estómago. ¿Estúpido? Noel era estúpido, memo, engreído, cargante, idiota, y tenía una deficiencia tan grande de materia gris que seguramente flotaba en el agua. Sin embargo, me sentí mal. Yo era la única que lo había intentado conocer y sabía que él no estaba bien. Nada bien.

—Bueno, debía de estar nervioso —solté sin pensar.

Alek levantó una ceja.

—Si consideras que estaba nervioso por querer partirme la cara, lo acepto —dijo con retintín.

Preferí no seguir por ese camino de arenas movedizas, así que le di un bocado a la tortilla. Me deshice por dentro.

—¡Se ha terminado la era del terror! —sonrió Oliver, alzando los brazos—. Adiós al período de Noel, el muñeco diabólico. ¡Saludos a la era en que los famosos pringados seremos respetados!

Era cierto. Noel no había ganado la capitanía. Su equipo había perdido en contra del equipo en el que estaba Alek. Irene, la chica que lideraba el equipo de Alek, ganó la mención de capitana. Ella nunca había sido del grupo de los populares. De hecho, su grupo de amigos, los *skaters* que se pasaban la hora del patio comiendo pipas y fumando pitis repugnantes, eran del grupo de los pringados.

En fin, según Noel y su tropel, todos los que no íbamos con su grupo de populares éramos unos fracasados. Qué irónico, juraría que *fracasado* significa persona desacreditada a causa de los fracasos padecidos en sus intentos o aspiraciones. En lengua moderna: una persona que ha fallado o no ha alcanzado su objetivo.

Creo que no se necesita un letrero neón fucsia para saber que en ese mismísimo momento esa frase rezaba el nombre de alguien: Noel Martín.

Así que el arte que tenían los jóvenes para extender rumores había surtido efecto. En ese mismo instante todo estaba del revés. Algunos populares habían dejado de meterse con los deshonrados —prefiero esa palabra a la de *pringados*—, y estos últimos comenzaban a no agachar la cabeza.

Oliver se había referido a la famosa escena de la película *High School Musical* en la cafetería y había estado horas cantando *Stick to the Status Quo* (no hace falta añadir que no servía ni para poeta ni para cantante). En fin, siempre debería haber sido así. ¿No era obvio? Todas las personas son únicas y especiales. Aunque... algunas sean más especiales que únicas.

—¡Por fin puedo descansar! —gritaron desde la puerta, sorprendiéndonos a todos.

Entró la madre de Oliver, repiqueteando con fuerza, y se tiró justo en el sofá que había a nuestro lado. Se quitó los taconazos de infarto que llevaba. Sonreí al verla.

—Eso y quitarse el sujetador cuando llegas a casa son los mejores placeres que hay —le

contesté.

Carme nunca había sido una mujer vergonzosa, siempre lucía sus curvas con estilo y practicaba deporte extremo corriendo con esos tacones.

—¡Lena, cariño! ¿Cómo estás? ¿Qué tal tu madre? —Se rio mientras nos miraba—. ¡Hola, Alek!

—Bien, estamos todos bien —contesté, levantándome y saludándola con un abrazo.

—Sí, mamá. Sigo vivo. No he quemado el piso. Gracias —murmuró Oliver, poniendo los ojos en blanco al ver que su madre no le decía nada—. ¿Y papá?

Me volví a sentar.

—Ahora viene, está aparcando. Últimamente no hay nada de sitio, demasiado turismo.

—El otro día mi madre tuvo que aparcar a media hora de casa, es horrible —Alek le dio la razón.

—¡Por cierto! Menos mal que hoy no estabas en la tienda, Alek. De verdad, la gente... —se quejó—. ¿Quién dijo que el cliente siempre tiene la razón?

—¿Qué ha pasado, mamá? —preguntó Oliver curioso.

—Nada, nada. Si ya me lo dijo Lena: existen los gilipollas esféricos. Los mires por donde los mires, seguirán siendo sumamente estúpidos —comentó guiñándome un ojo.

Solté una carcajada.

—Y dime, Alek, ¿cómo llevas trabajar en la mercería? —Lo miré. Dibujé una sonrisa ladina, divertida por la situación.

—Bien, he podido ayudar a mi madre a pagar las deudas del médico. —Sonrió—. ¿Quieres que un día te enseñe los camisones de encaje?

Oliver escupió el refresco que estaba bebiendo, con los ojos muy abiertos. Me mordí el labio divertida.

«Error 404: Not Found.» Si mi mejor amigo seguía hiperventilando así se desmayaría. Y yo no quería que Alek ganara ese asalto, avergonzándome.

—¡Sí, Lena! Deberías pasarte un día —añadió Carme, empeorando la situación—. Ha llegado un nuevo encargo que te encantaría. ¡Las transparencias están de moda!

—Me pasaré. Será interesante ver qué camisón crees que me quedará mejor, Alek. —Nuestros ojos conectaron, retándonos. Él tragó saliva.

Era competitiva de nacimiento. Jaque mate.

—¿Qué ha pasado aquí, que no me he enterado? —Oliver frunció el ceño.

Justo sonó mi móvil. Al ver quién me llamaba colgué, pálida. ¡Qué manera de joder el momento! Busqué a mi mejor amigo con la mirada.

—Oliver, acompáñame un segundo. —Le advertí con la mirada que no dijera nada.

Él asintió, extrañado por mi cambio de humor. Alek no dijo nada, lo agradecí. Fuimos a la habitación de mi mejor amigo y la cerré con cuidado. Era pequeña, adornada con pósteres de

influencers (algunas *influmierders*) y modelos de moda que hacían posturas extrañísimas. ¿No les dolía la espalda arqueados de esa manera?

—¿Qué pasa, L...? —Antes de que pudiera terminar de preguntar, le enseñé la pantalla donde estaban las llamadas perdidas—. ¡Joder con la que la parió! ¿Es ella?

—Oliver, no conocemos a ninguna Ronnie más —dije disgustada.

Tenía tres llamadas perdidas de Verónica. No le había contado a Oliver lo que había pasado el día antes porque pensé que no volvería a ocurrir. Que se olvidaría de nuevo de nosotros. Como siempre.

—Ayer me la encontré en el portal de mi casa... —confesé cabizbaja.

—¿Y no me lo contaste por...?

—¿Porque pensé que no valdría la pena? —escupí—. ¿Para qué gastar las energías con una persona como ella? Sería como gastar energía regando las plantas mientras llueve.

—Lo pillo, lo pillo —dijo alzando las manos—. Verónica es una cerda.

—Una egoísta.

Me hizo a sentarme en la cama y él se sentó a mi lado. Me cogió de las manos, obligándome a mirarlo.

—Pero, Lena, ella es una cerda que se ha equivocado mucho.

—Lo sé...

—Lo que pasa es que Ronnie aún no lo sabe. Está ciega. Ciega de amor y de odio hacia sí misma. Y nosotros debemos ayudarla.

Me deshinché, abatida.

—¿Cómo? —contesté seria—. No se puede ayudar a una persona que huye de la verdad.

—Joder, tía. Pareces toda una detective, como ese *Hulio Potorrot* de la escritora de misterio. Esa de la que tanto hablas.

—Se llama Hércules Poirot, un personaje de Agatha Christie, y...

—¿No te gustaría estudiar Criminología? —soltó de repente mientras yo seguía hablando.

—¡Oye, no me cambies de tema!

—Perdón, perdón. —Levantó las manos, rindiéndose—. Pues eso, que debemos ayudarla.

—¿Cómo? —Negué con la cabeza, viendo la causa perdida.

—Ayudándola a reencontrarse, que vea la verdad. Y ahora tú puedes hacerlo, Calabacita. Con paciencia.

—El saldo de mi paciencia se agotó hace tiempo, y estoy pobre para renovarlo —le contesté, cansada y resentida.

Ambos pegamos un salto cuando mi móvil empezó a vibrar. Los dos pensamos que era Ronnie. No pude explicar el alivio que me supuso cuando vi que se trataba de Cecilia, mi madre. Me había enviado un audio de WhatsApp: «Bonita, he ido al centro de Barcelona a hacer unos recados y estoy volviendo a casa. ¿Quieres que te pase a buscar? Aunque si vas borracha o

alguna tontería me avisas, que doy media vuelta. No quiero que vomites en mi coche, que hoy lo he limpiado. Bueno. Eso, cariño, que si quieres paso a por ti. Estás en casa de Oliver, ¿verdad?»

Le contesté con un «Sí» y una carita de ángel, para que no se preocupara.

¿Desde cuándo creía que yo bebía? ¡Solo fue una vez! Y nunca más. El alcohol mata las células grises y te deja atontado. Además, era obvio que las experiencias más ridículas de la vida tenían una palabra de siete letras: *alcohol*. El agua no solucionará tus problemas, pero el alcohol tampoco. Yo lo sabía bien. ¿En qué momento se había vuelto tan normal beber cada fin de semana hasta perder el sentido? ¿En qué momento se había normalizado consumir una droga en los jóvenes?

Mi madre me hizo una llamada perdida y me despedí de Oliver, dándole un abrazo de oso, que él correspondió. Oliver siempre había sido la calma en mi vida, aunque él fuera más de crear ventiscas. Pero nos comprendíamos y nos ayudábamos. Con él podía tener mi esencia propia y sabía escuchar todo aquello que yo no decía.

—¡Hasta luego! —grité mientras salíamos al rellano y le daba al botón del ascensor—. Diles adiós a tu madre y a tu padre de mi parte.

—Ya se lo diré, a no ser que me dejen traumatizado con sus cantos de ópera en la ducha.

Le di un leve golpe en el hombro, riéndome.

—¿Y de mí no te despides? —Salió un coqueto Alek. Se apoyó en el marco de la puerta con los brazos cruzados y las cejas levantadas.

—En fin, las hormonas. ¿Quién las entiende? —dijo Oliver mientras levantaba las manos, rindiéndose, y nos dejaba solos. Traidor.

—No sabía que me echarías de menos —dije a la defensiva.

Se acercó y me quedé muy quieta. No me lo esperaba. Me puso una mano en la cintura, tuve que apretar las piernas para no temblar. Lentamente, me dio un beso en la mejilla, en la comisura de mis labios. Joder. Se me formó un nudo en el estómago y tuve que apretar más las piernas.

¿Ese era su jaque mate? ¿Su juego desde el principio? Posiblemente solo era cosa de mi imaginación, pero me negaba a que intentara seducirme para bajar mis defensas y conseguir superarme en el instituto. Y él sabía que la atracción mental es mucho más fuerte que la física. De una mente no te libras jamás. ¿Quería más tensión? La tendría.

Lo separé y le puse un dedo encima de sus labios mientras colocaba mi mano sobre su pecho. Me arriesgué. Nuestros ojos conectaron y fue más íntimo que cualquier otro movimiento. Todo mi interior tembló.

—Si juegas con fuego, terminarás quemándote —susurré cerca de sus labios—. Conmigo no juegues.

Entré en el ascensor y me fui.



Mi madre esperaba abajo, en su furgoneta azul antiquísima pero que amaba como a nadie.

Me subí, aún temblando por dentro, y le di un beso en la mejilla.

—¿Cómo ha ido el partido? —sonrió mientras comenzaba a conducir el trayecto hacia casa.

—Bien, Irene Moliner ha ganado la capitanía y Alek ha entrado en el equipo.

—¿El primo de Oliver? —dijo doña Cecilia. Asentí—. Parece un buen chico.

Sí. Un buen chico, con letras mayúsculas. Lo estaba empezando a maldecir por haber entrado en mi vida.

—Nada del otro mundo. En fin, un chico normal y corriente, como cualquier otro... —solté de carrerilla.

Mi madre levantó las cejas y comenzó a sonreír de forma espeluznante. «Tierra, trágame.»

—¿Así que te gusta?

—¿Cómo me va a gustar? —me defendí—. Si lo acabo de conocer, mamá.

—¿Y qué?

—Además, leí que los científicos han hecho estudios y dicen que para enamorarse se tardan noventa minutos de conversación íntima con preguntas y respuestas sinceras. ¡Y no hemos tenido tanto tiempo! Que estamos en segundo de bachillerato. Yo solo tengo tiempo para llorar cada noche por los exámenes que vienen, desear que la selectividad pase rápido y rezar para que no me quiten la matrícula de honor.

Ella suspiró apesadumbrada.

—Cariño mío, ya lo hemos hablado muchas veces. Tenemos el dinero necesario para que puedas estudiar donde quieras. ¡Así que no te autoflageles! Te querré igual.

Ya, lo sabía. Pero los hijos siempre intentamos demostrar más a nuestros padres, y allí estaba yo. Compitiendo para conseguir una matrícula de honor, para que estuviera orgullosa de mí y devolverle, con creces, todo lo que había hecho por sus hijos. Me la quedé mirando y, de repente, me eché a reír a pleno pulmón. ¡Hostia! No podía ser. Ella dio un pequeño volantazo.

—¡Lena Rose Quilla! —bramó—. ¿Qué te pasa? ¡Me has asustado!

—Perdón, mamá. —Me reí—. Pero... ¿y esa sugilación?

—*¿Sugusqué?* —preguntó extrañada—. Por Dios, Lena. Habla bien.

—Sugilación, chupetón, hematoma. El moretón que tienes en el cuello. —Me reí a pleno pulmón.

Nunca había visto a mi madre tan avergonzada, parecía un tomate. Se habían vuelto las tornas, ahora ella era la niña y yo su madre. Con un mechón de su cabello rubio se lo tapó.

—Así que haciendo cochinadas, ¿eh? —Moví las cejas arriba y abajo.

Ella y yo siempre habíamos tenido muchísima confianza. Así que me dolió que evadiera el tema y me mintiera. Sé que era mi madre, pero nunca había tenido reparos en contarme su vida privada. ¿Por qué todo el mundo parecía tener secretos?

«Tú también los tienes, con Noel. ¿No te acuerdas?»

Ah, mierda. Era cierto.

—Fue un golpe, nada más. —Sonrió abochornada.

—Ya, y yo soy monja.

Frenó de golpe. Encontramos aparcamiento delante de casa, todo un privilegio teniendo en cuenta que era un viernes a las diez de la noche. A decir verdad, el barrio donde vivíamos no tenía mucho movimiento nocturno. De vez en cuando, algunos descerebrados se movían por allí, intercambiando sustancias extrañas.

—Hala, bájate, que ya hemos llegado.

No dije nada más, doña Cecilia seguía abochornada por su pequeño secreto. Abrimos el portal y subimos al ascensor. Tenía ganas de llegar a casa, pegarme una ducha y meterme en la cama para leer. Sin embargo, cuando salí del ascensor y lo vi delante de su puerta mirando el patio de luces, tuve la sorprendente necesidad de hablar con él. Llamé a mi madre.

—Adelántate, mamá, no tardaré mucho —susurré para que Noel no me oyera.

—¿Así que también te gusta el vecino?

—¡Mamá! —Le lancé una mirada de advertencia que ella entendió.

Asintió y se fue. Me acerqué a pasos lentos hacia mi odioso vecino. Noel tenía un cigarrillo entre los dedos, aunque a decir verdad no estaba ni encendido. Su cabello revoloteaba por el aire y la chaqueta de cuero desgastada le venía grande.

De lejos parecía alguien valiente, capaz de deslumbrar a la luna y cazar todas las estrellas. Sin embargo, cuando me acerqué lo vi hecho de pedazos, intentando unirlos con tiritas que se despegaban una y otra vez.

—Buenas noches, Noel.

—Noches, porque para bueno ya estoy yo. —Sonrió burlón, pero cansado.

Hay millones de palabras y de expresiones, pero no era posible combinarlas para decir lo que sentía en ese momento: lo quería noquear con una sartén. Cambié de tema.

—Eso... —señalé el cigarro que yacía entre sus dedos—, no sabía que fumaras

—No lo hago —dijo pasivo—. Bueno, solo de fiesta.

—A ver si adivino. Ahora quieres parecerte a ese personaje de *Bajo la misma estrella*. La película que vimos en clase. —Él levantó las cejas—. El que decía «es una metáfora: te colocas el arma asesina entre los dientes, pero no le concedes el poder de matarte».

Noel bufó, pero en su rostro apareció la sombra de una sonrisa irónica.

—La tocahuevos de la clase lo tenía que decir —murmuró—. Pero siento destrozar tus fantasías, no es por eso.

—Y es por...

Él se giró de espaldas a la barandilla y se recostó en ella, mirándome con las cejas levantadas. Sus músculos estaban tensos y se mordió el labio nervioso. Apretó los puños.

—¿Por qué tienes la necesidad de saberlo todo?

—¿Qué? —pregunté con un nudo en la garganta.

—Eres bastante insoportable.

Abrí los ojos. ¡No había dicho eso! ¡Zoquete! Fruncí los labios y arrugué la nariz.

—Mira, paso. Contigo no se puede. —Me giré para irme.

Igual todo era culpa mía por esperar algo de él. Por esperar que se abriera conmigo. Oí un suspiro detrás de mí. Noel me agarró suavemente de la muñeca, girándome y acercándome a él. Quise apartarme, pero no lo hice. Tuve que levantar la cabeza para mirarlo a los ojos. Eran de color café y brillaban. ¿Había estado llorando? Me mordí el interior de la mejilla.

—Deberías dejar de hacer eso —dije con la voz entrecortada.

—¿El qué? —susurró.

—Agarrarme siempre de la muñeca y acercarme a ti... —Él me soltó y yo me crucé de brazos, pero no me aparté—. ¿Me vas a explicar por qué estás aquí con un cigarro?

Esperé su explicación de por qué era tan sumamente idiota. Él cogió aire. Sus ojos se volvieron más oscuros.

—Sé que si lo hago no habrá vuelta atrás. Pero ¿qué mata antes: odiarse o fumar?

Me puse blanda ante esa sinceridad tan aplastante. Se me rompió el corazón.

—Dejar de odiarse tiene solución. Curar tus pulmones, no. Deberías...

—Debería saber qué quiero; debería conocerme a mí mismo, bla, bla, bla. Pero hoy no me apetece hacer turismo dentro de mí —contestó cansado—. Hoy no.

Estábamos demasiado cerca. No pude evitar acariciarle el rostro con la mano. Él cerró los ojos, dejándose hacer. Su respiración acariciaba mi piel, dejando un rastro de llamaradas que se apaciguaban con el frío del invierno.

«Huye, Lena. Antes de que te haga daño.» No lo hice. No podía huir, no de alguien roto.

Era una noche sin estrellas donde solo existíamos él y yo. Lo odié por crear ese momento tan íntimo. Creo que él también me odió.

—Noel... —Lo cogí del mentón, para que me observara.

—No puedo cambiar —exclamó disgustado—. Mentira. No quiero cambiar. ¿Sabes?, no pueden romperme si yo soy el primero en hacer daño.

Me mordí los labios, tenía el corazón en la garganta. Me afectaba verlo tan indiferente a todo.

—El problema es que ya estás roto, Noel. Te estás autodestruyendo. Deberías buscar ayuda.

Una carcajada agria brotó de su garganta. Dio un paso atrás contrariado. Me abracé a mí misma, intentando calmar mi corazón y apaciguar el frío que comenzó a calar mis huesos cuando él se apartó.

—¿Ayuda? ¿De quién? ¿Del Espíritu Santo o de Papá Noel?

—A no ser que el Espíritu Santo o Papá Noel sirvan como psicólogos, que lo dudo mucho porque ninguno existe...

—¡Me acabas de destrozar la infancia! —Puso los ojos en blanco.

—¡Deja que termine de hablar!

—No hay nada de que hablar.

Me froté los ojos con las manos. Estúpido y engreído. Esa vez fui yo quien lo agarró del brazo para que no eludiera el tema y se escapara. Noel estaba roto y, aunque había pasado de mí

durante dos semanas, tuve la necesidad de darle una segunda oportunidad. Quería entenderlo, romper esa coraza llena de espinas que se clavaban en su piel; quería que volviera a ser humano. Y, sobre todo, quería que aceptara mi ayuda.

—No voy a permitir que te acobardes y te rindas, Noel.

—Estás loca...

—Pues estaré loca. Pero odio que te rindas, no seas cobarde —solté lo que me había pasado por la cabeza al comenzar a conocerlo—. No huyas para no tener que lidiar con el dolor.

Una de mis frases favoritas era «si alguien pudo hacerlo, yo también puedo, y si nadie lo ha hecho nunca, yo seré la primera».

—¿Y qué pretendes hacer? ¿Cambiarme el cerebro y convertirme en un Frankenstein?

—Eso estaría bien. Aunque Frankenstein, Victor Frankenstein, es el científico que creó al monstruo que todo el mundo conoce. Este último fue creado con partes de diferentes cadáveres y...

—Así no ayudas.

—De acuerdo, haremos esto. Te ayudaré a conocerte a ti mismo. Como te dije la primera vez, antes de que te olvidaras de que existo, harás lo que te diga sin preguntas y sin rechistar.

—Ah.

—Será todo un experimento ver si realmente tienes corazón o eres un humano con tendencias idiotas.

—Qué ánimos me das —refunfuñó.

—¿Aceptas o no?

—Joder, eres peor que el karma.

—Pero... —lo animé.

—Está bien.

—Pero recuerda, Noel... —Tenía un nudo en la garganta.

Él me miró con los ojos entrecerrados, intentando adivinar lo que diría.

—¿El qué?

—Solo puedes salvarte tú mismo.

Que el miedo no te impida seguir soñando



Noel Martín

«¡Que llueva, que llueva! La Virgen de la Cueva...»

Maldije a los mocosos del segundo A. Estaban todo el día cantando canciones tan aborrecibles que estaba planteándome seriamente si era más rápido suicidarme tirándome por la ventana o colgándome con la cortina de la ducha. ¡Normal que fuera a llover! Qué casualidad que la tormenta hubiera llegado justo en el momento en que esos críos habían abierto el pico.

Me pasé toda la mañana del sábado en el habitáculo lleno de polvo en que se había convertido mi habitación. Era claustrofóbico. Una capa fina de vaho seguía empañando la diminuta ventana enrejada y las gotas de lluvia repiqueteaban en ella, creando armonías fáciles de olvidar.

Mi madre había salido a comprar aprovechando la calma de la tormenta y mi padre, para mi desgracia, estaba tirado en el sofá. Me quise morir cuando llamaron al timbre a las doce del mediodía.

«Que no sean los jodidos testigos de Jehová, por favor...» No quería hablar con nadie. Eché un vistazo por la mirilla de la puerta.

Llamémoslo karma, llamémoslo mala suerte. Lena Rose, vestida con un chubasquero amarillo que combinaba con su melena pelirroja y una mochila azul grisáceo, me miraba sonriente.

—¡Buenos días, vecino! —gritó cuando le abrí la puerta.

Enarqué una ceja.

—¿Desde cuándo me saludas así de efusiva?

Ella me imitó y también intentó enarcar una ceja, a pesar de que no le salió bien y tuvo un

claro parecido al asno de *Shrek*.

—No lo sé, Noel. Según la RAE, la palabra *vecino* significa que habita con otros en un mismo pueblo, barrio o casa, en vivienda independiente. Y, dado que vives al lado de mi apartamento y que incluso oigo cuando vas de vientre, porque, ya sabes, las paredes son de papel, pues juraría que somos vecinos.

Me sonrojé.

—¡Es broma, es broma! —Hizo un ademán quitándole importancia—. Lo de que te oigo cuando evacuas. Aunque alguna flatulencia sí que la he oído. Ahora bien, lo de que eres mi vecino es real.

¡Maldita cría!

—¿Qué quieres, pecosa? —renegué.

Me crucé de brazos. No dejaba de mirar de reojo a través de la puerta, suplicando que él no apareciera.

—Una vez a la semana, ya te lo dije.

—¡Pero eso se avisa! No me has dicho nada. Además, es sábado.

¿Quién cojones me mandaría a mí aceptar? Siempre estaba a tiempo de decirle que no.

—Es catorce de marzo.

—¿Y? San Valentín fue hace un mes, hoy no es día de citas —remugué—. Si quieres una, ponte a la cola.

—Yo aquí no veo a nadie más para hacer cola —contraatacó—. ¿Te vienes o no? No tengo todo el tiempo del mundo.

Suspiré. Lena Rose era mi peor pesadilla. Sin embargo, era mejor que quedarme prisionero en casa. Oí que alguien carraspeaba. Me puse tenso de inmediato, la vena del cuello se me hinchó y dejé de respirar. Unos pasos se acercaron, parecía que en cualquier momento el edificio se derrumbaría. Uno, dos, tres pasos... Su aliento agrio pegado en mi nuca.

—¿Y tú eres...?

El olor a tabaco y alcohol que desprendía se mezcló en el aire. Quise vomitar. Desgraciado. Lena se tensó, agarró con fuerza las asas de la mochila, inquieta.

—Lena Rose, encantada de conocerlo, señor Martín —dijo. No se le dibujó ni un atisbo de sonrisa—. Soy estudiante del instituto Rodoreda.

—¿Y? —bramó—. Me da igual.

Ella se tensó más. Observé como sus ojos se oscurecían y se volvía más intimidante.

—Noel y yo debemos hacer un trabajo de Química que cuenta para la nota final y habíamos quedado hoy. Puede venir a la biblioteca, ¿verdad?

¿Por qué Lena Rose estaba mintiendo? Se había hecho mayor de un momento a otro, se mantenía autoritaria y con la cabeza bien levantada. Sin temor.

«Es que tú eres poca cosa, Noel», pensé.

—¿Eso es verdad, hijo? —Me miró y puso una mano en mi hombro.

Escoria infeliz. Yo tenía los puños tan apretados que los nudillos se habían vuelto blancos. Tragué saliva.

—Sí.

—Pues podrías haber avisado —exclamó dándome un manotazo en el hombro. Me encogí, pensando que me daría una hostia—. Anda, ve. A ver si así sacas buenas notas y me das alguna alegría.

Fue una suerte que no le cerrara la puerta en la cara a Lena. Cuando la miré, ella tenía el ceño fruncido. Sus ojos brillaban, eran puro fuego. Los que hemos estado en el infierno reconocemos las llamas en las miradas. Me mordí la lengua.

—Voy a buscar la mochila.



Jamás en la vida había tardado tan poco. Me había vestido con una sudadera simple roja y unos vaqueros rotos en las rodillas. La primera vez que Cristian los había visto me había dicho que si era una nueva moda para enseñar los huevos. Le contesté que así sería más fácil que me los comiera por debajo del culo. Mamón.

—¡Es mejor ir en moto! —me quejé.

Lena Rose seguía caminando hacia la parada de metro.

—Ha llovido y está todo mojado. La adherencia del suelo está reducida a la mitad y, teniendo en cuenta que la moto solo tiene dos ruedas como punto de apoyo, la probabilidad de tener un accidente es más alta.

—Ya.

—¡Es la segunda vez que te lo explico! Córcholis.

—Bien. ¿Y adónde vamos?

—Me prometiste el día de la fiesta de Jolene que no harías preguntas.

—¡Ha llovido mucho desde entonces! —me quejé—. Además, yo no dije nada. Eso lo dijiste tú.

No habló más hasta que llegamos al andén del metro. Media hora en la que ninguno de los dos dijo nada. Fue un silencio cómodo, en el que compartimos un momento de paz. Esos minutos de tranquilidad me ayudaron a serenarme.

Era hora punta y, aunque fuera fin de semana y estuviera el cielo grisáceo, el metro era una lata de sardinas. Casi a trompicones, nos metimos en el último vagón, donde encontramos un asiento disponible.

—Siéntate tú —dije.

—No, gracias, prefiero estar de pie.

—Pues vale.

Me senté y comencé a morderme las uñas inquieto. Ya casi ni me quedaban. Lo dejé de hacer

cuando Lena me lanzó una mirada y castañeteó los dientes, indicándome qué me pasaría si seguía haciéndolo. Su célebre frase sobre los problemas que causaba morderse las uñas se me había grabado a fuego en el cerebro. Maldita niña.

Llevábamos dos paradas cuando el metro frenó de golpe. Fue tan brusco que Lena trastabilló. No pude evitar cogerla de la cintura antes de que se cayera, con lo que quedó sentada encima de mis piernas. Joder... El estómago se me puso del revés.

Me di cuenta de que su rostro estaba demasiado cerca de mis labios. Inconscientemente, me mordí los míos. Tenía el pelo revuelto y las pecas desorganizadas. Me era imposible no mirarla, era tan humana... Y, aun así, parecía de otro planeta. Salvaje e indomable.

—Noel.

Si en ese momento me hubieran preguntado qué sentí, no habría sabido qué contestar. Como un gilipollas, me imaginé cosas que jamás pasarían.

—Noel —volvió a decir.

—¿Qué? —susurré.

Sus mejillas estaban rosadas.

Pestañeé. Noté como su culo se retorcía sobre mí. Se me puso dura. Joder, mierda. No me podía estar pasando aquello. Ella estaba demasiado cerca. Me mordí más el labio, nervioso. Lena habló.

—Gracias por ayudarme, pero ya puedes soltarme.

¡Joder, qué vergüenza! La solté de inmediato. Hostia puta, me morí por dentro. Ella se quedó de pie y yo sentado. Ambos sin mirarnos. Intenté centrarme en la gente que entraba y salía. Pero seguía ahogado, con el corazón en la boca y los huevos doloridos.

Los minutos hasta nuestra parada pasaron lentos y llenos de inseguridades. Fue incómodo e intenso. Hay que saber elegir con quién complicarse la vida. Casi lloré de alegría al llegar a nuestra parada. Respiré profundamente cuando salimos de la boca del metro, dejando escapar la angustia que me embargaba. La brisa marina me despeinó. El frío me caló hasta los huesos y el vaho llenaba el aire.

Lena miró su reloj de pulsera y sonrió.

—Llegamos puntuales, ¡como a mí me gusta!

Yo seguía bastante incómodo...

—Sobre lo que ha pasado en el tren... Olvídalo —solté nervioso. Me pasé la mano por el pelo —. Eso... Em... Solo intentaba ser educado.

—No te preocupes, olvidado. —Se ruborizó.

Pero no pude evitar pensar cómo sería hacerlo con ella. Joder, sí que me dolían los huevos. Qué estúpido estaba siendo.

—¿Vamos a la playa? —Cambié de tema.

—¡Sí! —Sonrió—. Ir allí siempre está bien.

Agradecí cuando pareció que volvíamos a la normalidad.

—¿En marzo? Estás loca.

—No estoy loca, no nos vamos a bañar.

—¿Y qué quieres hacer? —Sonreí burlón.

—Por aquí cerca hay una zona nudista. ¿No lo sabías?

Empecé a toser, nervioso. ¿Eso era un ataque por lo que había pasado antes?

—Lena...

—Además, con el sol que hace seguro que nos pondremos morenos.

Miré el cielo. Había un montón de nubarrones que tapaban el sol. Joder con la pecosa y su sarcasmo.

—Estás mal de la cabeza. —Me hice el ofendido, pero sonreí para mis adentros.

Caminamos varios minutos, adentrándonos en la arena húmeda de la playa. Lena tuvo que esperar a que me quitara los zapatos. Para unas deportivas que tenía nuevas, no las iba a destrozar llenándolas de barro y agua con sal. Lena se negó a quitarse las botas de agua que llevaba. Dijo que la arena la incomodaba y que le tenía aversión (vamos, que le daba asco, pero en su lenguaje).

Guardé los zapatos en la mochila. Me sentí vivo cuando mis pies acariciaron la arena húmeda. El frío recorrió todo mi cuerpo, regalándole un instante de paz. Sentí lo mismo que cuando era pequeño y pisaba la arena en verano. Me quemaba los pies, pero me daba igual porque sabía que correría hacia el mar. Ojalá fuera siempre así. Saber que al final del camino encontrarás algo o a alguien que te acunará.

Visualicé un grupito de personas y la sensación de paz se desvaneció. No tardé en darme cuenta. ¿Nos dirigíamos a ellos? ¿Por qué cojones íbamos hacia allí?

—Lena, ¿dónde coño me has llevado?

—A la playa —contestó—. Es obvio, ¿no?

—No me jodas...

Me cagué en todo cuando nos acercamos al grupo y me di cuenta de que había un par de chicas a las que conocía de clase. Tragué saliva. Si es que había sido una mala idea aceptar la propuesta de Lena. Con qué facilidad se va todo a la mierda.

Observé a ambas chicas y recordé que eran gemelas. Alguna vez habían ido con Lena en el mismo grupo de trabajo en clase y las dos parecían igual de inaguantables. Unas sabelotodo. No me acordaba ni de cómo se llamaban.

—¡Lena! Menos mal que estás aquí. Rubén me acaba de llamar para avisar de que ya está llegando —dijo la chica morena. Fruncí el ceño, su voz taladraba cerebros—. Tiene el material en la furgoneta.

—¡Genial, Paola! —Así que Paola era la morena.

La otra era peliazul y bajita, pero tenían un claro parecido.

—¿Qué hace él aquí? —preguntó la peliazul con el ceño fruncido.

—Ángela, Paola. Ya sabéis quién es Noel, ¿no? Va a nuestra clase —dijo Lena sonriente.

Obviamente que sabían quién era yo. Paola, la morena, se encogió ante mi presencia. Ángela, la peliazul, se irguió y frunció el ceño. Me miró de arriba abajo, sin miedo. No quería ser antipático, pero mi amabilidad era selectiva.

—¿Qué miras? —bramé.

«Así nunca tendrás amigos.»

Lena se pegó una palmada en la frente, como si no supiera qué hacer conmigo. En parte, tenía razón. Pero en ese mismo momento la odiaba. ¿Cómo había sido capaz de llevarme allí? Ahora habría gente que conocería la penosa relación que tenía con Lena Rose, y mi ya baja reputación no necesitaba aquello.

—¿Es una broma, Lena? —bramó la peliazul—. No entiendo qué pinta él aquí. ¡Si solo se preocupa de su propio ombligo!

—Sigo aquí —dije borde.

—Déjalo, Ángela, está aprendiendo.

—¿A ser un imbécil? —bufó.

—Dale una oportunidad —contraatacó Lena—. Él puede hacerlo, lo sé.

Y me cogió de la mano mientras nos uníamos al corro de personas que se había formado. Mi corazón latía tan rápido que temí por si me daba una taquicardia. Al separarnos un poco de los demás, no pude evitar maldecirlo todo.

—¿Qué coño hacemos aquí? —susurré a regañadientes a Lena.

Ella se limitó a indicarme que me callara.

Había otros grupos en varias áreas de la playa. El nuestro estaba formado por una treintena de personas. Ángela y Paola se unieron a nosotros. Un chico alto y rubio se situó en el medio, enseguida supe que él debía de ser Rubén. Él y varias personas más llevaban maletas llenas de guantes de tela, bolsas de un material biodegradable que no reconocí y diversos utensilios más.

—¡Buenos días, *querides*! —habló Rubén. Levanté una ceja sorprendido. ¿Por qué hablaba de aquella manera?—. Antes de nada, gracias por venir.

—¡Gracias a ti! —aplaudieron todos.

—Ya sabéis que hoy es catorce de marzo y que, por tanto, ciento veinte países se unen con un objetivo común: limpiar las costas y las playas contaminadas. ¡Y *nosotres* no somos menos!

Hubo otro aplauso colectivo y varios silbidos de admiración. ¿Había dicho limpiar playas? Recé a quién me estuviera escuchando que me ayudara a salir de allí.

—Seguramente terminemos *empapades* y caminando bajo la lluvia. Y pido disculpas adelantadas por los posibles resfriados y la cantidad de dinero que os tengáis que dejar en infusiones y sopas. —Todos rieron—. La tormenta ha dejado un rastro de plásticos y basura descomunal. Si es que me sorprende que no nos hayamos extinguido. Las playas deberían prohibir a las personas y no a los animales.

—Toda la razón —me susurró Lena al oído.

—Así que, por favor, tomaos esto en serio —siguió diciendo Rubén—. Tenéis una pequeña

parte del mundo en vuestras manos. A nuestro grupo le toca limpiar la playa de la Nova Mar Bella, ¿estáis *preparades*?

—¡Sí! —gritaron al unísono.

Me morí de la vergüenza. ¿Dónde me había metido?

Emprendimos la marcha. Lena iba hablando libremente con Ángela, quien me ignoraba con todo su corazón. En cambio, Paola, la morena, me observaba incómoda. Odié que me mirara así. Como si fuera un monstruo.

—Paola, ¿verdad? —dije en un arrebato de confianza.

Ella se sobresaltó y asintió.

—No sabía que me conocieras... —susurró tímida.

Me pasé una mano por el pelo. Maldije a Lena por hacerme pasar por aquello.

—Vamos a la misma clase —contesté. Subí y bajé los hombros, como si fuera una obviedad —. Desde primero de la ESO.

—Ya.

El silencio nos volvió a invadir. Era incómodo intentar tener una conversación con alguien que parecía sacado de Saturno. Daba la impresión de que nunca hubiera visto a una persona de carne y hueso.

—¿Nervioso? —soltó de repente.

—Nada, un poco.

—¿Es tu primera vez?

—¡No! Ya había estado nervioso antes.

Si me hubiera comido una sopa de letras habría cagado frases mejores que esa. Paola se rio modestamente.

—¿Sabes...? No pareces tan inalcanzable como dicen en clase.

Abrí muchos los ojos.

—¿Inalcanzable? —Tragué saliva—. ¿Yo? ¿Por qué?

—Eso dicen. Siempre vas con esos aires de superioridad y de chico rompecorazones... Eres un cliché —añadió tímida—. Das miedo, ¿sabes? Ángela, mi hermana, dice que pareces una sardina con aires de caviar.

«Nadie te quiere, todos te odian.»

—Qué maja tu hermana —contesté. Pero en el fondo me había dolido.

«¿No es lo que querías? ¿Que todos te vieran como un monstruo?»

Así terminó la conversación, dejé que Paola se adelantara y, en el momento en que estuve solo, mi cuerpo se desbordó. Me sentía fuera de lugar en ese sitio. Como si me estuvieran obligando a bajar las defensas. Me mordí el labio con fuerza, notaba un nudo en el pecho. Me clavé las uñas en las palmas. Comencé a temblar. Me faltaba el aire. ¿Qué hacía allí? ¿En qué momento había acabado con esa gente? ¿Por qué tanto esfuerzo durante años estaba resultando en nada?

«Das pena.»

Tres ridículas normas: no hablar con los pringados, no tener nunca sentimientos y mantener mis secretos. Solo eran tres normas que se estaban desmoronando, como la arena de la playa que revoloteaba por el aire frío. ¿Dónde estaba el puto oxígeno? Necesitaba respirar.

—¿Estás bien?

Me sobresalté.

Lena me había cogido de la mano con suavidad y me miraba con el ceño fruncido. No sé en qué momento nos habíamos apartado del grupo. Me dolía el pecho. Ella me cogió la mano y me la puso encima del suyo.

—Céntrate en mi corazón —susurró—. Estás bien.

Perlas de sudor frío me caían por la frente. Quería chillar, llorar, patalear. Quería respirar bien. Solo podía estar quieto y temblar, como si me hubiera ido por completo.

—Mírame, Noel. Mírame. —Me obligó a mirarla, pero yo no veía nada. Estaba todo borroso —. Está todo bien.

¿Todo bien? Ni en sus sueños. Respiré hondo, apreté los labios y, de un momento a otro, forjé otra capa de hielo dentro de mí. No quería romperme más, aunque el hielo cuando se derrite deja paso a un montón de grietas.

—¿Mejor? —preguntó preocupada.

—Sí —dije firme, y comenzamos a andar hacia la playa—. Solo ha sido una tontería.

«Lo que pasa es que eres débil.»

Ella me miró poco convencida, pero no dijo nada más. Se lo agradecí. Llegamos a la playa que nos correspondía e hicimos subgrupos. Lena, Paola, Ángela, un chico más y yo formamos un equipo. Nos tocaba limpiar la zona de las rocas.

Empecé a recoger botellas y plásticos. Me di cuenta de la cantidad de residuos que había. Estaba sorprendido, jamás me había parado a pensar en ello. Recé para no encontrarme condones utilizados. ¡La gente era una guarra!

—¡Que se metan las putas latas por el culo! —gruñí cuando recogí la cuarta.

Alguien me sorprendió por detrás. Era Paola.

—Noel, es importante que te pongas los guantes de tela con plástico reforzado para evitar que te cortes.

Ángela, la peliazul, me miró con rabia.

—Déjalo. Si se corta será su problema.

El odio que me tenía esa chica era inmensurable. Me pregunté qué le había hecho para que le cayera tan mal. «Ser odioso.» Ah, cierto.

—¿En serio, Ángela? —Lena me defendió molesta—. ¿Por qué no intentas ayudarlo? Es su primera vez aquí. Deberías estar agradecida de que haya más personas que se interesen por limpiar las playas.

—Bien, de acuerdo. —Ángela bufó, se hizo una coleta desaliñada y cogió su bolsa de basura

—. Noel, vamos. Vendrás conmigo.

—No quiero morir aún —comenté.

Ella puso los ojos en blanco.

—Pues te jodes —contestó—. Comenzaremos por esa parte de las rocas. Pero si te caes entre ellas y te rompes el cráneo, no será mi problema.

Busqué a Lena con la mirada. Ella me hizo una señal de que todo iría bien.

—Qué confianza —murmuré irritado. Morir joven no era mi opción favorita.

Seguí a Ángela, que daba traspiés para llegar a la otra parte de las rocas. Nos pusimos manos a la obra, en silencio. La tensión se podía palpar en el aire. Cuando llevábamos varios minutos en silencio, no pude aguantar más. Estallé.

—¿Por qué me odias tanto?

Supe que Ángela no esperaba esa pregunta por cómo me miró.

—¿Me lo dices en serio? —Vale, estaba algo más que irritada.

—¿Tú que crees?

Ella cogió aire, supuse que para controlarse y no tirarme la basura por la cabeza.

—De verdad, a veces no te entiendo. Y creo que jamás lo haré.

—No es una respuesta —me quejé.

—No sé qué ha visto Lena en ti. Siempre tratas a la gente como si fuera una puta mierda, ¿sabes?

Fue un puñetazo en el estómago. Tenía razón... «Los tratas como una puta mierda porque sabes que tú eres una basura», ahogué un grito. Si pisaba yo primero, nadie me haría daño. Me mordí la lengua y apreté los puños para no irme corriendo. No quería abandonar a Lena otra vez. No se lo merecía.

—Yo...

Ángela se quitó los guantes, haciendo tiempo, y se me quedó mirando con las cejas enarcadas. Al final levantó las manos y se rindió.

—Bueno, supongo que si Lena te ha traído es por algo. Ven, te contaré cómo hacerlo bien.

Me acerqué a ella, con un nudo que me oprimía el pecho. La tentación de huir era cada vez más grande. Pero necesitaba intentar ser mejor persona. No por los demás, sino por mí mismo. Lena tenía razón en eso.

—Primer punto: es importante saber qué debes coger y qué no. Hay cosas que parecen basura o plástico, y puede que no lo sean. Como los huevos de algunos animales.

—Apuntado —farfullé.

—Segundo punto. ¡No cojas conchas!

—¿Por? —protesté extrañado.

De pequeño mi hermano y yo siempre recogíamos conchas entre risas y la calidez del sol.

Ángela se puso otra vez los guantes.

—Hay muchísimos organismos, como los cangrejos, que dependen de las conchas. Así que

es importante que las conchas se queden en las playas. Además, llevártelas tiene un impacto brutal en el ecosistema.

Abrí mucho los ojos. ¿Cómo podía ser que un gesto tan inocente pudiera provocar tanto daño?

Comenzamos a recoger la basura. Ángela cada vez me ayudaba y hablaba más. Yo solo la escuchaba, mordiéndome la lengua para no soltar ningún comentario sarcástico. Tenía que intentar no joderlo todo. Al finalizar, empapados hasta las rodillas y convertidos en cubitos de hielo, me sentí un poco mejor conmigo mismo. Fue como abrir un poco más los ojos ante una sociedad que no cuidaba el planeta.

Habíamos convertido el mar en un basurero. Nos merecíamos la extinción.

Volvimos al punto inicial, donde busqué a la pelirroja. Al verla sonreí inconscientemente. Tenía el cabello encrespado y una sonrisa que no le cabía en la cara. Iluminaba la playa entera. En ese momento, el cielo vibró, anunciando una tormenta eléctrica. Lena dio un pequeño respingo.

—¡Nos vemos en clase, chicas! —dijo la pecosa risueña mientras les daba la mano a Ángela y a Paola.

Me hizo gracia que se negara a darles dos besos. Yo hice un gesto con la mano, despidiéndome de ellas. Aún se me hacía extraño estar allí.

—¡Noel! —gritó Ángela, la peliazul. Me asombró que se dirigiera a mí a grandes zancadas. Bajó la voz cuando estuvo a mi lado—: Eres bastante sinvergüenza, que lo sepas. Pero creo que los aires de superioridad que llevas son porque en realidad eres una persona insegura.

—¡¿Qué hablas?! Yo no soy insegur... —Ángela entrecerró los ojos, retándome a que lo dijera. Me mordí la lengua—. Bien... Gracias por enseñarme a recoger basura.

—Así mejor —contestó orgullosa—. Lena tiene buen ojo, y sé que si ella confía en ti es por alguna razón. No la cagues.

Me guiñó un ojo y se fue. Aún hoy creo que ese día marcó un antes y un después en mi vida. No sabría decir por qué, pero mi corazón se derritió un poco sabiendo que Lena me había escogido para algo.

Ella y yo, en silencio, comenzamos a caminar deprisa, queriendo llegar al metro antes de que empezara a diluviar. Pista: no llegamos a tiempo.

Los truenos se volvieron más intensos y en un pestañeo estaba lloviendo a cántaros. Lena escondió su mochila bajo su chubasquero, lo cual no sirvió de mucho. Estaba empapada de la cabeza a los pies. Iba dando pequeños gritos cada vez que un trueno sacudía Barcelona. Me reí de ella.

—Demonios, ¡corre! —chilló cuando un relámpago partió el cielo en dos.

Empezó a correr sin esperarme para llegar a la boca del metro. Lamentablemente, nos habíamos alejado bastante. Estábamos perdidos en medio de una calle.

—¡Espérame! —grité muerto de la risa al ver que parecía un cervatillo pelirrojo.

Comencé a correr detrás de ella y, sin pensarlo, la cogí en volandas, situándola encima de mi hombro.

—¡¿Qué haces?! —chilló—. ¡Suéltame, besugo!

Frené bruscamente y ella volvió a gritar de la impresión. Se agarró a mi cuello y, al bajarla un poco, nuestros rostros se rozaron. No sé qué coño me pasaba.

—¿Qué dices? ¿Que quieres bailar bajo la lluvia? —solté de repente. El corazón me iba a mil.

—Mi abuela dice que el secreto de los días de lluvia es saber musicalizarlos —contestó con una sonrisa en la cara.

Mis ojos se dirigieron a sus labios, toda ella estaba empapada por la lluvia.

«Bésala.»

Ni de coña.

—¿Me estás diciendo que cante? —Sonreí, colocándole un mechón que se le pegaba en la frente detrás de la oreja.

Llevaba el pelo adherido al rostro y sus ojos chispeaban. Sonrió, enseñando sus diminutos dientes que parecían de ratón.

«Que la beses.»

Puta voz de mi cabeza. Me negué a hacerlo y, con cuidado, la dejé otra vez en el suelo. Ella no se apartó.

—Pruébalo. Total, no creo que pueda llover más.

—¡Si canto fenomenal!

—Ya..., seguro... En la ducha.

Sonreí ladinamente.

—En la ducha hago otras cosas que te podría enseñar —ronroneé en su oreja.

Oí como tragaba saliva.

—¿Como matarte a pajas? —atacó nerviosa.

—¿Eso crees tú? —Mi voz se tornó más gruesa.

«¿Qué demonios me pasa?», pensé. Lena me estaba volviendo loco.

Mierda. Justo entonces la lluvia comenzó a apretar más y un trueno me hizo regresar a la realidad. ¿Qué demonios...? Miré alrededor nervioso porque no tenía ni idea de lo que acababa de pasar entre nosotros.

—Vamos. Hay una cafetería al final de la calle —me dijo.

La seguí deprisa.

Nos refugiamos en el pequeño local y nos disculpamos por los charcos que dejamos en el suelo, que no tenían nada que envidiar al océano. Decidimos sentarnos hombro con hombro al lado de una de las estufas —estábamos congelados— y pedimos un chocolate caliente.

Mientras esperábamos, ella me estuvo contando cómo le había ido recogiendo basura en la playa. Habían encontrado unas crías de cangrejo dentro de una lata. Las habían sacado

y devuelto a las rocas.

—Y cuéntame, ¿cómo te sientes después de limpiar la playa? —Su sonrisa iluminó el local.

Bien. Mal. Asustado. No lo sabía. Opté por esquivar esa pregunta.

—Que sepas que eso solo ha sido una transacción de favores.

La pelirroja no pudo evitar fruncir el ceño.

—¿De qué hablas? —Su rostro se oscureció.

Supe que no le había hecho ni una pizca de gracia esa respuesta.

—Ya lo hablamos, Lena. Tú me ayudas a ser mejor persona y a recuperar mi popularidad —dije, y escupí la siguiente frase con rabia—: Yo te ayudo a acercarte a Alek.

No pude evitar sentirme molesto con mi propia respuesta. Mis labios se convirtieron en una línea muy fina. ¿Por qué siempre la cagaba?

—No sé cómo puedes pensar eso... Como si yo quisiera estar con Alek —gruñó, pero esa afirmación me deshizo un poco el nudo del pecho—. Eres idiota, vecino.

—Gracias por insultarme.

—No te he insultado, solo te he descrito brevemente.

Lena se estremeció cuando la tormenta cayó encima de la cafetería. Le puse una mano encima de la rodilla, igual para ponerla más nerviosa o para tranquilizarla. Ni yo mismo lo sabía.

—¿Tienes miedo, pecosa?

—¿Y tú, cabeza hueca? —contraatacó.

Se estremeció cuando sonó otro trueno e inconscientemente se acercó más a mí.

—¿Quieres que te abrace? —le pregunté bajito, divertido.

—No te preocupes...

A una parte de mí le habría gustado que dijera que sí.

—Ya.

—¡Mira! Se me acaba de ocurrir el punto número dos de la lista: es inteligente tener miedo y aceptarlo. Lo importante es que no te impida seguir soñando.

—¿Qué lista?

Sacó una agenda de su mochila empapada, que por suerte era impermeable. La había visto antes, en su habitación. Rezaba el nombre de *Nube*. Alcé las cejas sorprendido cuando vi que tenía una página en cuya cabecera se leía el título: «Guía para Noel». Había un punto anotado: «No agobiarás ni insultarás a las personas para sentirte superior. Ellas son tus iguales».

—¿«Guía para Noel»?

Ella se ruborizó, pero asintió conforme.

—Es poco original, ¿no te parece? —Fruncí el ceño.

—¿Qué prefieres? ¿«Guía para dejar de ser idiota»? —Se rio de su propia ocurrencia.

No obstante, asintió y tachó las letras. Debajo escribió el nuevo título: «Guía para dejar de ser idiota». Con una letra cursiva casi perfecta, apuntó el número dos: «Es inteligente tener miedo y aceptarlo. Lo importante es que no te impida seguir soñando».

—Yo tengo miedo de las tormentas, ¿y tú?

¿Yo? ¿De qué tenía miedo...? En el fondo lo sabía.

Me acarició la mano, animándome a decirlo. Por primera vez, dejé que mi corazón se abriera a ella. Jamás olvidaría ese día, porque fue el día en que decidí comenzar a sanar.

—Tengo miedo de quedarme solo.

Lo peor es que sentía que ya lo estaba.

El amor está en el aire...
¡No respires!



Lena Rose

—¡El padre que me parió! ¡Me cago en todos mis muertos! —chilló Oliver.

—¿Te puedes estar quieto?

—¿Cómo quieres que lo esté? ¡Duele, joder!

Me senté encima de sus muslos, intentando en vano que sus piernas dejaran de tener espasmos. ¡Era imposible!

—Eres tú quien lo ha decidido, recórcholis.

—¡Hazlo más lento!

—Entonces te dolerá más...

—¡Patriarcado de mierda! —gritó cuando tiré de la banda de cera, arrancándole los pelos de la pierna derecha—. No sé cómo lo aguantáis.

—Fácil, nos lo imponen desde tan pequeñas que ya no nos acordamos de lo mucho que dolió la primera vez. —Suspiré antes de volver a ponerle otra banda de cera. Temía que en cualquier momento me diera una patada en la cara.

—Vosotras estáis bien. Es el mundo el que está mal.

—Créeme que lo sé. ¿Preparado?

No le dio tiempo a decir que no. Otro alarido brotó de su garganta.

Oliver y yo estábamos en el baño de su casa. Llevaba días diciéndome que quería depilarse por primera vez. Yo seguía sin entender cuál era su motivación para querer arrancarse los pelos por voluntad propia.

Sinceramente, tampoco me lo pregunté demasiado. Oliver era un masoquista al nivel de mirar la última conexión en WhatsApp de sus *crushes* o ver películas que sabía que lo iban a destrozar. Pero como buena amiga, acepté. Y en qué momento decidí hacerlo...

Después de varias horas, terminamos. Sudé la gota gorda. Y si fuera una creencia cierta que

sudar es sinónimo de perder grasa, me habría quedado en los huesos. Oliver, dolorido hasta el alma, se bañó en crema de aloe vera —o la crema se bañó en él— y se enfundó dentro de unos pantalones estilo chino.

—¿Y... quién es tu media naranja? —pregunté entrecerrando los ojos mientras recogía el desastre que habíamos creado.

—Yo no uso medias de ese color —rebatió.

Le tiré una bola de papel a la cabeza.

—Suéltalo. Llevas semanas en las musarañas, ¿a quién estás cortejando?

—Al príncipe de Inglaterra. —Le tiré otra bola de papel a la cabeza—. Está bien, está bien. Es que me lo pones a huevo. Nada, a alguien que he conocido.

Puse los ojos en blanco.

—¡No me digas! Eso ya estaba claro, querido mío.

—Entonces, ¿para qué preguntas? —Puso los ojos en blanco.

—¿Sabes?, cuando me lo quieras contar ya me dirás. ¡Vámonos, que llegaremos tarde a la sesión de la tarde!

Habían pasado un par de semanas desde que había ido con Noel a la playa. Él había comenzado a saludarme en clase, con un escueto «buenos días» y un «adiós». Era un gran avance para alguien tan sumamente ególatra, a pesar de que sabía que todo él era una fachada.

Algunas veces nos habíamos encontrado en el portal. Entonces hablábamos hasta horas tardías, sentados en la escalera del patio de vecinos, escuchando a Taylor Swift por norma mía y comiendo pipas peladas. Él solía burlarse diciendo que estar conmigo le pasaría factura. Que terminaría diciendo palabrejas como *córcholis*, *cagaprisas* o *mequetrefe*. Aun así, había comenzado a abrirse más y no podía ignorar el hecho de que empezaba a confiar en mí.

A veces lo que una persona necesita no es una mente brillante que le diga qué hacer, sino un corazón paciente que la escuche.

Salimos de casa de Oliver. El cielo parecía estar en llamas. Las últimas luces del día se tragaban los edificios de Barcelona. Me abrigué bien. Abril estaba cerca, pero la llovizna diaria calaba hasta los huesos. Nos dirigíamos al cine del barrio, a ver la última película de Marvel. Habíamos quedado con Alek, quien no había dudado en apuntarse al tener fiesta los jueves por la tarde.

—El efecto de la luz del sol al proyectarse sobre las nubes de la tarde, otorgándoles tonalidades rojizas, se llama «arrebol» —solté—. Lo leí ayer en un artículo.

—Eres un bicho raro.

—Y por eso eres mi amigo. —Sonreí.

—Exacto, así puedo ser lo más extravagante que quiera y nadie me juzgará estando a tu lado —respondió. Le saqué la lengua—. Eso se llama «conveniencia».

Hablamos de todo y de nada. De sus ganas de ser periodista y escribir sobre moda, y de mis pocas ganas de que llegara la selectividad. Aún no había decidido qué hacer con mi vida.

—¿Sabes algo de Ronnie? —dijo Oliver sacándome de mis cavilaciones.

—¿Verónica? No... —murmuré.

Otra mentira para la colección. Después de hablar con Oliver sobre ella me había armado de valor y le había enviado un mensaje contándole cómo me había sentido, al cual no respondió. Y, sí, lo había leído. Así que yo la había vuelto a olvidar.

—Pues vaya... —exclamó.

Llegamos al centro comercial del barrio, que albergaba los cines. Había una cantidad exuberante de gente que había decidido ir a ver la película. Jueves: el día del espectador. Normalmente, ese día de la semana los precios de las entradas estaban a mitad de precio. Así que más de medio Rodoreda estaba allí. Suspiré.

—¡Oliver! ¡Lena! —gritó alguien.

Alek se acercó corriendo. Me mordí el labio inconsciente, no me había dado cuenta de que los nervios se iban apoderando de mí. Él era hipnótico, y no me gustaba esa sensación.

Al darme un abrazo, el vello de mis brazos se erizó. Respiré hondo. Necesitaba un momento a solas para serenarme, decirme a mí misma que todo estaba bien y que los últimos acontecimientos de mi vida junto a él —donde parecía querer besarme— no significaban nada.

—Esto... Ahora vengo —dije cuando se separó.

Arqueó las cejas, mirándome extrañado.

—No tardes mucho en cagar, que la película empieza dentro de diez minutos —comentó Oliver mientras me daba la entrada que habíamos comprado online y se dirigía a la sala principal.

Me fui, maldiciéndolo y jurando que la próxima vez le depilaría la cabeza. Caminé deprisa, solo quería mojarme la cara para espabilarme. Encima había dormido mal, y los kilos de teína que me había tomado no me despertaban.

Los baños estaban en el primer piso. No quería perderme la película, así que me di prisa. Marvel era uno de mis mundos favoritos, me ayudaba a desconectar de la realidad. A pesar de ello, no sabía si estar con Alek era la mejor opción.

Él era diferente, un libro cerrado que me costaba descifrar. Conectábamos, no podía negarlo. Cuando estaba con él las horas se me pasaban rápido. Y me moría de ganas de acariciar las tres pecas que tenía en la clavícula... De hundir mi rostro en su cuello. Y, a pesar de ello, sentía que éramos polos opuestos. Estábamos en momentos diferentes de la vida.

Cuando llegué al pasillo que daba al baño, los vi juntos. Me escondí detrás de la pared.

—Voy a hacer origami con tu papel de víctima —escupió una voz conocida. Era grave.

Tuve ganas de chillar, aunque no entendía por qué. Y me sorprendí de los nervios que afloraron dentro de mí. Eran unos nervios diferentes de cuando veía a Alek... Unos nervios que me carcomían por dentro y que se camuflaban en el pecho.

Jolene y Noel estaban juntos. Ella gritaba. Él parecía estar a punto de explotar. Y yo empecé a cagarme de verdad. De los jodidos nervios.

—Pero ¿te estás oyendo? —gritó ella, hecha una furia—. ¡Eres tú el capullo que decidió

mandarlo todo a tomar por culo! Tus celos e inseguridades de mierda lo jodieron. Hiciste una montaña de nada.

—¡Fuiste tu quien me dejó! Teníamos un acuerdo.

—¿Un acuerdo que consistía en qué? —No sé quién gritaba más—. ¿En una relación falsa para conseguir ser populares? ¡Espabila, tío, que eres mayorcito!

Espera, ¿habían estado juntos por conveniencia? ¿Para darse popularidad entre ellos? Me masajeé la sien, lo podría haber imaginado.

—Encima vas de víctima diciendo que yo soy un gilipollas celoso y posesivo. ¿Creías que no me enteraría de los rumores?

—Eso es mentira —renegó Jolene—. Y seamos sinceros, fue un acuerdo de mierda... No puedes estar siempre bajo mi sombra, cariño mío.

—¡Pero si me estás diciendo que vuelva contigo! —chilló desesperado.

Si hubieran dejado de gritar, habrían oído un corazón resquebrajándose (jamás aceptaré que fue el mío).

—¡Porque nos necesitamos, joder! —gritó la pelinegra—. Somos la comidilla de la clase. Pero bueno, ahora tienes un juguete nuevo, ¿no? La pringada esa.

Mierda, hablaba de mí.

—¡No hables de ella así! —Su grito podría haber sacudido todo el edificio—. No te atrevas ni a nombrarla.

Tosí de la impresión. Su respuesta me había descolocado. Me quise ir, pero no fui tan rápida. La voz grave de Noel preguntó quién estaba allí. Mierda. Se me daba genial cagarla. Salí de mi escondite avergonzada.

—¿Lena?

—¡Por todas las estrellas del universo! —exclamé—. ¿Qué tal? No os había visto.

«Se te da fatal mentir.»

Lo sé.

Intenté dibujar una de mis mejores sonrisas, aunque me dio la sensación de que se parecía más a que me hubieran pinchado la cara con bótox. No podía evitar sentirme a disgusto.

—¡La que faltaba!

—No, no. No te preocupes, Jolene —solté inocente—. Yo sobro en esta conversación tan sugestiva.

—*¿Sugesqué?* —bramó—. ¿Te estás burlando de mí?

Su voz era fría como el metal y me dieron escalofríos. Joder, qué temperamento.

—Hazme caso cuando te digo que Lena habla así —añadió Noel, pasándose una mano por el cabello y mirándome preocupado.

Entendí sus ojos. Quería que huyera. ¿Por qué?

—¿Así que ahora defiendes a la rarita retardada social?

En fin. Quería pensar que todo el mundo tiene una luz en su interior, pero alguna vez sufren

de cortocircuitos. Me acordé de la noche de su fiesta, no había olvidado que ella me había ayudado. Igual no era tan mala persona como quería hacer ver. Aun así, sus ojos destilaban odio.

—Te he dicho que no la llames así. —A Noel le vibraba la voz, apretó los puños.

Tenía la necesidad de acercarme a él y ponerle una mano en el brazo para tranquilizarlo. Jolene me repasó de arriba abajo y esbozó una media sonrisa. Una serpiente a punto de cazar.

—Vaya. Así que es verdad que Noel tiene una nueva zorra a su alcance.

—¿Te estás autodenominando zorra? —Me reí por inercia—. Lo digo porque estuviste con él, ¿no? Como pareja.

Sí. Lo admito. Yo podía ser bastante irritante. Ella pegó un chillido y se hizo la dolida.

—¡No te preocupes, Jolene! Ser una zorra no tiene nada de malo.

—¿Qué hablas? —protestó.

—Es el lenguaje sexista el que ha decidido que *zorra* sea sinónimo de *prostituta*. Yo creo que ser una zorra es algo bueno.

—Estás fatal de la cabeza...

—De verdad te lo digo. Son unos de los animales más inteligentes del bosque. Además, el zorro es uno de los tótems más venerados y apreciados por las culturas, ya que estos seres suelen salir airosos de cualquier tipo de circunstancia. ¡Y saben engañar a sus depredadores! Si es que son los mejores.

Jolene me miraba perpleja. A Noel se le dibujó un atisbo de sonrisa. Ella se aproximó a mí. Me sacaba una cabeza y media, gracias a las plataformas negras que llevaba. Me cogió un mechón y lo enroscó en su dedo.

—¿Sabes?, será interesante jugar contigo.

—No puedes jugar conmigo, soy humana. No un juguete —refunfuñé.

—Lo que digas —suspiró—. Nos vemos muy pronto, rarita. Antes de lo que te imaginas.

No entendí aquellas palabras, aunque no era idiota. Tenían un significado oculto que no logré comprender. Se fue. Noel se acercó a mí y me cogió de la barbilla para ver si estaba bien, buscó mi mirada.

—Estás como una cabra, pecosa.

—Yo prefiero pensar que simplemente tengo otro punto de vista. —Le sonreí—. ¿Todo bien?

Él asintió. No obstante, no lo vi nada convencido. Di un paso adelante, más cerca. Si me hubiera puesto de puntillas, podría haberlo besado. Él, siendo consciente de dónde estábamos, retrocedió.

—Sí, todo bien. ¿Cómo es que estás aquí?

—¿En el cine? He venido a ver una película que... —Cogí el móvil, miré la hora y puse el grito en el cielo—. ¡Mierda!

Casi me caigo de culo. ¡Habían pasado más de cinco minutos! La película habría comenzado y yo me la estaría perdiendo. ¡Menuda fan estaba hecha!

—¡Me tengo que ir! —exclamé—. ¡Llego tarde!

El panorama era evidente. Me giré y me sorprendí cuando vi esos ojos que me dejaban las piernas gelatinosas. Tuve que tragar saliva un par de veces. Mierda. No allí. No en ese momento. No con Noel cerca. ¡Tierra, trágame y no me escupas jamás!

—¿Estás bien, Lena? —me preguntó el pelinegro preocupado.

Alek me puso las manos en los hombros, su mirada era profunda. Yo no pude evitar echar un vistazo de reojo a Noel, que se estaba mordiendo las uñas frenéticamente, molesto y tenso. Tenía el ceño fruncido. No quería más peleas, así que cogí a Alek por el brazo y lo arrastré afuera.

No me despedí de Noel y eso provocó que me creciera un nudo en la garganta que apretaba y apretaba. Me lo tragué. No era el momento de pensar cómo debía de sentirse él.

Di las entradas al chico que había en la puerta, que me miró con horror. No lo culpo. Yo también me odiaba por haber llegado tarde a una de las películas más emblemáticas de Marvel. Quise odiarme más cuando Alek me sujetó de la mano y me hizo parar.

—¡Llegamos tarde! —me quejé—. La película ya ha comenzado.

—Lena, ¿estás bien?

Me sorprendió su pregunta.

—Claro. ¿Por qué?

—¿De verdad?

Suspiré. No le podía contar nada sobre Noel. Nuestra relación de amistad era un secreto entre él y yo.

—¿Por qué no debería estarlo?

—No lo sé, solo que me preocupa que él te haya hecho algo. Lo he visto mal.

«Noel está roto. Claro que está mal», quise decirle. Me callé.

—Solo me ha saludado cuando he ido al baño.

—¿Desde cuándo habláis tanto? —preguntó extrañado y algo rígido.

—¿Desde siempre? —añadí un poco molesta por tantas preguntas—. Es mi vecino, Alek.

No me creyó, lo sé por la mirada que me lanzó. Aun así, no dijo nada. No era su estilo presionar a la gente. Entramos a la sala y buscamos nuestros sitios. Oliver me hizo una peineta cuando me senté junto a él.

—Parad de ligar, tíos. Me habéis dejado solo, pedazo de inútiles —protestó, ganándose un par de improperios de parte de los espectadores.

Si él supiera...



—Deja de llorar. Vas a provocar un tsunami.

Oliver se sorbió los mocos por la nariz. Alek le dio un pañuelo para que se limpiara las lágrimas.

—¡¿Cómo puedes tener tan poca empatía?!

—Es solo una película —contesté, dándole golpecitos en la espalda como si así fuera a dejar

de llorar.

—¡Eres una insensible de mierda! —gimoteó, y siguió llorando—. ¡Y joder! Ahora voy a tener la cara hinchada de tanto llorar. ¡No quiero parecerme a una Bratz!

Alek y yo nos miramos y esbozamos una sonrisa divertida. En ese preciso instante el móvil de Oliver vibró varias veces. Él abrió los ojos y dio un suspiro de sorpresa e irritación a partes iguales.

—¿No vas a responder? —pregunté alzando una ceja.

Me pareció extraña su reacción: se había quedado más blanco que el papel.

—Nada, nada. Mis padres, que se van a cenar fuera —comentó haciendo un gesto con la mano, restándole importancia. Mentiroso—. ¿Qué vais a hacer vosotros?

Miré mi reloj de pulsera, eran las ocho de la tarde. Moví los hombros.

—Irme a casa, supongo.

Alek me pasó un brazo por los hombros y me revolvió el cabello. Sonreí.

—¿Y si vamos a los bolos? Como es el día del espectador, la bolera se aprovecha y la partida está a mitad de precio —propuso Alek.

Oliver fue rápido. Y odioso.

—¡Vaaaaaya, qué pena! Yo me tengo que ir.

—¿Por?

—Dentro de una hora empieza el nuevo programa de *Ahógame* y, ya sabéis, la reina cotilla no puede vivir sin el salseo.

—Oliver... —Le lancé una mirada asesina.

Oh, no. No me dejaría allí sola con Alek para ver un programa basura. Un *reality* donde se echaban pestes unos a otros. Él se acercó y me susurró un «De nada, Calabacita». Juré que, si me tenía que leer treinta libros más de Agatha Christie para darle la muerte más terrorífica, lo haría. Y a mucha honra.

—Que lo paséis bien, parejita —dijo la última palabra con la boca de piñón—. ¡No me echéis de menos!

Y se largó.

Alek y yo nos miramos, avergonzados por la situación.

—¿Y bien? —El pelinegro me sacó de la pesadilla que estaba viviendo—. ¿Vamos?

En ese mismo instante recibí un mensaje de Oliver. ¡Ni tres minutos había tardado!

El amor está en el aire. Ya me lo agradecerás, escribió junto a un montón de corazoncitos.

Tecleé rápido, mientras asentía a Alek y nos dirigíamos a la bolera.

Te equivocas. En el aire solo hay nitrógeno, oxígeno y dióxido de carbono. Y mi odio por ti, le repliqué molesta.

Traidor. Idiota. Boñiga de bovino.

No me malinterpretéis. No es que no me gustase estar a solas con Alek. En fin, él era un chico atractivo y con el que congeniaba terriblemente bien. Solíamos hablar de todo, me entendía

y le gustaba desvariar sobre la literatura. Sin embargo, estaba preocupada. Y aquí mi pequeño secreto: no me fiaba de él. No lo veía venir. Era demasiado buena persona para ser verdad.

Noel era un libro abierto, recubierto de espinas. Aunque, con tacto y mimo, podías llegar a leer sus letras, a comprenderlas y a quererlas. En cambio, Alek era todo un enigma; como una canción en inglés que te gusta pero que no entiendes.

—¿Lena? ¿Sigues teniendo el wifi de tu cabeza activado? —se burló, cogiéndome por los hombros y balanceándome.

Moví la cabeza varias veces. «No seas estúpida.»

—¡Sí, sí! Con resaca del peliculón, pero estoy bien —sonreí.

Entramos en la bolera. Las luces neón resplandecían e iluminaban las pistas. No iba allí desde que tenía diez años, en uno de los cumpleaños de Marcos. Miré a mi alrededor nostálgica. El local estaba lleno de jóvenes que aprovechaban las noches más económicas para ir con su grupo de amigos y hacer las últimas quedadas antes de internarse en las bibliotecas para estudiar, o para planear un suicidio colectivo. Quién sabe.

—¡Lena! —Un grupito de nuestra clase se acercó. Eran Paola, Ángela y tres chicos con los que había hablado alguna vez—. ¿Vais a jugar a los bolos?

—¡Sí! —Sonreí, contenta por haberlas encontrado—. ¿Vosotras también?

Ellas y yo nos conocíamos desde que manchábamos los pañales, y aunque no teníamos un grupo de amigos en común, les tenía un especial cariño a ambas. Además, Ángela estaba en el club de ajedrez del instituto. Nos veíamos cada martes y jueves después de clases para prepararnos para el campeonato. Ella sabía más que nadie que si lo ganaba cumpliría uno de mis sueños.

—¡Sí! ¿Os queréis unir? —preguntó Ángela, la peliazul. Repasó a Alek con la mirada y esbozó una sonrisa pícara—. Aunque no tenéis nada que hacer contra nosotras.

—¡La bestia, la llaman! —rio uno de los chicos que iban con nosotras a clase.

Lo reconocí. Era Nadim, un joven marroquí que había llegado el año pasado de Casablanca. Le había dado clases de español durante un tiempo. Aprendió muy rápido.

—¿Me estás retando? —dije divertida—. Vamos, Alek, les daremos su merecido.

Lo arrastré a buscar los zapatos, que me repugnaban. ¿Por qué tenía que meter los pies en una prenda sudada por otras personas?

Mientras esperábamos, Alek acercó su boca a mi oreja. Era consciente de que lo hizo por el ruido de la bolera, pero no pude evitar sonrojarme cuando noté su respiración acariciando mi cuello y su voz ronca.

—¿Sabes?, me gusta que luches por lo que quieres.

Tragué saliva.

—Cuando hay ganas, todo se puede —le respondí nerviosa.

Me giré de golpe, y me encontré en sus ojos. Tan cerca de los míos... «Oh, Dios mío. Diosa de la dignidad, no me abandones ahora.» La mirada que me lanzó me hizo temblar por dentro.

—Las ganas que tengo yo de poder...

No terminó la frase porque Ángela y Paola vinieron corriendo a buscarnos para llevarnos a la pista.

«¡¿Las ganas de qué?!»

Eso me habría gustado saber a mí. Tenía ganas de apretar las piernas. Silencié la voz. Iba a decirme la palabra *ganarte*, estaba segura.

«O *follarte*.»

Me mordí los labios. Meneé la cabeza, alejando los pensamientos perversos de mi mente. Estaba pasando demasiado tiempo con Noel. Seguro que iba a decirme la palabra *ganarte*. Y yo no le daría esa satisfacción. Él y yo éramos el caos cósmico que todo astronauta temía. Aunque, tal vez, el estallido que se formó a mi alrededor cuando mis ojos impactaron con los de Noel se oyó más. Fue peligroso.

Él y Cristian nos miraban desde la lejanía mientras se bebían un refresco y cuchicheaban. Me mordí el labio. No entendía esos nervios tan extraños que se formaban, acompañados de un nudo en el pecho.

—Parece que no le ha hecho nada de gracia a tu amigo que estés mirando a Noel —susurró Paola, señalando con los ojos a Alek.

Él había fruncido el ceño cuando vio a quién estaba observando. Hice un gesto con la mano, intentando olvidar por un segundo que Noel estaba allí. Fue difícil, aunque en ese momento no lo admitiría. No quería dramas infantiles.

Alek y él podían no caerse bien. Odiarse. Pelearse. O lo que sea que hagan los chicos con las hormonas alteradas. Pero eso no significaba que yo tuviera que dejar de hablar con ambos. Agarré a Alek por el brazo y lo arrastré hasta la pista.

Estuvimos jugando una hora, llenando el espacio de risas y recuerdos bonitos. Me sorprendió que Alek no dejara un cráter en la madera. Cada vez que tiraba la bola parecía un meteorito estrellándose contra la Tierra. Podría ser muy bueno para algunas cosas, pero las manos mágicas que tenía para el básquet no funcionaban en los bolos. ¡Y eso que había sido él quien lo había propuesto!

—¡Toma ya! —gritó Ángela tras la última tirada, haciendo un pleno—. ¡Soy una bestia!

Todos la abucheamos cuando el marcador indicó que había ganado. Aunque también nos reímos cuando se hizo la interesante, saludando como si fuera la mismísima reina. Me sorprendió que Ángela no se separara de Alek. Le lanzaba miradas llenas de chispas. Él se reía y, sin embargo, en ningún momento apartó la vista de mí.

Cuando nos fuimos, chillé interiormente al darme cuenta de que yo estaba buscando a otra persona con la mirada. Él se había ido y el nudo de mi pecho se intensificó. Y si estaba con Jolene...

Mierda. ¿Eran celos? Joder, me negaba. Seguro que era miedo a perder todo lo que habíamos conseguido. Él estaba mejorando... Pero me negaba a tener miedo por ello. El miedo es cuando

sale el agua fría y tú te quedas en una esquina de la ducha indefensa. Así que quise olvidar ese sentimiento.

Nos despedimos de las chicas y sus amigos en las puertas del centro comercial. Prometimos que nos volveríamos a encontrar pronto, nos lo habíamos pasado bien. Le mandé un mensaje a mi madre, preguntándole si podía venir a buscarme. Alek vivía cerca del centro comercial y no quería obligarlo a llevarme.

—Pero me espero aquí contigo hasta que venga —se limitó a decir.

Asentí. A decir verdad, no me importaba estar más rato con él. Una parte de mí gritaba que no bajara la guardia... Pero estaba cómoda a su lado. Parecía que nos conociéramos de toda la vida.

—¿Ya has hecho lo que hablamos?

«¿Lo que hablamos?» Pensé mal. ¿Qué tenía que haber hecho?

Me sonrojé cuando recordé que me había tocado pensando en él hacía un mes. No me avergonzaba decir que me masturbaba. Al final, masturbarse es hacer el amor con la persona que más quieres. Sin embargo, no esperaba que él me preguntara aquello. Me aclaré la voz y tragué la saliva que se me había acumulado.

—Según un estudio científico, la velocidad óptima para hablar es de ciento setenta palabras por minuto. Y el día tiene veinticuatro horas.

—Vale...

—Resta las que estamos dormidos o trabajando y haz los cálculos. Entenderás que oímos muchas palabras al día, así que me gustaría que me disculparas por no acordarme de lo que hablamos.

Alek se rio. Su risa provocaba que yo también lo hiciera. Era adictiva. Se quedó grabada en mi cerebro.

—Me refiero a la lista de lo que te gusta y odias, para decidir qué hacer con tu futuro.

Abrí la boca sorprendida. ¡Ya no me acordaba! Negué con la cabeza.

—Te sorprenderá porque sé que soy una persona muy inteligente, trabajadora y, como me suelen llamar, la empollona tocapelotas de la clase. Pero... la verdad es que no sé ni por dónde empezar.

—Se suele empezar por el principio...

Le hice una peineta.

—Es broma. —Sonrió. Ladeó la cabeza—. Primero deberías pensar en lo que te gustaría hacer todos los días de tu vida, algo que te apasione, y analizar cuáles son tus fortalezas y tus debilidades.

—¿Por ejemplo? A mí me encanta regar mi cactus. Aunque no me veo siendo jardinera.

—Yo adoro los perritos.

—No me importaría ser acariciadora de perros, a jornada completa. —Me reí—. Pero creo que mi hurón se pondría celoso.

—¡Eso es el sueño de cualquiera!

—Totalmente.

—A lo que me refiero es a que yo adoro a los perros. Me parecen los seres más leales de la faz de la Tierra. Pero me sería imposible estar en una clínica veterinaria.

Empecé a comprender.

—Me gusta la justicia... —dije sin pensar—. Pero no sería capaz de estar encerrada en un juzgado y sentada todo el día.

—Ahora debes hacer lo mismo con todo lo que te gusta. Hazlo un día que te sientas bien contigo misma, o con una persona de confianza.

—Lo haré.

—Cuando sepas para dónde quieres tirar, te informas de las oportunidades laborales que existen y preguntas sobre universidades o becas. Poco a poco, Lena. No te machaques.

Un coche se paró delante de nosotros, pitó varias veces. Era Cecilia. Me levanté como un resorte.

—Gracias por todo, Alek —le dije.

Yo no iba a darle dos besos, solo a estrecharle la mano y a despedirme. Él fue más rápido, me cogió por la cintura y me abrazó. Pareció un desliz, pero fue más que eso. Levanté la cara, su rostro estaba cerca del mío, y tuve la impresión de que sus ojos me analizaban. Tan cerca... Él me acarició la mejilla. Sus ojos brillaban, parecían hacer la competencia a las estrellas del cielo.

Volvieron a pitar.

Mierda, mierda, mierda.

«No bajes la guardia.»

Me separé, con el corazón en la garganta.

—Adiós...

Y subí al coche rápidamente. Mi madre me miraba divertida.

—Ni una palabra —dije antes de que ella soltara alguna burrada.

—¿Ya has decidido con qué chico te quedas?

—Con ninguno.

—¿Cómo que con ninguno? Si puedes escoger entre el vecino rarito de los geranios o el primo portugués de Oliver.

—¡Mamá! —contesté avergonzada.

—Es broma. Soy una tumba. —Se selló los labios como si tuviera una cremallera. No obstante, notaba las ganas que tenía de hablar y preguntármelo todo—. ¿Ha ido bien?

—Sí —asentí y me acomodé en el asiento. Me habría fusionado con él, estaba avergonzada —. ¿Y a ti? ¿Qué tal el trabajo?

—Bien, bien. Aunque han cambiado el médico de turno y es bastante tocapelotas.

—¿El típico que se cree mejor por ser médico y no enfermero? —pregunté.

Ella asintió.

—Encima, tu hermano no me habla —agregó frustrada.

Abrí mucho los ojos.

—¿Marcos? ¿Por?

—Debe de ser la adolescencia...

No añadí nada más. Era extraño que Marcos estuviera enfadado con nuestra madre. ¿Qué podría haber pasado? Chasqueé la lengua, ya lo averiguaría.

Llegamos a casa y cené rápido, necesitaba meterme en la cama y descansar los ojos. Tantas emociones en un día me habían vuelto demente, había sido una montaña rusa. Programé la alarma para levantarme, me puse mi pijama de pingüinos y me tumbé en la cama. No quise leer, era tarde y al día siguiente me tocaba presentar un trabajo de Literatura Española.

Cuando Morfeo estaba a punto de arrastrarme a su mundo, mi móvil vibró. Adormilada, lo desbloqueé, pensando que sería Oliver. El nudo en mi pecho volvió a aparecer.

Un número desconocido.

Un solo mensaje.

Una pregunta.

¿Y ahora qué?

Más voz, menos eco



Noel Martín

Tap, tap, tap.

Repiqueteaba nervioso con el bolígrafo.

—¡Shh! —se quejaron.

Tap, tap, tap.

—Tío, ¿puedes hacer el favor de parar de dar golpes con el puto bolígrafo? —gruñó Aarón —. Lo próximo es que te lo clave en el ojo.

Aron y Sergio, dos compañeros de clase y jugadores de básquet, se habían unido a Cristian y a mí para estudiar juntos. Era otra vez lunes. Suspiré resignado. Menos mal que al día siguiente a pasado mañana ya era la víspera del viernes.

Estábamos en la biblioteca del instituto, un espacio que olía a cerrado y que estaba más frecuentado por bichos que por libros polvorientos. La causa de todo aquello era que a la hora siguiente teníamos un examen de Historia. Lo llevábamos terriblemente mal, aunque a mí siempre me había gustado esa asignatura. El profesor también tenía mucho que ver en ello.

—A ver, Cristian. Pregunta para ti. Tema cuatro, historia contemporánea —exclamó Sergio.

Nos ganamos una mirada de odio de otros alumnos que también estaban en la biblioteca.

—Suéltalo.

—Dime una colonia española del siglo XX.

Mi mejor amigo se quedó en blanco.

—La de Invictus de Paco Rabanne, o Nenuco —interrumpió Aron.

Sergio le pegó una colleja en la nuca calva de Aron.

—Mira que eres subnormal —contestó—. Si es que las neuronas se te resbalaron cuando te pelaste al dos este cabezón.

Cogí el móvil e, inconscientemente, volví a mirar el mensaje que le había enviado a Lena el

jueves anterior. Había sacado su número de móvil del grupo de clase que habían creado hacía años. Desesperado, había mandado ese mensaje sin pensar, sin tener en cuenta que ella tal vez me respondería y yo me sentiría gilipollas. Rectifico: era gilipollas. Si es que el sentido común es como el desodorante, la gente que más lo necesita nunca lo usa.

¿Qué esperaba? ¿Que leyera mi mente desordenada? Lena podía ser una lunática que remaba en sentido contrario a la sociedad, pero tenía claro que vidente o bruja aún no lo era. Lo releí todo.

¿Y ahora qué?

¿Ahora qué de qué? Especifica, me había contestado.

Había descubierto que era yo. Y, obviamente, la había dejado en visto.

Confieso que en el instante en que le mandé el mensaje maté algunos sentimientos de mi enfado; fue en defensa propia. Aún recordaba el momento en que vi como Alek la sujetaba de los hombros, preocupándose por ella y reclamándola. Como ella le sonreía de vuelta, siendo tan transparente y única.

Yo solo quise darle una hostia a Alek, alejarlo de ella. De mí. Quería dejar de sentirme reemplazado por algo que jamás fue. Y odiaba la sensación. La sensación de un corazón resquebrajándose. Estaba jodido.

—Noel, te toca a ti. Explica qué significa la afirmación «todos somos iguales», y qué motivos tuvo el liberalismo para formularla —me preguntó Sergio.

Alcé una ceja.

—Creo que yo pondré alguna frase cursi de Pinterest —añadió Aron. No se callaba ni debajo del agua.

—Cállate la puta boca, tío —refunfuñó Sergio—. Le toca a Noel.

—Él no te contestará, ¿no ves que está en las arañas?

—Se dice «musarañas», listo. Que eres muy listo —me defendió Cristian.

—Debe de estar enamorado de la rarita —soltó Sergio—. La del pelo zanahoria.

Le lancé una mirada helada. ¿De la rarita?

—¿Qué has dicho? —murmuré enfadado.

—Lo que has oído —respondió él, moviendo los hombros arriba y abajo como si la conversación no fuera con él.

—Últimamente se rumorea que os habláis mucho, hasta Jolene lo dice —añadió Aron.

—No saben ni de lo que hablan —gruñí.

Alcé las cejas. Oh, no. Yo no me iba a enamorar de nadie, ya era complicado hacerlo de mí mismo. ¿No dicen que el amor siempre está a la vuelta de la esquina? Pues yo prefería vivir en una rotonda; sin puntas, sin muros que derribar. De repente, comencé a oír risitas y vi como una sombra tapaba mis apuntes.

—Buenos días, Noel, ¿cómo sigues de los dedos?

Abrí unos ojos como dos fauces cuando oí su voz. Joder. Me giré y me la encontré detrás de

mí, con los labios fruncidos. ¿Llevaba un jersey rojo con un dinosaurio dentro de una taza que rezaba la palabra «Tea-Rex»? El adjetivo *lunática* se quedaba en nada.

—¿Cómo que de los dedos?

—Pensé que te los habías roto —contestó irónica—. Como ya no me escribes y me dejaste en visto...

—Y hablando de la reina de Roma... —murmuró Sergio con una sonrisa.

Quise tirarle los apuntes a la cabeza. Con la cantidad de libretas y hojas que estaban esparcidas por encima de la mesa le podría haber aplastado el poco cerebro que tenía.

—¿La reina de Roma? —interrogó Lena, poniendo los brazos en jarras y lanzándome una mirada que desprendía chispas. Nadie contestó, los cuatro nos quedamos contemplándola. Ella observó los apuntes que había sobre la mesa—. ¿Estáis estudiando Historia?

Asentimos.

—¿Cómo lo lleváis? Supongo que ya os sabréis las colonias españolas del siglo XX en Europa. —Agarró una silla y se sentó a mi lado. Los chicos sonrieron divertidos, quería morirme —. ¿Sabíais que, en realidad, la locución «Hablando del rey de Roma, por la puerta asoma» se debe al refrán «Hablando del ruin de Roma»? Se refería a personas mezquinas que aparecían por sorpresa, para husmear.

Si mi cerebro tenía alguna oportunidad de contener neuronas, se habían suicidado todas después de ese discurso.

—Ah... —murmuró Cristian, flipando.

—En fin, ahora se dice *rey*.

—¿Qué quieres? —susurré enfadado cuando Sergio, Aron y Cristian se pusieron a hablar entre ellos.

—Eso querría saber yo. ¿De qué iba ese mensaje tan misterioso? ¿Te has convertido en poeta? ¿Eres descendiente de Antonio Machado y no me lo has dicho?

—¿Y qué si lo fuera?

—Pareces un fatuo.

—Habla cristiano, por Dios —exclamé en voz baja.

—Que estás lleno de soberbia. Eres ridículo. —Su rodilla le dio un golpe a la mía.

—Bicho raro —me defendí, devolviéndole el rodillazo.

—Malmirado.

—Pesada.

Alguien se aclaró la voz.

—¿Qué pasa entre vosotros? —Ambos dimos un salto en la silla. Cristian nos observaba y sus ojos destilaban irritación.

—¡Nada! —gritamos Lena y yo.

Nos ganamos un reproche del bibliotecario, quien nos miró por encima de las gafas de pasta. Cristian arrugó la nariz, se levantó, se despidió y se fue. Fue un momento extraño.

Lena, en contra de mi voluntad, se quedó un buen rato, explicándoles a Aron y a Sergio el tema ocho del libro de historia. Sonreí cuando vi la cara de preocupación de los dos chicos al ver que más del ochenta por ciento de lo que se había enseñado en clase lo habíamos olvidado. Todos, menos ella. En fin. Los entendía.

Lena era mucha Lena.

El timbre sonó y me levanté como un muelle. Tenía dos opciones: darle una respuesta a Lena o huir. Obviamente, no iba a ser valiente. Huir era la mejor opción, lo llevaba haciendo toda la vida. Jamás había tenido tantas ganas de ir a un examen, nada más que para alejarme de ella.

Entré corriendo por la puerta. El profesor Luciano Mafteiu estaba sentando en su silla y su perro guía estaba mordiendo un hueso a su lado. Me senté lo más lejos que pude de Lena, no podía distraerme con tonterías. Luciano se levantó.

—Hay un examen tipo A y uno tipo B. Así que ni se molesten en copiar del compañero. Todo lo que sale lo hemos hecho en clase. ¿Alguna duda?

Victoria tuvo que levantar la mano.

—¿El examen es fácil?

—Si ha estado atenta a clase, sí. Si ha estudiado a última hora, no.

—Pues estaremos todos suspendidos —gruñó Aarón.

La gente le dio la razón, menos los dos empollones que, casualmente, eran Lena y Alek. Gruñí para mis adentros.

—Ya saben ustedes, chicos —añadió el profesor—. Estudiar es como ir al gimnasio. Hay personas que creen que por ir una hora a la semana quemarán todas las calorías de la comida basura que se comen cada día.

La clase entera rio. Luciano sabía cómo ganarse al alumnado y nadie se atrevía a copiar en su clase. Comenzamos los exámenes.

Este fue más difícil de lo que me había pensado; aun así, terminé satisfecho con él. Cuando quedaban diez minutos para acabar, Lena se levantó y entregó su hoja. La miré de reojo e, incómodo, suspiré para mis adentros. Era última hora y, por tanto, seguro que se iría a casa y me dejaría en paz.

Mientras pensaba aquello, una silueta alta pasó por mi lado. Mordí la punta del bolígrafo cuando me di cuenta de quién era: el superinteligente de Alek. ¿Habría quedado con Lena y por eso salía detrás de ella? Joder. Qué pregunta más estúpida. Y, por extraño que parezca, algo me quemó por dentro; más que el whisky barato.

«Es normal que no te quiera nadie, ¿te has visto?»

Decidí salir el último. Cuando ya no quedaba nadie entregué el examen a Luciano.

—¿Cómo ha ido? —me preguntó.

—Creo que bien.

—¡Claro que sí! —aplaudió—. Si es usted de los mejores alumnos que tengo.

—No exagere —sonreí. Pero se sentía bien que alguien me valorara.

—No exagero, Noel. Debería comenzar a creérselo.

—Ya.

—Repito lo que siempre digo: deben ser ustedes más voz, menos eco.

—Yo...

—Tu único límite es tu mente.

Hay profesores que dejan huella, que cambian vidas. Y, a pesar de que cada vez que decía «examen sorpresa» —qué solía ser una vez al mes— me pasara la vida por delante de los ojos, a él le debía el mundo entero. Porque era el único que había creído en mí desde el principio.



Cuando puse un pie fuera de la clase el nerviosismo se apoderó de mí al verla sentada en la pared del frente. ¡Qué pesadilla! ¿Nunca se daría por vencida? Se levantó como un resorte y se acercó dando zancadas. Suspiré hondo, que los ángeles me cuidaran.

—Vecino. —A pesar de sonreír, la sonrisa no llegaba a los ojos—. Tú no te escapas.

Tragué saliva y me froté los ojos. Le habría soltado alguna perlita para ponerla nerviosa, pero estaba demasiado cansado.

—¿No podemos hablar otro día? Estoy agotado —me quejé. Lena negó con la cabeza y gruñí con desgana—: Eres muy pesada, ¿lo sabías?

Ella se rio con ganas. Me mordí la mejilla al ver cómo se le iluminaba el rostro. Joder con la pecosa.

—Noel, solo los materiales pesan. —Frunció los labios de piñón, divertida—. Junto con tus ganas de no decirme qué te pasa por esa cabeza de chorlito.

Dio un paso hacia delante, provocando que estuviera más cerca de mí. Tuve que bajar la mirada para verle los ojos. El corazón me dio un estúpido bote, sus ojos brillaban. Joder.

—¿Qué es lo que quieres de mí? —murmuré con un nudo en la garganta.

—¿De qué iba ese mensaje?

—¿Qué mensaje?

—Ya lo sabes. —Negué con la cabeza—. Joder, para de huir...

Se le había borrado la sonrisa y no pude soportarlo más. Necesitaba salir de allí, dejar de mirarla a los ojos. Dejar de sentir. La pecosa me estaba volviendo loco y no entendía por qué. Empecé a notar un nudo de ansiedad en el pecho. ¿Por qué me parecía que todo el mundo nos observaba? Estábamos rodeados de gente, y aun así solo la podía mirar a ella.

«Debe de estar enamorado de la rarita.» El torrente de palabras apareció en mi mente como un tsunami, arrasándolo todo.

Me negaba a aceptar aquello. Yo jamás podría querer a nadie. Alguien roto es como un cristal, solo corta y hace sangrar a los demás. De un momento a otro, me derrumbé por dentro.

No, no me podían ver con ella; tan vulnerable. Me juzgarían, me señalarían con el dedo y verían que el monstruo solo era un chico asustado.

«No eres suficiente, jamás lo serás.»

Debía ser más fuerte, con menos sentimientos. Empecé a sudar frío, me mordí el labio.

«Deja de sentir, será mejor.»

De un arrebato, la cogí del brazo y me la llevé de allí. Me entraron ganas de llorar. De gritar. Quería estar solo y, al mismo tiempo, necesitaba un abrazo. Con un follón de pensamientos que no dejaban de revolotear, la arrastré hasta el baño de chicos de la segunda planta. Inconscientemente, sabía que a última hora casi nadie iba allí.

Cuando entramos ella se paró de golpe, juzgándome bajo sus largas pestañas. No sé por qué me dolió. ¿No debería estar ya acostumbrado a que me miraran como si fuera un monstruo sin corazón? Respiré hondo, intentando tranquilizar las pulsaciones que me martilleaban en el pecho y amenazaban con que perdiera el control.

—Joder, Lena. —Me pasé una mano por el cabello, desordenándolo.

—¿Qué?

—Mierda —supliqué—. Déjalo ya...

Ella abrió mucho los ojos. Me mordí los labios nervioso.

—¿A qué te refieres?

—No te hagas la tonta... —Solté una risa sarcástica—. Déjalo ya, no va a servir de nada.

En ese momento, ella dio un paso hacia mí e intentó agarrarme de la mano. Me aparté contrariado, y me ahogué tanto con mis pensamientos que solté lo primero que se me vino a la cabeza.

—Hostia, Lena. Para de tratarme como si fueras mi puta amiga —gruñí.

Supe que le dolió en el instante en que la chispa de sus ojos titiló, apagándose. Mi corazón dejó de latir un poco más y el aire comenzó a fallar. Apreté los puños, clavándome las uñas.

—¿Por qué te engañas tanto, Noel? —susurró.

Dio otro paso hacia mí. Joder. El corazón se me subió a la garganta. Temí que me viera por dentro. Los ojos no saben guardar secretos.

—Sigo sin pillarte, Lena.

—¿Y qué es lo que quieres entender? —preguntó seria.

—Por qué lo intentas conmigo. —Yo tenía el puto corazón en la garganta—. ¿Por qué no puedes alejarte de mí? ¿Te doy pena? ¿Es eso?

«¿Por qué te quedas con ella? Te abandonará como todos.»

Lena cogió aire.

—Porque... —empezó a decir, pero no terminó la frase.

En un pestañeo, me agarró la mano y me obligó a entrar en un cubículo del baño, encerrándonos dentro. El corazón comenzó a latirme más deprisa cuando con una mano me tapó la boca y la otra la situó encima de mi pecho. La tenía tan cerca que podía oler su perfume floral.

Sin saber dónde poner las manos, la cogí de la cintura y noté como su cuerpo se pegaba al mío. Inconscientemente, me mordí el labio.

Quise preguntarle qué idea tan estúpida había tenido, metiéndonos a los dos en un espacio de tres metros cuadrados, cuando un ruido me sobresaltó. Alguien había entrado en el baño.

—¿Qué coñ...?

Ella alzó la mirada divertida y posó el dedo índice sobre mi boca, indicando que permaneciera en silencio. Ese pequeño gesto me mató por dentro. Joder, sus labios mojados estaban demasiado cerca de los míos y me encontré con ganas de morderlos. ¿Tan necesitado estaba? Tragué saliva incómodo al ver como mi entrepierna comenzaba a divertirse contra mi voluntad. Ese momento podía terminar terriblemente mal. Ya me empezaban a doler los huevos.

—Solo escucha... —susurró casi encima de mis labios, rozándolos con su respiración. Empezaba a hacer demasiado calor allí.

Los ruidos se volvieron más intensos, dándome cuenta de que no era una persona, sino dos. Y, entre golpes y pisadas, oí un sonido peculiar. Abrí los ojos y ahogué una exclamación, flipando. ¿Gemidos? ¿Eran putos gemidos? Joder, ¿quién iba a follar en esos baños? Ella me miró, tan sorprendida como yo.

—Pervertida —vocalicé divertido en silencio mientras la miraba a los ojos, sin apartar la vista.

No pude evitar soltar ir un inaudible jadeo cuando vi que sus ojos se posaban en mi boca.

—Prudente —añadió ella.

Necesitaba salir de allí antes de cometer alguna locura. Además, me negaba a quedarme encerrado en un cubículo minúsculo mientras oía cómo dos tíos fornicaban como conejos. Noté como Lena se acercaba más a mí, nerviosa; como sus pechos pequeños y redondos se pegaban a mi abdomen; como sus mechones me acariciaban el mentón. Tuve que respirar para no perder el autocontrol. Joder con la friqui.

Un móvil comenzó a sonar, sacándome de mis cavilaciones. Abrí mucho los ojos, ¿era nuestro? ¿Nos pillarían? Joder. No podía ser. ¡Sería el puto hazmerreír! Y me sentí mal al pensar eso.

Sin embargo, cuando me di cuenta de que conocía el tono de llamada y de que no era ninguno de nuestros móviles, me puse blanco como la leche. Esa melodía... la había oído demasiadas veces. Era una canción de Nathy Peluso.

—Oliver, me están llamando —dijo alguien entre gemidos y jadeos—. Deberíamos irnos de aquí.

—No me dejes así, todo palote —se rio el mejor amigo de Lena.

Lena se puso la mano en la boca para no soltar ninguna exclamación de sorpresa. Tenía los ojos muy abiertos. ¿Eso iba en serio? ¿Nuestros dos mejores amigos estaban liados?

—Te lo compensaré en la fiesta del finde. —Cristian le dio una cachetada a Oliver.

Cerré los ojos desconcertado.

—¡Espera! —Justo estaban a punto de salir por la puerta cuando se pararon—. Voy a llamar a Lena, a ver si aún no se ha ido.

Por suerte, ella fue rápida y previsora. Silenció su móvil antes de que empezara a vibrar y nos descubrieran. Eso provocó que se pegara más a mí. Ahogué un jadeo. Era un estúpido masoquista, la pecosa me estaba volviendo loco.

—Joder, siempre sin contestar —se quejó Oliver—. Si algún día me muero y la llaman, se enterará al año siguiente.

Acto seguido, oímos como la puerta se cerraba, volvíamos a estar solos. Demasiado pegados. Y, de un momento a otro, los dos estallamos en risas. Yo ya no sabía si era porque estaba histérico por estar cachondo perdido o porque acababa de pillar a mi mejor amigo liándose con Oliver.

Genial. Mi vida estaba perfectamente descontrolada.

Huye de las personas
que apagan tu sonrisa



Lena Rose

Me dolía la barriga, posiblemente de todos los nervios que había pasado momentos antes. ¡Córcholis! Seguía muy desconcertada. Jamás en mi vida habría esperado vivir esa situación tan extraña.

Mi cabeza intentaba hacer un croquis de todo: me había encerrado en un baño con el chico popular tocapelotas que detestaba hacía menos de medio año —y que no dejaba de mirarme los labios— y había oído cómo nuestros dos mejores amigos se intercambiaban fluidos líquidos de reacción alcalina compleja, es decir, saliva.

Fue un momento tan sumamente estrambótico que no podría haber previsto ni siendo vidente. Y eso que a veces me llamaban «bruja», por todo ese tema de tener un cociente intelectual más elevado que la mayoría, o porque la sociedad tiene miedo de las mujeres que son diferentes y vuelan libres.

—Deberíamos salir de este baño antes de que nos pillen —dijo Noel jadeante.

Sin embargo, no nos movimos. De hecho, inconscientemente, me acerqué más a él, recorriéndolo con los ojos. Sus mejillas estaban arreboladas, se mordía el labio nervioso y sus ojos parecían un tono más oscuros. Tragué saliva y negué con la cabeza, ruborizándome. No debía pensar en él de ese modo. Pero no pude evitar mirarlo de reojo, jamás me había fijado tanto en él hasta ese momento.

Sus ojos avellana me atravesaron como miles de agujas, interrogando mi actitud. ¿Qué nos estaba pasando? Podía ser la joven más inteligente y perspicaz de Barcelona, pero el caos que creó dentro de mí cuando posó la vista en mis labios no tenía explicación. Fue un huracán arrasándolo todo. Joder, quise besarlo en ese instante.

Él me cogió de la cintura y me apretó aún más contra él. Nuestras respiraciones entrecortadas se mezclaban. Tuve que engullir con fuerza al notar su entrepierna encima de mi pubis. Él bajó la

cabeza, dejando sus labios al alcance de los míos. Podría haberlo besado; podríamos habernos dejado llevar. Pero, entonces, recordé quiénes éramos. Él y yo éramos demasiado diferentes, pero Noel me importaba, y no quería joderlo todo por un beso. No podía permitir que pasara nada entre nosotros.

—¿Salimos? —jadeé entre sus brazos.

—Tú primero, pecosa —contestó encima de mis labios, retándome.

Joder... Su voz era demasiado. Cerré los ojos, cogí aire, intenté mantener el control y salí del baño. El frío me invadió de repente al no notar sus manos alrededor de la cintura.

Aun así, agradecí volver al mundo real. Yo era una persona excesivamente organizada. Planificaba mi vida día a día en una agenda de 365 páginas. Escribía en una pizarra magnética mi *habit tracker* para tener un orden y cumplir mis metas: beber agua, hacer un mínimo de ejercicio —lo único que no solía cumplir— o llevar al día los deberes y los apuntes. No obstante, en ese preciso momento, él era el único caos capaz de poner mi mundo en orden.

Caminamos hacia la puerta principal del instituto, bajamos la escalera callados y cruzamos la puerta colosal de color ceniza. Nos sumergimos en un silencio algo incómodo, no sabía qué decirle. ¿Era real lo que había pasado? ¿Nuestros amigos estaban liados? ¿Habíamos estado a punto de besarnos? Por suerte, él fue el primero en hablar y de cortar esa tensión que se había instalado entre ambos.

—Creo que debería hablar con Cristian.

—No sé si deberías...

Él levantó las cejas estupefacto.

—¿Por?

—Es tu mejor amigo, Noel.

—Por eso mismo, ¿no? —Movió los hombros arriba y abajo, algo incómodo—. No entiendo por qué no me lo ha contado. Somos como hermanos.

—Noel —suspiré al decir su nombre. Estábamos los dos metidos en un buen follón—. Si no te lo ha contado es porque, seguramente, no está seguro de lo que quiere.

—Eso no es ninguna excusa.

—Solo dale tiempo... Todo tiene su momento.

—¿Y qué hago mientras tanto? —Comenzó a molestarse—. ¿Mirarlo como si nada? Me ha estado mintiendo. Ha cambiado tanto...

—Él no ha cambiado, Noel. —Nos paramos y se me quedó mirando—. Todos tenemos secretos.

Una sonrisa coqueta empezó a asomar entre sus labios. Ay, no. Estaba jodida.

—¿Y cuáles son los tuyos? —Su voz era ronca—. ¿Que quieres te dé como cajón que no cierra?

Me ruboricé de inmediato.

«Sabes que quieres.»

No quiero nada.

«Quieres que te lo haga en todos lados.»

Tragué saliva. Estúpidos pensamientos...

—¡Noel Martín, serás atrevido! —chillé—. Con un Satisfyer me conformo.

—Eso dices ahora. Seguro que sueñas con ello cada noche.

Se acercó, me sujetó la barbilla y me guiñó un ojo. Rayos y centellas. Un calor desconocido me subió entre las piernas, entrelazándose en mi estómago. Ese chico me estaba poniendo demasiado nerviosa.

—En verdad... —comencé a hablar, sin conectar la lengua con el cerebro—, soy virgen.

Noel abrió muchos los ojos, pasmado por mi sinceridad inmediata. De repente, se echó a reír y empezó a caminar otra vez.

Aunque fuera virgen, no me avergonzaba decirlo. Al final, la virginidad es una mera etiqueta. ¿Por qué tenemos la obligación de sentir que perdemos algo cuando se tiene sexo por primera vez? Siempre he preferido pensar que es el inicio de algo, porque jamás perderemos nada. Y, a menos que seas aceite de oliva, tu calidad como persona no depende de tu supuesta virginidad.

—¿De qué te ríes? —Me crucé de brazos mientras lo seguía—. No sé qué te parece tan divertido.

—Solo me ha resultado extraño que me lo dijeras. —Noel hizo un gesto con la mano, restándole importancia a su diversión, y me pasó un brazo por los hombros—. Venga, pecosa. No te enfades. Ya te enseñaré truquitos, como el beso del siete.

No sabía qué coño era eso, pero fruncí los labios. Odiaba que se rieran a mi costa. Empezaba a estar irritada con él.

—Es irónico. —Noel alzó las cejas, interrogándome—. El hecho de que pases de un extremo a otro. Dices que no somos amigos, pero me tiras indirectas para que imagine cosas turbias juntos.

Noté como cada músculo de su cuerpo se tensaba y dejaba caer el brazo, muerto. Lo había incomodado mi respuesta. Inhaló fuerte y exhaló, intentando controlar sus palabras.

—Sobre lo de antes... —Se mordió el labio—. En fin. Déjalo.

—Según la RAE, el verbo *dejar* es soltar algo, retirarse o apartarse de algo o de alguien. Así que, ¿a qué te refieres exactamente? —No pude evitarlo.

—Joder. Me refiero a que lo olvides todo. —Me mordí la lengua para no decirle nada más—. Eres bastante insoportable, ¿sabes?

—Gracias. —Sonreí sarcástica.

Él suspiró abatido. A veces, Noel era un libro cerrado. Entendía que se había creado una coraza para que no le hicieran más daño; pero me dolía, más de lo que quería admitir, que lo hiciera conmigo. Ser humanos nos convierte en el blanco perfecto para que las emociones ataquen. Deseé ser una planta en otra vida.

Pasaron los minutos, silenciosos. El viento soplaba entre las moreras, el rumor de las hojas

nos llamaba a nuestro paso. Los días eran cada vez más largos, y el sol aún brillaba encima de nuestra piel. Vi su moto a lo lejos. Realmente, no me desagradaba subir en ella.

—¿Vas para casa? —pregunté.

Él sonrió.

—¿Estás intentando convencerme para que te lleve? —se hizo el chulo.

No dije nada. Mis células grises —también llamadas «neuronas»— comenzaban a volverse invisibles cuando estaba a su lado. Podrían haberme llamado loca; haber dicho que me faltaba un tornillo. Tendrían razón.

—Anda, súbete, pecosa.

Me tendió su casco, como si entre nosotros no estuviera pasando nada. Como si, realmente, hubiese sido su amiga toda la vida, a pesar de que Noel lo negaba. Monté de un salto y, esa única vez, me aferré a él. Él me miró, y la chispa de sus ojos me advirtió que me agarrara bien. Venían curvas.

Tenía razón. Aceleró tan de golpe que mi cuerpo impactó contra el suyo. Entonces fui consciente de cada parte de su cuerpo; de sus abdominales compactos, a pesar de las chaqueta que llevaba; de sus brazos musculados y sus bíceps marcados. Intenté controlar la estampida que tenía lugar en mi estómago. Aun así, él se creía todo físico y no se daba cuenta de que era mucho más que eso.

«Haz el favor de controlarte, Lena», me recriminé.

—No niegues que te ha gustado sobarme enterito —se mofó cuando aparcó y apagó el motor.

Enrojecí de inmediato, suerte que aún llevaba el casco.

—¡No he tenido elección! —me defendí—. ¡No dejabas de dar acelerones! Lo extraño es que no te haya vomitado encima.

Salté de la moto y me quité el casco. Él me imitó.

—Anda, no te quejes, pecosa. Si te ha gustado estar pegada a mí.

—Sigue creyéndotelo, que así te va muy bien, vecino —refunfuñé, aunque noté un deje de diversión en mi voz.

Esperé a que lo tuviera todo listo y nos dirigimos al portal. Me sostuvo la puerta principal abierta para que pasara primero. Seguía desconcertada acerca de todo lo que había ocurrido entre nosotros en tan poco tiempo. ¿No éramos enemigos?

Decidimos subir por la escalera para no rememorar el día en que dos personas que se odiaban se quedaron atrapadas en un ascensor de tres metros cuadrados. Ascendimos tres pisos, pero a su lado me pareció que eran menos. O bien era que había mejorado mi condición física, o bien que con él el tiempo volaba.

—¿Sabes? La primera vez que te vi fue aquí mismo. —Se rio incómodo, señalando mi puerta —. Teníamos diez años. Ibas vestida con un chándal de Bambi y llevabas unas trenzas ridículas. ¿Te acuerdas?

Nos apoyamos en la baranda que daba al patio de vecinos. Decidí guardar silencio,

observándolo de reojo. Los últimos rayos de sol le acariciaban el rostro, la sombra de sus pestañas se reflejaba en sus pómulos. Largas y espesas. Me puse nerviosa. ¿Cómo podía acordarse de cómo iba vestida? Mi corazón empezó a latir desbocado al recordar mi llegada a esos apartamentos.

Marcos, mi hermano, jamás conoció al hombre que lo engendró. El mismo hombre al que yo había llamado «papá» tantas veces como dedos tiene una mano. La realidad es que nos abandonó cuando mi hermano nació. Así que cuando Marcos hizo los ocho años y yo los diez, Cecilia decidió cambiar de casa. Dejamos atrás aquel piso de paredes lechosas, recuerdos lúgubres y olor a humedad. Sabíamos que el sol jamás habría vuelto a salir en ese lugar.

Llegamos un 11 de noviembre al nuevo piso. El sol brillaba y me sentí liberada. Ya no habría más tormentas que me devoraran. La calidez del recuerdo buscó un recoveco en mi corazón. Así que aquel día me prometí que yo sería la responsable de mi propia felicidad. Ojalá fuera eterno todo aquello que nos hace bien.

Todo iba bien, hasta que supe que era la nueva vecina de un niño repelente que me quería robar las galletas, que me miraba por encima del hombro y cuyos ojos avellana no sabían guardar secretos.

—¡Claro que me acuerdo! —contesté nostálgica—. Quisiste robarme una galleta con pepitas de chocolate.

—Y tú no me dejaste...

—¡Eran las galletas más ricas de toda Barcelona! —lo reprendí—. La comida no se comparte.

Él se rio, nostálgico. ¿Qué le rondaba por la cabeza?

—¿Estás bien? —me sorprendí preguntándole.

—¿La verdad? Contigo sí.

Su respuesta me dejó con el corazón en la boca. Tragué saliva. Tenía un nudo en la garganta. Decidí sacar las llaves de mi mochila azul grisáceo para hacer algo con mis manos, que no paraban de temblar. Él me miraba con una sonrisa divertida que no le llegaba a los ojos. El dolor físico es caliente. Pero el que no se puede ver es el frío: se convierte en hielo y apaga tu fuego. Se me ocurrió el punto tres de nuestra guía.

—Punto número tres de la «Guía para dejar de ser idiota». —Él bufó, pero yo no le hice caso —. Sonríe. La vida te puede sorprender si lo haces.

—Ojalá fuera tan fácil.

—Y huye de las personas que apagan tu sonrisa.

Antes de que pudiera contestar, estampé mis labios contra su mejilla, para despedirme. O ese era el propósito, porque él se movió y, sin querer, lo besé en los labios.

Una descarga eléctrica me recorrió por dentro. Percibí un sabor cálido, como cuando el sol acaricia tu cuerpo en un día de primavera. Me pegué más a él y le puse una mano en el pecho.

Necesitaba besarlo, sentirlo más cerca de mí. Mi corazón latía desbocado, amenazando con partirse en mil. Pasaron segundos. Él dio un paso hacia atrás.

Joder. ¿Qué había hecho? Noté mi interior resquebrajarse un poco.

«Eres estúpida.»

—Mierda, Lena... —Él tenía la respiración entrecortada.

—Yo... —Necesitaba largarme de allí, así que empecé a abrir la puerta, nerviosa—. Nos vemos pronto.

Cerré de golpe y me dejé caer, deslizando mi espalda por la puerta. Maldita suerte la mía. Había decidido conocer a alguien roto, y aquello me aterraba. Siempre me habían dicho que las personas rotas no destruyen. Huyen. Y en cualquier momento él podría hacerlo.

Me acaricié los labios. El fogonazo de calor que había sentido al posar los míos en los de Noel me había impregnado por completo. Meneé la cabeza, no podía olvidar que él me había rechazado. Era la primera vez que besaba a alguien, y había salido mal. Me tragué las lágrimas, me forcé a sonreír y me levanté.

«Tú eres la responsable de tu propia felicidad», me obligué a decirme.

Cuando entré en el salón oí voces. Al verla, fue como si me cayera un jarrón de agua fría encima. Habría preferido quedarme llorando a moco tendido en el portal. ¿Por qué coño estaba en mi casa?

Sus ojos grisáceos me miraban a través de un flequillo desordenado. Su rostro, antes rollizo y bordado por mofletes sonrosados, se veía pálido y huesudo. Olía a tabaco y a sudor. Espera, ¿había bebido? Olía a alcohol agrio. Me giré hacia mi hermano para pedirle explicaciones.

—¿Qué demonios hace aquí? —tartamudeé.

—Lena... —me advirtió Marcos, quien reaccionó levantándose de golpe—. No la podía dejar fuera.

Me pellizqué el puente de la nariz, exhausta por tantas emociones. Conseguí sacar fuerzas de donde no las tenía.

—Verónica. ¿Qué haces aquí?

Tres, dos, uno... Rompió a llorar. Empezó a farfullar frases inconexas, entre gimoteo y gimoteo. Me sentí mal por ella. ¿Dónde había quedado la chica de los labios rojos? ¿Dónde estaba la chica de las risas y los chupachups de fresa después de clases? Quería volver a ver a la Ronnie que brillaba aun yendo con chándal y deportivas desgastadas. Así que no pude evitarlo. Me tragué mi orgullo y me lancé contra ella, abrazándola.

—Lo siento... —sollozó encima de mi hombro.

—Ronnie...

Al oír mi voz, comenzó a hiperventilar, su corazón cada vez iba más rápido.

—No puedo más... ¡No puedo más! —terminó chillando.

Cogí sus manos. Apretó tan fuerte las mías que noté sus uñas clavándose.

—Marcos, ve a buscar un vaso de agua —le pedí asustada. Él se fue corriendo, haciéndome

caso.

Cogí de los brazos a Ronnie, que trataba de hacerse un ovillo para evitar que la angustia se apoderara de su cuerpo. La obligué a abrir los puños para que dejara de clavarme las uñas y evitar que nos hiciéramos daño. Intenté que se abriera, que lo soltara todo. Que parara de aferrarse al dolor que la consumía.

—Respira conmigo, Ronnie. Respira.

—No puedo, no... —lloriqueó.

—Sí puedes, cariño. —La abracé—. Respira. Coge aire conmigo.

Empezamos a respirar, poco a poco. Ella se fue soltando, quedando a unos metros de mí.

—Bien, sigue así —la animé.

Sin verlo venir, un espasmo le recorrió el cuerpo. Después vino la arcada. Joder. Lo vomitó todo. Verónica estaba peor de lo que pensaba.

—Lo siento, lo siento...

La vi tan pequeña que noté que el corazón se me partía en dos.

—No tienes que sentir nada. Respira hondo —contesté mientras mi pulgar le dibujaba pequeños círculos en la espalda para que se tranquilizara. Marcos cogió un trapo empapado de agua fría y se lo puso en la frente—. ¿Quieres que llame a tus padres?

—¡No! —chilló, envalentonándose.

—Pero, Ronnie...

—Ni harta de vino —volvió a gritar.

Tuve que aguantarme la risa histérica con ese último comentario. «Querida, justamente venías harta de alcohol...» Verónica comenzó a respirar más tranquila pero, aun así, seguía temblando en el sofá. ¿Qué podía hacer? ¿Qué era lo mejor? Le acerqué el vaso de agua que Marcos había ido a buscar para ella.

—Vamos, levántate, Ronnie.

—Yo...

—Te vas a pegar una buena ducha y después te tomarás un buen cappuccino con nata.

Ella me miró con los ojos desorbitados.

—No quiero molestarte más, no sé en qué pensaba... —Suspiró. Hasta respirar le dolía en el alma.

—No me molestas, microbio. Anda, tira para la ducha. —Le cogí la mano y la arrastré al diminuto baño. Le di una toalla—. Voy a limpiar eso, busco ropa mía para darte y vuelvo.

Me miró asustada, como un perrito abandonado.

—¿Seguro?

Me puse una mano en el corazón y asentí, prometiéndole que así sería. Ella soltó el aire que se estaba guardando. A Verónica le daba miedo estar sola. La soledad es buena, pero también es peligrosa cuando te sientes vacío. Cerré la puerta, dejándola allí y rezando para que no cometiera ninguna locura. Fui hacia el comedor, donde me encontré a Marcos intentando limpiar el vómito

de la funda del sofá. Cuando lo vi, no pude evitar empezar a llorar de la impotencia. De ver a alguien así, tan anulado. Tan inhumano.

—Lena... —Marcos me abrazó—. Todo irá bien.

—No sé cómo ayudarla... —gimoteé en su espalda—. Estoy tan harta de esta situación.

—Lo sé, Calabacita. Pero buscaremos una solución...

Me separé y me lavé la cara en el fregadero. Respiré hondo un par de veces.

—Déjalo, renacuajo, ya limpio yo la emesis. —Intenté quitarle el trapo, pero no me lo permitió—. Quiero decir, el vómito.

El olor repugnante me hizo saborear mi propia bilis.

—Deja, ya limpio yo. Tú deberías estar con ella.

Marcos parecía pensativo.

—Suéltalo —lo animé. Él era demasiado transparente, siempre notaba cuándo algo le ronzaba por la cabeza.

—Creo que deberías llamar a Oliver.

Me mordí la mejilla.

—No lo había pensado...

—Yo no conozco la historia completa, aunque recuerdo perfectamente que tú terminaste destrozada, Calabacita. —Mi hermano se rascó la cabeza incómodo—. Esta vez no dejaré que pases por eso sola. Otra vez, no.

Alcé las cejas, algo irritada.

—Puedo lidiar con ello sola —me defendí.

Él se secó las manos y dejó el trapo a un lado. Me cogió de los brazos y me obligó a mirarlo. Aunque tuviera dos años menos que yo, me sacaba tres cabezas.

—Lo sé, eres la persona más fuerte y cabezota que conozco. Sin embargo, te prohíbo que cargues todo el peso de la situación en tu espalda.

—Marcos, yo... —intenté defenderme.

—Llama a Oliver —me amenazó—. O lo llamo yo. Además, Verónica es un títere roto. Solo tienes que mirarla a los ojos. Os necesita a los dos. A sus amigos.

De acuerdo, mi hermano podía ser muy convincente. Llamé a Oliver, quien, con una mezcla de curiosidad y preocupación, accedió a venir. Siempre habíamos sido tres en ese grupo, y entendí que él también merecía explicaciones. Igual que Ronnie merecía apoyarse en alguien.

Puse la funda del sofá en la lavadora, rezando para que mi madre no llegara antes de trabajar y viera el estropicio que había ocasionado mi ex mejor amiga. Puse una cafetera en el fuego, preparé la nata y el cacao en polvo para decorar la superficie. Si es que deberían haberme dado el premio a mejor anfitriona del año. Fui a buscar un chándal ocre que me iba grande y se lo llevé. Nada más abrir la puerta del baño, llamaron al timbre.

—¡Ya voy yo! —bramó Marcos. Tenía un tesoro por hermano.

Verónica me miró avergonzada, con el pelo mojado y las mejillas rosáceas por el agua

caliente.

—¿Mejor? —le pregunté. Ella asintió, pudorosa. Le dejé la ropa a un lado, para que pudiera vestirse tranquila—. Te espero en el salón, ¿vale? Si necesitas algo, gritas mi nombre.

No la culpaba, llevábamos mucho tiempo sin hablarnos como antes. Y ella se había presentado allí, sin aviso previo. Perdida y decepcionada consigo misma. Ojalá Ronnie empezara a entender que donde te quieren tal y como eres ahí es donde debes estar.

Me dirigí al salón, donde me encontré a mi amigo. Me daba pudor verlo después de lo que había presenciado en el baño del instituto. Pero cuando vi al chico de los ojos caramelo y cabello azabache me olvidé. ¡Lo que me faltaba! Le lancé una mirada amenazante a Oliver. Él solo puso los ojos en blanco, quitando hierro al asunto.

—Oliver, ¿podemos hablar? —le susurré desafiante, con los brazos en jarras.

Él asintió y, sin rechistar, me siguió a mi habitación. Cerré la puerta de golpe.

—¿Qué demonios hace él aquí? —Me pasé una mano por el pelo, cansada.

—¡Encima que te lo traigo para que os veáis! —Movió las cejas insinuante—. Me merezco un «gracias, mejor amigo».

—¡¿En qué pensabas?!

—Yo...

—Joder, Oliver —exclamé apuntándolo con un dedo—. Verónica está muy mal, lo último que necesita es tener desconocidos aquí.

Por fin me entendió.

—Lo siento... Es que estaba en mi casa y no lo quería echar—añadió mientras intentaba abrir la puerta y huir.

Le bloqueé el paso.

—¡Por el amor de mi madre! —comencé a desahogarme—. No era el momento de traerlo a mi casa, podrías haberle dicho una mentira. O la verdad. Me da absolutamente igual.

—Ya... —musitó incómodo.

—¡Pero no era el momento! ¿Te gustaría a ti que un desconocido te viera sumido en la mismísima miseria? ¿Verdad que no? Pues a Verónica tampoco.

—Joder, lo siento, ¿vale? —Alzó las manos, rindiéndose—. No lo he pensado.

—Pues primero piensa y después existe.

Refunfuñé, dando la conversación por terminada. Abrí la puerta de golpe y me dirigí al salón, donde estaban Alek y Marcos. Me puse delante del pelinegro y estiré mi mano para encajarla con la suya. No esperaba que fuera a abrazarme. Mi cuerpo impactó contra el suyo, fundiéndonos en uno. Mi cabeza estaba justo a la altura de su pecho. El corazón comenzó a martillearme fuerte, pero pensando en otra persona. Joder.

—¿Es que no trabajas nunca, tú? —solté, separándome e intentando relajar el ambiente. O relajarme a mí misma. Ya no lo sabía.

—Yo también me alegro de verte —añadió mostrando sus dientes perfectos y blancos. Me

alborotó el pelo—. ¿Estás bien?

—Tortolitos, apartaos, que me dais urticaria —bramó Oliver, poniéndose en medio.

Le iba a soltar alguna perlita cuando oímos pasos.

—Alek, ¿te vienes? —preguntó Marcos—. Te quiero enseñar los pósteres que tengo de la NBA.

El pelinegro asintió. Le di las gracias a mi hermano con la mirada, antes de que se fueran, por intentar arreglar esa situación. Ronnie ya se sentiría demasiado expuesta con Oliver y conmigo. Justo cuando ellos se marcharon, nuestra amiga apareció. Pude ver el momento exacto en que sus ojos se dilataron y las lágrimas amenazaron con regresar. Joder, me arrepentí de haber llamado a Oliver.

—¿Lena? —murmuró abatida. Sabía que no tenía escapatoria—. ¿Qué es esto?

Mi mejor amigo comenzó a abrir mucho los ojos y explotó:

—¡Hostia! Mi niña, estás hecha una mierda. —Joder, qué poco tacto—. Parece que vengas de un *after*.

Le di un empujón en el hombro, lanzándole una mirada de advertencia. No era el momento de hacer comentarios hirientes. Verónica estaba muy delicada, cualquier cosa podría hacerla huir.

—Lo he llamado yo —le expliqué—. Ven, vamos a sentarnos en los sofás. He preparado cappuccino.

—¿Para mí también? —aplaudió Oliver.

—Tú bebes agüita, que después de desperdiciar tanta saliva haciendo el imbécil la necesitarás.

Él abrió mucho los ojos, ofendido, y le susurré un «luego hablamos». Nos sentamos en los sofás. Ronnie ya no temblaba, pero sus manos se aferraban con tanta fuerza a la taza de café que temí que la rompiera. Se agarraba como si quisiera fundirse con ella.

—¿Quieres hablar de ello? —tanteé.

Ella negó con la cabeza.

Oliver y yo nos miramos preocupados. Al fin y al cabo, ella había sido nuestra mejor amiga. Y, a pesar de que seguíamos enfadados porque no nos había escuchado en su momento y por olvidarnos, nos inquietaba verla así.

—Sé que he sido una gilipollas de manual. Pero hoy no... hoy no... Me siento estúpida y rota.

Las lágrimas calientes recorrían sus mejillas. Suspiré al verla así. Sin embargo, noté una sensación de alivio porque, si realmente se había dado la hostia, quería decir que por fin reaccionaría. Me senté a su lado y le limpié las lágrimas con los dedos.

—No estás rota —comentó Oliver, acabando con ese momento tan incómodo.

—Sí lo estoy, no mientas —sollozó ella en mi hombro.

—De acuerdo, no te miento más.

—¡Joder, Oliver! —me quejé, asesinándolo con la mirada—. Así no ayudas.

Él negó con la cabeza y añadió:

—Pero ¿sabes cuál es la magia de las personas que están rotas? Que la luz sigue colándose por sus grietas. Jamás has dejado de brillar, cariño.

Sonreí, algo inteligente sí que era mi amigo. Y confiaba en que Ronnie juntaría sus pedazos rotos y construiría un mosaico que contaría las batallas que había ganado. Porque ella, aunque no lo supiera, era fuerte. Y tenía fe en que, ahora que ya había tocado fondo, empezaría a sanar.

Justo en ese momento llamaron al timbre.

—Ya voy yo —dijo Marcos.

Alek lo siguió, sin saber muy bien dónde meterse.

Oí como se dirigían a la puerta y la abrían. Oí el golpe antes del grito. El silencio que brotó entonces empapó la casa.

—Vete a la mierda.

Los ojos besan antes que la boca



Noel Martín

Las personas tenían razón cuando me decían que era un idiota en potencia.

Me había sorprendido cuando después de media hora seguía con los dedos encima de mi boca, allí donde la pecosa de mi vecina me había besado. Mis labios habían ardido con tanta intensidad que había tenido que apartarme. Pequeñas descargas callejeaban entre mis venas, revolviéndose entre la sangre caliente y los nervios que brotaban de mi pecho. ¿Cómo podía estar sucediendo aquello? Tres meses habían pasado. Tres putos meses en que todo se había intensificado tanto que dolía. Estaba más perdido que nunca.

Ella era puro fuego, el mundo ardía entre sus labios cuando reía. Y yo era un puto iceberg, con más problemas de los que se veían en la superficie. La ironía estaba en que yo la quemaba; ella me derretía.

Me encontré, una hora más tarde, llamando al timbre de su casa. Joder, ¿qué estaba haciendo allí? Mi cerebro gritaba que me largara, que saldría herido; el corazón... Mierda. El corazón quería besarla hasta que dejara de pensar en ella con tanta intensidad.

Cuando se abrió la puerta los pensamientos se arremolinaron en mi cabeza. Empecé a temblar. Controlar las emociones no era mi punto fuerte. Apreté los puños hasta hacerme daño. Unas ganas tremendas de llorar me nublaron por dentro.

«Reemplazado, inútil, despreciable», comenzó a gritarme el subconsciente.

—¿Qué coño haces aquí? —soltó el pelinegro con el ceño fruncido. El hermano de Lena nos miraba sorprendido.

«No sirves para nada, idiota; nadie te va a querer nunca.»

Entonces ocurrió. Vino el empujón antes que el grito. Y es que a veces tenemos buenas intenciones, pero tomamos malas decisiones. Entonces nacen las malas ideas, como pensar que a ella realmente podía gustarle.

—Vete a la mierda —le grité.

«Te han utilizado, supéralo; ¿para qué lo intentas, si ya sabes el resultado?»

—¿Qué quieres? —protestó el pelinegro—. Estás loco, joder.

—No tenías suficiente, ¿no? —le ladré.

—¿De qué hablas?

Quise darle una hostia, quitarle esa estúpida sonrisa que había dibujado. ¿No tenía bastante con haberme quitado todo lo bueno que tenía?

—Hijo de puta.

Un destello de luz atravesó la puerta, su cabellera se mezclaba con el atardecer, y dejé de respirar. Mierda, me arrepentí de todo. De estar allí, de haber querido besarla. Quise olvidar la palabra *nosotros*, pero eso jamás había existido.

—Alek, vete para dentro. —Lena se interpuso entre ambos.

—Pero Noel...

—Que entres —gruñó Lena.

Él lo hizo; sin embargo, me desangré por dentro cuando vi como la acariciaba por la cintura y me miraba de reojo. Era una declaración de guerra en toda regla. Lo que él no sabía es que yo estaba a punto de abandonar esa jodida batalla de machos alfa que en realidad no le llegan ni a la suela de los zapatos. La pelirroja no se merecía aquello. Ella era demasiado para nosotros.

—¿Qué demonios te pasa? —Lena se me encaró.

Se oyeron algunas persianas que subían en el patio de vecinos. Me dio igual, sentía que tenía el puto corazón roto y aún no sabía por qué.

—¿En serio me lo dices tú? —gruñí.

Ella me desafió con la mirada, jamás la había visto tan enfadada.

—¡Eres tú quien se está comportando con un animal!

Solté una risa irónica.

—Claro, yo siempre he sido el monstruo, ¿no? —Negué con la cabeza y me dispuse a marcharme. No quería verla más.

Me giré para irme, pero ella me agarró por el jersey. Se situó delante de mí y se puso de puntillas para observarme mejor. Me mordí el labio, tenerla tan cerca... Joder, era preciosa. Y la odié por ello. Quería dejar de verla así, más aún al recordar que hacía apenas unas horas me había besado en los labios, mintiéndome, y yo había regresado. Me comí la cabeza pensando qué habría pasado dentro de esa casa.

«Dejar de sentir —recordé—. Las emociones solo son para los débiles.»

Sus manos me agarraron de los hombros con fuerza, obligándome a mirarla. Una lágrima me recorrió la mejilla. Ni me inmuté.

—¿Qué? —preguntó disgustada—. ¿De qué hablas, Noel?

Solté una risa amarga, que dejó entrever el dolor que me quemaba.

—Lena, podrás ser muchísimas cosas, pero ingenua no está en esa lista —escupí irónico.

Me fijé en sus labios y levanté la vista al cielo, ella era peligrosa. Oí como suspiraba resignada.

—Simplemente, a veces no entiendo cómo razonas.

—¿Por qué no te puedes alejar? —supliqué.

Ella frunció el ceño dolida. Lo que no sabía es que quería que ella huyera, porque lo único que yo deseaba era quedarme.

—¡Joder, para de huir! —Me di cuenta de que estaba llorando.

«¿Para que me vuelvan a utilizar? Paso.» No pude más. Exploté.

—¡Deja de ser tan gilipollas, Lena! Abre los putos ojos —exclamé situando mi frente encima de la suya. Sus lágrimas empaparon mis zapatos—. Date cuenta ya de quién soy yo y de quién eres tú.

Hay heridas que en vez de abrir la piel abren los ojos.

No la culpo por pensar que me refería a que el problema era ella. Era todo lo contrario. Yo era mi propio monstruo. La inseguridad destruye tu mente, y después empieza a destruir todo lo demás.

—¡Y tú para de joder, Noel! —Se separó unos pasos, dejando un vacío que sacudió mi vida entera—. Tienes razón, una es feliz entre menos gente.

Una cuchillada en el corazón habría dolido menos. El viento del atardecer del patio de vecinos le alborotaba el pelo. Sus pecas jamás habían brillado tanto. Ella era llamas rodeada de hielo; Lena jamás había necesitado cerillas para prender el mundo entero. Podría haberla abrazado, pero la ira me cegaba.

—Tú no sabes nada.

La dejé sola y me dirigí a mi piso.

—¡El que no sabe nada eres tú, Noel! —gritó a mi espalda, sollozando—. De hecho, sabes menos que nada, porque, si supieras que no sabes nada, eso sería algo.

—Perfecto, tú lo has dicho.

Le cerré la puerta en la cara. Así fue, simplemente terminó algo que nunca había empezado.



—¿Estás bien? —me preguntó mi mejor amigo.

—Sí.

—¿Por qué mientes? Te conozco.

—Porque decir que no estoy bien no cambiaría nada.

Chasqueé la lengua y evité la mirada de Cristian. El mes de abril había llegado con todas sus fuerzas. El calor de la primavera mancillaba las calles, las flores silvestres se despertaban y yo... Yo estaba más frío que un día de invierno.

«Dejar de sentir. Dejar de sentir», me repetía cada día. Y lo estaba cumpliendo.

Las tres últimas semanas desde que había hablado por última vez con la pelirroja se me habían hecho eternas. Estaría bien tener una pastilla para olvidar; lo que nadie te dice es que es difícil olvidar a un persona con la que hiciste algo por primera vez. Y con la odiosa de Lena había empezado a ser yo mismo.

Cogí una camisa del armario de Cristian y me la probé. Estábamos a punto de salir de fiesta, ya que ese día habíamos hecho un examen de Lengua Española con un modelo de la selectividad y un profesor que solo repetía: «Esto no son errores, sino horrores ortográficos». Estábamos agotados.

Quise morirme al recordar que quedaban dos meses y una semana justa para las pruebas de acceso a la universidad. Mis compañeros de clase estaban inquietos, y cada vez que estudiábamos para un examen la frase clave era «Esto no entra para la selectividad, así que no nos interesa». O, en mi caso, miraba los exámenes y seguidamente pensaba debajo de qué puente iba a vivir. Según nuestro profesor, uno romano siempre era una buena opción.

—Estás distante —añadió—. Distante, apático, insulso, frío.

—¡Lo pillo! —protesté—. Es que he decidido conquistar el frío, a ver si también se aleja.

—«Él es frío como el hielo, pero póntelo en los labios y verás cómo arde» —recitó el rubio.

Era una frase de uno de los poemas que habían salido en el examen, el cual tuvimos que desglosar, pero después de conocer su pequeño secreto con Oliver me desordenó las ideas. Yo aún no había sacado el tema, ni lo haría. Aunque odiaba admitirlo, Lena tenía razón en que no debía presionarlo. Él era mi amigo y mi deber era apoyarlo siempre.

—Deberías sonreír —añadió Cristian—. Llevas semanas de morros, y aún no me has dicho por qué.

—¡Que estoy bien! —contesté irritado.

«Solo echas de menos a una pelirroja que te ha mentido en la puta cara, y te duele.»

—Te saldrán canas, que son un signo de estrés.

Recordé con melancolía la tercera regla de la «Guía para dejar de ser idiota»: sonríe. La vida te puede sorprender si lo haces. Y huye de las personas que apagan tu sonrisa.

Menuda mierda de guía.

—Y por eso mismo existe un invento extraordinario que no dejará indiferente a nadie: el tinte de pelo —bufé.

Cristian paró de joderme con sus preguntas de mierda y decidió, por fin, abotonarse la camisa. Yo me puse una sudadera negra encima de la camisa blanca que me había dejado él, unos pitillos rotos color crema y unas deportivas sucias de barro. Era 7 de abril, una de las noches más esperadas del año.

Desde 1978, la Universidad Politécnica celebraba la Telecogresca, el festival universitario más grande de Cataluña. Y, obviamente, todos los alumnos que cursaban segundo de bachillerato estaban ansiando saborear el futuro que se les aproximaba al año siguiente.

Los nervios me carcomían por dentro. En el fondo concebía la posibilidad de que la pecosa

que me estaba quitando el sueño estuviera allí. Desde que Cristian y Oliver salían a escondidas, comprendía que era posible encontrármela en cualquier sitio. Incluso de fiesta, donde ella no solía aparecer. Me alboroté el pelo, como si así pudiera apartarla de mi mente.

—¿Estás listo?

Me despeiné con una mano —para qué ir a la peluquería teniéndome a mí—, y le robé un poco de perfume. Dicen que el maquillaje se borra, la ropa se arranca, el pelo se encrespa, pero el perfume no se olvida. Así que siempre que podía me echaba un par de gotas.

—Sí —forcé una sonrisa.

Esa noche iba a arrasar con todo. «Pero no la vas a olvidar.» Joder, putos pensamientos.



El Fórum estaba a una hora en metro de la casa de Cristian, así que su madre se ofreció a llevarnos hasta allí, aunque después tuviéramos que buscarnos la vida para volver. Sus palabras literales fueron: «Ya sois mayorcitos, apañaos. ¡Y nada de emborracharos!».

—Mayores para algunas cosas, críos para otras. Si ella supiera... Suerte que tengo dinero para el taxi —protestó mi amigo cuando su madre ya se había ido.

—Ya —contesté.

Realmente no lo estaba escuchando, mis ojos buscaban entre la multitud a otra persona, aunque sabía que era improbable encontrarla.

—¿Me estás escuchando? —gruñó mi mejor amigo. Asentí, sin convicción—. Por cierto, tengo que contarte algo...

Arqueé una ceja y conecté de inmediato. ¿Estaba a punto de contarme su rollete con Oliver?

—¿Que te ha tocado la lotería y que nos vamos a la Riviera Maya? —le quité hierro al asunto al verlo tan nervioso.

—Eres subnormal, eso no te lo confesaría. —Dibujó media sonrisa—. Es un pequeño detalle, nada de suma importancia.

—Dispara.

—Disparo. —Tragó saliva—. Esto... Hemos quedado con otra gente de clase.

Abrí mucho los ojos y empecé a toser. ¿Qué? Se suponía que íbamos solos, y pasaba de encontrarme a más gente de nuestra clase. Me utilizarían para comprar alcohol, porque era de los pocos que ya tenían dieciocho años.

—¡Pero serás hijo de puta! —refunfuñé—. ¿Quiénes?

Tuve miedo de que dijera su nombre y, a la vez, lo anhelaba.

—No te preocupes, son pocos.

Lo que debían ser «pocos» resultó ser casi la mitad de la clase. Supe que ella quizá estaría allí cuando Cristian dijo que volvería al rato, dejándome con nuestros compañeros de básquet

y algunas de las chicas. Me enfadé, porque habíamos ido juntos para disfrutar. «Sal, tequila y errores» era nuestra frase favorita.

Mi mejor amigo desapareció entre la gente. Mientras veía como se escabullía entre la gente me encontré con su cabello azabache y sus ojos verdes. Vestida con unos leggings de cuero negro y un top rojo, gritaba el veneno que la envolvía. Jolene.

Aparté la mirada, aún más indignado que antes. La última vez que nos habíamos visto habíamos discutido. Fue en los baños del cine, cuando Lena nos encontró. Mi ex novia falsa, con su lengua de serpiente, quería que volviésemos a intentarlo. No porque ella estuviera enamorada; no porque nos necesitáramos. Sino porque ella estaba tan sola como yo. Siempre éramos los villanos y los personajes antagónicos que vivían en una misma historia. Ella y yo éramos iguales.

«Has venido a arrasar, no a ser infeliz», pensé. Asentí, aunque no estaba muy convencido, y entré en el recinto.

—¡Tío! —gritó Aron al verme. Se unió Sergio—. ¿Nos acompañas a por unas birras?

Puse los ojos en blanco. Eran un par de lo más extraño.

—Eso es porque soy el único que ya tiene dieciocho, ¿verdad? Sois unos mamonazos —les contesté riéndome.

—Mentira —dijo Sergio, ya un poco pillado de alcohol—. Es para pasar de la *ex* al *next* de un sorbo.

Arqueé las cejas y me sentí incómodo. Yo no tenía que olvidar a nadie, ¿no? «Que te lo crees.»

—Me parece que no lo dice por ti —me confesó Aron—. La realidad es que su *crush* le ha destrozado el corazón. Se ha liado con otro tío más mayor.

—Cabronazo. ¿Qué dices? —atacó Sergio, tambaleándose—. Yo soy alérgico al amor y a esas mierdas.

—Eres alérgico porque la tía esa te hace llorar y te deja sin respiración, ¿no?

Me reí, vaya pedazo de inútiles. Tal vez podía intentar pasármelo bien.

—Os consigo las cervezas si me invitáis —acepté.



Después de tres vasos de cerveza, cubatas ilegales que habían colado mis amigos en el recinto e indefinidas canciones cuyas letras ya eran borrosas, el juicio se me nubló. Salté y me desgarré la voz con *Volcans* del grupo Buhos.

Ojalá la letra de la canción pudiera ser verdad: sin reglas, sin nada que nos prohibiera ser nosotros mismos. Ojalá fuese tan fácil. Y pedí ese deseo mientras el alcohol me quemaba el pecho. Me perdí entre las estrofas de esa canción; me perdí entre los fuegos artificiales que encendían el cielo; me perdí entre las burbujas de la cerveza que ella me dio; me perdí en los labios rojos de una pelinegra que me había pillado desprevenido.

Las estrellas que titilaban en mis ojos por culpa del alcohol no me advirtieron de ese error. Comenzaron a cantar *Barcelona s'il·lumina* cuando me cogió del cuello y nuestras bocas chocaron. Fue un impacto que no provocó nada en mi interior. Y, a pesar de ello, seguí. Éramos dos personas destrozadas, intentando reconstruirnos entre la ira y el dolor. Queriendo alejarnos del mundo, perdiéndonos entre la locura. Nos besamos. Le mordí los labios con fuerza, oyéndola gemir. La pegué más a mí y jadeamos juntos. Salvajes; rotos. Nuestras lenguas se enroscaron feroces. Me agarró del cuello, haciendo que nos saboreáramos más.

—Joder —gimió ella encima de mi boca.

Abrí los ojos.

Dicen que es trágico un amor que no es correspondido; nadie te dirá que es peor un amor que imaginaste. Levanté la vista. Vi una melena naranja que se fundía entre las chispas y la multitud. Me separé de Jolene de inmediato, buscándola. Pero... no era ella. No era Lena.

Mierda, tenía que salir y que me diera el aire. Dejé a Jolene sola y comencé a dar codazos, apartando a la gente y tambaleándome. Las personas me insultaron y me miraron mal, pero me daba igual. La ansiedad se enroscaba como una serpiente en mi pecho. ¿Cuántas veces se puede romper un corazón? Me pasé la mano por la boca y me coloqué bien la camisa, manchándomela de carmín. Tenía que salir de allí.

Encontré un sitio sin mucha gente a las afueras y empecé a respirar hondo. Intenté calmar mi corazón y olvidarme de Lena. Ella no estaba allí, y me odiaba. Sin embargo, no contaba con que mi falsa exnovia me seguiría a las afueras.

—¿Qué quieres? —solté, enfadado cuando se situó a mi lado—. Déjame solo.

—Joder, mientras me besabas no parecías tener ningún problema. —Se cruzó de brazos. Le lancé una mirada punzante—. Está bien, solo quiero acompañarte.

—¿Sin trucos? —Suspiré cansado. Pasaba de pelearme con ella.

Ella se bajó la máscara fría que llevaba siempre como escudo para que no le hicieran daño. También iba demasiada borracha.

—Sin trucos.

Caminamos en silencio, afectados por la bebida, alejándonos del rumor de la gente y de las miradas que callaban besos secretos. El paseo marítimo era largo, así que decidimos sentarnos en unas rocas. Las olas se estrellaban contra ellas. Perlas de agua nos mojaban los zapatos, pero no nos importó.

El murmullo de una canción lenta sonaba a lo lejos, mezclándose con la espuma de las olas. Miré el cielo y suspiré. Las estrellas eran el calco de sus pecas. Joder con mi vecina. ¿Qué me estaba haciendo? Todo me recordaba a ella. Maldije el puto alcohol de mierda.

—¿En qué piensas? —preguntó Jolene mientras se encendía un cigarro.

La luz de su mechero iluminó sus ojos. A pesar de llevar siempre maquillaje, se le podían ver unas ojeras producto de no dormir en días.

—A veces desearía ponerme en modo avión e ignorar todo lo que hay a mi alrededor —se

me escapó sin pensar.

Ella soltó una carcajada.

—No te negaré que a mí también me gustaría.

—¿Por qué crees que somos adictos a lo que nos destruye? —Estaba demasiado filosófico—. Después dicen que beber y fumar es lo que mata.

Ella le dio una calada al cigarro y movió los hombros indiferente.

—Realmente, se siente bien estar vacía por dentro —respondió Jolene divertida—. Deja más espacio para el alcohol.

—Cierto —confesé—. He besado más botellas que personas, y una resaca duele menos que un desamor.

—¿Te arrepientes? —preguntó.

Entendí a qué se refería.

—Tal vez.

Joder, claro que sí que me arrepentía de haberla besado. No quise confirmarlo en voz alta, pero ella tampoco era idiota.

La miré a los ojos. Bajo la luna llena y con el rímel corrido parecía otra persona. Más ella, menos impostora. Jolene también había padecido en su momento, por culpa del *bullying* que había sufrido en primaria por la separación de sus padres; él era un personaje público que trabajaba en televisión. Jamás hablaba de ello, y aun así me lo confesó una noche de descontrol y rondas de vodka barato.

Ella levantó una ceja, retándome a mentirle. De acuerdo, le debía ser sincero.

—Vale... Sí. —Me mordí el interior de la mejilla y decidí confesar—. Me arrepiento de haberte besado.

—¿Te has enamorado alguna vez? —preguntó indiferente a mi respuesta—. Y no digas que de mí, porque ya sabes que cazo las mentiras al vuelo.

Sonreí triste.

—Creí estarlo, pero ahora me parece que nunca fue real —confesé; la lengua no conectaba con mi parte racional.

Jolene se tumbó encima de una roca plana, mirando al cielo, y le dio una calada a su cigarro.

—¿Sabes qué pienso? —soltó. Yo negué con la cabeza—. Creo que ahora te has pillado por primera vez. Y te duele ver que, posiblemente, no es correspondido.

—Es imposible —me defendí, sintiéndome atacado—. Yo jamás me enamoraré de...

—No, no lo es —me cortó y, acto seguido, se rio—. Solo hace falta ver cómo la miras. Ojalá alguien me mirara a mí de esa manera.

Esas palabras fueron una hostia en mi interior. ¿Realmente me había enamorado de la pelirroja? Negué con la cabeza. No, no podía ser. Yo era incapaz de querer a alguien, era un puto monstruo sin sentimientos.

—Jamás querré a nadie —escupí—. El amor duele, joder. Paso de él.

Y vaya si dolía. Lo había visto a través de mis padres; a través de mi hermano, que me había abandonado; a través de Lena, que me había mentido en la cara. El amor era puro veneno, solo un loco se enamoraba.

—Noel, el amor no debería doler jamás.

—¿Para qué quiero querer a alguien, si al final siempre acabas solo y destrozado?

Ella dio una calada honda a su cigarro y expulsó el humo con parsimonia.

—Tal vez el secreto de todo es estar bien con uno mismo para poder amar al resto.

Reflexioné. No pude evitar sonreír, a disgusto. Punto número cuatro de la guía que había escrito Lena: estar bien con uno mismo para poder amar al resto.

—¿Crees que ella es buena para ti? —sonrió Jolene, algo abatida.

Supe de inmediato que se refería a Lena. La pelinegra era de las personas más observadoras que conocía, y estaba seguro de que se había dado cuenta de todo lo que había pasado entre Lena y yo.

—El problema es que yo no soy bueno para ella.

Jolene me puso una en el hombro y me lo apretó, mandándome ánimos.

—Noel, somos más suficientes de lo que nos pensamos —soltó a regañadientes, le costaba creerse esas palabras hacia sí misma—. Si la quieres, ve a por ella.

—¿Y si ella huye? —Ya lo estaba haciendo...

—No lo hará. Y si lo hace, ella se lo pierde —añadió divertida—. ¿Quién no quiere a un chico malo derritiéndose por ti?

—¡Anda, cállate! —Me reí, incómodo.

Aun así, una lágrima caliente me recorrió el rostro. En parte, mi ex novia falsa tenía razón, debía encontrar a Lena e intentarlo. Me levanté de inmediato, queriendo buscar a Cristian para irnos a casa. Al día siguiente me encargaría de la pelirroja.

Jolene no dijo nada cuando comencé a dirigirme otra vez al concierto, y se lo agradecí.

—¿Cómo está tu madre? —pregunté mientras caminábamos.

Astrid Ocaña, la madre de Jolene, siempre había sido muy amable conmigo. Y, aunque su hija y yo nos manipuláramos a nuestro antojo, siempre me había cuidado. Me solía invitar a cafés y a churros los domingos por la mañana. Era una segunda madre para mí.

—Se está viendo con alguien. —Movió las cejas—. Y ese alguien es muy interesante.

—¿Quién? —pregunté curioso.

—Ya lo descubrirás. —Soltó una carcajada—. Y seguro que será pronto.

—¡Qué misterio! —Su risa se me contagió—. Bueno, me alegro de que esté bien.

Cuando llegamos a la puerta, me dio un abrazo que acepté. Jolene, a veces, podía ser buena persona. Tenía sus demonios, pero era más fuerte de lo que creía. Me separé y miré el móvil, eran las cuatro de la mañana. Abrí el WhatsApp y vi que Cristian me había enviado la ubicación en tiempo real de dónde estaba. Maldije todos sus muertos cuando vi que era bastante lejos del recinto. Me asustaba no poder llegar hasta allí solo; seguía un poco perjudicado.

—Me tengo que ir. ¿Nos vemos en clase? —le dije a Jolene.

—Cuídate, Noel —se despidió ella, guiñándome un ojo—. Y cuídala, parece que es especial para ti.

Solté una risotada.

—¿Acabas de decir lo que creo que has dicho?

—Si me preguntan, jamás lo afirmaré. —Me devolvió la sonrisa—. Es cosa del alcohol. Y si no me acuerdo, no pasó.

Nos despedimos entre risas y me dirigí al punto donde Cristian me había enviado la ubicación. Estaba en el distrito de San Martín, a quince minutos del parque del Fórum. ¡¿Por qué se había ido a liarse con alguien tan lejos?!

Caminé cabizbajo, pensando en todo lo que había ocurrido en los últimos días. Lena... ¿Realmente estaba enamorado de ella? Negué con la cabeza. Era imposible. Pero ¿por qué sentía que a su lado el nudo del pecho que siempre tenía se aflojaba? Meneé la cabeza para olvidarme de ello. Era el alcohol, estaba seguro. Encima, seguía tambaleándome, así que tardé diez minutos más en llegar adonde estaba mi mejor amigo.

Cuando me quedaba nada para llegar a la ubicación, oí una discusión antes de doblar la esquina. Arrastraban las palabras entre gritos. «¿Qué cojones...?» Me paré al reconocer las voces.

—¡Joder, déjate llevar, Cristian! —gritaron—. Tienes que dejar de pensar en lo que dirán los demás.

—No lo entiendes.

—¡Claro que lo entiendo! Pero es que estoy harto de tu maldita indecisión.

—Joder... —oí como murmuraban y luego volvían los gritos.

—Vivo al borde del colapso: el miércoles me quieres ver, el jueves me evitas, el viernes follamos como conejos y hoy quién sabe.

¿Se estaba inspirando en el cantautor Sabina? Puse los ojos en blanco, me recordó a las canciones que escuchaba mi madre. Qué original.

—Para ti es muy fácil... —bramó mi mejor amigo.

—¿Fácil? Fácil tus cojones. Ya te diré yo lo que no es fácil. ¡Salir con alguien que no acepta que le gusto!

—No digas eso...

—¡Lo que no es fácil es querer a alguien que no acepta lo que es! —gritó.

—¡El problema es que yo no te quiero, Oliver!

Joder... Tragué saliva. Me había dolido hasta a mí. Qué golpe más bajo, esa respuesta no la esperaba. Pensé que Oliver tampoco se había imaginado esa situación, ya que no contestó de inmediato.

—Es por él, ¿no? —Oí como Oliver se tragaba el llanto. Mi mejor amigo no respondió. Yo iba tan borracho que no entendí nada en ese instante—. ¿Sabes qué?, paso. Algún día o día uno. Tú decides. Cuando sepas lo que realmente quieres, me llamas.

—Yo...

—Lo que pasa es que igual en el momento en que me busques yo ya estaré lejos —bramó.

Me quedé un par de minutos escondido, discutiendo conmigo mismo si debía ir ya o no. Hacía rato que no se oían voces. Además, yo seguía flipando en colores, pero al final fue Cristian quien apareció. Mierda, su aspecto realmente era lamentable. Olía a cerveza y a ceniza, tenía la camisa desabotonada, había perdido la chaqueta y se tambaleaba de un lado a otro. Pero ¿cuánto alcohol había ingerido?

—¡Aquí estás! —Se trastabilló. Lo rodeé por los hombros para sostenerlo—. Qué mameluco que vas, tío.

Decidimos sentarnos en el banco, pediríamos un taxi. Cristian era previsor y llevaba el dinero suficiente para que primero me dejaran a mí en mi casa y después a él en la suya. En fin, así es la vida de los ricos. Los otros nos conformamos con que el metro funcione o nuestras piernas estén en forma.

Mientras nos sentábamos lo miré de reojo. Tenía los ojos rojos (si era por llorar o por fumar porros ya no lo sabía). No paraba de morderse los labios y movía las piernas con un tembleque nervioso. Me armé de paciencia.

—Suéltalo —me descubrí diciéndole.

—¿El qué? —se hizo el tonto.

—Todo.

—No. —Cristian cerró los ojos, intentando centrarse en lo que le estaba diciendo y no vomitarlo todo en el suelo—. Joder, no lo entenderías.

—Inténtalo.

Mi mejor amigo levantó el rostro demacrado. Sus ojos brillaban, a pesar de que estaba pálido y sudoroso. Me buscó con la mirada, hasta que se cruzaron nuestros ojos. Joder, ¿qué se le estaba pasando por la cabeza? Transcurriendo los segundos muy lentos. Entonces me di cuenta. Mierda... Los ojos besan mucho antes que la boca. No me sorprendió cuando él posó sus labios sobre los míos. Me quedé quieto, sin saber qué hacer. Para él fue un beso delicado y que estaba lleno de sentimiento.

Joder... ¡Qué gilipollas que era! Las señales siempre habían estado allí: sus cambios súbitos de humor; la conversación de antes; su odio hacia todas las chicas con las que coqueteaba... Mierda. No quería perderlo como amigo, pero no podía permitir aquello. Me aparté suavemente. Me sentía fatal, con un nudo en el estómago y con ganas de vomitarlo todo.

—Cristian... —musité incrédulo.

Él se puso la mano en la boca cuando se dio cuenta de lo que había hecho. No pudo evitar abrir la ventana del alma y las lágrimas comenzaron a salir a raudales. El exceso de alcohol es perjudicial para los secretos.

—Lo siento —empezó a tartamudear—. Yo... Joder...

Respiré hondo. No podía mandarlo todo a la mierda, él era como mi hermano. Me senté a su

lado y le cogí las manos, intentando que se calmara.

—No pasa nada —murmuré.

—¡Joder, hostia puta! —explotó de repente, dando un salto.

Me asusté, jamás lo había visto tan histérico, él era un tipo tranquilo.

—Puedo explicarlo. De verdad... No te enfades —comenzó a sollozar más fuerte.

Me mordí la mejilla por dentro. Mierda. ¿Qué debía hacer? Jamás lo había visto tan mal... Decidí ser sincero con él, decirle que sabía lo de Oliver. Así que me armé de valor y se lo solté.

—Lo sé todo. —Él me miró abatido e inseguro—. Incluso lo de Oliver. Enviabas demasiadas señales.

—No sé qué decirte.

—¿Qué es lo que tú quieres? —pregunté, desanimado por verlo así, con el corazón roto y odiándose a sí mismo.

—Ni yo sé lo que quiero —se lamentó el rubio—. Joder, es que mis padres jamás lo aceptarían.

—¿El qué no aceptarían?

—Déjalo, es una tontería —rechistó.

Quería animarlo a hablar y a soltarlo todo, pero se cerró en banda. Cuando lo hacía se volvía tan hermético que era imposible que se abriera a los demás. Me pellizqué el puente de la nariz, frustrado.

—No, no es una tontería, Cristian —exclamé—. Es tu dolor, y solo tú sabes cuánto te afecta.

—A veces, para que nada salga mal, es mejor no contárselo a nadie —susurró.

Decidí no replicarle más. Él era mi mejor amigo y yo seguiría a su lado, aunque prefiriese no contarme nada. Lo apoyaría. En ese momento, el taxi llegó. Lo ayudé a subirse al asiento del pasajero, él iba mucho peor que yo. Yo me senté atrás y bajé la ventanilla, necesitaba aire. Despejarme y pensar con claridad.

Estuvimos en silencio todo el trayecto, pero por el retrovisor podía ver un poco del reflejo de Cristian; tenía los ojos hinchados de llorar. Llegamos al portal de mi casa, a él aún le quedaban diez minutos de coche para llegar a la suya. Me bajé de un salto y me dirigí un momento a la ventanilla del pasajero.

—Avísame cuando llegues —le supliqué, aunque una parte de mí sabía que me evitaría.

Él no me contestó con lo que me esperaba: un monosílabo.

—¿Sabes...? He visto cómo la miras. —Levanté las cejas sorprendido—. No deberías huir más de ella.

—¿De qué hablas, idiota? Estás demasiado borracho —protesté.

Su risa fue agria.

—Sé que finges que no te importa nada de lo que pase, pero en realidad te mata por dentro.

Jamás supe si esa última frase la había dicho por él o por mí.

El trayecto de subir por la escalera y llegar delante de mi puerta sigue siendo una mancha

borrosa. Tenía tantas preguntas... Y ninguna respuesta. ¿Por qué todo el mundo me decía que dejara de huir? Joder, era lo único que se me daba bien. Me pasé una mano por el pelo, me dolía demasiado la cabeza y no paraba de darme vueltas por el alcohol.

Aunque iba más lúcido, cometí una de las gilipolleces más grandes de mi vida. Me di cuenta de que no podía entrar en casa. No con aquella sensación que me carcomía por dentro. Necesitaba hablar con ella. Decirle que lo sentía por lo que había ocurrido, que no quería alejarme; que no podía. Joder, que sí que la echaba de menos.

Antes de que me percatase de lo que estaba haciendo, me dirigí otra vez a la planta baja del bloque de pisos y decidí subir por la escalera de emergencia. Llegué al tercer piso, justo donde estaba su ventana. Me armé de valor, intenté convencerme de que no era ninguna idiotez picar en la ventana a las cinco de la mañana —obviamente, lo era—, y comencé a darle golpes con el puño. Tardó en responder.

—Pero ¿qué demonios...? —gritaron desde dentro.

Eso me pregunté yo. ¿Qué cojones estaba haciendo? No me dio tiempo a huir, la ventana se abrió de golpe y sus ojos brillantes impactaron con los míos. Mi corazón empezó a martillear con fuerza. Mierda... Había algo en la forma en la que me miraba que me hizo dudar de si saldría con vida de allí. Ella era mucha mariposa para mi estómago.

—¿Estás loco? —exclamó entre susurros—. Pero ¿tú has visto qué hora es?

—Yo también me alegro de verte, pecosa. —Mi voz sonó más ronca de lo que pretendía—. Pensé que estarías en la Telecogresca.

La miré de arriba abajo. Llevaba un pijama ajustado de mariposas amarillas. Me sonrojé al pensar en arrancárselo esa misma noche. Meneé la cabeza, quitándome esa idea de la cabeza. Aunque mi entrepierna no tenía tanta fuerza de voluntad. Tragué saliva, estaba apañado.

—Pues te equivocaste, cabeza de chorlito. ¡Son las cinco de la mañana! —protestó adormilada—. Estaba durmiendo y soñando con cosas bonitas. ¡Y seguro que esto es una pesadilla!

Entró otra vez en su habitación, dando manotazos en el aire, indignada y enfurecida. No pude evitar reírme, era preciosa incluso enfadada. Como había dejado la ventana abierta, me colé en su cuarto sin ninguna invitación, aunque me llevé algún moratón en el proceso. En fin, el alcohol anula todo dolor y lucidez mental.

—¿Qué crees que haces? —murmuró con los ojos abiertos de par en par—. ¡Eso sí que no!

—Anda, si me echabas de menos. No lo niegues, pecosa.

En realidad, era yo quien la echaba de menos. Ella se acercó a mí, buscándome con la mirada, enfadada por haber invadido su privacidad.

—¡Hueles a alcohol! —arrugó la nariz—. ¿Vas borracho?

—Yo no huelo a nada —contesté divertido.

—Y encima vas manchado de pintalabios... —Su voz se entrecortó.

Mierda. El pintalabios de Jolene. Tragué saliva. No quería que pensara que quería estar con

otra chica que no fuera ella. Y sentir aquel miedo también me asustó a mí. No entendía qué me estaba pasando. Cogí aire y recordé la cuarta regla que había encontrado ese día para la guía.

Hei-Hei, el hurón de Lena, bufó y se escondió bajo el escritorio; me detestaba. Lo evité y, sin que Lena me diera permiso, comencé a rebuscar por su habitación, hasta que encontré lo que buscaba encima de su escritorio. Allí dentro era donde nacían los sueños y las nuevas oportunidades. Cogí a *Nube*, su agenda, y la abrí por la página que rezaba el título: «Guía para dejar de ser idiota».

—¿Noel? —La pelirroja estaba cada vez más desesperada, sin entender mi comportamiento —. ¿Qué haces?

No le contesté. Cogí un lápiz de su ordenado escritorio y escribí temblando: «Punto número cuatro: el secreto está en quererse a uno mismo para poder amar a los demás».

Ella me observó en silencio. Cuando terminé de escribir solté el aire y todo el cansancio que llevaba acumulado. Me deshinché como un globo y me senté en su cama, con la cabeza entre las manos. Me sorprendí al notar como ella se sentaba a mi lado y ponía su mano encima de la mía.

—Me alegra saber que lo has entendido, Noel —sonrió.

Levanté la mirada. Era preciosa; era como la luz al final del túnel. Un relámpago me recorrió hasta las entrañas. Mierda. Los fuegos artificiales tenían el pelo alborotado, pecas y un nombre.

—Te he echado de menos, pecosa —confesé por culpa del alcohol.

Ella abrió mucho los ojos y la sonrisa le iluminó el rostro.

—¡No me puedo creer que me hayas dicho eso! —Soltó una risotada—. Estás peor de lo que pensaba.

Me acerqué a ella, necesitaba tenerla más cerca. Sentir su piel contra la mía; besarle cada peca de su cuerpo; recorrer su cuerpo con mis dedos. Repasé la forma de sus labios con el pulgar, estaban calientes. Sus ojos empezaron a brillar más, o igual eran los míos.

—¿Tú no lo has hecho? —pregunté inseguro—. ¿No me has echado de menos?

—Yo... —contestó nerviosa.

—¿Tú? —Me acerqué más, en un pestañeo la podía besar.

—Yo nunca he dejado de hacerlo —declaró arriesgándose a que yo, al día siguiente, lo recordara todo.

Me aproximé más y no pude evitarlo, le deposité un beso en la comisura de los labios, dulce y tímido. Seguí bajando por su barbilla; ella no dejaba de jadear nerviosa. Llegué a su cuello... Joder, me volvía loco. Quería morderlo. Mi mano se dirigió a su pierna, acariciándola con suavidad. Mi corazón latía desbocado, necesitaba más de ella.

—¿Tú y yo qué somos? —ronroneé cerca de su oreja.

—Pronombres —sonrió ella nerviosa y con la voz aguda.

Me separé de inmediato y me dio un ataque de risa.

—¿Por qué no me sorprende tu respuesta?

—Deberías ir a dormir, Noel.

La miré a los ojos, estaba sonrojada de pies a cabeza.

Tenía razón... No podía perder el control, no esa noche. Necesitaba estar lúcido, recordar cada detalle en el momento en que la besara de verdad.

—De acuerdo, me voy a dormir —contesté con una sonrisa pícara.

Me tiré encima de su cama sin esperar ninguna respuesta y me tapé hasta la cabeza con el edredón. Oí sus gruñidos quejándose de que se refería a dormir cada uno en su cama. Me tiró de la camisa varias veces para que me levantara. Intentó arrastrarme por los pies. No pudo moverme; yo tampoco le hice caso. La cabeza me pesaba.

Finalmente, vencida por el sueño, se colocó a mi lado, de cara a mí. Era una cama pequeña, así que me acomodé en silencio; pensaba en ella a gritos. La rodeé con un brazo, la calidez de su cuerpo me hizo sentirme en casa. Cuando estaba con ella llegaba el verano y se fugaba el frío.

Me estaba enamorando y eso me aterraba.

Quien tiene magia
no necesita trucos



Lena Rose

Noté un peso encima de mí. Intenté moverme, pero no conseguí levantarme. «¿Dementores, sois vosotros? ¿Habéis venido a por mí?», me lamenté, haciendo referencia a las tenebrosas criaturas que arrebataban las almas en *Harry Potter*.

—Deja de moverte, pecosa —gruñó Noel. Sus labios me hicieron cosquillas en el cuello—. Quiero dormir.

Me asusté. ¡Había olvidado que él seguía allí! Estaba detrás de mí, pegándose a mi trasero y con su entrepierna recién levantada. Del sobresalto por los nervios, moví la pierna tan deprisa que le di en la espinilla. Noel, aún adormilado, se quejó herido.

—Atrás, Satanás —chillé sin saber que decir.

Acto seguido me puse las manos en la boca, no quería que Marcos o mi madre entraran en mi habitación, pues esta no tenía pestillo. Sin embargo, no pude salir de debajo de sus brazos. Noel me estaba sujetando como si fuera un oso de peluche.

«En realidad quieres quedarte aquí, entre sus brazos.»

Joder, ¡claro que no!

«Quieres que te vuelva a besar como anoche.»

¡Mentira! Me tenía que levantar ya, así que comencé a revolverme. No pensé que estuviéramos tan pegados que su erección empezaría a crecer más.

—Lena, hay dos formas geniales para despertarse —refunfuñó—. La primera es con un buen desayuno, me conformo con un café cargado y una tostada de queso. La segunda manera es con un buen polvo.

—¡Gorrino! —contesté dando un manotazo en el aire—. ¡Marrano!

Él me giró con facilidad, dejándonos cara a cara. Incluso dormido y con legañas era atractivo. Qué abominación de persona. Cerré los ojos, si no lo veía no existía.

—Así que, como podrás observar, ninguna de esas opciones incluye darme una hostia como si fueras un puto caballo —protestó pegándome aún más a él.

—Se llama «coz».

—¿Qué? —preguntó adormilado.

—Lo que tú llamas la «hostia» del caballo —dije enfatizando la palabra—. Se llama «coz».

—¿Son las ocho de la mañana y ya me estás dando lecciones de vida?

—Primero, son las nueve de la mañana —protesté.

—Hora de dormir —dijo remolón apretándome más entre su brazo y su cuerpo. Joder, qué bien se estaba allí, pero debía salir.

—Segundo, ¿puedes hacer el santo favor de dejar que me levante? Si no, no me haré responsable de tu alopecia instantánea.

—*¿Alo-qué?*

—¡Que te dejaré calvo! ¡Pelón! Suéltame —dije autoritaria.

Él accedió. Pensé que se levantaría y se iría. Me descolocó cuando cogió la almohada y se la plantó encima de la cabeza. La luz le molestaba. Puse los ojos en blanco. Habíamos estado tres semanas sin hablar. Evitándonos. Odiándonos delante de todos, echándonos de menos en secreto. La distancia más larga entre dos personas es el orgullo. Así que seguía en shock de que hubiéramos dormido juntos. ¡Y de que me hubiera besado el cuello! Tragué saliva.

Esos veinte días me había refugiado en las vivencias de Ronnie, las sandeces de Oliver y él: Alek. El pelinegro ya era oficialmente un componente más de nuestro grupo de amigos. Ronnie aún no nos había contado lo que la había impulsado a dejar a Carlos. Decía que no estaba preparada, y era totalmente comprensible. Ella era la que tenía que decidir si quería contarlo o no. Pero cuando estuvo mejor, anunció que quería conocer a Alek.

Así que se había unido a nuestros planes cotidianos: cotillear sobre los últimos rumores en el Central Pork, alimentar a las palomas en el parque del Laberinto de Horta, quejarnos de la gente de clase y lamentarnos de la vida.

Aun así, no había sentido un ápice de lo que estaba experimentando en ese momento al observar a mi vecino. Miedo con un regusto a paz. A su lado no importaba si era lunes o sábado; si la lluvia nos calaba o el sol nos acariciaba. Daba igual, porque estar con él era como estar en una eterna primavera. Bueno. Era una eterna primavera con una ligera alergia.

«Deja de pensar eso. Esta supuesta estampida que tienes en la barriga cuando lo miras es la próxima diarrea que te va a dar», me repliqué.

En ese instante llamaron a la puerta de mi habitación.

—¡Lena! ¿Estás despierta? —Di un bote—. ¿Puedo pasar?

Mierda, era Marcos. ¿Por qué todo me tenía que pasar a mí? Lloriqueé en silencio.

—¡Un segundo! —grité.

No sé si la situación era por culpa del karma o por aquella cadena de buena suerte de WhatsApp que no reenvié cuando tocaba. Tapé a Noel con el edredón y lo cubrí con todos los

peluches, mantas y ropa que encontré en la cesta de la ropa sucia. Esperé que no se ahogara allí dentro, aunque tampoco me habría importado, me habría ahorrado muchos sentimientos. Arriba del todo coloqué a *Hei-Hei*, que erizó la cola enfadado por estar cerca de mi vecino.

—Aguanta la respiración —murmuré en voz baja a Noel.

—Moriré antes ahogado o por culpa de la mordedura de esta rata —balbuceó él medio dormido.

No le hice caso. Fui a la puerta y la abrí poco a poco.

—Buenos días, hermanito de mi corazón —sonreí inocente.

—¿Con quién hablabas? —interrogó arqueando una ceja.

—Hablo en sueños.

—Y yo he adoptado un gato.

—¿En serio? —Marcos puso los ojos en blanco—. Ah, que es mentira... Ya lo he pillado.

Mi hermano abrió un poco más la puerta con el pie y recorrió con la mirada la habitación. Me mordí el interior de la mejilla cuando posó sus ojos encima de la cama y los entornó. *Hei-Hei* estaba mordiendo un calcetín. Un sucio calcetín que llevaba puesto mi estúpido vecino. Noel, escondido bajo toda esa boñiga de mantas y ropa, gruñó. Me puse a toser, tratando de esconder los quejidos del moreno.

—La polinización —intenté excusarme, roja como un tomate, entornando la puerta para que dejara de mirar dentro—. Ya sabes. Primavera. Flores. Los antófilos, también llamadas «abejas».

—Lo he pillado. —Mi hermano puso los ojos en blanco—. La abuela Pilar llega dentro de cinco minutos para desayunar. Vístete rápido y ven, Cecilia nos espera.

No me pasó por alto que se refiriera a nuestra madre por su nombre de pila. Él siempre la había llamado «mamá». ¿Qué me había perdido? Era verdad que se habían distanciado. Aunque siempre pensé que era por un pequeño desliz que se llamaba «edad del pavo». Marcos se giró y se dirigió al comedor. En medio del pasillo se paró, pronunciando tres palabras que provocaron que me ardieran las mejillas.

—Y ven sola.

¡Por todos los rayos y las centellas! Cerré la puerta rápido y me puse a buscar ropa en el armario para cambiarme. La pila de prendas y mantas se dispersó por el suelo, dejando a la vista a un Noel exasperado por tomar aire. *Hei-Hei* se escondió bajo la cama, enfadado.

—¡Me cago en todo lo que se menea! —Se sentó encima de la cama, con una mano en la cabeza y ojeroso. Me atraganté con mi propia saliva cuando cogió una prenda de ropa haciendo pinzas con los dedos—. Anda, tus bragas de Winnie the Pooh. Aún me acuerdo de ellas.

—¡Dámelas! —Se las arrebaté—. Y no te quejes. La que tendrá que lavar las sábanas soy yo. Me las has dejado llenas de babas y huelen a sudor. ¡Y tú hueles como la barra de un bar! Ahora, levántate.

Fui hasta allí y lo sujeté fuerte de las piernas, sacándolo de la cama. Fue difícil, pero *Hei-Hei* me ayudó. El hurón blanco, enfadado con Noel por haberle arrebatado el sitio en la cama la

noche anterior, le mordió el culo. El moreno soltó una exclamación y perdió la fuerza, permitiéndome sacarlo de la cama. Se cayó al suelo.

—¡Tu rata me ha mordido! —se quejó.

—Shh. No grites —Cogí en brazos a *Hei-Hei*, que se enroscó entre ellos, haciéndose una bola—. Además, no es una rata. Es un hurón.

—Lo pillo, ya me voy. —Se levantó del suelo, a trompicones—. ¿Dónde están mis pantalones?

Quise darme una palmada en la frente. Qué bochorno. Con tanto alboroto no me había dado cuenta de que iba vestido con un jersey y un bóxer negro que le resaltaba el culo. Y, joder, qué culo. Me mordí el labio ante ese pensamiento.

—¿Me puedes explicar por qué no los llevas puestos? —Me sentí tonta por no haberme percatado antes. ¡Normal que notara tanto su miembro esa mañana!

—Era bastante incómodo dormir con ellos.

Los encontró entre todo el caos de mantas y sábanas. Se los puso enseguida, yo me giré para no verlo.

—Por cierto, ¿te han dicho que roncas un poquito? —me preguntó.

Tragué saliva.

—Mentiroso —le reproché—. Yo no ronco, solo respiro con alegría.

El timbre de mi casa sonó. Di un bote. Noel y yo nos miramos nerviosos. Joder, la abuela Pilar acababa de llegar y mi misión era echar al moreno a patadas.

—¿Has traído churros? —oí que gritaba mi madre contenta—. ¡Qué bien!

No pasé por alto que a Noel se le iluminaban los ojos. Dibujó una sonrisa socarrona. Oh, no...

—¿Ha dicho «churros»? —exclamó contento—. ¿Son con chocolate o con azúcar? Me gusta más la segunda opción, pero me conformaría con la primera.

—Oh, no. ¡Oh, no! —Me puse las manos en la cabeza, incrédula—. Tú te vas para casa.

Lo empujé hasta la ventana y, aunque me costó horrores, lo conseguí. La abrí de par en par. Noel puso cara de cachorro abandonado, pero me hizo caso al ver mi cara de súplica.

—Está bien. —Pronunciaba sus palabras de forma lenta, para alargar la situación—. Pero ¿no me vas a dar un beso de despedida?

Se me arremolinaron un montón de estúpidas emociones en el estómago. Me tendría que tomar un probiótico para matarlas.

—¿No tuviste suficiente anoche? —protesté, aunque en el fondo quería repetirlo.

—Qué mal despertar tienes... —Puso los ojos en blanco.

—¡Noel!

—Está bien, está bien. Nos vemos antes de lo que piensas, pecosa.

Fueron sus últimas palabras antes de saltar por la ventana. Me asomé, perdiéndolo de vista entre la escalera de incendios. Respiré hondo y me masajeé las sienes, implorando a la vida que no me diera esas sorpresas que me convertían en un saco de boxeo ideal para mi corazón. Me

puse un chándal rosa salmón y me hice un intento de coleta. Me fui al baño corriendo, gritando un «ya voy» que fue respondido por una risotada conjunta. Llegué al salón derrapando.

—¿Es que ahora eres un coche de carreras? —me regañó mi madre—. ¡Me vas a rayar el suelo!

—Y aquí llegó la ratoncita —añadió mi abuela, dándome dos besos en las mejillas—. Ya veo que vas acelerada.

—Lo siento. Es que... —Necesitaba recuperar el aire del maratón que me había pegado de buena mañana—. Tenía que limpiar mi habitación.

—Ah, ¿te refieres al montón ese de ropa, con sujeto incluido, que tenías encima de la cama? —protestó Marcos.

Comencé a toser de improviso.

—Anda, siéntate y come, que te vas a quedar en los huesos. —Menos mal que mi abuela siempre salvaba las situaciones incómodas.

Observé la mesa. Estaba llena de churros con azúcar y una jarra con zumo de naranja natural. Marcos, que estaba sentado, estuvo a punto de hincar el diente a los churros, pero Pilar le zurró en las manos, riñéndolo porque no estábamos todos. Justo en el momento en que me senté, llamaron al timbre. Bufé. Seguro que eran los testigos de Jehová.

—Déjame, ya voy yo. Así me muevo. Ya sabéis, moverse es maravilloso para la salud —dijo Pilar.

Se levantó con gracia y moviendo la cadera, presumida, se fue a la puerta.

Observé a Cecilia y a Marcos. Ella lo buscaba con la mirada, pero él la esquivaba a toda costa. Intenté hilar los últimos acontecimientos en mi cabeza. Era verdad que mi madre hacía meses que no estaba tanto en casa, aunque se la veía más contenta. Marcos, en cambio, no dejaba de tener la frente arrugada. Seguro que estaba pensando demasiado y veía cosas donde no las había.

—¡El chico del parque! —oí que gritaba mi abuela. Alguien contestó, pero no oí qué decía—. Pasa, pasa. Estábamos a punto de empezar a desayunar.

Los tres que estábamos en la mesa nos miramos confusos. ¿Quién era el misterioso chico del parque? Esperamos impacientes, y cuando lo vimos entrar en el comedor se me desencajó la boca. Joder, ¡ya me lo podría haber imaginado! Endemoniado niñato mimado. Mi madre y Marcos me lanzaron una mirada interrogante. Solo pude mover los hombros, igual de sorprendida que ellos. Me hice una bolita en mi silla.

—Siéntate, siéntate, niño. ¿Cómo te llamas?

—Noel, señora. —Sonrió coqueto.

—Llámame abuela Pilar. —Ella le devolvió la sonrisa.

Él se sentó a mi lado y me puso una mano en la rodilla por debajo la mesa, moviéndola en círculos. Me hizo temblar por dentro. Crucé las piernas, apretándolas para no ponerme más

nerviosa. ¿Cómo había logrado acicalarse tan rápido? ¡Llevaba incluso colonia! Pero ¿es que no tenía resaca?

—Así que son con azúcar, pecosa —murmuró cerca de mi oreja.

—Observo que las células fotorreceptoras de tus retinas que transforman la luz en señales eléctricas funcionan perfectamente —contesté sarcástica—. ¿Qué haces aquí?

—Tomaos rápido el zumo, chiquillos, que se le irán a las vitaminas —nos cortó Pilar.

Noel sonrió, sabiendo que en ese momento no tendría que darme ninguna explicación. ¡Lo iba a matar! Los cinco comenzamos a comer los churros. Menos mal que estaban deliciosos y mis papilas gustativas no dejaban de bailar. Fui la primera en romper el silencio.

—Y dime, abuelita, abuelita —canturreé con la boca llena de churros. Me gané un bufido de mi madre, así que esperé a tragar la comida—. ¿De qué conoces a Noel?

—Nos conocimos en el parque.

Noel asintió.

—¿En el parque? —preguntó mi madre, sorprendida y enfadada—. ¡¿Cuántas veces te he dicho que no hables con extraños?! Tienes suerte de que sea nuestro vecino.

—Solo iba a hacer yoga y me senté un rato. Además, ¡me pareció muy simpático! —se excusó ella.

Noel se rio divertido.

—Recuerdo que me dijo «no hay fracaso, salvo dejar de intentarlo» —añadió el pelinegro.

Arqueé una ceja ante esa frase.

—Eso suena... —comencé a hablar.

—Como otro punto de la guía —terminó él sonriendo.

Mierda, ¿por qué era tan guapo y sexy? Nerviosa, cogí un churro y me lo comí sin pestañear, intentando no mirarlo. Marcos, Cecilia y la abuela nos observaban intrigados.

—¿Qué guía? —preguntó Marcos guasón y con retintín—. ¿Una guía tipo *Kamasutra*? ¿Como la que encontré el otro día en el cuarto de Cecilia?

Mi madre se atragantó con un churro que se estaba comiendo y yo le lancé una mirada de advertencia a mi hermano. ¡Teníamos invitados!

—¡Ya le gustará...! —empezó a decir Noel. Fue silenciado con un rodillazo de mi parte.

—¿Qué es eso de la cama sueca? —soltó mi abuela.

—Mira, Pilar... —comenzó a decir el simpático de mi vecino. Puse los ojos en blanco.

—Puedes llamarme abuela Pilar.

¿Qué confianzas eran esas? Noel siguió hablando.

—Abuela Pilar. En esta vida solo hay dos libros importantes —recitó—. La Biblia, que dice que nos amemos, y el *Kamasutra*, que nos dice cómo hacerlo. El segundo es como un tutorial que te enseña a hacer yoga a través del amor y la pasión.

Hay días tontos... y tontos todos los días. ¡Cómo se le ocurría decir aquello! Yo era la primera que creía que el sexo no era un tema tabú. Es cierto que me parece increíble que todo el

mundo se sorprenda cuando se habla de sexo. Irónicamente, las personas nacen a partir de un polvo.

¡Pero, recórcholis, se lo estaba diciendo a mi abuela! Y era peligroso, porque estaba segura de que se informaría sobre ello. A pesar de todo, una pequeña parte de mí agradeció a Noel haber amenizado el mal rollo entre Marcos y Cecile. Debía hablar con ellos más tarde.

—Entiendo, es algo así como «ama al prójimo como a ti mismo» —asintió mi abuela—. Tendré que comprarme ese libro.

—Mamá... No es buena idea que te lo compres —añadió mi madre.

—¿Por qué? —Sé que esa pregunta la pilló desprevenida.

—Porque... ¡ya te lo dejaré yo! —añadió mi madre satisfaciendo la curiosidad de la abuela, aunque yo sabía que jamás se lo dejaría—. ¿Por qué no ponéis la radio?

Cecilia era una artista evitando momentos incómodos. Supuse que hacer de enfermera la había curado de muchos espantos. La abuela se levantó y la encendió. Empezó a sonar la canción *Estrella Polar* de Pereza. Inmediatamente me puse a cantarla. Existen canciones que al cerrar los ojos se convierten en personas, y esa era la de nuestra pequeña familia.

Mi madre y la abuela, desternillándose de la risa, subieron el volumen. Y yo, que vergüenza tenía poca, comencé a interpretarla con un churro en la mano como si fuera un micrófono.

Cuando terminó, todos aplaudieron y yo me reí con la boca manchada de azúcar.

—Eh... Eso... —Noel estaba incrédulo.

Marcos, Cecilia, la abuela y yo lo observamos. Estallamos de la risa.

—¡No te lo creerás, Noel! —empezó a narrar la abuela Pilar—. Pero Lena es de lo más peculiar.

Él se echó a reír a carcajadas. ¡Qué tonto era!

—¡Ostras! No lo habría dicho nunca... —contestó sarcástico e inocente.

—Hace años, cuando Lena tenía siete años, se escapó de casa en Nochebuena.

—No conocía yo esta faceta tuya...

Yo le saqué la lengua e hice una señal para que se callara. La abuela siguió contando la anécdota. Era de mis favoritas.

—Para entonces, hacía poco más de medio año que habían sacado la canción que estaba sonando en la radio. ¡Por favor, qué tortura! La cantaba día sí, día también. Si lo extraño es que no nos sorprendiera un huracán. De hecho, dejamos de colgar la ropa mojada en el balcón por temor a que se presentara un diluvio universal.

—Gracias, abuela —dije resentida—. En realidad, canto muy bien. Solo que no tienen los oídos adecuados para apreciarlo.

—Shh —me mandó callar—. La cosa es que la noche de Nochebuena se escapó. Al final, a las dos horas, la encontramos en el tejado del bloque mirando las estrellas. Le cayó una buena regañina. Entonces, recuerdo que preguntó: «¿Crees que la estrella polar pensará que he sido buena este año?». Obviamente, nos quedamos a cuadros.

—Si es que a rara no la gana nadie —comentó Marcos—. Lo es desde pequeña.

—¡Que os calléis! —murmuró Pilar—. Gracias. Entonces le contestamos que el *tió,* el tronco al que le damos golpes con un bastón para que nos cague regalos, y los Reyes Magos seguro que creían que sí. Aunque estarían enfadados porque se había ido sin decir nada. Pero ¿por qué debería saberlo la estrella polar?

»Como decía el Principito, las personas mayores jamás serán capaces de comprender las cosas por sí mismas, y es muy aburrido para los niños tener que darles explicaciones. Solo decimos que somos personas serias, que no tenemos tiempo para estupideces. Lena nos miró y, convencida, dijo: "Porque la estrella polar es la más importante del cielo. Dicen que, si te pierdes, te ayudará a encontrar el camino".

Noel se rio, aunque fue una risa diferente: llena de ternura. Me derretí por dentro. ¿Por qué no podía ser siempre así?

—Mi nieta, que luces tiene muchas, contestó: «Esta mañana os he oído quejaros porque no os dejaba poner villancicos y solo cantaba esa canción. Yo no quiero que la estrella polar se enfade y desaparezca. Entonces ¿cómo encontraría el camino si me perdiera?».

—Así que, indiscutiblemente, esa noche permitimos cantar esa canción a Lena porque nos dio pena —añadió Cecilia—. ¡La muchacha la cantó cincuenta y cuatro veces! Después no nos sorprendió que estuviera una semana lloviendo.

—Ahora la cantamos cada año, es un tradición navideña. Y no tan navideña, porque, ya lo ves, la cantan siempre que encuentran una oportunidad —terminó Marcos.

Las sonrisas nostálgicas iluminaban la mesa.

—Y tú, Noel, ¿tienes alguna tradición navideña? —preguntó mi madre.

Mi vecino chasqueó la lengua y negó con la cabeza, nostálgico y triste. Su sonrisa se había borrado. Inconscientemente, lo cogí de la mano y se la apreté. No podía verlo de esa manera.

—Por desgracia, jamás celebramos la Navidad en familia —murmuró afligido.

La abuela Pilar, que de mayor era sabia, tenía las palabras perfectas. Como siempre.

—Escúchame bien lo que te diré: la familia no depende de la sangre. Depende de quien esté ahí para sostenerte la mano cuando más lo necesites. Aquí serás bienvenido siempre —sus palabras nos sorprendieron. Noel tenía los ojos vidriosos—. Pero bueno, piénsalo bien. Que aquí tienes a alguien que te taladra la cabeza cantando la misma canción cincuenta veces, y eso no es moco de pavo.

Lo miré de reojo mientras se reía y el corazón se me deshizo. Si todos hubieran visto la sonrisa que le nació, como lo hice yo, nadie habría vuelto a buscar las estrellas al anochecer. Porque quien tiene magia no necesita trucos.



—¡Me quiero rascar la cabeza! —protestó Oliver.

—Es que teñirse el pelo en tu casa no era buena idea, capullo —bufó la malhablada de

Ronnie.

—Además, lo has decidido tú —me quejé yo.

Estábamos los tres en casa de Oliver, quien, impulsado por un corazón roto del que nos hablaría más tarde y varios cafés de malas decisiones, se había atrevido a cambiar de *look*. Nos estábamos lavando las manos, pegajosas por culpa del tinte para decolorarle el cabello.

—Pareces un pollo —dijo mi amiga al final—. Demasiado rubio.

—Muchos pollos... Pero pollas ninguna —se lamentó Oliver rencoroso.

Esa tarde de domingo, después de haberme despedido de Noel y haberlo echado casi a patadas de mi casa, porque parecía no querer irse, mi mejor amigo nos había enviado el mismo mensaje a Ronnie y a mí: Tenemos un código 123.

Ronnie me había llamado alarmada. Ese código era la clave para gritar a los cuatro vientos que había problemas amorosos. Y antes de que decidiera acariciar a alguien bajo la lluvia con un cable pelado, nos presentamos en su casa. Llevamos palomitas, refrescos y un tinte de pelo que nos había pedido Oliver. «Quiero sentirme libre. Necesito un buen cambio de *look*», nos había dicho. Un cambio que consistía en teñirse el pelo de color azul eléctrico. Pero primero le habíamos decolorado el cabello rosa chicle que llevaba, para no mezclar ambos colores.

Siempre me pregunté si existía alguna investigación científica sobre los cambios mentales y físicos que hay en un cuerpo cuando se cambia el estilo.

Después de limpiar todo el desorden que habíamos causado, nos sentamos los tres en el sofá de su casa. Sus padres se habían ido de excursión al campo, aprovechando el sol que hacía. Alek también se había ido con sus padres, al sur de Cataluña, a ver a unos amigos. Ronnie cogió una revista que había encima de la mesita de cristal.

—¿Estás mirando los horóscopos? —le preguntó a Ronnie—. Lee el de aries.

—Seguro que dice que eres un intensito de la vida. ¿De qué signo es el destrozacorazones?

Ella aún desconocía que el exligue de Oliver era uno de los chicos más populares de secundaria.

—Creo que piscis.

—¿Qué se te pasa por la cabeza? —chilló Ronnie—. ¡Pedazo de idiota! Es obvio que los aries y los piscis no se llevan bien.

—Sigo sin entender por qué creéis en esas memeces —dije incrédula.

Los dos pusieron los ojos en blanco. Fui a hablar, pero Oliver me cortó.

—«El horóscopo es una ilusión cultural masiva que hace creer a la gente que la posición arbitraria de una constelación en el momento de su nacimiento afecta a su personalidad» —me imitó—. Ya nos lo has dicho muchas veces. Eres una aguafiestas.

—Además, según el horóscopo de las revistas, siempre tienes ligues y novios. ¡Y dijo que me crecerían las tetas! Si es que son una gran fuente de motivación —contestó divertida Ronnie. Dejó la revista a un lado—. Ahora, toca ir al meollo del asunto.

—¿Qué meollo? —Oliver se estaba haciendo el tonto.

—¡Pues el código 123 que nos has enviado! —protestó Ronnie—. Cuéntanoslo todo.

Los cotilleos podían con ella. A pesar de que seguía luciendo unas bolsas oscuras bajo los ojos que no tenían nada que envidiar a los bolsos de Coco Chanel, me alegraba que se estuviera reencontrando. Oliver se mordió la mejilla nervioso.

—Tuve una pequeña aventura con... —Se mordió la lengua.

—¿Con? —lo animó nuestra amiga—. ¡Dilo ya!

—Con... Cristian —confesó de golpe. Obviamente, no me pilló de sorpresa.

Verónica se quedó varios segundos pensando y analizando quién cojones era Cristian.

—¿Qué Cristian?

—El de nuestra clase —contesté yo, iluminándole el cerebro—. Alto, rubio, juega a básquet...

—¡Espera! Joder, no me jodas. ¡Hostia puta! —Era demasiado deslenguada—. ¡El popu! ¿El amigo del idiota de Noel? ¿El rubio que está como un tren? Me cago en Dios. No sabía que era gay.

Me mordí la lengua cuando habló así de Noel, respiré hondo y seguí escuchando la conversación que tenían mis amigos.

—Creo que aún no tiene claro si es homosexual o bisexual.

—O heterocurioso —añadió Ronnie.

—No creo que sea esa última, es imposible. —Mi mejor amigo estaba desanimado. Vaya, sí que le había pillado fuerte.

—¿Por qué? —preguntamos ambas a la vez.

—¡Seréis perras! Dejad de hacer preguntas y permitidme empezar por el principio, coño —se quejó él—. La cosa es que un día de aburrimiento y de pajas mentales me hice Tinder. ¡Y sorpresa! Allí lo conocí. Utilizaba un seudónimo y no se le veía la cara, pero descubrí que iba a la fiesta de Jolene y quedamos allí.

—¡Pero qué cojones tienes! —lo regañé—. Podría haber sido cualquiera.

—Pero no fue así —me replicó—. Bueno, total, que decidimos quedar. ¡No sabéis lo que flipé cuando me di cuenta de que era él! Nos emborrachamos, demasiado, y lo demás ya es historia. Siempre supe que no era mi media naranja, pero anda que no le di una buena exprimida ese día.

—¿Y cómo la tiene? —preguntó Ronnie divertida.

—¡Ronnie! —comenté exasperada—. ¡Los detalles no los queremos, gracias! Además, ya me traumaticé bastante cuando los pillé en el baño.

Me tapé la boca con las dos manos. Mierda. No fue intencionado, se me escapó. Oliver me interrogó con la mirada. Él aún no sabía que ya conocía su pequeño secreto. Tan prevenida para algunas cosas... y bocazas para otras.

—¿A qué te refieres...? —Comenzó a abrir los ojos de par en par al entenderlo todo y empezó a tirarme todos los cojines que había encima del sofá—. ¡Oh, no! ¿Tú lo sabías?

¡Pedazo de guarra!

—¿Qué querías que te dijera, Oliver? —me excusé, intentando deshacerme de todos los cojines—. ¡Tú no me contabas nada!

—Además, ¿por qué te metiste en el baño de chicos? —Él entrecerró los ojos. Me ruboricé de inmediato—. No me jodas. ¿Estabas follando allí? Cerda.

Puse los ojos en blanco.

—No he follado nunca, cabezón. Ya lo sabes. Además, ¡eras tú el que estaba a punto de fornicar!

—No me dirás que tu boca es virgen, ¿no? —preguntó Ronnie, quedándose con lo primero que había dicho.

Me atraganté con mi propia saliva. ¿Era válido el beso accidental que tuve con Noel? Me mordí los labios, no quería contárselo. Sentía que estaba traicionando a mi vecino.

—Yo tampoco lo entiendo... —protestó Oliver, estirándose en el sofá.

—¡Lena! Pero ¿qué has hecho todos estos años sin besos?

—¿Vivir? ¿Respirar? ¿Aprender? ¿Quererme? —enumeré.

—Eso no es lo importante. —Oliver entrecerró los ojos y me señaló con un dedo acusador—. ¿Con quién estabas?

Tragué saliva.

—¡Lo sabía! Estabas con alguien, y sé que Alek no era porque él se fue a trabajar. —Me di cuenta cuando ató cabos. Sus ojos lanzaron destellos—. ¡Me cago en todo lo que se mueve! Por la Virgen de Guadalupe, que si no follo, que me la chupe, ¡seguro que Noel!

—Yo... —No encontraba ninguna excusa válida.

—Ya sabía yo que algo pasaba entre vosotros dos.

—¿El mismo que odiabas? —Ronnie estaba flipando—. Me acuerdo de que hace un par de años dijiste que el mundo está lleno de imbéciles distribuidos estratégicamente para encontrarte uno cada día, y que Noel era uno de ellos.

—El mismo —confirmó Oliver.

Le hice una peineta.

—¿Y cómo te lo tenías tan callado? —chilló mi amiga—. ¡Detalles!

—No existen detalles, ¡porque no hay nada! —me quejé—. Pero él no es como pensáis. Es...

—¿Imbécil? ¿Idiota? ¿Un tío sin escrúpulos ni sentimientos? —enunció Oliver.

Me mordí los labios, empezaba a enfadarme.

—Joder, ¡no! —exploté—. Él es... es humano.

Ambos me miraron, estupefactos por mi ataque de ira.

—Lena, cariño. —Oliver comenzó a hablar. Alcé una ceja desconfiada—. Si yo fuera tú, me olvidaría de él...

—¿Por? —El corazón se me encogió.

—¿Sabéis que ayer fui a la Telecogresca? —Ambas asentimos—. Cristian me dijo que le

habían dicho que Noel se estaba liando con Jolene.

Fue un golpe directo y frío. La visión de la noche anterior me impactó. Joder, mi mejor amigo tenía razón. Noel borracho, oliendo a alcohol; el carmín que manchaba su camisa, las notas de perfume que llevaba. Me sentí engañada, utilizada, y me enfadé.

Nada duele más que un corazón rompiéndose.

Una parte de mí que desconocía se quebró. Mi sonrisa se desdibujó. ¿Por qué había venido anoche? No lo entendía, pero, mierda, cómo dolía. Aunque dolió aún más la sensación de creer que había perdido algo, cuando realmente jamás había existido nada. Noel y yo solo éramos dos amigos, si se lo podía llamar así.

—¡Qué hijo de puta! —chilló Ronnie, montándose historias en su cabeza.

—Y eso no es todo. Cristian está enamorado de Noel, pondría la mano en el fuego —añadió Oliver entristecido—. Si es que todos son unos auténticos capullos. Solo saben crear ilusiones falsas para después pisotear tu corazón, como si fuera un juguete roto.

Yo no dije nada. Me hice una bolita en el sofá, intentando no llorar: no lo conseguí. Me crucé de brazos y varias lágrimas se me escaparon. ¿Cómo había podido ser tan estúpida?

—¡Joder! ¡Payasos! ¿Para qué esperar al karma si se pueden repartir hostias? —se quejó Ronnie, levantándose de golpe—. ¿Sabéis qué? Esto se merece una tarde de películas ñoñas y palomitas. Por lo que se fue y por lo que vendrá.

Se dirigió a la cocina a prepararnos un cubo de palomitas saladas. Oliver se levantó y se acurrucó a mi lado. Se lo veía dolido, frágil.

—Lo siento, Lena. —Me abrazó.

—No lo sientas... —dije entre sollozos, intentando no parpadear para no soltar más lágrimas —. Tienes razón. Me tengo que olvidar de él.

—A veces hay que dejar ir para poder ser...

Pero yo solo podía pensar en él. En sus pestañas largas, los mechones rebeldes y el sol acariciándole las mejillas. Nuestra silueta corriendo por las calles de Barcelona a contraluz. En cómo se había empezado a abrir, siendo más humano. Joder. Su imagen se dibujó en mi mente, perdido entre silencios y sueños extraviados. Estúpido vecino. ¿Qué me había hecho? Me asusté.

«Filofobia» se llamaba.

Comenzar a enamorarme jamás había estado en mis planes.

Y es contigo cuando brillo más



Noel Martín

Creí que un café lo arreglaría todo, pero no. Seguía siendo una semana de mierda. De esas en que te golpeas el dedo pequeño del pie o cuando la paciencia no es tu mejor virtud. Todo junto se convierte en un cóctel molotov. Sinceramente, he llegado a la conclusión que la vida es como un 2×1. Cada dos días malos te regalan uno de mierda.

Bachillerato se estaba volviendo un infierno; los exámenes estaban a la vuelta de la esquina y Lena Rose me evitaba. Lo extraño es que mi cerebro aún no hubiera explotado. Estado civil: cansado de la vida.

Era sábado y me había levantado con ganas de regresar a la cama. Apenas había dormido. Ni esa noche, ni las pasadas. El sol había teñido el cuchitril al que llamaba «habitación». Hacía pocos días que se había roto la persiana que daba al patio de vecinos. Y aunque había colgado una sábana blanca para que la luz no me molestara, el invento no había funcionado. Eran las doce de la mañana. Estaba sentado en el taburete de la cocina, y el plan de ese día era mezclar el café solo con una cuchara y removerlo sin parar, como si así pudiera quitarle la amargura.

—¿Qué vas a hacer hoy? —preguntó Montserrat, mi madre.

—Existir —contesté apático.

—¿No has quedado con la vecina?

La miré por primera vez desde hacía mucho. Estaba más pálida y ojerosa. Hundida, como un barco a la deriva que se va sumergiendo. Mi madre tenía la mala costumbre de aferrarse a las personas que no la querían. Se olvidaba de que su marido no iba a cambiar. Y también se olvidaba de que, pese a que las nubes pueden borrar el cielo, las estrellas jamás dejan de brillar.

—¿Qué vecina? —Me hice el sueco.

—Sabes a quién me refiero, hijo. Lena —suspiró—. La hija de la señora Álvarez.

—Ni idea de quién es. —Arqueé una ceja. Mi madre esbozó media sonrisa, triste. Apagada.

Joder, me sentí mal al mentirle—. Está bien. Es mi compañera de clase y, alguna vez, hemos quedado. Nada más.

Decidí confiar porque, a pesar de todo, mi madre seguía allí. Viviendo. Cuidándome. Queriéndome a su manera. Y si ella no se quería, yo lo intentaría por ella. Dejarse querer también es de valientes.

—Parece buena chica...

—Lo es —suspiré abatido—. Demasiado buena para mí.

No entendía por qué mi vecina me evitaba, pero me estaba rompiendo por dentro. Cada día me ponía una excusa diferente: «Hoy no puedo quedar, tengo que estudiar. Tú también deberías», era la que más repetía. ¿Dónde habían quedado las tardes estudiando juntos en el patio de vecinos? Tal vez había visto cómo era yo realmente y se había asustado. Mi corazón, cada noche, latía desbocado pensando en ella. Joder, la necesitaba en mi vida, y ya no sabía qué hacer.

Mi madre se mordió el interior de la mejilla. Respiró hondo antes de soltar la siguiente frase, atropelladamente.

—Las buenas personas se merecen buenas personas, Noel. Se merecen que les regalen sonrisas, tranquilidad en el alma y amor bonito. —Fue la única vez que le brillaron los ojos, destapando la tormenta que anidaba en su interior—. Se merecen que hablen de ellas como si hubieran llegado a la luna. Se merecen... que las quieran bien, no a ratos.

Supe que hablaba de sí misma y de su fatídica relación con Pablo. La familia no es de sangre, me lo había dicho la abuela de Lena hacía una semana. Pablo, mi no-padre, se había ido hacía dos días y aún no había vuelto. En el último mes se había convertido en una costumbre. Desaparecía y volvía a los días, más enfadado, más patético; más monstruo. Me sentí violento.

—Creo que Lena me está evitando... —Cambié de tema.

—¿Y si la buscas? —Me sorprendió que mi madre me animara a hacerlo y se interesara—. Habla con ella.

—¿Cómo voy a hacer yo eso? —exclamé avergonzado. Le di un sorbo al café, que se había enfriado.

—Cariño, a veces no hay próxima vez. A veces no hay segundas oportunidades. A veces es ahora o nunca. Inténtalo, habla con ella. Igual descubres qué le pasa.

Me anoté la frase mentalmente para escribirla como el punto número seis en la «Guía para dejar de ser idiota». Mi madre tenía razón. Si no hablaba con ella, jamás sabría por qué me evitaba. Me pregunté por qué no aplicaba esa frase en su vida. Me até las deportivas negras, me puse la chupa de cuero y unas gafas de sol.

—Tienes razón, mamá —le dije antes de irme—. Tengo que intentarlo.

Ella se emocionó; había llovido mucho desde la última vez que la había llamado así. Le di un beso en la frente, queriéndola bien. Me dirigí a la puerta y la abrí apresurado, yendo a buscar a la pelirroja que me quitaba el sueño. No tenía previsto chocar con ella en la entrada de mi piso. Se cayó de culo, soltando improperios.

—Me gustaría manifestar mi descontento y mi decepción por los acontecimientos que auguran mi vida —exclamó acariciándose el culo.

—¿Qué? —Estaba sorprendido. No entendía qué hacía delante de mi puerta.

—¡Que me cago en todo! —maldijo.

La ayudé a levantarse. Tembló el mundo cuando sus manos me agarraron y acaricié su piel. Me separé de inmediato, asustado por aquella sensación. Aún no me había acostumbrado.

Intenté olvidarme y la observé. Iba cargada con una mochila, casi a reventar, y una bolsa de tela en uno de sus brazos. Llevaba unos pantalones vaqueros de distintos colores y estampados y un jersey blanco corto de manga corta. Se le entreveían unos calcetines amarillos chillones que contrastaban con sus deportivas blancas. Lena era sinónimo de peculiar y diferente.

—¿Adónde vas? —Me mordí los labios intrigado.

—¡Pues a buscarte! ¿No ves que estoy delante de tu puerta? —Abrí la boca desconcertado.

—Pensaba que me estabas evitando —contesté con un hilo de voz.

Fue su turno de ruborizarse. Le comenzaron a arder las mejillas y no encontraba las palabras.

—¡Lena! Encantada de verte. —Inesperadamente, apareció mi madre, dándome un susto de muerte—. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y usted, señora Fuster? —contestó ella tímida.

—Puedes llamarme Montse, corazón. Noel estaba a punto de ir a buscarte, ¿verdad, hijo?

La fulminé con la mirada. ¡Chivata! Ni Judas era tan traicionero. Negué con la cabeza. Mi madre le guiñó un ojo a Lena, quien soltó una risita tímida.

—¿Noel está libre, señora... Montse? —preguntó inocente la pelirroja. ¡Inocente mis huevos!

Mi madre dijo que sí, contenta.

—Pues prepárate, Noel, y ponte cómodo —sonrió Lena—. Tenemos que caminar un buen rato.

Dichosa la vida. Inquieto por el cambio de acontecimientos, cogí una bandolera, donde puse las llaves de la moto por si la necesitábamos, la cartera y el móvil. Estuve tentado de enviar un mensaje a Cristian, por si Lena había planeado mi muerte. ¿Me evitaba y después me invitaba a algún sitio? En mi cabeza no sonaba demasiado bien.

Aunque, hablando de evitar a alguien, Cristian había ido a pocas clases esa última semana. Evitaba a Oliver a toda costa, pero aún no me había contado nada sobre lo que había pasado entre ellos dos. Mi mejor amigo necesitaba pensar, descansar la mente y reencontrarse. Yo le dejaría el espacio que hiciera falta, aunque lo echaba de menos.

—¿Estás listo? —me preguntó cuando cerré la puerta.

Asentí, algo inseguro. Tenía demasiadas preguntas en mi cabeza, pero sabía que no era ni el lugar ni el momento. Y no quería cagarla con ella.

—¿Adónde vamos, pecosa? —Tenía un nudo en la garganta.

—¡Sorpresa! —exclamó Lena—. Pero, tranquilo, te va a gustar, ya verás.

—Cada vez que me dicen «tranquilo», mi nerviosismo se dobla —bufé—. Vamos en mi

moto, ¿no?

Ella negó con la cabeza.

—¡Iremos caminando! Así te despejas. Esos últimos días en clase parecía que te fuera a explotar el cerebro. ¡Demasiado cortisol! Cuando piensas demasiado y te estresas, el organismo produce esa hormona del estrés. Con el tiempo, esa liberación constante de cortisol provoca agotamiento y desgaste —soltó de carrerilla.

—Leí que dormir con semejante pibón disminuye el estrés —contesté burlón—. Así que deberías repetir lo del domingo pasado. Me refiero a lo de dormir conmigo.

Fui demasiado atrevido con ese comentario, pero necesitaba tantear el terreno para comprender toda aquella situación. Lena puso los ojos en blanco, pero no me insultó demasiado. Sentí el alivio recorrerme por dentro.

—Eres un presumido.

—Y guapísimo —seguí molestándola—. Si es que lo tengo todo para ser un buen partido.

—Se nota que es primavera —contraatacó ella.

—¿Por?

—Porque los capullos se multiplican. —Siempre tenía la última palabra.

Caminamos una hora, picándonos entre miradas furtivas. Podíamos fingir todo lo que quisiéramos, pero los ojos son el espejo del alma y, joder, me estaba pillando de ella. La calidez del mes de abril nos abrazaba, los pájaros cantaban y el olor de las flores era embriagador. Las observé bien. Recordé lo que decía Leo, mi hermano: «Podrán cortar todas las flores, pero jamás podrán detener la primavera». Lena era la mismísima primavera.

Cuando ella se paró me di cuenta de que un enorme jardín se mostraba majestuoso delante de nosotros. El famoso parque Güell, con sus elementos arquitectónicos tan reconocidos, brillaba espléndido.

—¿Habías venido alguna vez? —me preguntó divertida.

Negué con la cabeza. Era un barcelonés que jamás había ido a uno de los parques más importantes de su propia ciudad. El parque Güell había sido diseñado por Gaudí, uno de los arquitectos más célebres del modernismo.

La seguí, serpenteando entre jardines y subiendo escaleras blancas que se mezclaban entre las enredaderas y las columnas de mosaicos coloridos. Aquel lugar era como un cuento de hadas; la magia estaba en los pequeños detalles. Las golondrinas revoloteaban encima de nuestras cabezas y algunos loros cantaban.

—«Volverán las oscuras golondrinas en tu balcón sus nidos a colgar, y otra vez con el ala a sus cristales jugando llamarán» —recitó Lena mientras se reía.

—¿De qué me suena esta frase?

—¡Salió en el último examen de Lengua Española! —dijo divertida.

—Con razón casi suspendo ese examen —murmuré indignado—. No entendí una mierda.

Cuando llegamos a la cima, ella se sentó en uno de los jardines del parque. Se quitó los

zapatos y los calcetines. Contrariado, la imité, preguntándome qué coño estábamos haciendo allí. Confirmo que jamás podré poner nombre a la sensación de acariciar el césped con los pies. En ese momento, me sentí libre, como el agua del mar. Lena sacó un mantel amarillo de su mochila y comenzó a preparar un pícnic. Y no existieron nervios más bonitos que ver que había organizado todo aquello para mí.

—Si querías una cita conmigo me lo podrías haber dicho —me atreví a decir.

—Es imposible que sea una cita —contestó como si nada.

—¿Por? —Una parte de mí se deshinchó. Sin embargo, ella tenía su propia lógica.

—Es obvio, vecino.

—Para ti todo es obvio, pecosa.

—Mira. Una cita es una reunión o encuentro entre dos o más personas, previamente acordado —señaló todo lo que estaba montando—. En este caso ha sido una sorpresa, porque te ha pillado desprevenido. Ahora siéntate.

Le hice caso. No porque quisiera, que también, sino porque me moría de curiosidad por saber qué había dentro de aquella mochila y la bolsa de tela. ¿Qué me habría preparado? Tragué saliva cuando Lena comenzó a sacar fiambreras de acero, dificultando que adivinara lo que había dentro de ellas.

—Cierra los ojos.

—¿Qué? ¡No!

—¿Confías en mí?

Mi corazón brincó y el pecho se me contrajo. Recordé la vez que yo le dije algo parecido. Fue en la fiesta de Jolene, cuando ella vomitó, manchándome los zapatos. Habíamos terminado saltando una valla para colarnos en un parque.

Asentí y los cerré. Pasaron los segundos lentos. ¿Me besaría? Joder, joder, joder. Era Lena, no podía besarme, aunque me habría gustado. Pero no era el sitio, habría perdido el control. Seguro que era algo más enrevesado. ¿Me dejaría allí plantado, con los ojos cerrados? Estúpido. Me lo merecería. Así que no esperé que sucediera aquello.

Me sobresalté de mala manera cuando me puso algo en la cabeza. Percibí su respiración cerca de mi cuello. Los pelos se me pusieron de punta. Intenté tocarme la cabeza para ver qué me había colocado, ella me dio un manotazo, prohibiéndomelo. Oí cómo se alejaba y se sentaba delante de mí. Pasaron varios minutos.

—Me voy a quedar dormido —me quejé.

Al final, ella contestó.

—¡Eres peor que un niño pequeño! —protestó—. Ya puedes abrir los ojos.

Cuando los abrí, un destello me nubló la vista. Lena se carcajeaba enseñando los dientes. El sonido de cerdito apareció. ¡Me había hecho una foto! Joder. Me mezclé entre sus risas cuando la vi allí delante de mí con un gorro de Papá Noel. Reímos hasta que nos dolió el corazón.

El mantel amarillo estaba cubierto de túpers repletos de comida. Tartaletas rellenas, quesos

con dátiles, jamón serrano cortado, una tortilla de patatas y aceitunas. Me palpé la cabeza, encontrándome con una diadema de reno verde y roja. Dábamos el cante delante de tantos turistas que nos miraban sorprendidos.

—¿Qué es todo esto, pecosa? —Tenía un nudo en la garganta de la emoción.

—La semana pasada me dijiste que hacía años que no celebrabas la Navidad, así que aquí estamos —contestó señalando a su alrededor.

Me embargó una sensación que hacía años que no sentía. Ella había preparado todo eso para mí y yo... Yo solo pensaba en huir, porque me daba miedo enamorarme de alguien que veía tan inalcanzable. Era terrorífico pensar que en un pestañeo ella podría desaparecer y abandonarme.

—¿Navidad en primavera? —pregunté con un hilo de voz.

—No existe un día exacto para comenzar a vivir —contestó como si nada—. Es primordial disfrutar de las pequeñas cosas.

Empezamos a comer. La tortilla de patatas con queso de cabra se me deshizo en la boca. La gente nos miraba y se quedaba alucinada. ¿Qué dos tarados celebran la Navidad en abril? Nosotros. Hablamos de todo y de nada. Hay personas con las que conversarías toda la vida. Con Lena era literal, no se callaba ni bajo el agua. Ella era una de esas personas raras de las que aprendías a no rendirte.

—¿Lo has cocinado todo tú?

Ella asintió orgullosa.

—Con ayuda de mi madre —agregó feliz.

—Un día tienes que probar mis huevos duros —comenté mientras les daba un bocado a las tartaletas, que estaban riquísimas—. Es lo que sé cocinar mejor después del agua hervida.

—Así que tus huevos duros... —Me di cuenta de cómo había sonado.

—¡Qué mente más sucia! —Me descojoné—. Pero si quieres también los puedes probar.

—Aprendo del mejor. —Aunque se hizo la indiferente, observé que se ruborizaba. Me encantaba verla de aquella manera.

Cuando ya quedaba poca comida, cogió un túper rojo, se levantó y se sentó a mi lado. En un desliz, nuestros brazos se rozaron. Joder. En mi piel estallaron fuegos artificiales. Respiré hondo, intentando no besarla en ese momento.

—Sabes que en Navidad es tradición la sopa de *galets*, ¿verdad? —Asentí, aunque no la escuchaba. Solo podía pensar en cómo sería morder sus labios en ese momento—. La cosa es que era difícil llevármelo de pícnic, así que...

Levantó la tapa de la fiambrera. Estallé de la risa.

—Nunca dejas de sorprenderme.

—¡Espaguetis a la boloñesa con albóndigas! —Aplaudió—. Pensé que como también es pasta con carne serviría. ¿Te apetecen? Lo que pasa es que me he olvidado de traer más platos, así que nos tocará comer de aquí los dos...

Se sentó más pegada a mí. Su pelo me rozaba las mejillas, haciéndome cosquillas. Noté las

mariposas del estómago. Joder. Intenté tranquilizarlas, mientras ambos comenzábamos a comer del mismo túper. No pude evitar acordarme de la escena de *La dama y el vagabundo*.

—¿Preparado para la selectividad? —preguntó.

Resoplé. Llevaba los exámenes mal. Mi cerebro me había jugado malas pasadas en los últimos que habíamos hecho. Siempre recordaba las respuestas del examen cuando quedaban cinco minutos para entregarlo. Solía raspar un seis sobre diez. Menos en Historia, que se me daba bien.

—Decir que estoy hasta los cojones es poco —me quejé—. Me cago en las farolas que alumbran las tumbas de los muertos que crearon la selectividad.

Lena se atragantó con uno de los espaguetis.

—No me dirás que no... —La miré con el ceño fruncido—. Es una prueba siniestra para reconocer los conocimientos de unos estudiantes que no tienen ni idea de qué hacer con su patética vida. Cómo voy a saber yo con dieciocho años a lo que quiero dedicarme toda la vida...

La pelirroja frunció la nariz. Pensé que la había liado con mi respuesta.

«Como siempre, cagándola.»

—Yo tampoco sé qué estudiar —confesó.

Abrí muchos los ojos.

¿Lena Rose, la aplicada pelirroja que era mi vecina, que siempre decía que había deberes cuando nadie los había hecho, no sabía qué hacer con su vida? Estaba bien jodido. Si ella no lo sabía, los demás estábamos apañados.

—Hice una lista como me dijo Alek. —No pude evitar que se me resquebrajara un poco el corazón cuando oí el nombre de ese tío—. Escribí todo aquello que me gusta y lo que odio. Aun así, no encuentro algo que me motive. Al final tendré que escoger algo que me ayude a vivir, como el derecho.

—Lena, no se trata de vivir, sino de sentirse vivo.

Hasta yo sabía que eso era una realidad.

—¿Tú qué ves en mí? —preguntó de repente. Alcé una ceja—. Me refiero, ¿qué crees que podría hacer en un futuro? Necesito encontrar opciones.

Cerré los ojos e inspiré profundamente.

—Solo te puedo decir que es precioso que existan personas como tú, que intentan hacerte reír en medio del caos. —No sé de dónde salieron esas palabras, pero las escupí sin pensar mucho. Al darme cuenta, quise quitar hierro al asunto—. Así que supongo que el trabajo de payasa te iría como anillo al dedo.

—¡Eres un experto en romper los momentos bonitos! —exclamó.

Cogí una albóndiga y me la comí. Intentando evitar las verdades que le acababa de soltar: que estaba siendo mi luz en el medio del caos. A pesar de ello, casi la vomito cuando añadió lo siguiente.

—Hablé con tu madre hace unos días. Me la encontré en el rellano y...

—¿Qué te dijo? —la corté irritado.

Mi madre y Lena jamás habían hablado. ¿Por qué entonces? Seguro que se daba cuenta de la realidad de mi casa... Que ya no querría saber nada de mí. Vería que nuestra familia era monstruosa, que no sabía quererse bien. La pelirroja me contestó con una sonrisa triste.

—Que hacía días que no salías de tu habitación...

—Parece que todos me evitaban esta semana —declaré molesto.

Ella murmuró una disculpa y la miré de reojo.

—Yo... necesitaba pensar —admitió—. Pero, a veces, si pienso demasiado, aún lo complico todo más.

Apreté el puño de la mano que tenía libre. Ella se dio cuenta y me la cogió, obligándome a entrelazarla con la suya. Las emociones me embargaban demasiado rápido, debía controlarlas. Ella no tenía la culpa de que yo fuera tan patético.

—Cristian me besó —solté de golpe, intentando canalizar mi frustración hacia otro tema—. Y estoy algo intranquilo por ello.

Levantó la vista de golpe, buscándome con la mirada. Mi corazón comenzó a latir desbocado.

—¿Qué? A mí me dijeron que había sido Jolene —declaró casi sin respirar.

Se me heló el cuerpo. El rumor se había esparcido como la pólvora. Lo peor es que era cierto. Cuando la pelirroja se dio cuenta de que yo no negaba que fuera verdad, las chispas de sus ojos se ahogaron. Quise gritarle que solo quería estar con ella, pero me aterraba decirlo en voz alta.

—Así que es cierto... —dijo ella, indiferente. Joder, cómo dolía ese desinterés.

—Lena... Sé que no es una excusa, pero estaba enfadado y borracho. Y, joder, no sabes lo que te echaba de menos, pero me dolía y...

Intentaba explicarme, a pesar de que no tenía ninguna razón para hacerlo. Pero Lena me detuvo poniéndome un dedo sobre los labios.

—Noel, no tienes que darme ninguna explicación. —Negó con la cabeza, rechazando oír ninguna explicación mía—. Punto número seis de la guía.

—En realidad sería el número siete, tengo otro apuntado —le conté. Ella rio, pero su sonrisa no llegaba a sus ojos, y era mi jodida culpa—. El punto número seis es: a veces no hay próxima vez. A veces no hay segundas oportunidades. A veces es ahora o nunca. Inténtalo.

—Entonces, el punto número siete de la guía: una persona que no es libre no será capaz de vivir plenamente. Date permiso para volar.

En ese momento, Lena soltó mi mano y se levantó. El frío me acarició allí donde ella me había tocado. La pelirroja cogió un paquete empapelado de rojo y me lo colocó entre las manos. Alcé las cejas sorprendido. ¿Se había enterado de que había besado a otra y, aun así, me daba un regalo?

—Un pequeño detalle. Como regalo de Navidad en abril.

Rompí el papel veloz. Necesitaba entender de qué iba todo aquello, porque no comprendía ni mis propios pensamientos. De repente me encontré con una novela. Intrigado, leí el título. Me

pasé una mano por el pelo nervioso.

—*¿El Principito?* —pregunté con un nudo en el pecho.

—Es mi libro favorito —dijo contenta con su elección—. Ábrelo.

Cuando lo hice descubrí en la primera página su letra redonda y perfecta. El nudo del pecho se intensificó más, quería llorar. En una esquina de la página había dibujado varias estrellas, una luna y su firma, con un bolígrafo plateado.

«Je me demande si les étoiles sont éclairées afin que chacun puisse un jour retrouver la sienne», Le Petit Prince.

—Está en francés, como el libro original. Dice: «Me pregunto si las estrellas se iluminan con el fin...» —comenzó a decir.

—«... de que algún día cada uno pueda encontrar la suya» —terminé por ella—. Lo sé.

—¿Sabes francés? —preguntó sorprendida.

Asentí.

En ese momento no pude explicarle por qué sabía esa lengua. La ilusa idea de que así podría irme a vivir con mi hermano a Francia se había desvanecido hacía mucho. Acaricié la letra con la punta de los dedos, resiguiendo los relieves e imaginándome junto a Leo. Lo echaba de menos, aunque él no lo sabía porque ya no llamaba nunca.

—Gracias, pecosa. —Mi voz temblaba—. Y que sepas que los pequeños detalles nunca son pequeños.

Terminamos de comer en silencio. Sopesando las palabras que habían nacido de nuestras bocas ese día. Tenía que asimilar muchas cosas. Nos tumbamos en el césped, observando el cielo. El viento nos acariciaba, su mano tocaba la mía y yo solo podía pensar en que quería quedarme allí para siempre. Ella me sumaba. Un avión cruzó el cielo, creando una estela blanca. La pelirroja lo señaló.

—Sé que no son las uvas de fin de año, ni las luces de las calles de Navidad, ni una estrella fugaz. —No entendía por dónde iban los tiros—. Pero podría servir igual. Pide un deseo.

Sonreí. Cerramos los ojos, absorbiendo cada momento de paz y tranquilidad. Deseé sanar, ser feliz. Y entonces me di cuenta: tenía el deseo a mi lado, con el cabello desordenado y la piel hecha de mil constelaciones. Deseaba estar con ella.

—Lena, ¿te puedo pedir una cosa? —tartamudeé.

—¿Qué? —Ella abrió un ojo.

—Que no te rindas conmigo... A veces soy estúpido.

Suspiré cuando se lo dije. Fue como quitarse un peso de encima. Una lágrima me recorrió la mejilla, pero la borré con el dedo. No quería llorar.

—Hace unas semanas me preguntaste que por qué tú —reveló Lena, recordándome cuando tuvimos que encerrarnos en el baño—. Me gusta lo que dejas entrever, a pesar de que intentes esconderlo entre hierbajos.

Nuestros ojos coincidieron en el instante perfecto. Nuestras miradas se acariciaron y supe que

era cierto: estaba enamorado de ella. Me gustaba cuando éramos. Sí. En plural. Porque era con ella cuando yo brillaba más.

Busca lo que encienda tu alma



Lena Rose

—¡Me niego! Antes muerta que con la pringada —oí que gritaba Jolene a sus amigas. Era última hora y la clase se había convertido en un martirio digno de la Edad Media.

El día había comenzado bien. Había ido con Noel caminando a clase porque él tenía la moto en el mecánico y, asombrosamente, no se había apartado de mi lado al llegar al instituto; Oliver parecía más animado que las últimas semanas, aunque era un terco con la idea de que Cristian había jugado con su corazón, y yo me había comido un buen bocadillo caliente de queso en el bar. Pero, cuando menos te lo esperas, las cosas pueden llegar a torcerse de una forma sobrehumana. En ese momento parecían acróbatas a punto de caerse de la cuerda floja.

Ya se dice que los miércoles son como un vaso, que puede estar medio lleno o medio vacío. Depende de cómo lo mires: puede ser el augurio de un viernes maravilloso, o el primo segundo tocapelotas del lunes.

—Señorita Soler —exigió la profesora Blanca, nuestra tutora y profesora de Biología, con su voz monstruosa—. Tiene casi dieciocho años. ¡No me venga con estupideces de parvulario! Debe aprender a trabajar en equipo.

El mundo habría sido un sitio más bonito si los mosquitos en vez de chupar sangre absorbieran la tontería de algunas personas. Ojalá Oliver hubiera estado en esa clase. Sin embargo, alguna veces, él asistía a las asignaturas para cursar el bachillerato de Ciencias Sociales. Yo me había metido en el de Ciencias porque me maravillaba esa parte del mundo.

Busqué inconscientemente con la mirada a Noel. No esperé encontrarme con la de Alek, quien mordía un bolígrafo. ¿No sabía todos los peligros que conllevaba chupar o morder un objeto de plástico? El pelinegro arqueó las cejas y dibujó una media luna con sus labios. Disimulé la punzada de nervios, últimamente habíamos hablado poco. Alek no entendía por qué yo iba tanto con Noel, y nos habíamos distanciado.

—Pero, pero... —Se quejó la diva pelinegra.

—Pero nada —contestó la profesora—. Tienen hasta la semana que viene para presentarme el trabajo sobre un artículo del *Journal of Medical Virology*.

Inspiré profundamente, aguantando mis espantosas ganas de darle con una enciclopedia en la cabeza. ¡A ver si así se le aclaraban las ideas! El timbre sonó, salvándome de la chapa que estaba a punto de soltar Jolene a sus aliadas. Mi cabeza no tuvo en cuenta las estadísticas que enumeraban todas las posibilidades de que ella se acercara a mí.

—Pringada —murmuró seca.

—La palabra *pringada*, según la RAE, hace referencia a una persona que se deja engañar fácilmente —contesté sarcástica—. Me atormenta pensar que tienes esa visión sobre mí, Jolene.

—Mira que eres rarita...

Sonreí inconscientemente. Noel me había dicho lo mismo hacía meses, cuando acabábamos de empezar a hablar. O a insultarnos. Yo le había contestado que no es que fuera extraña, sino que era una edición limitada.

—¿Encima te ríes sola? Bicho raro.

—No existen bichos raros, solo bichos desconocidos. —Crucé ambos brazos encima del pecho—. ¿Me vas a decir ya qué quieres?

—Vamos ahora a la biblioteca a hacer el trabajo, ¿no?

—¿Ahora?

Demonios con la abeja reina. No me esperaba que quisiera hacer el trabajo tan rápido.

—¿No eras tú la aplicada? Vamos, quiero acabar ya con este martirio. —Fui a quejarme—. ¡Y no me vengas con la definición de *martirio*! Que ya la sé.

Gruñí entre dientes. Muy a mi pesar, ella tenía razón. Cuanto antes empezáramos, antes terminaríamos. Nos fuimos juntas. Nuestros compañeros nos observaban extrañados, difamando. Seríamos el cotilleo principal de la próxima semana, pero después de todo lo que estaba viviendo ese curso con Noel, ya estaba acostumbrada.

Jolene tenía que ir a su taquilla para coger algunos de los apuntes. En la suya, había varias chicas de primero de bachillerato que nos miraban curiosas y cuchicheaban entre sí. La pelinegra se hizo hueco mientras movía su cabellera larga.

—Si queréis hablar de mí, avisadme. Yo misma os contaré los detalles más morbosos de mi vida —soltó Jolene a las otras chicas—. Ahora, largo.

Acobardabas, se alejaron casi corriendo. Fruncí el ceño, ¡si no nos habían hecho nada! Qué carácter de mierda tenía esa tía. Justo pensaba eso cuando una mano me rozó la cintura. Di un pequeño salto y, cuando vi quién era, y su sonrisa, el corazón comenzó a martillearme con fuerza. Pero, contra todo pronóstico, él se dirigió a la taquilla del lado de Jolene. No pude evitar que mi corazón se encogiera. Verlos juntos, hablando... No quería pensar todo lo que implicaba experimentar esa emoción, más me dolió. Y dolió el doble pensar que seguramente solo yo sentía aquello. Crucé los brazos encima de mi pecho.

Los miré de arriba abajo. Hacían una pareja perfecta. Y recordar que hacía apenas unas

semanas que se habían besado me ataba a sensaciones que me atemorizaban.

«Ridícula. No tienes tiempo para estas sandeces, céntrate en tus estudios», pensé.

—¿Ya me echabas de menos, niño? —preguntó Jolene.

—Casi nada. —Noel le lanzó una mirada que no pude descifrar. Me mordí la lengua. Por primera vez en la vida quise huir—. Solo quería desear buena suerte.

—La necesitaré —protestó Jolene.

Puse los ojos en blanco.

—Creída. Se lo decía a la pecosa. —Se giró y me guiñó un ojo—. Buena suerte con esta presumida. O, como dirías tú, pedante mujer.

—¡Oye! Si soy un encanto —reprochó. Empujó, entre risas, a Noel, quien se apartó divertido y se fue.

Fruncí el ceño, ¿en qué momento se habían reconciliado? ¿Entre beso y beso? Arrugué la nariz, más molesta de lo que quería admitir. Joder, qué extraño era todo aquello para mí. ¿Así era el amor? Qué asco. Aunque yo seguía sin entender qué sentía por mi vecino. Sin embargo, no le pediría explicaciones a Noel, yo no era esa clase de persona. Él era libre y yo nunca le cortaría las alas. Además, entre él y yo jamás existiría nada.

Éramos dos estrellas fugaces que estaban de paso y que se habían encontrado en medio del camino.

Jolene y yo nos dirigimos a la biblioteca. Pedimos prestado un ordenador y nos metimos en una sala para trabajos en equipo. Allí podíamos hablar y no molestar a nadie, sobre todo en el caso de que ambas perdiéramos la paciencia y termináramos a grito pelado. Que era muy posible.

—Joder, este ordenador es más viejo que la virginidad de mi abuela.

Resoplé. Cuando, por fin, el ordenador se encendió, estuvimos una hora discutiendo sobre el artículo que íbamos a escoger. Yo prefería tratar el virus del papiloma humano, pero Jolene estaba empeñada en escoger un tema más fácil. ¡Era insoportable!

—¡Estudiar la psicobiología de las personas que tienen miopía es mejor! —se quejó—. Las personas miopes deberían dar las gracias. Pueden escoger no saludar a la gente y tendrán una excusa perfecta. ¿Tú lo haces?

—Eso no lo vas a poner en un trabajo de Biología —resoplé.

—¿Por qué no? Es un tema interesante.

Arqueé una ceja. Jolene me desesperaba. Comencé a teclear la primera idea que tuve. Lo acepto, me costaba trabajar en equipo. Más aún si era con personas que no daban palo al agua. Jolene me miraba, fingiendo interés por lo que estaba escribiendo.

—Por cierto, ¿qué tienes con Noel? —soltó de repente, atenta.

No me esperaba esa pregunta. Dejé de teclear y giré sobre mí misma, quedando cara a cara con ella. Levanté las cejas. ¿Que qué teníamos? Ojalá lo supiera yo.

—Especifica.

—Eso, que qué tienes con Noel.

Puse los ojos en blanco.

—¿Cómo que qué tengo? No sé interpretar esa pregunta —contesté hastiada y nerviosa—. Somos vecinos, ¿te refieres a eso?

Jolene sacó un pintalabios rojo escarlata y comenzó a retocarse. El silencio era incómodo. Me giré, decidida a seguir avanzando con el trabajo, necesitaba marcharme cuanto antes y separarme de esa chica que solo quería hundirme la vida.

—No te hagas la tonta, zanahoria. —Chasqueó la lengua—. ¿Estáis liados?

Una risa irónica brotó de mis labios.

—¿Y me lo preguntas tú?

Era la primera vez que tenía los nervios tan a flor de piel que saltaba a la mínima. Me obligué a respirar hondo.

—Vaya, así que ya te lo han contado —dijo con suficiencia—. No quería que te enteraras así, cariño mío.

—Me complace ver que te importo algo —la imité, sarcástica—. No te preocupes, tus aventuras con él me traen sin cuidado. Si quieres mi bendición, la tienes.

—Vaya, sí que estás ciega...

Levanté la vista del ordenador, sin entenderla. Al girarme, vi que Jolene me observaba con los ojos entrecerrados, tan cerca que casi podía contar todas las pestañas postizas que tenía. Me retiré un poco, incómoda.

—Soy miope, no ciega —me defendí.

—¡Hostia puta! —Comenzó a desternillarse—. ¡Realmente no te das cuenta!

Me crucé de brazos, enfadada con el mundo.

—¿Qué te parece tan divertido? —Me estaba sacando de quicio.

—Tan lista que eres para algunas cosas... —Hizo ver que se limpiaba unas lágrimas inexistentes—. ¿Quién lo diría?

—¿Has terminado de vacilarme?

Guardé el trabajo en un *pendrive* y cerré el portátil. Jolene se levantó y recogió sus cosas. Nos dirigimos a la puerta deprisa, teníamos ganas de dejar de vernos las caras.

—Solo te puedo decir que los corazones más complicados siempre son los más interesantes, abre los ojos —añadió guasona antes de irse. Me guiñó un ojo—. Nos vemos pronto, zanahoria.



—Lástima que no pueda utilizar Photoshop para modificar su personalidad... —dijo Ronnie.

—Es que gastó los treinta días de prueba arreglando su físico —añadió Oliver.

Era por la tarde y estábamos yendo a la mercería de los padres de Oliver. Él tenía que ir a buscar unas prendas para llevarlas a casa, así que nos habíamos reunido los tres. Yo me había desahogado a base de bien, estaba alterada.

—Dime, Oliver, ¿ya has hablado con Cristian? —cuestioné.

Él se pasó una mano por la cabeza. Se había tintado de un azul eléctrico encima del rubio pollo. Parecía un Sugus de piña.

—¿Por qué debería hablar con él? —Tragó saliva—. No hay nada de que hablar. ¡Me lo dejó muy claro!

—Ya, pero...

—Y tú, Calabacita, ¿has hablado con Noel? —me cortó, cambiando de tema—. Si los ojos hablaran...

—No hay nada de que hablar, amigo mío. —Forcé una sonrisa.

«Solo que, tal vez, te mueres por sus huesos», negué con fuerza en mi interior.

—Mejor, deberías olvidarte de él. —Esas palabras me hicieron un poco de daño—. Ahora entiendo por qué Cupido lleva pañal. ¡Siempre termina cagándola!

—Eso es verdad. —Ronnie lanzó una risa sarcástica—. Ya se dice que el cerebro solo funciona desde que naces hasta que te enamoras...

—¡Yo no estoy enamorada! —gruñí—. Y Oliver tampoco, ¡no lo niegues!

Lo acusé con un dedo. Nadie se podía enamorar por un par de polvos —de acuerdo, fueron muchos más según mi amigo— entre borracheras.

—Claro que no estoy enamorado —exclamó dolido—. ¡Pero es que follaba tan bien! ¿Sabéis qué?, deberíamos ir de fiesta y enrollarnos con otros.

—Oliver, un clavo no saca otro clavo... —le reprendió Ronnie.

—¡Claro que un clavo no saca otro clavo! Pero si te la clava bien ayuda muchísimo. —Nos guiñó un ojo.

Ronnie y yo nos miramos e, inmediatamente, pusimos los ojos en blanco. ¡Menudo despropósito! Llegamos a Chic Lingerie, la tienda de los padres de mi mejor amigo. Era un local antiguo que había pasado de padres a hijos. El cartel estaba medio descolgado y las vidrieras rayadas. Aun así, tenía su encanto.

Al entrar vimos a Alek atendiendo a un par de chicas, quienes coqueteaban con él con disimulo. Él no dejaba de regalarles sonrisas de dientes perfectos, labios carnosos y movimientos de pelo sensuales.

—¡Para de ligar mientras trabajas! —gritó Oliver cuando las chicas se alejaron, dándole un codazo amistoso.

—Encantado de verte, primo —saludó Alek, despeinando a Oliver—. ¡Chicas!

—¿Qué haces después de trabajar? —le preguntó Ronnie.

—Me queda una hora para terminar. Hoy es miércoles, así iré con mi padre a ver las estrellas —sonrió, encantador como siempre—. ¿Os apuntáis?

Los tres nos miramos indecisos.

—Nosotros no podemos, pero Lena sí —soltó de repente Oliver.

Me quedé, por unos segundos, en estado de shock. No me esperaba aquello. ¡Menuda encerrona!

—¿Qué? —Me atraganté con mi propia saliva.

—Perfecto, Lena, quedamos dentro de una hora fuera —sonrió Alek coqueto.

Justo en ese momento sonaron las campanillas de la entrada, anunciando la llegada de unos nuevos clientes.

—Un clavo bien gordo saca otro clavo —me susurró mi mejor amigo en la oreja—. Que se la he visto.

Tuve ganas de matarlo. Lo que le iba a sacar a él era ese cerebro de chorlito.

Nos sentamos en un banco, donde me quejé varias veces de esa encerrona; mis amigos no me hicieron ni caso. Alegaban que así me olvidaría de Noel. ¡Pero es que yo no quería olvidarme de él! Pasó la hora más rápido de lo que deseaba. Oliver y Ronnie se despidieron de mí y yo, sintiéndome una payasa, esperé a Alek.

En parte, me había quedado porque el pelinegro me había confiado hacía meses lo que le había sucedido a su padre. Un accidente le había jodido la vida, pero ellos seguían sonriendo. Y yo le había prometido que algún día iría con ellos. No quería hacerle el feo. A fin de cuentas, Alek también era mi amigo. Le envié un mensaje a mi madre de que llegaría un poco tarde porque estaba con unos amigos. Ella confiaba en mí, así que no tuve que darle más explicaciones.

—¿Preparada? —me sorprendió una voz.

Levanté los ojos, encontrándome con los suyos.

—Supongo —sonreí, algo nerviosa.

Subí a su Ford Fiesta verde oliva. Olía a cítricos, a él. Me removí en el asiento algo incómoda. Alek conseguía ponerme nerviosa, pero era una emoción diferente de la que sentía con mi vecino.

Una vez leí que cuando conoces a la persona indicada no sientes el manojo de nervios, sino que experimentas paz porque te sientes seguro del todo. Con Alek no desaparecían esos nervios, no me sentía aliviada. Y con Noel me sentía especial, porque él conseguía hacerme sentir todo; me hacía sentir más humana, menos doña Perfecta.

—Primero iremos a mi casa a buscar a mi padre —me comunicó mientras buscaba las llaves de su coche y abría las puertas—. Ya puedes subir.

—¿Cómo se llama? —pregunté.

Me subí al coche y me puse el cinturón.

—Ricard. Es un hombre divertido, aunque sus chistes son bastante malos. —Se rio.

Puso la radio para llenar los silencios que teníamos. Sonaba una canción antigua de Lady Gaga. Aunque Alek ya formaba parte de nuestro grupo de amigos, a veces me sentía desconcertada con él.

Por suerte, su casa estaba cerca de la de Oliver; de hecho, eran bloques casi idénticos, así que no tardamos nada en llegar. Salí del coche, en busca de aire, porque mis piernas no dejaban de temblar. La última vez que había estado a solas con él fue en la bolera.

—Tendremos que subir por la escalera, el ascensor es muy lento. —Se me desencajó la boca. ¡Odiaba las subidas! Muy a mi pesar, tuve que asentir.

Comenzamos a subir. ¡Diez jodidas plantas! Si mi propósito de año nuevo hubiera sido hacer más ejercicio, lo habría cumplido. Acabé tan cansada que estuve a punto de escupir los pulmones por la boca.

Alek, como buen amigo, me esperó y, al llegar, me invitó a entrar en su apartamento. Era un piso viejo y rústico, de paredes anaranjadas. Los muebles parecían los mismos que tenía mi abuela. Me contó que su familia estaba de alquiler, ya que habían llegado no hacía ni medio año. Así que me sorprendió encontrarme juguetes de madera en las estanterías del comedor. Desde trenes hasta balancines con forma de potrillo.

—Antes mis padres trabajaban en una juguetería —me explicó Alek mientras acariciaba varias piezas—. Mi padre se dedicaba a moldearlos y a venderlos en un pequeño local de Reus. Pero cuando tuvo el accidente que lo dejó parapléjico tuvo que dejarlo, y como mi madre no se podía encargar sola del local vinimos para aquí. Con la familia de Oliver.

Asentí sorprendida, había muchas cosas que desconocía de ese chico.

—*Olá Pollito! Como foi o dia?* —gritaron. Era una voz femenina. ¿Eso era portugués?

—*Muito bom, mãe. Eu trouxe alguém* —contestó Alek.

No estaba entendiendo ni media sílaba. Lo seguí, tambaleándome por los nervios, a la cocina. Apareció una mujer que debía de ser la madre de Alek, eran idénticos: piel cálida, ojos oscuros, muy alta y cabello azabache.

—Así que es ella —sonrió.

Estuve considerando la oportunidad de decirle que claro que era yo, ¿quién iba a ser si no? ¿Lucifer?

—Encantada de conocerte, Lena.

Me abrazó, dejándome un poco estupefacta. Así que los abrazos venían de familia... Se separó, pero no me soltó los brazos. Esa mujer tenía mucha vitalidad.

—Igualmente, señora... —Mierda, no sabía nada sobre ella.

—Llámame Sabina. Pasa, pasa. —Sonrió por fin, soltándome—. Voy a buscar a tu padre, hijo.

Nos dejó un momento a solas, que para mí fue bastante incómodo. Estaba en una casa ajena, a punto de ir a ver las estrellas con un señor que no conocía y su hijo, que era mi amigo. Pasaron pocos segundos. Volvió a aparecer Sabina con el que supuse que era Ricard, un hombre mayor que iba en una silla de ruedas.

—¡Hijo! ¿Cómo estás? —Su sonrisa le iluminó el rostro.

Era un hombre que, de pie, debía de ser bastante alto. Llevaba una larga barba blanca y dos aretes en la oreja. Tenía pinta de metalero. Sonreí, me transmitió muchísima bondad.

—Pues sigo de una pieza, así que perfecto —bromeó Alek—. ¿Y tú?

Su padre tosió varias veces.

—No puedo decir lo mismo. Hoy no estoy demasiado bien. El cambio de tiempo me tiene muy chafado... —se sinceró—. No creo que pueda ir a ver las estrellas.

Alek frunció el ceño preocupado. Debía de ser la primera vez que su padre le decía aquello. Me mordí la mejilla por dentro, sin saber qué decir o qué hacer.

—Pero id a pasear vosotros. Llévala a nuestro rincón —dijo su padre animado, restándole importancia—. Aprovechad, que hoy hay luna llena. No se verán mucho las estrellas, pero las vistas son impresionantes.

Alek asintió, poco convencido.

Al rato, nos despedimos de sus padres, Ricard y Sabina, y nos dirigimos con el coche a ver las estrellas. No estaba segura de que fuera buena idea ir con él a solas, pero poco a poco empezó a apetecerme. Sabía que éramos amigos, pero tampoco era tan necia para no ver que a él le gustaba un poco. Hablamos y escuchamos canciones de rock antiguas. Aparcamos donde pudimos y comenzamos a subir la pendiente que teníamos enfrente, dirigiéndonos a los búnkeres del Carmel.

—¿Eso son los búnkeres? —pregunté maravillada. Él asintió—. Hacía años que no venía aquí.

—Es un sitio perfecto para ver las estrellas —sonrió Alek—. Aunque hay días que es complicado llevar la silla de ruedas hasta el mirador, así que nos quedamos más abajo.

Cuando llegamos, me sentí diminuta. Abrí la boca fascinada. Barcelona se alzaba imponente enfrente de nosotros. Las luces centelleaban, atractivas y únicas; el mar, en el fondo, se balanceaba tranquilo de color plateado; el rumor de los coches y las personas se perdía en el cielo.

Saltamos la barandilla que daba a un mirador y nos sentamos en la punta, con los pies colgando y el alma libre. Medité un par de minutos sobre un hecho que me había cuestionado últimamente sobre Alek. Casi no sabía nada de él, a pesar de que se había colado en nuestras vidas. Él me gustaba como persona, y teníamos química —eso era indudable—, pero a la vez me sentía lejos de lo que él veía en mí: a alguien perfecto.

—Realmente me he dado cuenta de que hay muchas cosas que no sé de ti —tanteé.

Él se acercó más a mí.

—Dispara —me animó.

—Por ejemplo... ¿Algo que no sepa de ti?

Su carcajada era como la de su padre, iluminaba media Barcelona.

—Pues mira, me gustan los elefantes, creo que dan buena suerte. Y suelo leer los finales de los libros antes de empezarlos. Debo prepararme por si termino sin estabilidad emocional. —Se rio.

Me uní a él.

—¡Estás loco! —contesté con los ojos abiertos de par en par—. ¿Cómo puedes hacer eso? ¡Es una barbaridad!

—Hay un cierto placer en la locura que solo el loco conoce —parafraseó—. Me toca, ¿no?

—Dime. —La brisa marina llegó hasta nosotros, erizándome el vello.

—¿Tu color favorito?

—El naranja. —Él arqueó las cejas, instándome a que siguiera explicándome—. Según un estudio psicológico, es el color de la energía física y mental, y transmite juventud, creatividad y diversión.

—Todo lo que eres tú.

—Todo lo que soy yo —sonreí—. Me toca. ¿Por qué te llamaron Alek?

Hinchó los pulmones y exhaló profundamente.

—Mis padres siempre han adorado viajar. Se conocieron en Grecia, ella es portuguesa y él de Cataluña. Se enamoraron del nombre de Alexander, así que me pusieron su diminutivo.

—Alek... —Saboreé su nombre en el paladar—. Es original.

—Más original es llamarse Lena Rose Quilla.

Abrí mucho los ojos y enrojecí de inmediato. ¿Cómo lo sabía? Al momento quise culpar a mi mejor amigo.

—No culpes a Oliver, no ha sido él —añadió leyéndome la mente y riéndose de mi reacción —. La profesora de Química te llama por tu apellido, que es Quilla. Solo tuve que unir piezas.

—Qué gracioso... —refunfuñé, aunque ya estaba acostumbrada a que a la gente le pareciese singular y divertido.

—¿Nadie se ha dado cuenta jamás de que si juntas tu segundo nombre y tu apellido sale la palabra *rosquilla*?

—No, la gente no escucha —murmuré poniendo la boca de piñón—. Peor es para mi hermano...

—Se llama Marcos, ¿verdad? —Se puso a pensar, entrecerrando los ojos—. ¡La hostia! Marcos Quilla... *Cosquilla*.

—Mi madre es una cachonda.

Comenzamos a troncharnos de la risa.

—Venga. No cambies de tema. Me toca preguntar a mí, ¿qué es lo que más te desespera?

—La desorganización.

Él cerró los ojos y se tumbó en el frío suelo. Los reflejos de la luna descansaban entre sus mechones azabaches. Lo miré bien. Los hoyuelos se le marcaban en las mejillas, dándole un aire jovial y despreocupado; las tres pecas descansaban en su clavícula.

—Me siento identificado.

—¿En serio? —Me quedé observándolo, absorta.

Era un chico muy atractivo, solo que él no era para mí.

—Sí. El otro día me di cuenta de ello. —Levanté las cejas.

—No te sigo... —murmuré.

—Justo cuando crees que lo tienes todo organizado, el destino te lanza un reto inesperado. —

Se mordió el labio—. Así que tienes que improvisar.

Abrió un ojo, sopesando mi reacción. Y se volvió a sentar, acercándose. Nuestras piernas se rozaban y los nervios empezaron a carcomerme por dentro. Su mirada buscó la mía, mientras él agarraba un mechón de mi cabello que revoloteaba y lo enroscaba entre sus largos dedos. Me acarició los labios con la punta de los dedos. El tiempo se detuvo.

—E improvisar mis sentimientos hacia ti no es fácil, Lena.

Me quedé helada. ¿Lo había entendido bien? Sus ojos centelleaban y la luna nos iluminaba. Entreabrí los labios, con el corazón en la boca. Él se acercó, poco a poco. Intenté hablar, pero no pude. Joder, sus labios estaban demasiado cerca de los míos. Su mirada se perdió en ellos. Un pinchazo de nervios anidó en la boca de mi estómago.

Me cogió del mentón y sus labios acariciaron los míos. Una descarga eléctrica me recorrió la piel. Entonces, me besó.

Me besó lentamente, con una delicadeza que muchos envidiarían. Fue un beso suave... Y agridulce. Cerré los ojos y, de pronto, otra persona apareció en mi mente. Mierda. Me sentí mal, me quedé inmóvil, sobresaltada. El corazón martilleaba en mi pecho de forma brutal. En ese momento, Alek se apartó.

—Yo... —susurré encima de sus labios—. Yo no puedo hacer esto.

Él se separó, mirándome a los ojos. Los suyos se habían apagado.

—Lo sé... —Suspiró. Se volvió a tumbar sobre su espalda—. No te preocupes.

Me eché a su lado, sin saber qué decir o qué hacer. Observamos las estrellas en silencio. Deseé vaciarme y que el universo me llenara. Estaba atacada de los nervios. Pasaron los minutos y, al final, decidimos levantarnos. Yo seguía sin saber qué decir. Balbuceaba, histérica. ¿En qué momento él se había encaprichado de mí? ¡De mí! Cerré los ojos e inspiré profundamente. Y maldije el instante en que me fijé en él. Le podría haber parado los pies, pero no lo había hecho. Nos sentamos en el coche y en un silencio algo incómodo él condujo hasta mi casa. Fue cuando me dejó delante de mi portal cuando por fin habló.

—Lena... —soltó con un hilo de voz. Lo miré a los ojos con el ceño fruncido—. Joder, es que me gustas mucho. Muchísimo. Y siento si la he cagado, no era mi intención.

—Alek... —No sabía qué decirle.

—Así que no pienso rendirme. Además, me debes una cita. —Hablaba deprisa, sin dejar de alborotarse el pelo, inquieto.

—Más bien, tú me la deberás a mí —contesté nerviosa. Era un momento extraño, pero necesitaba quitarle hierro al asunto—. Ganaré yo.

Él se rio y agradecí que ya no hubiera tanta tensión. Abrí la puerta del coche, pero antes de que pudiera bajar él me cogió de un brazo y me acercó a su rostro. Temí que me volviera a besar, sin embargo, lo que hizo fue decirme una frase en portugués.

—Eu poderia dizer mil palavras, mas nenhuma vai traduzir o quanto você é uma pessoa maravilhosa.

—¿Qué? —pregunté extrañada—. Solo he entendido que soy una persona maravillosa y algo sobre mil palabras.

—Búscalo en Google —se hizo el interesante.

—¡Pero no me voy a acordar! —me quejé.

—Buenas noches, Trébol.

¿Trébol? No entendí por qué me llamaba así. Bajé del coche y esperé que él arrancara, perdiéndose entre las calles de Barcelona. Miré al cielo, exhausta de emociones. La luna brillaba y deseé que me mostrara el camino. Tenía que salir de ese embrollo de pensamientos, no sabía adónde me llevaban. Solo podía pensar en una persona y... Borré ese pensamiento rápido cuando me dirigí al portal y me encontré a quien me quitaba el sueño apoyado en la pared. Se mordía las uñas inquieto.

—¿Qué tal la cita? —preguntó malhumorado.

Tenía la frente arrugada y sus labios eran una línea fina.

—También me alegro de verte, Noel —repuse sin saber qué le pasaba—. ¿Qué haces aquí?

—Acabo de llegar.

Asentí y, algo inquieta, abrí la puerta. Me dirigí al ascensor y apreté el botón para que bajara. Noel me pisaba los talones.

—Así que Alek... Qué calladito te lo tenías —protestó mientras esperábamos. Él se cruzó de brazos enfadado—. ¿Ya has aprovechado para comerle la boca?

Lo miré de reojo y exploté. Estaba montando un número y seguía sin entender por qué.

—¿Qué demonios te pasa, Noel? —Estaba molesta. Me encaré con él y le puse un dedo en el pecho, acusándolo—. Yo no te pedí explicaciones cuando besaste a Jolene. ¿No?

El ascensor llegó y nos montamos. Los dos nos quedamos mirándonos, incómodos por la tensión que había entre nosotros. Se podía palpar en el aire.

—Así que te ha besado... —Casi pude oír como su corazón se rompía en mil pedazos, su rostro se convirtió en una mueca de disgusto—. ¡Joder, joder!

—No te estoy entendiendo —musité, pellizcándome el puente de la nariz e intentando respirar hondo.

—Y... ¿te ha gustado? —preguntó resentido.

—Claro que no... —Creo que en ese momento, por fin, fue la primera vez en mi vida que uní los cables y comprendí a los hombres—. ¡Ay, por favor! ¡Recórcholis! No me lo creo.

—¿Qué? —Entrecerró los ojos.

—¡No me jodas, Noel! —Estallé en risas y me abalancé sobre él, hundiendo mi cara en su pecho. No podía dejar de reír, me dolía la barriga—. ¿Es que estás celoso? No me lo creo.

Él apoyó una mano sobre mi pelo, apretándome suavemente más contra él, le rodeé la cintura con mis brazos, abrazándolo. Levanté la cabeza, quedándome a centímetros de sus labios. Los roles se habían invertido, la que estaba nerviosa entonces era yo.

—¿Yo? ¿Qué? ¡No! ¡Claro que no! —chilló removiéndose incómodo—. ¿Yo, celoso de ese

hijo de puta? No. Es solo que...

—Pues diría que ahora mismo noto un poco de celos en tus palabras —lo corté.

Al final suspiró abatido.

—Yo solo... Es que soy un idiota.

Bajó la vista, encontrándose con mis ojos, que lo miraban desde abajo, pues seguía abrazada a él. Intenté averiguar qué se le pasaba por la mente, mi corazón se marchitó al verlo así. Tenía ojeras y una barba de pocos días. Se pasó una mano por el cabello, revoloteando los mechones castaños que le caían rebeldes.

—Noel... —Entrelacé mi mano con la suya y lo obligué a mirarme.

—¿Qué...? —tartamudeó.

Me armé de valor. Él necesitaba oír esas palabras.

—Serás muchísimas cosas: pero ser un idiota no está dentro del pack.

A Noel lo pilló por sorpresa cuando me pegué más a él. Sus labios comenzaron a descender hacia los míos. Tragué saliva, lo necesitaba más de lo que podía admitir. El corazón me latía desbocado y en mi estómago revoloteaban mariposas furiosas.

—Busca lo que encienda tu alma —susurró casi encima de mis labios, a punto de acariciarlos.

Fueron palabras casi imperceptibles, casi más para él mismo que para mí. La mujer de la panadería, Lucinda, se lo había dicho hacía mucho tiempo.

—Siempre —le respondí. Me acerqué más, a punto de saborear los labios de mi vecino.

En ese momento se abrieron las puertas del ascensor. Dos gritos de sorpresa. El beso nunca llegó porque Noel y yo nos giramos. No sé quién pilló a quién.

—¡Lena! —gritó mi madre, manchada de pintalabios y sujetando la cintura de otra persona.

—Joder —contestamos Noel y yo.

Me quedé sin aire. No, no podía ser. Con ella, no...

Firmarte con un beso



Noel Martín

—Gracias por venir —dijo el rubio antes de cerrar la puerta.

Llevaba barba de varios días. Bueno, eso si se la podía considerar así. Apenas parecía la pelusilla de un adolescente entrando en la pubertad.

—No me las des —añadí—. Los amigos están para las buenas y para las malas.

Entré en su casa. Cristian estaba solo, pues sus padres se habían ido de viaje a Turquía a supervisar varias campañas nuevas para su empresa de máquinas de café. La cocina estaba hecha un desastre: platos apilados, tazas manchadas y cajas de pizza. Arrugué la nariz, se notaba que jamás había tenido que valerse por sí solo.

—No sabía que esa bola de mugre y todas esas cajas de pizza aceitosas fueran tus nuevos compañeros de piso —comenté asqueado.

—No he tenido tiempo para limpiar —protestó él mientras se dirigía al salón.

—Entiendo que te hayan roto el corazón. —Cristian me miró cansado y molesto. De acuerdo, había una posibilidad de que se lo hubiera roto yo—. O lo que sea que te hayan hecho. ¡Pero es que parece que haya pasado una puta estampida!

—Hazme el favor de callarte y siéntate en el sofá. Voy a cambiarme y a por unos refrescos.

Le hice caso y me tiré encima del sofá, que era el mejor del mundo. Qué siestas me había pegado allí los primeros años de instituto! Estiré las piernas en la mesilla de madera que estaba delante de mí. En ese preciso instante recibí un mensaje. No pude evitar sonreír como un idiota.

¿Dónde te has metido?

¿Ya me estás echando de menos, pecosa?

Envié el mensaje. Adjunté varios emoticonos de una cara haciéndole ojitos.

¡Claro que no!

Escribiendo, escribiendo...

Dejó de escribir. Me pregunté qué me quería decir.

Solo estoy inquieta por tu integridad moral. ¡Hacer novillos no es una buena señal!

Era 23 de abril, Sant Jordi, y, por tanto, fiesta nacional en Cataluña. Era un día festivo donde se regalaban rosas y libros. Las calles de Barcelona se vestían de letras y flores. Todo había empezado con una leyenda poco creíble. El caballero mataba al dragón que se comía a las personas para salvar a la princesa, y de la sangre del animal nacía un rosal con unas rosas rojísimas. Yo siempre fui del equipo del dragón. De algo se tenía que alimentar, ¿no? Pobre bestia.

Ese día del año el instituto siempre hacía talleres que eran tediosos para un tío con las hormonas alteradas y las pocas ganas de vivir que tenía. Así que me los había saltado.

«No me mientas, te estás aburriendo y no sabías con quién hablar», le escribí.

«Tienes razón —vi aparecer en la pantalla. Me mordí el labio, al borde del colapso. Joder, la quería besar ya—. Es demasiado aburrido ver a los chicos de clase intentando hacer taichí. No sé qué necesidad tienen de quitarse el jersey para enseñar sus abdominales.»

«Lo que te pasa es que preferirías verme a mí sin camiseta. Solo me lo tienes que pedir, pecosa», tecleé sin pensar. Esa conversación estaba subiendo de tono.

«O igual te dejo sin ojos. Todo depende de la chorrada que me digas.» Recibí el mensaje junto a un *sticker* de un perro que me juzgaba con la mirada.

Cristian regresó, se había cambiado de ropa. Al menos ya no parecía un ser vomitivo. Guardé el móvil, después contestaría a Lena. Él puso música en su tablet. Comenzó a sonar la nueva canción de Nathy Peluso.

Gruñí por lo bajini.

—¿Qué? —me preguntó.

—Mira que eres cansino con esa mujer. Me sé todas las canciones por tu culpa.

Él abrió mucho los ojos, ofendido.

—Si no te gusta, te largas, tan fácil como eso.

Levanté las manos, rendido. Estaba de un humor de perros. Era verdad que tenía más problemas de los que aparentaba, pero, aun así, tenía que intentar hacer algo.

—Estoy tan agotado... —añadió mi mejor amigo. Cerró los ojos y se dejó caer a mi lado en el sofá—. Solo quiero dormir.

—Es tan fácil como descansar.

—¡No te jode! Lo que pasa es que tenía que hablar contigo —murmuró mientras se frotaba los ojos, que tenía hinchados de dormir poco.

—Hostia, tío. ¿No te das cuenta de que esto se parece a una relación a punto de romperse? Me vas a destrozar —lloriqueé expresamente.

Quería quitar hierro al asunto. Cristian hacía días que no se movía de casa. Me había enviado un mensaje para que les dijera a los profesores que estaba con gastroenteritis. «Una cosa es

cagarla y otra cosa es vivir con diarrea», le había dicho. Me contestó que ya se encargaría él mismo de falsificar las firmas de los médicos.

—Eres gilipollas, Noel.

—Gracias por darte cuenta —gruñí—. ¿Cuándo vas a volver a clase?

—El día que se me caiga la polla.

Estaba peor de lo que pensaba.

—Si quieres te la corto —resoplé—. Ahora en serio. No puedes vivir aquí encerrado. ¡Que tienes casi dieciocho años, joder! Y una polla que te funciona bien y que, por lo visto, debes de utilizar bastante.

—Y unos padres homófobos que como se enteren de que su único hijo es bisexual se pasarán el día santiguándose, intentando invocar a la Santísima Trinidad de mis santos cojones para que «arregle a su primogénito» —soltó de carrerilla y de mal humor. Sus palabras eran tan afiladas que podrían haber cortado el viento.

—¿Y eso qué tiene que ver con que no puedas ir a clase? —protesté.

—Mira... Lo que pasa es que no quiero que Oliver vaya hablando y se entere todo el puto instituto. —Puse los ojos en blanco ante su dramatismo—. ¡¿Qué?! Sí, me lie con él, joder.

Examiné sus palabras. Era la primera vez que reconocía que también le gustaban los chicos. Aunque, obviamente, yo lo sabía gracias a un beso no correspondido. Asimismo, era un gran paso.

—Eso... Ya lo sabía —confesé divertido.

—¿Qué? ¡Payaso de mierda! Te voy a partir la cara. —Se levantó de inmediato, frotándose las mejillas con ambas manos, incrédulo a mis palabras—. ¿Cómo que lo sabías? Y yo pasándolo mal porque te lo quería contar.

—Podemos decir que oí cierta discusión el día del festival.

Obvié el hecho de que los había oído intercambiarse saliva en los baños del instituto.

—Me lo podrías haber dicho.

Se encogió en el sofá.

—¿Para qué? ¿Para hacerte sentir peor? —Le apreté el hombro, infundiéndole ánimos—. Pensé que era mejor esperar a que me lo contaras tú porque te sentías preparado.

—Déjate de tantas palabras ridículas —se quejó—. La cosa es que si voy más al instituto voy a ver a Oliver, y podríamos decir que le dije algo un poco desagradable.

—Le dijiste que no lo querías —rememoré la conversación—. Fue un golpe bajo, la verdad. Lo *friendzoneaste* pero bien, cabrón.

—¡No ayudas! —Se sentó derecho y me fulminó con la mirada—. Si él me ve, puede que se le vaya la lengua. Si se le va la lengua, la gente se enterará, y entonces correrá la voz de que estuvimos liados. ¡Y ese rumor llegará a mis padres!

—¿Acaso has estado viendo películas ñoñas estos días? Te has montado un culebrón que flipas —me reí.

—¡Noel! —Me golpeó exasperado.

—Vale, vale. —Levanté las manos—. A ver, Cristian, tus padres te quieren y lo sabes.

—Mis padres quieren un heredero, no te engañes —escupió resignado—. Quieren que sea el hijo perfecto. El mujeriego que sabe de cócteles. El que adora escuchar jazz mientras fuma un puro y bebe un Martini. ¡Y adivina! Yo estoy puto pillado de alguien que tiene nabo y odio beber Martini.

—Y qué buen nabo... Ideal para enterrar en los huertos —me reí.

Cristian se sonrojó e intentó darme lo que debería haber sido un golpe amistoso en las costillas. Se pasó tres pueblos.

—¡Hijo de puta, qué daño! Que mañana tenemos entrenamiento de básquet —me quejé.

Sin embargo, Cristian agradeció que yo aliviara ese momento de tensión con bromas. Sobre todo, por el hecho de que él estaba pillado de mí. Pero era mi mejor amigo, y yo no quería perderlo.

—Te lo merecías. —Se sentó bien—. Pues eso. Jamás lo entenderían, tío. Ni aunque Jesucristo bajara de la cruz y les diera dos hostias. Y no me refiero a las galletas que dan en las iglesias.

—Están malísimas esas galletas... —pensé en voz alta.

Bad Blood de Taylor Swift comenzó a sonar. Me quedé petrificado. Joder. Cristian levantó las cejas, flipando. ¡Maldita pelirroja! Me había cambiado el tono de llamada del móvil el día anterior, cuando la acompañé a casa después de clase y me lo pidió para buscar algo de Matemáticas en Google.

—Qué canción más pegadiza, pensaba que eras más de rock —soltó mi mejor amigo, extrañado—. ¿No vas a contestar?

Incrédulo, descolgué la llamada.

—Ahora tenemos problemas... —Lena parafraseó la letra de la canción—. Y no creo que los podamos solucionar.

—¡¿Cómo se te ocurre ponerme esa canción de tono de llamada?! —le recriminé—. Voy a ser el hazmerreír de la gente, joder.

—Taylor Swift es una reina y a ti te gusta. No lo niegues, vecino. —Parecía divertirse con la situación.

—No es así. —Negué con la cabeza, aunque no me pudiese ver—. Si me sé las letras es porque me obligas a escucharla todo el día.

Ella comenzó a hablar sin parar. Cristian frunció el ceño, concentrándose para captar algo de la conversación que tenía con mi vecina. Yo aún seguía intentando asimilar que estaba hablando con ella por móvil, y que mi mejor amigo era testigo de aquella conversación. Aún mejor: mi amigo, el que estaba pillado por mí.

—¿Es Lena?

Asentí.

—Pero ¿me estás escuchando? —vociferó la pecas desde el otro lado de la línea.

—Que sí.

En realidad, no. Hacía rato que había desconectado, cavilando sobre mis pensamientos y lo que la echaba de menos. Joder con la pelirroja.

—¿Y qué he dicho?

Mierda, tenía que buscar una salida fácil. Suerte que mis dotes de ligoteo eran muy básicas pero factibles.

—Que no me puedes bajar la luna, pero sí los calzoncillos —contesté guasón. Hice mis mejores esfuerzos para intentar poner una voz sensual—. La cosa es que yo te deje hacerlo. No soy tan fácil, cariño.

Cristian soltó un grito de sorpresa. «¿Habéis follado?», me preguntó entre susurros.

Levanté una mano, instándolo a esperar.

—¡Yo no he dicho eso! ¡Gorrino! ¡Marrano! Eres peor que una discoteca hetero. —Cristian oyó esa parte y soltó una carcajada—. Y te seguiría insultando, pero eres tan básico que te tendría que explicar su significado.

—Si tu miembro viril fuera igual de grande que tu arrogancia... Entonces igual sí que ella te rogaría —soltó Cristian, aunque parecía algo incómodo con la situación.

—No ruegues tanto, Lena. —Hice oídos sordos a ambos—. ¿Por qué me has llamado? Sé que me echas de menos, pero es mi día libre de ti.

—Gilipollas —sopló—. Te iba a proponer ir a pasear esta tarde por Barcelona. Mis amigos no pueden, y Sant Jordi es mi festividad favorita.

—Así que soy tu segundo plato. —Me hice el dolido.

—Podríamos decir que eres el postre... —Me siguió el juego.

—Tienes razón —me reí—. Soy el que está más bueno.

Cristian resopló y puso los ojos en blanco. Lena se calló un momento. Oí como alguien le hablaba. Me dieron ganas de partir caras cuando oí como le decían «¿En serio lo besaste? ¿Por eso estás sonriendo tanto? Joder, cómo te mira. Me corro sola». Era la voz de Nia, la cotilla de la clase y amiga de Oliver, el cual era el primo del pelinegro. Até cabos. Puto Alek, putos celos. Lena le susurró un «deja ya el tema, tía. No quiero nada con él», intentando tapar el micrófono. No lo consiguió, lo había oído todo.

—Te paso a buscar por el instituto cuando terminen las clases. A las tres.

—Perfecto —contesté aún irritado por la conversación que había oído sin deber.

Colgué. Cristian me observaba, entre cabizbajo y divertido.

—Creo que la última frase, de la cual no me he enterado, te ha puesto un poco celoso. —Inclinó la cabeza—. Bienvenido al club.

—No estoy celoso —me defendí—. Solo estoy un poco hasta la polla del hijo de puta de Alek. Primero Jolene, después me jodió en básquet y ahora que he hecho algo parecido a una amiga se mete en medio. Me ha convertido en el hazmerreír de la clase.

—¿Y no tiene nada que ver que te hayas empezado a pillar de Lena? —Se levantó para encender la tele—. Quién habría dicho que los dos chicos más populares de la clase terminarían enrollados con los pringados...

—No estoy pillado, ni enamorado, ni nada que se parezca —protesté cruzándome de brazos.

—Primer síntoma de enamoramiento: cada vez que hablas con ella se te iluminan los ojos. ¡Y no me jodas con que es la lámpara del techo! —comenzó a canturrear.

—No es verdad. Solo me ha entrado polvo en los ojos.

—Segundo: notas mariposas en el bajo vientre. De ahí que le digas cosas tan sexuales para picarla, porque el que realmente lo desea eres tú.

—No son mariposas, es diarrea por la mierda de refresco que me has dado.

—Y tercero —hizo caso omiso—: Estás celoso no, lo siguiente, porque Alek está intentando conquistar a la chica que te gusta. Date cuenta, amigo.

—¿Es que ahora te crees psicólogo? —Suspiré—. Oye, ¿y no te interesaría seducirlo para que dejara en paz a Lena?

Me dio una colleja y me insultó de mil maneras diferentes.

—¿Sabes?, deberías besarla hoy —dijo—. No creo que cambies de sapo a príncipe encantador, pero seguro que se te quita esa cara de oler mierda.

Joder. Me imaginé besándola despacio. Mordiendo sus labios suavemente mientras la agarraba de la cintura para que se pegara más a mí. Sintiéndola. Saboreándola. Lamiéndole y besándole los labios hasta dejarle claro que no me interesaban otros. Igual Cristian tenía razón... ¡Qué horror! Me removí incómodo.

—Ni de coña, tío. No lo veo —mentí. Mis mejillas estaban ardiendo—. Antes, que me atropelle un camión.

—Si quieres seguir mintiéndote, allá tú —murmuró rindiéndose—. ¿Una partida a la Play?

Asentí. Cristian cogió el *Call Of Duty*, la última versión que habían sacado a la venta. Lo observé de reojo. La tensión entre nosotros había disminuido, pero no podía olvidar sus sentimientos y sus confesiones. Me sentí mal por él.

—¿Sabes?, yo nunca me convertiría en un zombi o en un vampiro. —Cogió el mando de la Play.

—¿Por qué? Si debe de molar mazo. Puedes arrancar cabezas —contesté.

—Pero piensa que, si ya cuesta levantarse de la cama, imagínate de una tumba.



La esperé fuera del instituto, apoyado en mi moto y sujetando otro casco para ella. Lena estaba tardando muchísimo, se me dormiría la pierna como siguiera en esa posición. Así que, en contra de mis estúpidos principios de chico popular que no se puede codear con pringados, decidí

entrar en el insti, a ver si la encontraba. Hacía mucho tiempo que había olvidado mis tres normas básicas.

—Vaya, el absentista. —Era una voz femenina que reconocía demasiado bien.

—Jo —saludé—. ¿La has visto?

No hizo falta decir su nombre. Jolene sabía perfectamente de quién hablaba.

—Joder, sí que te ha pillado fuerte. Quién diría que hace unos meses éramos pareja y lo único que hacíamos era fornicar como conejos —se mofó mientras se hacía una coleta de caballo —. Creo que la ha atrapado Alek al salir de clase. He oído que quería hablar con ella.

Cada vez había más posibilidades de que me pusiera a repartir puñetazos. «Cálmate», pensé.

—Anda, te acompaño a buscarla antes de que le saques los ojos a alguien o lo jodas todo.

Caminamos en silencio por los pasillos. Al final, la encontramos enfrente de los baños, esos mismos donde hacía pocas semanas habíamos oído a Oliver y a Cristian besuquearse. Alek le susurraba algo en la oreja. Lena, en una de las manos, llevaba una rosa más roja que la sangre.

—Van a volar cabezas —canturreó Jolene—. ¡Me encanta!

Me hervía la sangre al verlos juntos. Me pasé una mano por el cabello, revolviéndolo. Oh, sí. Iban a volar cabezas. Aparté a Jolene a un lado, encaminándome hacia ellos. Alek hizo una mueca con la boca cuando me vio. Lena se incomodó.

—Pensaba que te habías perdido, te estaba esperando fuera. —Me situé a su lado y le pasé un brazo por los hombros. Igual sí era verdad que el problema lo tenía yo.

—Nos vemos mañana en clase, Trébol. —Alek se largó.

«¿Trébol de qué?» Pensé que era un payaso. Lena me apartó a un lado y me empujó con las dos manos. La rosa se le cayó al suelo.

—¡¿Qué te pasa?! ¿A qué ha venido eso de pasarme un brazo por los hombros? —gritó—. ¡¿Qué querías demostrar?! ¡Si es que tenéis una masculinidad muy frágil! Flipando me hallo.

Me mordí el labio. Tenía razón. Pero mi cabezonería era algo natural en mí. La agarré de los brazos, impidiendo que siguiera dándome golpes suaves en el pecho. Acerqué mi rostro al de ella.

—No tengo que demostrar nada —le murmuré en la oreja. Mi voz sonó como un ronroneo que provocó que la quisiera besar allí mismo.

—Tanta tensión en el aire me aburre, a ver si os coméis la boca ya. —Jolene se llevó una mano a los labios simulando un bostezo y se situó entre los dos. Nosotros la miramos, Lena se sonrojó al segundo—. Zanahoria, a ver si aprendes de mí, que ahora somos de la misma familia.

—Esto ya pasa de castaño oscuro —protestó la pelirroja, deshinchándose—. No somos hermanas.

—Admítelo. Lo mejor que te podía pasar es que yo fuera tu hermana —sonrió enseñando todos los dientes—. Anda, os dejo solos. ¡Y hacedme el favor de hacerlo con protección! No quiero ser tía tan pronto.

Lena se tapó los ojos, intentando respirar hondo. Aguantándose las ganas de mandarlo todo a

la mierda. No llevaba nada bien que Jolene se hubiera convertido en su posible hermanastra; ni tampoco haber pillado a su madre morreándose con otra persona. Encima, me había contado que Marcos estaba muy molesto, hacía meses que sabía lo de Cecilia y no lo asumía. Por eso no se hablaban.

—¿Cómo lo llevas?

Ella recogió la rosa que estaba en el suelo, la guardó en la mochila y comenzamos a caminar hacia la salida.

—¿Lo de que mi madre esté liada con la madre de Jolene? Dicen que el tiempo pone cada cosa en su lugar... ¡Pero es que llevo días intentando que se ordene mi vida y no pasa nada! —Estaba casi fuera de sí, no dejaba de mover las manos histérica.

—¿Te animaría un café en el centro? —propuse—. Sé de un sitio donde los hacen buenísimos.

Sabía que Lena era más de teína que de cafeína, pero tenía la necesidad de animarla. Ella asintió. Nos subimos a la moto. Arranqué y pusimos rumbo al centro de Barcelona, al paseo de Gràcia. Por primera vez ella se agarró bien a mí, sin mantener distancias y sin necesidad de frenazos. Nos unimos al tránsito de hora punta y tardamos bastante en encontrar aparcamiento, pero no me importó, porque sus brazos no dejaban de abrazarme y, joder, me gustaba demasiado.

—Joder, hay demasiada peña —me quejé cuando aparcamos al fin. El centro estaba petado.

—¿Por qué te sorprendes? —murmuró mirando a su alrededor—. Es Sant Jordi, lo raro sería que no hubiera nadie.

Comenzamos a caminar hacia la cafetería. Lena me contaba lo mal que lo estaba pasando en casa después de enterarse que el ligue de su madre era la mismísima Astrid Ocaña, la madre de Jolene. Me explicó que se habían conocido en la reunión de padres de septiembre. Se sentaron juntas y lo demás ya era historia.

Cuando llegamos, vimos que el local estaba a petar de gente. Pero, gracias al empeño de Lena en que esperásemos, conseguimos sentarnos en unos taburetes en la barra. Con eso teníamos más que suficiente. La cafetería era sencilla, decorada con flores de todos los colores y tamaños pegadas a la pared. Todo el mobiliario era de madera, lo que le daba un aire acogedor.

—¿Qué os pongo? —nos dijo un camarero joven, de unos veintipocos años.

Pedí un café con la leche fría y Lena un poleo menta (si es que hasta para eso tenía que ser peculiar). Nuestras piernas no dejaban de rozarse, ya no sabía si era de forma consciente o no, pero mi corazón no paraba de dar fuertes sacudidas.

—¿Cómo está tu hermano? —preguntó Lena mientras esperábamos a que nos sirvieran.

—¿Te acuerdas de él? —me extrañé ante su pregunta.

Ella puso los ojos en blanco, como si fuera obvia la respuesta.

—Vecino —chasqueó la lengua—. Soy tu vecina desde hace ocho años. Él se fue hace cuatro, ¡pues claro que me acuerdo, mentecato!

Mientras tanto, nos sirvieron las bebidas en la mesa. La pelirroja, que era una ansias, cogió la

taza y le dio un buen sorbo, quemándose toda la garganta. Comenzó a toser como una desgraciada.

—Joder, qué caliente —chilló, abanicándose la lengua. Solté una carcajada, ella era de una especie en extinción—. ¡Pero no te rías! Ayúdame, córcholis.

—¿Qué quieres que haga? —La miré directamente, ella tenía los ojos llenos de lágrimas por la quemadura—. ¿Que te sople la lengua? ¿O mejor que te la chupe?

El rostro de Lena se puso del mismo color que su pelo.

—¡Noel! Eres un basto.

—Has sido tú quien me ha pedido ayuda con tu lengua —repliqué.

—¡Eso no es cierto! —La pecosa frunció la frente—. Además, no me cambies de tema. ¿Qué tal tu hermano?

Me mordí el interior de la mejilla. Odiaba hablar de Leo con otras personas, porque mis ojos mostraban el resentimiento que me carcomía por dentro. Contesté irritado.

—Pues está bien. Sigue siendo el hijo perfecto y mimado incluso estando lejos... —Le di un trago largo a mi café.

—Noel... —Ella me acarició la mano, notando el rencor en mi voz—. Deberías dejar de compararte con los demás.

—¿Así de fácil? —contesté sarcástico.

Ella no contestó. La miré de reojo, sus ojos siempre brillaban, pasara lo que pasara. Su cabeza parecía que funcionara a todo motor.

—Solo sé tú mismo, eso nadie lo podría superar —murmuró al final para sí misma, pensando que yo no lo oiría.

Se acabó la infusión de un trago, nerviosa. Mi corazón no dejaba de latir desbocado. Joder si lo oí, fue como un soplo de aire fresco. No pude evitar sonreír.

—¿Pagamos y vamos a dar una vuelta? —la animé.

—¡Me parece genial! —Revivió de un momento a otro—. Venga, vamos.

Pagamos y, entre risas, decidimos ir a dar una vuelta por el paseo de Gràcia, que estaba rebosante de gente. Los turistas no paraban de hacer fotos a la Casa Batlló de Gaudí, la cual habían adornado con centenares de rosas rojas. La magia vibraba en el aire. Había tenderetes en todas partes, vendían libros a punta pala y rosas de todos los colores que resplandecían bajo el rocío artificial. Era todo un espectáculo.

—¡Espera, espera! —Lena se detuvo delante de un estand de una editorial y comenzó a dar saltitos—. ¿Es la mismísima escritora de *No se encaja con cualquiera*?

—No sabía que te gustara la romántica. —Jamás me lo había comentado.

—Trata muchísimos más temas aparte de la romántica, Noel —contestó feliz, mientras seguía dando saltitos.

—¿Quieres hacer cola para la firma?

—Qué va, dan tíquets para la cola y hay muchísima —dijo desolada. Le iba a responder, pero

no me dio tiempo—. ¡Espera! Ahora vengo. Eso se lo tengo que decir a mi madre, a ver si firma más tarde en algún sitio y ella puede ir, que también es muy fan. Espera aquí, la voy a llamar.

Se perdió en uno de los callejones. Sabía que tardaría, ella y su madre hablaban por los codos. Me mordí los labios inquieto. La locura jamás había formado parte de mí, pero seguramente Lena estuviera pegándome algo, porque me dirigí por detrás de la carpa donde firmaba la escritora y me colé entre las cajas. Caminé, desorientado y con un nudo en la garganta. ¿Qué coño se me había pasado por la cabeza? Al final del pasillo abierto de cajas me encontré a una chica morena que estaba organizando sus libros.

—Disculpe, señora. —Ella dio un bote, asustada.

—¡No puede estar aquí! —exclamó con los ojos saliéndosele de las órbitas.

—Lo sé, lo sé... —No sabía qué decir, así que opté por la verdad—. Pero necesito ayuda.

—Pues se la pides a la policía, que para eso sirve.

—¡Es importante! —repliqué exaltado, no sabía ni qué decirle—. De verdad, necesito que me escuche.

La chica dejó las cajas que sujetaba en el suelo y puso los brazos en jarras. Era bajita y medía poco menos de un metro sesenta, así que le pasaba bastantes centímetros; sin embargo, era igual o más intimidante que yo.

—Más te vale que lo sea, dime —contestó molesta.

—Hay una chica que... —Tragué—. Bueno. Es una chica peculiar, estrambótica.

—¿Y?

Joder. ¿Ahora qué demonios tenía que decir? No sabía ni por qué estaba allí. Recordé a Lena brillando; siendo puro fuego. Entonces me di cuenta: quería ver esa sonrisa cada puto día de mi vida. Y si para ello tenía que cometer una gilipollez, lo haría. Comencé a hablar rápido, sin pensar.

—De verdad, ¡no se puede ni imaginar cómo se viste! A veces sus conjuntos son un puñetazo en los ojos. Además, adora decir frases raras, siempre avisa a los profesores cuando hay deberes y tiene un hurón, bastante feo, a decir verdad. Lo llama *Hei-Hei*. —Gruñí al recordar la rata de la pelirroja. Yo no dejaba de alborotarme el pelo, nervioso—. Total. ¿Sabe qué pasó? Que le tuve que pedir ayuda. En realidad, iba medio borracho. Bueno, los dos lo íbamos...

¿Por qué demonios me estaba abriendo con una desconocida?

—Ahora... —Suspiré—. No estoy seguro del todo, pero creo que me estoy pillando. ¡Aunque nunca aceptaré haber dicho eso!

—Continúa... —La chica me miraba extrañada; asimismo, en su rostro apareció la sombra de una sonrisa.

—No sé explicarlo... Es un sentimiento raro —farfullé medio ahogado, con una presión en el pecho—. Estar con ella es como estar...

En ningún momento me di cuenta de que la puerta que daba a la carpa se había abierto y alguien me observaba ensimismada. Yo solo estaba agotado mentalmente, colapsado porque no

sabía qué palabra utilizar para definir cómo me sentía.

—Es como estar en las nubes. —El susto fue brutal. Me volví poco a poco, encontrándome a otra mujer que tenía dibujada una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Cómo se llama la chica?

—Lena. Lena Rose —dije contrariado. Le estaba dando su nombre a una extraña—. ¿Y tú eres?

—Llámame Marta. —Soltó una carcajada—. ¿Estás aquí por alguna razón?

Me rasqué la cabeza, sin saber qué contestar. Estaba allí porque quería conseguir un libro dedicado por esa autora que le gustaba a Lena, aunque desconocía su nombre. No dejaba de removerme el pelo, nervioso e inquieto. Qué gilipollas me sentía.

—Podríamos decir que se me ha ocurrido la maravillosa idea de conseguir un libro firmado por esa autora que le gusta sin hacer cola —decidí contestar con la verdad por delante. De perdidos, al río.

Jamás esperé que pudiera pasar. Resultó ser que Marta era la escritora que tanto le gustaba a Lena. Abrió los ojos como platos cuando cogió uno de sus libros, el más reciente, y comenzó a escribir una dedicatoria. Yo solo podía decir «joder» en voz baja. ¿Y si Lena se tomaba eso como una declaración de algo? Tenía los huevos en el cuello. Yo no estaba preparado aún para quererla bien, aunque me habría gustado.

«¿Cuándo te has vuelto tan débil?», me susurró la voz de mi cabeza. Me mordí la lengua.

—Cuidaos mucho. —Me tendió el libro y regresó por donde había venido.

¡Me había regalado el puto libro!

Lo abrí, leyendo la dedicatoria:

Para Lena.

Para cuando no te acuerdes de que no eres lo que logras, sino lo que superas. Jamás dejes de soñar. Y cuídalo. Personas como él ya no quedan. Tú sabes a quién me refiero. Espero que disfrutes de esta nueva aventura.

Con cariño, Marta

Agradecí la amabilidad de la chica y, muerto de vergüenza, regresé donde había dejado a Lena. Me agobié cuando no vi su cabeza pelirroja entre la multitud. Empecé a caminar de un lado para otro, había demasiados turistas. Llamé una vez a su móvil; dos veces. ¡No contestaba! Joder. La había perdido. Me pellizqué el puente de la nariz, intentando respirar hondo. Había muchos turistas que me daban golpes y comencé a maldecir todo lo que me rodeaba. El nudo del pecho cada vez era más fuerte.

—¡Zoquete! ¿Dónde te habías metido? —Me sobresalté. Al ver que era ella volví a relajarme.

—Joder, Lena. Menos mal. —Respiré por fin mientras la cogía del hombro y la llevaba a una esquina de la calle, donde podíamos parar sin que nos dieran golpes.

—Te he estado buscando —replicó—. ¡Y no contestabas al móvil! ¿Para qué lo tienes? ¿Para llenar los bolsillos? ¿Para utilizarlo de linterna? ¿Para ver si el wifi ayuda a que se te conecte el cerebro?

—¡Oye! Yo lo tengo todo muy bien conectado —murmuré, aunque la sombra de una sonrisa nació en mis labios—. Es que tardabas demasiado y... Bueno. Ven. Vamos a un sitio donde no haya tanta gente.

Caminamos unos metros hasta encontrar una plaza que había cerca. Allí, al no haber puestos de libros, no había tanto barullo. Nos sentamos en un banco de piedra, cerca de un naranjo. No lo planeé, simplemente le tendí el libro, algo exaltado por lo que pensaría de mí.

—¿Qué es eso? —balbuceó entre las emociones que la embargaban.

—Hay gente que le llama «regalo». —Tenía un nudo en la garganta, no podía casi ni hablar —. Supongo que sabrás la definición entera, ¿no?

—Según la RAE, *regalo* es aquella acción de dar gratuitamente de forma voluntaria o por costumbre algo —recitó. Me reí. Ella jamás fallaba—. ¿Te han obligado a hacerme este regalo?

—¡Claro que no! ¿Por quién me tomas?

—Entonces sí, es un regalo —contestó divertida.

Sabía que odiaba las sorpresas. Cuando vio de qué libro se trataba abrió tanto la boca que temí que se le cayera. *No se encaja con cualquiera* tenía una cubierta preciosa, llena de hojas de diferentes formas y tamaños.

—Ábrelo, pecosa. —No pude evitar sonreír.

La pelirroja, a quien le temblaban las manos, lo abrió por la primera página, encontrándose la dedicatoria. La leyó con una mano en la boca y las lágrimas comenzaron a brotarle, acariciando su rostro. Entonces, sin venir a cuento, saltó hacia mí. Me abrazó con sus brazos delgados, pero fue tan fuerte que me recompuso en todos los sentidos.

—Hostia, joder... —Sus lágrimas de emoción me mojaron el jersey—. Mierda, Noel.

—Creo que nunca te había oído decir tantos tacos normales en una sola frase —contesté, devolviéndole el abrazo y escondiendo mi nariz entre su pelo.

Ella seguía alucinando.

—¡Es que no me lo creo! Por Dios, Noel. ¡Gracias, te quiero! —gritó sin ser consciente de que esas palabras me removieron por dentro. Me mordí el labio inseguro—. Por el amor de mi madre, es tan bonito...

—¿Te gusta?

«¿Qué pregunta de mierda es esa? Ya te ha dicho que sí, imbécil.»

—¡Pues claro, Noel! Pero he pensado que... También podrías firmármelo tú. —Me tendió el libro—. Me gustaría recordar este día.

Sus iris verdes se clavaron en los míos, me perdí en ellos. El estallido que hubo dentro de mí en ese momento me resultó inexplicable. Fue justo eso lo que provocó que confirmara que realmente sí que me estaba enamorando de ella. Esa mirada que se colaba entre el pensamiento de «no quiero puto pillarme de nadie». La quise besar, joder.

—Si quieres..., te puedo firmar con un beso.

No sé de dónde salieron esas palabras. Tenía las ideas desorganizadas, los nervios a flor de

piel y las palabras me salían atropelladas. Ella sonrió tímida. Estaba tan cerca que podría haber contado todas las pecas de su cara. Todas las motas doradas que se camuflaban entre el verde de sus ojos. La rodeé con los brazos, pegándola más a mí. Situé mi frente encima de la suya y cerré los ojos, aspirando su colonia floral. Rocé con mi nariz la suya, pidiéndole permiso para besarla. Nuestras respiraciones estaban agitadas y se entremezclaban. Sentía su corazón martilleándole en el pecho. El mío estaba peor.

Ella posó la mirada en mis labios. Se mordió los suyos indecisa. Me acerqué aún más, si era posible. «Joder, bésala y punto.» Cerré los ojos. Ella me agarró de la nuca. Notaba su respiración acariciándome. Sus labios rozaron los míos y miles de chispas me abrasaron allí donde me había tocado.

Justo en ese momento sonó *Bad Blood*. «Joder. ¡Puto móvil, que siempre suena cuando no toca!» Fue Lena la primera que se apartó, se cogió las manos temblorosas, sin asimilar lo que había pasado. Estaba a punto de mandarlo todo a la mierda, no contestar al móvil y besarla hasta quemar el mundo. Sin embargo, cuando vi de quién era la llamada la sangre dejó de correr por mis venas. Cogí aire y descolgué frustrado.

—¿Qué quieres? —Jamás llamaba, así que me preocupé.

—¡Tío! Estoy en casa —contestó feliz—. ¿Dónde estás?

Me olvidé de todo: de cómo respirar y de que había estado a nada de besar a Lena Rose. La misma chica a la que me había prometido no acercarme.

Las cicatrices al aire se curan mejor



Lena Rose

—¡Le han hecho hacer la maniobra del caballo del alfil de b7 en la apertura española y no ha sabido! —Estaba enfadada. Muy enfadada.

La semana siguiente era el campeonato nacional de ajedrez. Ricky, mi compañero del club, y yo practicábamos cada día después de clase. ¡Y él había fallado al tener que hacer esa maniobra tan fácil! No podíamos permitirnos equivocarnos. ¡Imposible! Además, si ganábamos me darían más puntos para obtener la matrícula de honor del instituto. Y todo el mundo ya sabía que Alek y yo estábamos compitiendo por ella. De hecho, nuestros propios amigos, Oliver y Paola, estaban organizando la porra de la clase.

Odiaba perder.

Cuando pensé en el pelinegro tuve que respirar hondo. Me había besado hacía días y, desde entonces, el ambiente entre nosotros había sido raro. Apenas hablábamos como antes.

—¿Maniobra de qué? —dijo Ronnie despistada. No dejaba de observar la sala de espera. Sus dedos repiqueteaban encima de sus rodillas, nerviosa.

—¡Es superfácil! En ajedrez, la apertura española es aquella que surge después de los movimientos, en notación algebraica, 1.e4 e5 2.Cf3 Cc6 3.Ab5.

Ella alzó un dedo inquieta.

—Cariño mío, te quiero mucho. ¡Mucho! —exclamó—. Pero ahora mismo necesito centrarme en lo que le diré a la psicóloga. Estoy acojonada.

Después de varios meses, Ronnie había decidido ir a la psicóloga. Había sido una sorpresa muy grata. En un primer momento, cuando Oliver y yo intentamos convencerla para que fuera, se cerró en banda. Tenía miedo de abrirse en canal. Pero, poco a poco, iba saliendo del pozo.

La miré y no pude evitar sentirme orgullosa de ella. Había ganado algo de peso y su cabello brillaba de nuevo. Llevaba pequeñas trenzas africanas adornadas con abalorios de colores. ¡Y sus

labios volvían a estar pintados de rojo! Estaba reconstruyéndose a pasitos, sintiéndose más viva que nunca.

—Irá bien, Ronnie —quise animarla—. La salud mental es necesaria y se debe trabajar en ella. Jamás pienses que es un signo de debilidad o que debes avergonzarte por ello.

—¿Creerá que he sido una gilipollas? —se lamentó—. Porque lo he sido...

—¡Claro que no! Lo más importante, y por lo que deberías estar orgullosa, es que te has dado cuenta. Has abierto los ojos. ¡Y eso es un triunfo!

—¿Y a qué precio? —La abracé—. He salido bien escaldada.

—Pero no todo el mundo puede decir que ha salido de una relación tóxica. —Tragué saliva, sabía que a ella le dolía aceptar que había estado en una relación tan perjudicial—. Lo importante es que ahora hayas sido consciente. Que hagas lo posible para volver a estar bien. ¿Cómo era esa frase?

—Resurgiré de las cenizas —añadió mientras me devolvía el abrazo—. Gracias por acompañarme, Lena... Y por quedarte a mí lado a pesar de todo.

En ese preciso instante abrieron una de las puertas blancas. Una mujer mayor de pelo blanco la llamó.

—¿Verónica Doménech?

Ronnie me observó. Le sonreí, animándola. Le prometí que no me movería de allí. Ella entró y me quedé sola en esa sala de paredes color huevo podrido. ¿Por qué no las pintaban de otro tono más alegre? Según la psicología, los colores son representaciones visuales de la vida. Mi favorito era el naranja porque creía que estaba subestimado. Ese color era divertido, cálido y exótico. ¡Y siempre se olvidaban de él!

Cogí mi agenda y comencé a garabatear todas las ideas que tenían que ver con mi futuro. Intenté aplicar la técnica japonesa *ikigai*, que consistía en encontrar el objetivo vital de cada persona. ¡Debía darme prisa! Esa misma tarde, a las siete, debía regresar al instituto porque tenía una reunión con Blanca, mi tutora, para hacerme una orientación academicoprofesional.

Recibí una llamada en el móvil. Me saltó el corazón al ver quién era.

—¿Haces algo el uno de mayo? —Sonreí como una idiota.

—Quedar contigo, ¿por ejemplo? —me aventuré a decir—. ¿Por qué?

—A Cristian le han regalado dos entradas para ir al Tibidabo, el parque de atracciones —me explicó—. Pero él no puede ir y me las ha dado. ¿Te apuntas?

Carraspeé, preguntándome a mí misma si era buena idea ir al Tibidabo con mi vecino. El mismo al que había estado a punto de besar ya varias veces. Me mordí los labios, quería ir, pero estaba aterrada por los sentimientos tan fuertes que se me despertaban cuando estaba con él. Eran desconocidos para mí.

—Deja que le pregunte a mi madre si tenía algún plan, que es festivo, y te digo —comenté al final.

—Espera, un momento.

Oí gritos de fondo. Noel le pasó el móvil a alguien.

—¡Hola, cariño! —No pude evitar atragantarme con mi propia saliva—. ¡Claro que puedes ir! No tienes ni que preguntármelo.

—¡¿Mamá?! —dije al borde del pánico, casi chillando—. ¿Qué haces con Noel?

El joven secretario del gabinete levantó la vista, arqueando las cejas.

—Me ha visto llegar con la compra y ha venido a ayudarme. —Su tono era de orgullo y felicidad—. ¿Sabes?, es un muy buen partido. Doy mi aprobación.

Me sonrojé de inmediato. Las orejas me ardían y el secretario me preguntó si estaba bien. ¡Ojalá la tierra me hubiera tragado y me hubiera escupido en otra parte del mundo! En las Maldivas habría estado bien.

—¡No exageres, Cecilia! —oí a Noel de fondo, tuteándola—. La cuidaré bien, lo prometo.

Lo visualicé poniéndose una mano en el corazón. Me alboroté mi melena enmarañada, alterada.

—¡No somos novios! —grité casi por el altavoz.

Ellos no me escucharon.

—¿Has visto? Si es que es atento y todo... —agregó mi madre, haciendo caso omiso—. Por cierto, hoy vienen a cenar Astrid y su hija. Vente pronto, que me tienes que ayudar. ¡Te paso a Noel!

Tragué saliva e intenté tranquilizarme. Lo último que me faltaba era ver a Jolene esa noche.

—¿Qué? Te noto algo nerviosa, pecosa. —Noel se estaba divirtiendo a mi costa—. El que debería estar preocupado soy yo. Rezaré diez padrenuestros y quince avemarías para que no me tires de la montaña rusa.

—Creo que prefiero arrojarte de lo alto de la noria. Dicen que es más alta —gruñí entre dientes.

—Me lo apunto: no subir a la noria —contestó sarcástico—. Y menos con un chimpancé gruñón sabelotodo.

—¿A quién llamas chimpancé gruñón? ¡Cascarrabias!

—¿No me dijiste tú que todos veníamos de los simios? Lo recuerdo. —Se hizo el pensativo. Su voz se volvió ronca—. Ayer. En la biblioteca. Estudiando Biología. O eso creo, porque no dejaste de mirarme los labios. ¿Acaso estabas pensando en cómo sería un beso mío?

Oh, no. Oh, no. ¡Por ahí no pasaba!

—Estoy convencida, tanto como de que la tela de araña es el material más resistente creado por la naturaleza, de que eras tú quien no dejaba de mirármelos —repliqué, aunque sabía que ambos no habíamos podido evitar hacerlo. Joder, anhelábamos ese beso.

—Podría ser. —Alcé las cejas nerviosa—. ¿Y no te dan miedo las arañas?

—Adiós, vecino. —Colgué y gruñí.

Estaba desesperada porque me gustaba tenerlo todo controlado, y mis emociones eran una endemoniada montaña rusa. La imagen de él acercándose volvió a dibujarse en mi mente. Como

sus ojos cafés se habían desviado en mis labios, sus brazos rodeándome y la frase que se había grabado con fuego en mi mente: «Te puedo firmar con un beso». Lo habría hecho. Besarlo.

O eso pensé hasta que me di de bruces contra la realidad gracias a una llamada en su móvil. El imbécil de su hermano rompió el momento. Sí, Leo Martín había regresado a su casa después de cuatro años y Noel estaba que se subía por las paredes. Lo extraño es que aún no hubiera mordido a nadie.

—¿Quieres un vaso de agua? —El secretario me asustó. Era un chico joven y rubio que debía de tener pocos años más que yo—. Te veo un poco pálida.

—No, no, gracias. Estoy bien —farfullé.

En fin. Las cosas entre Noel y yo se habían enrarecido. Nos pasábamos las horas juntos: en la biblioteca, en la cafetería o en mi casa. Según él era porque necesitaba la ayuda de mi cerebro —que no la mía— para estudiar. Decía que mis sesos eran iguales que los de un simio en un laboratorio: aprendían rápido. Aunque no podía obviar el hecho de que lo veía más atento. Y me gustaba.

Me puse a mirar mis redes sociales. Hacía años que no entraba, así que tenía decenas de notificaciones. Me metí en el perfil de Noel y comencé a repasar sus fotos. No podía dejar de sonreír como una estúpida. Pasaron los minutos sin darme cuenta.

—¡Ey! —Ronnie salió de la consulta.

Tenía los ojos rojos. Había llorado a mares, y era normal. Sabía que la primera vez siempre dolía. Recordar tus experiencias, que te digan cosas que no quieres oír, desgarrarte por dentro mientras lo sueltas todo... Era aterrador. Lo había vivido en mi propia piel. Cuando mi padre nos abandonó yo había ido a un psicólogo que me ayudó a sentirme mejor.

—¿Cómo ha ido? —La agarré de los hombros y la miré a los ojos, buscando cualquier indicio de dolor.

—Ha sido...

—¿Aterrador?

Ella negó con la cabeza.

—Doloroso —musitó bajito—. Y muy liberador. Yo...

Sonreí de oreja a oreja.

—No hace falta que me cuentes nada, hazlo cuando te sientas preparada. —Me lo agradeció —. Dentro de una hora tengo que ir al instituto a la tutoría con Blanca. Así que si quieres te invito a un helado de *stracciatella*, ¿aún es tu favorito?

—¡Perfecto! Tarde de chicas —dijo Ronnie contenta mientras se frotaba los ojos rojos—. Menos mal que no me he puesto rímel...

—Sigo sin entender por qué os ponéis plástico en los ojos... Una vez vale, pero ¿cada día? —la piqué.

—Corazón, mejor cierra esa boquita de piñón.

La heladería que estaba a quince minutos del instituto era la mejor del mundo. Pedimos los

helados y nos sentamos en la terraza. El calor había llegado para quedarse y hacía días que habíamos comenzado a vestirnos con ropa de verano. Me había puesto un vestido de cuadros de cuello cuadrado que me sentaba espectacular. Me sentía bien. Cerré los ojos, aprovechando el sol, que nos acariciaba. Mis pecas cada día eran más oscuras. Probé una cucharada de mi helado favorito: el de limón. ¡Gloria bendita! Tuve un orgasmo mental, aunque pasó rápido. Se me había quedado el cerebro congelado. A Ronnie le ocurrió lo mismo.

—¿Sabes por qué se te congela el cerebro cuando comes helado?

Ronnie puso los ojos en blanco.

—Y ahí va... —dijo burlona.

Yo hice caso omiso.

—En realidad es una condición conocida como «ganglioneuralgia esfenopalatina».

—¿Y en cristiano? —tanteó.

—Es una reacción del cerebro para protegerse de los cambios drásticos de temperatura —le expliqué, supercontenta de que me escuchara—. Las arterias que se localizan en la garganta aumentan el flujo sanguíneo y...

—¿Así que hablamos de flujos? —me cortó.

Supe en el preciso instante en que dibujó una mueca que pretendía ser sensual que iba a hablarme de Alek. Había corrido el rumor de que él me había besado. El pelinegro se lo había contado a Oliver, quien se lo contó a Ronnie y a Nia. Esta última se había encargado de distribuir esa información, aunque un poco distorsionada.

Algunos decían que yo le había engañado con otro chico; otros, que él había aceptado una apuesta para besarme. Vaya, todos denigraban a la mujer, para variar. Jolene, ahora que era mi supuesta hermana, ya me había dicho que me haría un manual para sobrevivir a los rumores. Aunque la seguía odiando, cada vez parecía intentar ser más cercana a mí.

—Ahora cuéntame, ¿qué flujo te aumentó cuando te besó el pelinegro buenorro?

Moví con tanto ímpetu el brazo que le lancé un trozo de helado a Ronnie. Justo en medio de la cara.

—Aunque me tires helado no puedes evitar mi pregunta. —Su tono era de burla, aunque le había dado rabia porque se había maquillado, sin ponerse rímel, claro.

—La verdad... —Quise pensar bien mi respuesta—. Fue un visto y no visto.

Ronnie abrió mucho los ojos.

—¿Tan rápido se corre? —Estaba sorprendida.

—¡Caray! Dejad de pensar que he follado —exclamé—. ¡Sigo siendo virgen y no pasa nada! Soy tan, tan virgen que cuando sudo sale agua bendita.

—Entiendo, entiendo. —Se metió una cucharada entera de helado en la boca—. Al menos, cuéntame. ¿Cómo fue? ¿Con o sin lengua? Quiero detalles.

Respiré hondo. ¿Lo iba a decir? Sí.

—¿Alguna vez te han besado y has pensado en otra persona? —Suspiré.

Fue su turno de sorprenderse tanto que se le cayó la cuchara del helado al suelo. Ni se inmutó. Se levantó de golpe y dio un golpe encima de la mesa con las dos manos.

—¡Detalles! —gritó.

—¡Tranquilízate, Ronnie! —Ella hizo un gesto dramático y volvió a sentarse. Cogió de nuevo su helado y lo comenzó a chupar impaciente—. La cosa es que cuando me besó... no sentí nada. Solo pude pensar en...

—¿En...? —insistió.

—Ya sabes...

—¿En...? —Arqueó una ceja.

—Esto es una conversación de besugos —me quejé, tapándome la cara con las manos muerta de la vergüenza.

—¡¿En?! —chilló.

—¡En Noel! —Sentí como una explosión en mi interior. Lo siguiente que vi fue como a Verónica se le caía el helado al suelo, estupefacta.

—¡Joder! ¡Qué fuerte, qué fuerte! ¿Te mola Noel? —comenzó a chillar. Me hice una bola sobre mí misma—. Me cago en la vida. Cuéntamelo. ¡Detalles!

—¡Caray! Deja de decir la palabra *detalles* —me quejé.

—Pues empieza a soltar la lengua.

Le conté todo lo que había pasado aquellos meses. Verónica no paraba de gritar improperios e insultos. Pero cuando le conté que lo había besado una vez por accidente, que se había colado en mi casa y que habíamos estado varias veces a punto de besarnos, explotó.

—¡¿Cómo que estuvo a punto de besaros?! —voceó. Varias personas que estaban pasando por la calle se giraron. Menuda vergüenza—. La próxima vez espero que le comas toda la boca. Aunque sigo pensando que es un gilipollas, pero un gilipollas que está bueno.

—Ni en tus sueños. Y no es gilipollas, es solo de carácter especial —lo defendí a mi manera —. Pero... no sé describir cómo me siento cuando estoy con él. Es extraño.

—Cuéntame. —Tenía la boca llena de helado.

—Me siento bien. Demasiado bien. Estar con él es como cuando ves el océano por primera vez. Pero somos tan diferentes... No estamos hechos para estar juntos. —Sentí mi corazón resquebrajándose.

—Lena. —Se puso seria y me cogió de las manos—. Es irónico que nuestra generación cruce el semáforo en rojo y después tenga miedo a enamorarse. Pero mentirte a ti misma solo te hará más daño. A veces, las personas que menos imaginábamos son las que nos llenan con las más pequeñas cosas.

—Ya... —contesté insegura.

—Yo lo aprendí a las malas. Estar con Carlos fue meterse en un huracán eterno. —Hizo una mueca al decir el nombre de su ex—. Puedes tener miedo a las alturas, y enamorarse es lanzarse al vacío. Pero, por eso mismo, sé qué significa querer bonito. Y el amor de verdad no duele.

Era la primera vez que Ronnie hablaba de Carlos. Vi como le temblaban los labios, como se volvían abrir algunas grietas. Pensé que las heridas al aire cicatrizan mejor, así que dejé que hablara y la escuché.

—Además, sinceramente, me gusta más Noel —suspiró soltándome las manos—. Es más...

—Humano —terminé la frase. Ella asintió.

Me acabé el helado, pagué los de las dos —regañé a Ronnie porque lo había tirado al suelo —, y nos dirigimos deprisa hacia el Rodoreda. Íbamos tarde. ¡Y yo odiaba la impuntualidad! Cuando llegamos estaba todo vacío. Era increíble lo inquietante y aterrador que era. Habría preferido encontrarme una araña y perderla de vista antes que entrar allí para hablar de mi futuro. Verónica, viendo que empalidecía, me cogió del brazo y me arrastró adentro.

—Lena, esa reunión es importante. ¡Tienes que saber qué harás con tu futuro!

—¡Tú echa más leña al fuego! —Estaba taquicárdica.

Ronnie tenía muchísima fuerza. Tanta que me empujó delante del despacho de nuestra tutora y caí de culo. Blanca tenía la puerta abierta... ¡Córcholis! Lo había visto todo. Se quitó las gafas de culo de botella y las dejó encima de su escritorio.

—¿Se ha hecho daño? —preguntó seria. Negué con la cabeza y me levanté. Le lancé una mirada a Ronnie que la habría sepultado bajo tierra. Ella se despidió con la mano, dejándome sola—. Tome asiento, señorita Rose.

Era la única profesora que me llamaba por mi segundo nombre.

—Bien. Vamos al meollo del asunto. —Parecía que siempre recitara las frases—. ¿Qué hace alguien tan sobresaliente como usted aquí? Supongo que sabe que esta reunión es una orientación academicoprofesional para su futuro.

«No lo sé. ¿Tal vez los sabelotodo también tienen dudas respecto a su vida y su futuro?» Me tragué las palabras.

—La verdad es que agradezco que haya acudido, señorita Rose —no me dejó hablar—. Es la mejor de la clase, a pesar de que en este preciso momento se vea eclipsada por el señor González.

Mantuve el control para no soltar cuatro improperios y poner los ojos en blanco. Si era una bocazas, y encima pelirroja, me acusarían de bruja. Maldito Alek, me lo estaba poniendo difícil.

—Lo sé, señora. —Me aclaré la voz—. El dilema es que aún no sé qué debería estudiar... Y las inscripciones a las universidades son dentro de pocas semanas.

Mi tutora empezó a abrir varios cajones. Rebuscó entre ellos y comenzó a sacar papeles. Creó un montículo enorme de hojas encima de la mesa.

—Todos estos folletos son de las universidades de Barcelona, y estos de aquí de las de Cataluña. También tengo las del resto de España, ciclos formativos, etcétera.

Me agobié con tanto papeleo. Lo había rebuscado tantas veces en internet que ya me lo conocía casi todo de memoria. El problema es que no sabía qué estudiar. Los leí por encima.

—Y después... —Cogió su ordenador y le dio a imprimir—. Hoy he recibido este correo. Es

una beca que ha salido este año, creo que le podría ir bien si la solicitara, usted tiene muchos méritos y cumple con todo lo que piden.

—Gracias... —dije un poco cortada.

—Es una universidad de muchísimo prestigio, con salidas profesionales espléndidas. —La impresora dejó de hacer ruido. Blanca cogió las hojas y me las tendió para que las leyera—. Además, usted tiene un futuro prometedor, señorita Rose.

—Gracias —repetí por segunda vez, removiéndome incómoda frente a la mesa. Comencé a leer los papeles que me había dado.

—Y también posee un currículum muy extenso para la edad que tiene. Ha estado en el club de ajedrez como jugadora y entrenadora de los más pequeños; creó una campaña para el ayuntamiento para proteger nuestras playas de los residuos...

Yo ya no la estaba escuchando. La sangre había dejado de correrme por las venas. Tragué saliva. No, no podía ser. Esa beca... Eso era demasiado.

—¿Aquí dice que esta beca es...? —No me salía la voz.

—Sí. Esta beca es en la Universidad de la Sorbona, en París —exclamó contenta.

—Yo... —Tenía un hilo de voz.

No. No podía irme a París. No después de todo lo que estaba sintiendo últimamente.

—Piénsalo, Lena —suspiró Blanca. Se quitó las gafas, parecía cansada. Me di cuenta de que era la primera vez que me tuteaba—. Es una oportunidad única. Por favor, prométeme que al menos lo pensarás.

Asentí, sin estar del todo segura. Al final, las personas que se atreven a ir demasiado lejos logran descubrir hasta dónde pueden llegar. Pero... no sabía hasta dónde quería llegar yo. Él había entrado en mi vida, y yo no quería que fuera una simple estrella fugaz.

Joder. Estúpido vecino, que me había jodido pero que muy bien.



—Pásame los mejillones —me pidió mi madre.

—¡Y también pásale los vibradores! —oí que gritaba Marcos desde lejos.

—¡Marcos! —lo regañé yo.

Si antes se hablaban poco, en ese momento se hablaban lo que venía a ser nada. Solo lo hacían para lanzarse pullitas. Sobre todo, de parte de mi hermano. Marcos no asimilaba que mi madre saliera con alguien. Menos con una mujer. ¡Y me daba muchísima rabia! Podía ser que el hecho de que fuera la mismísima Astrid Ocaña, la madre de mi archienemiga, me hiciera cuestionarme el sentido de la vida y las estadísticas de la buena suerte. Pero jamás negaría a mi madre que fuera feliz.

Cecilia bramó. Estaba cansada de discutir con su hijo. Decidí dar mi brazo a torcer e ir a hablar yo con Marcos. Me quité el delantal, que no estaba sirviendo para nada porque yo de

cocinar poco, y me dirigí a la habitación de mi querido hermano. Llamé tres veces, como de costumbre.

—Estoy ocupado.

—¿Te estás estimulando? —chillé a través de la puerta.

—¿Qué? —alzó la voz.

—¿Masturband...?

—¡Claro que no! —gritó antes de que yo terminara de decir la palabra. Le salió un gallo.

—Entonces no estás ocupado, paso.

Abrí la puerta sin esperar ningún tipo de aprobación. Marcos me fulminó con la mirada, pero, aborrecido de toda aquella situación, se levantó de la cama y se sentó en la silla del pequeño escritorio dispuesto a escucharme. Era una habitación más pequeña que la mía. Su lámpara y varios muebles me habían pertenecido en un pasado. Ya se dice que los hermanos pequeños heredan todo lo que tienen los mayores. Las paredes estaban llenas de pósteres de animes.

—¡Sí que estás aburrido! Tienes la habitación como una patena —exclamé impresionada. Estaba todo muy limpio.

—¿Qué quieres? —protestó, cogió un cubo de Rubik que le había regalado y comenzó a pasárselo de una mano a otra.

Suspiré y me senté en la cama. Los muelles estaban algo rotos. Nota mental: ahorrar, junto con mi madre, para comprarle un colchón nuevo.

—¿Me podrías explicar, querido hermano de mi corazón...? —tanteé.

—Al grano —escupió.

—¿... por qué te comportas así con mamá? ¿No te alegras de que sea feliz?

Él puso los ojos en blanco y levantó la vista al techo.

—No es eso...

—Pues ¿qué problema hay? —me quejé—. Nuestra madre ha estado la mitad de su vida luchando para que saliéramos adelante después de que ese hombre nos abandonara.

—Pero no debería salir con esa tía... —Mi hermano apretó los labios airado—. Debería estar más en casa, con nosotros.

Comencé a enfadarme, nuestra madre no se merecía todo aquello.

—Sé que ha estado poco tiempo en casa, Marcos. Soy consciente de que la mayor parte de las veces nos hemos cuidado el uno al otro —protesté—. ¡Pero ella se ha esforzado muchísimo para que podamos tener esta vida! ¡Para que podamos tener un futuro! Deberías estar agradecido.

—Lo sé...

—¿Entonces? —Me pellizqué el puente de la nariz, pidiendo al cielo que me diera paciencia.

—Está bien... —exhaló cansado—. Lo que pasa es que mis amigos se enteraron antes que yo.

—¿Y? —Arqueé una ceja.

—Las encontraron dándose el lote por el barrio, ¡y se pasan el puto día riéndose de mí! Dicen que ahora tendré dos madres MILFS y estoy hasta los cojones, la verdad.

Arqueé una ceja.

—¿MILFS?

—Madres maduras que...

—¡Entendido, entendido! No quiero saber más —corté exasperada—. Ahora en serio, cabeza de chorlito. ¿De verdad has dejado de hablar con nuestra madre por esa chorrada?

—Solo que...

—¿Qué? ¿Qué? —le supliqué. Tampoco me gustaban los rodeos.

Cogió aire y lo soltó de carrerilla.

—¡No quiero que nos volvamos a quedar solos, joder! —explotó—. Ni me acuerdo del hombre que debería haber sido nuestro padre... Se largó cuando yo nací, ¿no? Se fue con otra. Y no quiero que mamá lo haga. Sé que es una tontería, ¡pero, mierda!, no me lo quiero ni imaginar.

Me relajé. Me levanté de la cama y me arrodillé delante de él. Le cogí las manos con cariño. Marcos podía tener quince años, pero aún seguía siendo un niño al que le asustaban las relaciones que iban en serio. ¡¿Qué demonios?! Si me asustaban hasta a mí.

—Marcos, escúchame bien lo que te voy a decir. —Hablé lentamente, queriendo que él estuviera bien atento—. Jamás de los jamases te vas a quedar solo. Me tienes a mí. Tienes a mamá.

—Lo sé...

—¡Y nuestra madre nos quiere! Por suerte, la tenemos con nosotros. Hay muchísima gente que no puede decir lo mismo —dije en voz baja para que Cecilia no nos oyera—. La tenemos que cuidar, y, sobre todo, estar felices porque ella lo está. Independientemente de quién sea su pareja.

Marcos asintió, poco convencido. Suspiró y se levantó, dispuesto a ir al comedor para hablar con nuestra madre. Pero antes se giró y me miró preocupado.

—Siempre te voy a tener a mi lado, ¿verdad? —susurró.

—Verdad —le sonreí, queriéndolo en silencio—. Y si algún día estoy lejos, siempre estaré cuando lo necesites.

Me quedé sola en la habitación, pensativa. En pocos meses todo había cambiado demasiado. Alek había llegado a nuestras vidas, mi madre salía con la madre de mi «superamiga del alma», Ronnie había regresado y se estaba reconstruyendo, Oliver supuestamente tenía el corazón roto a causa del rubio *influencer* y... él. Él, la misma persona que había odiado, en ese momento había trastocado toda mi vida, mis planes y mi corazón.

Recibí un mensaje en el mismo instante en que llamaban a la puerta. Miré primero el móvil.

¿Estás bien? He oído gritos.

Me enterneció que Noel se hubiera preocupado por mí. Las paredes de ese edificio eran de papel. Muchas veces también se oían gritos desde su casa, y aunque él aún no me había contado nunca nada, me podía imaginar el porqué. Noté un escalofrío recorrerme la espina dorsal.

Sí, ya te contaré, fue una respuesta escueta.

Me dirigí al comedor, algo histérica. Seguía sin acostumbrarme a nada de aquello. Se me hizo muy raro encontrarme allí a Astrid y a Jolene, ambas vestidas con un traje de marca. El dinero se olía en el aire.

—¡Lena! ¡Qué mayor! —sonrió Astrid. Era clavada a Jolene, no me extrañaba que mi madre se hubiera fijado en ella—. Estás guapísima. Hija, ¿ya la has saludado?

—La saludo cada día, ¿verdad, Lena? —refunfuñó la pelinegra—. Mi queridísima hermana.

Arqueó una ceja, retándome con la mirada. Asentí. Bufé incómoda. ¡Que me partiera un rayo! Astrid y Cecilia se fueron al comedor. Marcos ya estaba sentado a la mesa.

—Así que esta es tu casa... —Jolene hizo ver que mostraba interés.

—Bienvenida a nuestra humilde morada —le susurré.

El sarcasmo corría por mis venas. Nos dirigimos al comedor. La mesa estaba preparada con un piscolabis inicial. Desde los famosos mejillones, hasta nachos y tequeños de queso. Astrid nos había traído un vino tinto y uno blanco. Su familia llevaba una bodega bastante conocida en España.

—¡Que aproveche! —dijimos todos.

—Y que por el culo lo eche —murmuró Marcos. Le di una suave patada por debajo de la mesa, aunque estaba intentando que no se me escapara la risa.

Astrid y mi madre compartieron risas y achuchones. Se las veía muy bien juntas, me alegré por ellas. Pero, aun así, la velada fue lenta. ¡Demasiado lenta! Parecía que el tiempo, en vez de correr, fuera de rodillas. Marcos solo soltaba quejidos, para ver si así le daban permiso para irse a la habitación a jugar con el ordenador; yo estuve, extrañamente, muy callada, y Jolene no dejó de hablar de los exámenes finales. ¡Quería pegarme un tiro en la sien! Al fin, llegaron los postres. Santo tiramisú. Me lo comí casi de tres bocados.

—Lena, ¿por qué no le enseñas tu habitación a Jolene? —me preguntó mi madre.

—La tengo desordenada —contesté con la boca manchada de chocolate.

Mi madre me lanzó una mirada de advertencia y me pasó una servilleta. Qué tiquismiquis.

—Eso no es verdad, si eres la persona más sumamente organizada y limpia que conozco —soltó Marcos, sin saber que me estaba haciendo un flaco favor—. ¡Incluso desinfecta todos los muebles un par de veces por semana! Es una crack.

Lo que tenía que ser un elogio se convirtió en una pesadilla. Me lamenté en secreto, pero no me quedaba otra. Nuestras madres querían estar solas, Marcos se fue a jugar y tuve que llevar a Jolene a mi habitación. Ella me siguió, contoneándose y moviendo la melena negra de un lado a otro como si fuera una modelo de Victoria’s Secret.

Abrí la puerta y la cerré otra vez.

—¿Qué coño haces, zanahoria? —protestó la pelinegra.

—Ya la has visto, ¿no? —contesté sarcástica—. Podemos volver al comedor y hacer ver que no existimos. ¿Te parece bien?

Ella abrió mucho los ojos estupefacta y negó con la cabeza. Me apartó, suavemente, a un

lado, abrió de nuevo la puerta y pasó por delante de mí. Cerré los ojos, esperando la primera crítica. No tardó en llegar.

—¿En serio tienes un póster de Ron Weasley? —Hizo una mueca desagradable—. Qué friqui.

Al menos sabía quién era Ron. Medio punto para ella.

—¿Y tú no sientes que deberías pensar antes de hablar?

Punto para mí. Me tiré encima de la cama, observando cómo curioseaba por toda la habitación, aguardando cualquier frase mordaz. Así que no esperaba que cambiara de parecer.

—En realidad, me gustaría tener una vida como la tuya, ¿sabes? Pasas desapercibida y si te quieren es de verdad —confesó—. Nadie te pide que seas perfecta.

Me senté con las piernas cruzadas encima de la cama. Arqueé ambas cejas.

—Eso no es cierto —murmuré indignada—. Justamente, Jolene, todo el mundo me pide que sea perfecta.

Ella cogió un libro para hojearlo. Casi me dan mil taquicardias cuando vi que doblaba un poco el lomo. ¡Con mis libros no!

—¿Y por qué deberían pedirte a ti que seas perfecta? —me preguntó mientras volvía a dejar ese libro en su sitio, algo torcido—. Es decir, intentas pasar desapercibida.

—Creen que una sabelotodo como yo tiene las ideas claras. Piensan que soy capaz de hacer cualquier cosa, que no me puedo equivocar —exclamé—. Y, créeme, lo hago mucho. Me equivoco cada día, pero aprendo. Aun así, la gente no lo entiende.

Jolene seguía cotilleando mi cuarto. Pasaba el dedo por encima de los muebles, tranquila.

—¿Y no estás cansada de que te pongan etiquetas? A mí sí que me cansa. La etiqueta de niña rica de mamá, de la popular y zorra del instituto —se lamentó.

—Supongo... —En realidad, jamás me lo había planteado.

Jolene, cansada ya de cotillear mi habitación, decidió sentarse justo a mi lado. Comenzó a analizarse pacientemente cada uña, que llevaba pintadas de un color negro rojizo muy brillante.

—Estoy bastante cansada —murmuró para sí.

—¿Y por qué te comportas como una persona sin sentimientos? —En eso, me recordaba muchísimo a Noel.

Ella movió los hombros, indicándome que no tenía ninguna respuesta.

—Supongo que en realidad estoy harta de tener que llevar una máscara para tapar mis emociones. —Chasqueó la lengua—. En definitiva..., tú y yo no somos tan diferentes. Solo que tú eres más rarita que yo.

Negué con la cabeza. Ella se levantó de nuevo, era una chica bastante torbellino, no paraba ni un segundo. Volvió a dar vueltas por la habitación y, de repente, cogió unos papeles al azar. Cuando vi cuáles eran me mordí la lengua. Joder, qué puntería, maldita beca.

—Vaya, la sabelotodo quiere una beca en... —Comenzó a leer—. ¡¿Qué coño?!

Salté de la cama y se los arrebaté.

—¡Córcholis! No toques lo que es mío.

Jolene, que no me hizo ni caso, se giró como un resorte.

—Joder, ¿y Noel? —protestó frunciendo el ceño.

¿Qué pasaba con él? Negué desesperada. Ya no quería comerme más la cabeza con todo aquello, era tarde y tenía demasiadas emociones entrelazadas en mi interior.

—No creo que pida esa beca... Es demasiado lejos —resoplé, sin saber aún qué quería hacer —. Aunque a Noel tampoco le importará lo que yo haga. Pero, por favor, no se lo digas a nadie.

—Joder, tía —exclamó levantando las manos al cielo. Ella también era una dramática, se podría llevar bien con Oliver—. Qué pesados sois, de verdad.

—¿Gracias? —contesté irónica.

—¿Aún no te has dado cuenta?

—¿De qué? —chillé también.

—Joder, ¡de que está pillado de ti hasta las trancas, niña! A ver si lo pillas de una vez. —Abrí mucho los ojos y medité sus palabras. Me costaba creerlas—. Ahora bien, eso no quiere decir que dejes de perseguir tus sueños. Y, tranquila, hermanita, no se lo voy a decir a nadie.

Yo solo me había quedado con la primera frase.

—¿En serio está pillado de mí?

Ella asintió.

—Se le nota a leguas, jamás lo había visto así. Tan dedicado a alguien. —Se rio—. Es fuerte, ¿eh? Quién iba a decir que la rarita le quitaría la coraza al chico malo.

Yo jamás lo había considerado un chico malo. Solo un chico roto y perdido. Pero eso no se lo dije.

—Ya...

—¿Y tú no te estás pillando de él?

—Yo... —Tragué saliva—. No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? —protestó indignada.

—Yo... yo solo creo que tengo un proceso bioquímico en el hipotálamo debido a la segregación de dopamina.

—¿Qué coño dices?

—Joder..., que creo que me estoy enamorando —solté jadeando.

Lo peor es que era cierto. Me estaba enamorando de él. Y eso era jodidamente irreparable.

Sé la mejor versión de ti mismo



Noel Martín

Cerré la puerta de casa de golpe. Los gritos cesaron. Odiaba mi casa, odiaba a mi no-padre, odiaba que él hubiera regresado. ¿En qué momento se habría imaginado que era buena idea? Alguien estaba rifando dos hostias, y mi no-padre y mi hermano tenían todas las de ganar. Seguía acordándome de cómo me había abrazado.

—¿Cuatro años no significan nada para ti? —le había escupido.

—Lo siento... No he podido venir antes.

—Claro. ¿Y qué es lo que ha cambiado?

Nada. No había cambiado nada y mi hermano lo sabía. El día anterior había estado con él, pero el sentimiento de abandono no se podía olvidar de la noche a la mañana. Me dijo que estaba de vacaciones de primavera, que me echaba de menos. Pero el corazón seguía doliendo a pesar de intentar ponerle tiritas. Y Pablo, mi no-padre, había reaparecido por casualidad. Estábamos de mierda hasta el cuello.

En vez de cantar «Vuelve a casa por Navidad» podríamos haber cantado «Vuelve a casa para joder». En fin, la vida era un asco. Con razón lloramos cuando nacemos.

Cogí bien fuerte la mochila y fui a buscar a la pelirroja. Me calcé unas Vans que había comprado de segunda mano y agarré las gafas de sol. Por último, me eché dos gotas de la colonia que utilizaba solo de vez en cuando. Ese día tenía la palabra *CITA* escrita, aunque quisiera negarlo. Salí a hurtadillas de casa, solo mi madre sabía que me iba.

Delante de mi portal, ella ya estaba esperándome, sentada delante de su puerta. Llevaba unos vaqueros acampanados, un top de tirantes con mariposas bordadas y una chaqueta vaquera. Un pañuelo de margaritas le adornaba la cabeza. Sus ojos se iluminaron cuando me vieron. Joder, estaba preciosa.

—¿Preparada, pecosa? —Le ofrecí mi mano para levantarla. La cogió y tiré de ella hacia mí.

Cuando estuvo de pie le di un beso en la mejilla, saboreando cada momento que estaba cerca de ella. Ella se separó un poco y me observó. Acto seguido, inclinó la cabeza. Movió la nariz, pensando. Era un movimiento que solo ella sabía hacer. Se había dado cuenta de las ojeras que tenía y del cansancio que acumulaba últimamente. No estaban siendo días fáciles.

—¿Estás bien?

«A tu lado, siempre.»

—Lo estaré —le prometí.

Para ser el primer día de mayo hacía frío. El tiempo estaba como una puta cabra. Había cogido una chaqueta vaquera que estaba algo rota y me quedaba grande. Observé que Lena traía consigo una cámara de fotos vieja.

—¿Es tuya? —le pregunté interesado y algo nervioso.

—Era de mi madre —sonrió feliz.

—¿Y es para hacer fotos?

«Claro que sí, idiota. Si es que un poco más gilipollas y no naces.»

La pelirroja me sostuvo la mirada. Seguro que estaba flipando con que le dijera aquello. No la culpé, esa pregunta era peor que cuando descubrí de pequeño que los personajes de los dibujos animados no eran reales. Y qué decepción.

—Mejor no contestes —añadí rápido.

—Sí, mejor. —Hizo como que se cerraba la boca con una cremallera—. Aunque, analizando bien tu pregunta...

—Déjalo.

—Sí, mejor —repitió burlona.

Ese día sí que cogimos la moto. Lena, obviamente, se quejó varias veces. No es que mi vecina odiara que condujera yo, pero seguía insistiendo en que coger el transporte público era más económico y sostenible. El trayecto se me hizo más rápido de lo que había pensado, vivíamos a veinte minutos del Tibidabo. Cuando llegamos, aparcamos a pocos metros de las taquillas.

Hicimos cola para los tíquets. Al ser un día festivo, el Tibidabo estaba a reventar de gente. Sobre todo, de niños. No pude evitar mirarlos con ternura. Siempre había pensado que es más difícil ser niño que adulto. Ellos tienen que aprender a vivir con personas cansadas, ocupadas, sin paciencia y siempre con prisas.

—¿Por dónde empezamos? —comentó la pecosa feliz.

Lena no dejaba de dar vueltas sobre sí misma, fascinada. Si seguía así, se marearía. No me habría importado sujetarla. Y, tal vez, plantarle un beso. Joder, qué cursi que estaba siendo. Señalé la noria.

—Por allí seguro que no —me quejé. Me imaginé allí arriba y se me subieron los huevos al cuello—. Que aún estoy aprendiendo el oficio de vivir.

—¡Entonces ¿qué mejor que ir?! —Comenzó a correr y me obligó a trotar detrás de ella.

—¡Tú lo que quieres es matarme de un infarto! —me quejé.

Ella llegó casi con flato; por suerte, yo estaba en mejor forma física. Empecé a desternillarme al verla tan cansada. La pelirroja me señaló lo que había delante de nosotros. Tragué saliva. Estábamos al pie de la noria. Era blanca, enorme, y cada cabina era de un color diferente. Demasiado grande; gritaba la palabra *muerte* en tres mil idiomas distintos. Joder. Huir no era una buena opción, pero morirme de un infarto y provocarle un trauma a la pelirroja tampoco.

—¿Estás seguro de que quieres subir? —me preguntó.

—¿Tú no? —contesté haciéndome el chulo. Pero por dentro recé para que dijera que no—. Si te da miedo, no subimos.

—¡A mí no me da miedo! —chilló indignada.

Me cogió de la mano y tiró de mí hasta la fila de personas que esperaban para subir.

A veces nos hacemos los valientes y eso puede ser un error. Ella no paraba de parlotear, pero yo no podía decir nada más, solo esperaba que la bilis no me subiera por la garganta. Vomitar allí arriba debía de ser una mala idea. Podría abrir las puertas de seguridad y vomitar en el aire. ¿Y si le caía en la cabeza a alguien? Lo peor que me podía pasar es que nunca más me dejaran entrar en el parque. Subimos en una de las cabinas verdes.

—¿Y no hay un cinturón o algo así? Ya sabes, como en los aviones o cualquier jodido transporte —titubeé—. A fin de cuentas, estamos en el puto aire.

—¿Tienes miedo, vecino? —dijo picándome. Maldije mi orgullo.

—¡Qué va! Eso sería absurdo. —Me senté derecho. Esa cabina era un espacio diminuto y sin protección—. Pero escúchame una cosa... El viento no lo va a tirar, ¿no?

Ella, que estaba delante de mí, se levantó y se colocó a mi lado. Me cogió la mano, apretándola.

—Irá bien, estoy aquí. —Sonrió.

—¿Y no moriré?

—No moriremos. —Soltó una carcajada inocente, ajena a lo que yo estaba viviendo.

La noria comenzó a moverse y maldije la idea de haber ido al parque Tibidabo. ¡Si no me gustaban ni los espacios cerrados ni las alturas! Empecé a morderme las uñas, pero Lena me apretó tanto la mano que me estaba cogiendo que tuve que dejar de hacerlo.

—¿Cuál es tu sueño? —me preguntó para que parara de pensar.

Le agradecí el gesto, pero mi mente iba a trescientas revoluciones por segundo. Busqué los miles de maneras que podían provocar mi muerte. Caerme, desmayarme, un ataque al corazón o que un pájaro impactara contra mi cráneo.

—¿Seguir vivo? —exclamé—. Aunque si la mierda del WhatsApp sonríe, yo también puedo.

—¡Viva el positivismo! —Lena puso los ojos en blanco.

—¿No tienes ninguna información útil sobre la seguridad de las norias? —musité incómodo —. Como cuando nos quedamos encerrados en el ascensor y me lanzaste una chapa sobre su mecanismo.

Lena abrió mucho los ojos, extrañada de que me acordara de ese fatídico día. Como para no hacerlo. Me había matado todas las neuronas con tanta información.

—Pues... Lo cierto es que no.

—Ah, qué bien. —Me mordí los labios—. Has escogido el mejor día para que la enciclopedia humana no funcione correctamente.

—¡Oye! —se quejó.

—Es verdad.

Ella puso los ojos en blanco.

—Lo único que podría pasar es que se parara la noria. O que un avión se estrellara. —Joder con mi vecina. Comencé a entrar en pánico—. Aunque es obvio que las probabilidades son bajísimas. Menos de un uno por ciento. Así que no tienes que preocuparte.

—Ah. Qué bien. —Tragué saliva. Empecé a sudar y las manos me temblaban. ¿Eso era una taquicardia?

—Noel...

No la oí, mi mente no dejaba de lanzarme señales de muerte. Mi parte irracional no pudo evitar comenzar a gritar.

—¡Joder, vamos a morir todos!

La pelirroja, asustada por mis gritos, me puso una mano encima de la boca y yo, que estaba colapsando, no tuve mejor idea que pegarle un lengüetazo.

—¡Marrano! —lloriqueó. Me soltó la mano para buscar algo en su mochila pequeña—. Me habías dicho que no estabas asustado.

—Yo pensaba que eras tan lista que te darías cuenta —gruñí. Se suponía que Lena era la más lista de los dos.

—Soy lista, no adivina.

—¿Qué haces? —Había sacado un pequeño frasco de cristal.

—¿Tú qué crees, mentecato? —me recriminó—. Me estoy lavando las manos para que tus gérmenes se mueran.

—¡Oye! Yo no soy un microbio —me quejé.

—¡Microbio, no! Son cosas diferentes, ¿sabes? —Ahí venía una de sus famosas explicaciones interminables—. Microbio es un organismo unicelular solo visible al microscopio. El germen es un microorganismo, especialmente un patógeno. Ese término se utiliza para referirse a bacterias, virus, etcétera, que pueden provocar enfermedades.

Desconecté en la segunda frase. Con razón siempre estaba al borde de suspender Biología. Me mordí la lengua e intenté no cerrar los ojos. Nos quedamos callados mientras la noria giraba y giraba. Cada vez estábamos más arriba, a punto de tocar un cielo que habría preferido ver desde abajo. Pero, en contra de lo que pensaba, cuando llegamos al punto culminante me quedé embobado.

¡Las vistas eran endemoniadamente maravillosas! El viento silbaba, aunque si prestabas

muchísima atención podías oír el canto de las aves, el ajetreo de las calles de Barcelona, y mi ridículo corazón latiendo más de lo normal. Cogí aire.

—Pecosa, ¿qué me habías preguntado antes? —le recordé a la pelirroja.

—¿Cuál es tu sueño? —Ella sonrió divertida—. ¿Ya has dejado de pensar que te vas a morir?

Hice caso omiso de su pullita.

—Creo que jamás he tenido sueños. Siempre he creído que estos estaban al alcance de las personas afortunadas, no de los infelices.

Se me humedecieron los ojos ante mi confesión. Era triste pensar eso, pero mis sueños habían muerto hacía mucho tiempo junto con mis emociones. Ahora, poco a poco, volvían a renacer. Lena frunció el ceño, mirándome como si fuera la primera vez que lo hacía.

—No es triste no tener sueños. Lo que sí lo es es que jamás llegues a pensar que sí que se te permite tenerlos. —Me acarició la mejilla, provocándome mil relámpagos en la piel—. Nunca es tarde para comenzar a vivir, Noel.

—Eso suena como otro punto de la guía. —Esbocé una sonrisa triste.

Me cogió de la mano. No me había dado cuenta, pero entre palabras y silencios cómodos llegamos al suelo. Tenía el corazón en un puño y demasiadas emociones arremolinadas en mi interior. Bajamos de la noria y nos dirigimos a un banco cerca del Carrusel, que tenía dibujos y trazados dorados. Yo tenía el estómago cerrado.

—¿Unas patatas fritas? —me ofreció divertida—. Como tratado de paz, por haber intentado matarte.

—Pero ¿podría ser en un sitio menos alto, por favor? Te lo suplico.

—No me creo que el mismísimo Noel Martín me esté suplicando. —Soltó una risita.

Nos dirigimos a un restaurante pequeño y carísimo. Lena me invitó a unas patatas fritas para llevar. No me opuse, me debía una muy gorda por haber subido a la noria. Mentira. La realidad era que Lena me había dicho que era una mujer independiente y que ella también podía invitarme.

Nos sentamos en un banco. Detrás de nosotros se alzaba imponente el Templo del Tibidabo. Delante teníamos el mirador del parque, que era impresionante. El sol se reflejaba encima del mar. Barcelona a mis pies parecía libre. Especial. Se convirtió en una ciudad sin ruidos, donde solo existíamos nosotros dos.

—¿Cómo llevas que haya vuelto tu hermano? —Lena cogió una patata y la mordió con gusto. Se manchó la mejilla de kétchup y mayonesa.

—Después me llamas marrano a mí, pecosa. —Alargué un dedo para limpiárselo. Ella se quedó muy quieta, dejándome hacer. Quién habría dicho hacía medio año que nos encontraríamos en ese plan—. Sinceramente, va de mal en peor. No entiendo qué hace aquí.

—¿Cuántos años hacía que se había ido? —preguntó inocente.

Le robé una patata y la mastiqué, pensando.

—Cuatro años.

—¿Y dónde estaba?

—En Lyon, Francia —gruñí.

Me sorprendió su reacción. Se atragantó y comenzó a toser. Jamás la había visto tan roja.

—Si querías que te hiciera la maniobra de Heimlich, me lo podrías haber dicho —contesté burlón.

—¡Mamacallos! —consiguió insultarme entre bocanadas de aire—. ¿Y no has pensado ir con él?

Levanté una ceja incrédulo. Me lo había planteado tantas veces que ya me parecía irreal. Yo jamás podría irme a otro país, más que nada porque tenía que cuidar de mi madre.

—¿Quieres saber uno de mis secretos? —solté sin pensar. Con Lena ya era así, acababa improvisando, sin miedo.

—¿Es un secreto jugoso? —me picó—. Seguramente lo utilice en tu contra.

—¡Idiota! —Se habían vuelto las tornas—. No te rías. Prométemelo.

—Prometo que lo intentaré. —Cogí aire.

—Estuve tres años estudiando francés por mi cuenta... Creí que así estaría más cerca de él, que sería más fácil irme de casa —comencé a contarle. Ella frunció los labios. Me miraba con tristeza, como si pudiera sentir mi dolor—. Así que no. No le perdono que no regresara a por mí, ni perdono que me dejara encarcelado en mi propia casa.

Sus ojos seguían observándome, intentando llegar hasta mi alma. Bajé la mirada hacia mis manos.

—¿No vas a decir nada? —Me molestaba un poco que con lo parlanchina que era ella hubiera escogido justo ese momento para callarse.

—Dime, ¿cuál es tu palabra o frase favorita en francés? —soltó de repente.

Levanté la vista de pronto. Ella seguía mirándome sin titubear. Envidié, una vez más, esa capacidad para ser tan diminuta pero tener tanto poder.

—¿Te has dado un golpe en la cabeza? —farfullé.

—Dímela.

—*La douleur exquise.* —«El amor no correspondido.» No pude evitar pensar en ella—. La oí en una canción y me pareció preciosa.

Alargué mi mano, colocándole un mechón rebelde detrás de la oreja. La pelirroja no me preguntó qué quería decir. Eso podía significar dos cosas: que ya lo sabía o que prefería no preguntar. En parte, lo agradecí.

—¿Sabes cuál es la mía? —soltó de repente.

—¿Sabes francés?

—Muy muy poco —sonrió.

—Sorpréndeme.

—*Courage.* «Coraje.» —Le di pie para que siguiera explicándose—. Normalmente, esa palabra siempre se asocia a irritación, ira. Para mí significa seguir adelante cuando no tienes

fuerzas. Romperte, ser libre y valiente. Y creo que te define a ti, Noel.

Un flechazo directo al corazón. También la definía a ella, pero estaba seguro de que ya lo sabía. Lena se comió la última patata, después de preguntarme si yo la quería y negarme, y se levantó como un muelle.

—¡Ahora toca pasárnoslo bien! —Me tiró de la mano.

No obstante, antes de que yo me negase y saliera corriendo, les pidió a unos turistas que nos hicieran una foto con su vieja cámara. Cuando estuvieron a punto de darle al botón, sin previo aviso la alcé, cogiéndola entre mis brazos. Ella soltó un grito seguido de una carcajada.

Esa foto sería eterna. Ella y yo siendo nosotros mismos por primera vez.



Se había hecho tarde. El sol se estaba poniendo, así que en un impulso decidimos irnos a la montaña que había detrás del parque de atracciones. Un lienzo de colores naranjas y rosas embellecía el cielo. Encontramos un pequeño espacio al lado de un estanque. Nos instalamos allí, tumbados en el césped. Nuestros cuerpos pegados porque la humedad del atardecer calaba en los huesos. Reíamos por chorradas que nos contábamos, como si no existiera ningún problema en este mundo.

—¡Córcholis! Qué frío —se quejó la pelirroja.

Me quité mi chaqueta vaquera y se la puse encima de la suya. Oíamos a los grillos cantar. La luna nos señalaba el camino.

—¿Sabes qué, vecino? —soltó sin venir a cuento. Giré la cabeza para mirarla—. Serías un profesor excelente.

Arqueé una ceja.

—Si quieres puedo ser tu profesor de Química —ronroneé. Ella me dio en el hombro—. Vale, vale. Puedo serlo de Biología si así lo prefieres. O de Anatomía.

Me encantaba cuando se ruborizaba.

—¡Cafre! —Me dio un golpe suave.

—Sabes que me lo has puesto a huevo, pecosa.

Lena suspiró, exasperada por mis contestaciones. Aunque se reía por debajo de la nariz. Levantó el torso y se sentó con las piernas cruzadas.

—He visto cómo mirabas a esos niños que correteaban por el parque. —Lo recordaba—. Se te han iluminado los ojos.

Me dio ternura que se hubiera dado cuenta.

—No lo sé, creo que los niños tienen un corazón tan grande que no les cabe en el pecho. —Me moví nervioso. Decidí sentarme—. ¿Sabes?, creo que los más pequeños deberían llevar un cartel que dijera: «Cuidado, contienen sueños».

—¿Y no has pensado en ser profesor? —Lena lo decía muy segura de que era una buena

idea. Puse los ojos en blanco, ¡se le había ido la pinza!

—Me fascina que después de seis meses dándote por saco y una «Guía para dejar de ser idiota» no te hayas dado cuenta de que soy demasiado imbécil como para ser profesor.

—Pero curar la imbecilidad es posible —se mofó ella—. Ahora en serio, vecino. Se te daría muy bien.

—¿Y tú no te has dado cuenta de que serías una buena psicóloga? —repliqué—. Porque se ve a leguas.

Lena puso los ojos como platos. Abrió la boca, la volvió a cerrar. Repitió el gesto varias veces.

—Psicología... —Saboreó la palabra.

—Eso he dicho, pecosa. —Chasqueé la lengua—. Es obvio. Siempre intentas ayudar a los demás, como a mí. ¿No te está saliendo bien el proyecto? Además, estoy seguro de que cualquier universidad te aceptaría.

No previ ese abrazo. La sacudida me sobresaltó, no pude reaccionar. ¿Qué le pasaba por la mente? Ojalá hubiera sido un puto superhéroe para poder leerla. Entender sus emociones, sus actos. Se separó, volviendo a su sitio. Sus ojos eran chispas. Comenzó a morderse los labios nerviosa. ¿Qué mosca le había picado?

—Por cierto, Noel..., tengo que contarte algo... —Noté que tenía un nudo en la garganta. Fruncí el ceño alarmado—. El otro día fui al instituto a hacer una orientación academicoprofesional.

—¿Con nuestra tutora?

—Ajá —contestó, removiéndose incómoda—. Y me dijo...

¿Qué le dijo? Nunca lo sabría. Lena se levantó tan deprisa que se tambaleó. Comenzó a correr hacia la orilla del estanque. Gritó asustada mientras señalaba una zona del lago. Dejó la cámara de fotos y la mochila a un lado y se quitó la chaqueta vaquera que le había prestado.

—¡Un...! —No la entendí.

Lo siguiente que vi fue como se tiraba de cabeza al estanque. Sin miedo. Sin explicaciones. Mierda, mierda, mierda. ¿Estaba loca? Confirmo. ¡Estaba loca! Sin pensarlo y sin quitarme la ropa, salté detrás de ella. De repente la perdí de vista y temí lo peor. Quise gritar, frustrado, ¿qué coño estaba pasando? Di brazadas, intentando alcanzarla. Joder. El corazón me latía furioso, tenía un nudo de ansiedad que me apretaba.

Cuando llegué casi a la mitad del estanque, vi el cabello de Lena emergiendo del agua. ¡Joder! La ropa se le pegaba a la piel, no dejaba de tiritar y sostenía algo pequeño entre sus cortos brazos. Maldije su buen corazón. Llegué hasta ella y la obligué a mirarme.

—Joder, joder... ¿Estás bien? —La cogí de la cara, necesitaba verlo en sus ojos.

—Tengo frío —contestó castañeteando los dientes. Me dieron ganas de reírme de lo histérico que estaba.

La cogí de la cintura y, poco a poco, la arrastré hasta la orilla. Salimos los dos jadeando. Le

levanté el rostro asustado, confirmando que estaba bien. Seguía agitado. No lo comprendía. Fui egoísta, solo pensé en ella, no en ese cachorro que yacía entre sus brazos.

—Pero ¿qué se te pasa por la cabeza? —exclamé—. ¡¿Has puesto en peligro tu propia vida por un animal?!

—Somos la última generación que puede salvar el planeta de la deshumanización —protestó ella. No dejaba de temblar.

—Hostia puta. ¡Que es un puto pantano, Lena! —Tenía ganas de llorar y de abrazarla—. Te podrías haber quedado ahí para siempre. ¿No te das cuenta?

—No grites, lo asustarás —se quejó—. Creo que es un cachorro de zorro, tenemos que llevarlo a alguna protectora.

Cogí la chaqueta, la única ropa que se había salvado del agua pestilente, y cubrí a Lena y al cachorro. Estábamos empapados. Nos dirigimos a los pies de la montaña en silencio, seguía cabreado. Llegamos a un sitio donde había buena cobertura y llamamos a la policía, quienes nos prometieron que llevarían al zorro a un refugio de animales salvajes que había cerca de Montserrat. Lena no dejaba de temblar. La rodeé por detrás, abrazándola y hundiendo mi cabeza en su cuello.

—Eso solo lo podrías haber hecho tú —le susurré en la oreja. El cachorro comenzó a gimotear, Lena se lo apretó más contra el pecho—. Estás como una cabra, y, joder, creo que eso me gusta.

Ella giró la cabeza para mirarme y me sonrió, auténtica. Me impresionaba que le diera igual lo que pensaran de ella.

—La diferencia está en hacer cosas pequeñas en lugares pequeños. Eso ya puede ayudar a cambiar el mundo.

La pecosa era única.



Llegué a casa empapado. Mi padre se había ido otra vez, lo agradecí. Mi madre no tuvo las fuerzas de echarme la bronca al verme de aquella manera.

—¿Estás bien? —preguntó alarmada.

Asentí, ella me dio un abrazo escueto y me dirigí a la ducha.

Puse el agua caliente, porque el frío del estanque me había dejado congelado. Tenía los huevos arrugados. Ese día tuve ganas de mí. No me corté. Me vacié, de todas las maneras. El vapor del agua empañó los cristales. Y no dejé de pensar en ella. Me coloqué la toalla en la cintura y fui a la habitación. Cuando llegué me encontré a Leo, sentado encima de mi cama, leyendo el libro que me había regalado Lena. *El Principito*.

—¿Qué haces aquí? —protesté. Le hice una señal hacia la puerta, invitándolo a marcharse.

—«Caminando en línea recta no puede uno llegar muy lejos» —parafraseó—. ¿Sabías que

este libro es de un autor francés?

Gruñí irritado. Él no tenía derecho a estar en mi habitación.

—¿Sabías que me importa una puta mierda lo que digas?

Se levantó exasperado. Hizo ademán de irse, me aparté para que pudiera hacerlo. Lejos de mí. Me sorprendió cuando se paró en medio de la habitación.

—Lo siento —susurró.

Un crujido de un corazón agrietándose. Las tiritas que lo curaban despegándose.

—¿Qué sientes? —No podía sentir nada, era demasiado tarde.

—Haberte abandonado tantos años...

Leo era un chico alto, atlético y con los ojos verdes. Me había dado cuenta de que llevaba el tatuaje de unas coordenadas detrás de la oreja. Mi hermano se parecía a mí, solo que él era mayor y estaba menos roto. Cogí un chándal de verano negro, me vestí delante de él y me senté en la cama.

—¿Por qué has vuelto? —Era una pregunta de la cual no tenía claro si quería saber la respuesta.

Él se sentó a mi lado, suspirando. Estaba sopesando si decirme la verdad o no.

—Mamá me llamó —murmuró. Se pasó una mano por la melena, que le llegaba por debajo de las orejas—. Dijo que nuestro padre...

—Será el tuyo —le rebatí.

—Me dijo que Pablo estaba peor. Sobre todo, con el tema de la bebida —añadió con desdén. Lo odié, él no había vivido aquello—. Y tú este año terminas bachillerato, así que he venido a buscarte.

Me levanté de inmediato, pasándome una mano por el cabello, irritado y enfadado.

—¡No necesito que nadie me salve, Leo! —grité—. Y menos ahora. Estoy bien solo.

—Lo sé, eres fuerte. —Dibujó una sonrisa nostálgica, pero su labio temblaba, a punto de llorar. No le dije nada, solo me senté otra vez—. Solo quería decirte que te echo de menos. Te dejé solo en este infierno, y jamás me lo perdonaré.

—No sé por qué mamá no se da cuenta —refunfuñé desesperado—. Deberíamos irnos. Tú, ella, yo. Los tres.

—¡Oh! Créeme que sí lo hace. No está ciega, Noel. Pero necesita tiempo para tomar una decisión.

—Una decisión que le puede costar la vida —mascullé.

—Haré lo que esté en mis manos —me prometió. Pero fue una promesa que no podría creer hasta que la viese realizada—. Ey. ¿Noche de pizza? Podemos ver alguna serie.

Sopesé la idea... ¿Una noche de hermanos? Era como un tratado de paz que no sabía si podría cumplir. Me costaba confiar otra vez en la gente. Pero, si no me cuidaba, sería peor. Decidí tantear el terreno y aceptar.

—Solo si la pizza es de cuatro quesos. ¡Ah! Y si la pagas tú. —Al menos quería sacar

provecho de algo.

—¡Perfecto! Será una buena noche de hermanos. Y ve planteándote cómo me vas a contar tu romance con la vecina. ¡Quiero una buena historia de amor!

Le tiré la almohada entre risas algo incómodas. Bufé y me tumbé mirando al techo. Sonreí al pensar en ella. Lena se había convertido en alguien especial. La llamé.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté cuando descolgó.

—¿Ya me echabas de menos? —Se rio. No le dije que sí—. Bueno, bien. Me empieza a doler algo la garganta.

—Tienes que tomarte una cucharada de miel con limón. —Era una receta que siempre me hacía mi madre cuando éramos pequeños. En ese momento, me acordé de algo que Lena me había comentado esa tarde—. Por cierto, ¿qué me dijiste sobre la orientación que tuviste con nuestra tutora?

La pillé por sorpresa.

—Es sobre mi futuro... Es... —Estaba incómoda. No encontraba las palabras.

—Sea lo que sea, seguro que está bien. —Sonreí.

Confiaba en ella, se merecía todo lo bueno. No podía imaginarme que estaba condenando nuestro futuro.

Perderse duele una vida



Lena Rose

—¡No me podéis hacer esto! —chillé por el altavoz. Mi voz estaba ronca.

—Lo sentimos muchísimo, Lena, de verdad. Pero en estas condiciones no puedes participar —me volvió a decir Ricky, mi compañero del club de ajedrez. Solo tenía ganas de coger una de mis enciclopedias catalanas y pegarle un buen golpe en la cabeza—. Tienes que entenderlo. Es el primer año que el instituto va al nacional.

—Joder, ¡nos hemos esforzado mucho! —Me dio un ataque de tos. Un poco más y casi saco los pulmones.

—No te preocupes —me contestó—. Va a participar Alek en tu lugar, se presentó voluntario.

Lo maldije de las doscientas veintiuna formas que conocía. El pelinegro conseguiría lo que se había propuesto: arrebatarme todos los méritos por los que había luchado. Todo por culpa de un simple resfriado.

Habían pasado cuatro días desde que habíamos ido al Tibidabo y, al parecer, bañarse con la ropa puesta y después exponerse al viento jamás era una buena idea. Noel no estaba mucho mejor que yo. Ricky me colgó y yo, indignada y dramática, llamé a mis amigos para que vinieran. Ambos me dijeron que sí. Además, necesitaba que estuvieran todos juntos para hablarles del tema de la beca de París. Ya era hora.

Me pegué una ducha rápida para quitarme el dolor de piel que me provocaba la fiebre y me puse un chándal cómodo de Mickey Mouse. Cogí a *Hei-Hei,* que me gruñó porque estaba hecho una bolita encima de mi cama, y me dirigí al comedor.

Astrid Ocaña, la madre de Jolene, se había quedado a pasar la noche aprovechando que mi madre tenía una semana de vacaciones. Estaba en la cocina, ayudando a mi hermano con unos deberes de Matemáticas. Cecilia estaba haciendo un sudoku. Astrid, últimamente, venía bastante. A pesar de tener un casoplón en uno de los barrios ricos de Barcelona, decía que nuestra casa era más familiar. No le faltaba razón.

Jolene se había quedado alguna que otra noche. Dormíamos juntas en mi habitación y, aunque me costaba aceptarlo, las noches de chicas con ella eran divertidas. Sobre todo, cada vez que chillaba por culpa de cualquier ruido. No estaba acostumbrada a vivir en un piso de sesenta metros cuadrados con paredes de papel.

—Te prometo que no soy idiota —refunfuñó Marcos mientras se alborotaba el pelo con las dos manos exasperado—. Se me daban bien las mates, al menos hasta que lo jodieron todo mezclándolas con el alfabeto.

Ellos dos empezaban a llevarse bien. Se notaba que Astrid era profesora de secundaria. Sonreí mientras cogía una taza para hacerme un batido de chocolate.

—¿Cómo te encuentras? —Mi madre vino corriendo. Me puso el dorso de la mano en la frente—. ¿Tienes fiebre? ¿Te has tomado la pastilla? Pero primero tienes que comer algo. ¿Has comido ya? Necesitar comer. Te voy a hacer unas crepes de fresas. Son tus favoritas, ¿no?

Sé que a veces Cecilia podía llegar a ser un fatídico dolor de cabeza, pero era el dolor de cabeza que más me quería. Me hice el batido y le di un buen sorbo.

—Me acaba de llamar Ricky, el del club de ajedrez.

—¡Hostia! Hoy es el campeonato de la movida esa de ajedrez, ¿no? Tienes que tomarte algo, tienes una voz horrible —contestó Marcos, quien aprovechó el momento para dejar de estudiar Matemáticas.

—Me han echado —protesté, tirándome en el sofá. Coloqué bien a *Hei-Hei* en mi regazo y comencé a acariciarlo—. Dicen que no puedo participar enferma. Que con fiebre no pensaré con claridad.

Mi madre intercambió una mirada con Astrid y con Marcos. Dejó los utensilios de la cocina, se limpió las manos en el delantal y se sentó a mi lado.

—Tendrás otras oportunidades —me animó—. ¿Recuerdas lo que dice siempre la abuela Pilar?

—Las oportunidades no pasan, las creas...

—Además, no te preocupes por los méritos que te daban y por la matrícula de honor. Primero tienes que cuidar tu salud. —Me abrazó—. Tenemos el dinero suficiente para pagarte una universidad, un ciclo formativo, lo que necesites.

—Sobre eso...

No pude terminar de contárselo. Llamaron a la puerta. Marcos abrió. Oliver y Ronnie entraron en estampida, buscándome. Eran un par de exagerados. Detrás de ellos entró Jolene, caminando lentamente como una reina.

—¡¿Cómo que estás enferma?! —gritó Oliver. Puse los ojos en blanco—. ¿Te vas a morir? ¿Me vas a dejar en herencia todos tus mangas?

—¡No grites, pedazo de inútil! —chilló Ronnie—. Que le duele la cabeza. ¿No ves la cara tan horrorosa que lleva?

Mi madre se levantó, cediendo el sitio a mis dos amigos, riéndose por la situación. Se

colocaron uno a cada lado, apretujándome. *Hei-Hei* tenía predilección por Ronnie, así que saltó de mis brazos para irse a los suyos. Ella comenzó a hacerle carantoñas, *Hei-Hei* se giró panza arriba.

—Ahora en serio, si te mueres déjame en herencia a este monstruito tan bonito —añadió Ronnie. Seguidamente puso la voz aguda, hablándole como si fuera estúpido—: ¿Quién es el más bonito del mundo? ¿Quién quiere más a la tita Ronnie?

—¡Eres una hipócrita! —protestó Oliver.

—Eso tú. Chaquetero. Que te cambias más de chaqueta que de calzoncillos —se defendió Ronnie.

Oliver intentó tocar a *Hei-Hei*. Casi se lleva un buen mordisco.

—Dejad a mi hermanita, imbéciles. —Jolene me dio tres golpes suaves en la sien, como si así me diera ánimos, y se sentó delante de mí—. ¿Hoy no tenías ese campeonato de Friquilandia?

—¡Hija! —gritó Astrid—. Compórtate.

La cabeza me iba a estallar. Chillaban todos demasiado.

—Me han echado —repetí por segunda vez en el día. Y eso que no llevaba más de dos horas despierta. Tosí con ganas—. Sí, me lo han dicho cuatro horas antes del campeonato.

—Hay varios tipos de tos: la tos seca, la tos con mocos, etcétera. ¡Ah! Y la *tos sus muertos* —se quejó Ronnie—. De verdad, por un poquito de ronquera, dolores musculares, fiebre, mocos y estornudos no deberían haberte dejado fuera de ese campeonato de... ¿De qué era?

—De ajedrez. ¡Es que me he esforzado muchísimo! —lloriqueé—. Llevo un año y quince días preparándome para ello.

—¿Y quién te va a suplir? —preguntó Oliver.

—Tu queridísimo primo.

—¡La hostia! —se quejó Ronnie—. ¿Y qué vas a hacer?

—Comerme los mocos —lloriqueé. Me sentía chafada.

—Ni se te ocurra buscar petróleo en tu nariz —protestó Oliver.

—Es un decir, no es literal.

Astrid, Marcos y mi madre nos miraban como si estuviéramos locos. Era una conversación de besugos, pero eran las que siempre teníamos.

—Pero ¿no me dijiste que necesitabas los méritos que te daba ser participante para la matrícula de honor? —preguntó Ronnie.

—Has dado en el clavo —me quejé.

Me levanté para beber agua, el chocolate me había dejado un sabor demasiado dulzón. Me mareé. Mi madre, viéndome las intenciones, me obligó a sentarme y me lo trajo ella.

—¡¿No se lo has contado?! —Fue el turno de Jolene de cagarla. Voceó. Acto seguido, al ver la mirada que le lancé, se tapó la boca. Pero para ella jamás era suficiente—. ¿Ni a nuestras madres? ¿Soy la única que lo sabe? Joder, me siento importante.

Me deshinché encima del sofá. Vaya formas de contar las cosas. Todos se me quedaron

mirando. Un segundo de silencio por todas las neuronas que petaron cuando dije la siguiente frase.

—La tutora... Beca... —titubeé. Los nervios me invadieron.

—¿Qué? —preguntó mi madre—. He entendido menos de la mitad. Comprendo que tengas fiebre, pero vocaliza, por favor.

Cogí aire. Lo mejor era soltarlo de carrerilla.

—Que nuestra tutora me ha ofrecido la oportunidad de solicitar una beca... Y pensé en enviarla para estudiar Psicología.

—¡Eso es una noticia maravillosa! —gritó mi madre, se levantó y me espachurró entre sus brazos, olvidándose de que me encontraba fatal—. Estoy tan contenta de que sepas qué estudiar. Aunque el ojo de madre nunca falla, siempre pensé que serías una buena psicóloga.

Marcos, Oliver y Ronnie se añadieron a los vítores. Todos decían que siempre me habían visto como una buena psicóloga. Entonces, ¿por qué demonios no me lo habían dicho nunca?

—Hermanita, hermanita... —Jo chasqueó la lengua—. Te dejas lo más importante. Di dónde es esa beca.

Se sentó bien y apoyó los codos en las rodillas, retándome. Le sostuve la mirada. Aunque nos llevábamos mejor, Jolene seguía siendo un grano en el culo.

—Esto... —Vacilé—. Es en París.

El silencio que se formó era inquietante. Solo se oía el aleteo de unas moscas. Tal vez había sido una mala idea soltar esa bomba allí mismo, con todos a mi alrededor. Mi madre se arrodilló delante de mí y me cogió una mano.

—¿Estás segura de ello?

—No lo sé... —susurré—. Me da miedo.

Miedo de irme lejos. Miedo de una ciudad nueva, de sentirme sola, de no ser suficiente. Miedo de intentarlo, de fallar, de fallarme. Y, sobre todo, miedo a perderlo. A él. A Noel. Pero eso jamás lo admitiría.

Mi madre sonrió con dulzura.

—Ya sabes qué opino del miedo.

—Que es una muralla que separa lo que soy de lo que puedo llegar a ser —susurré.

—Hagas lo que hagas, estará bien. —Me dio un beso en la frente—. Confía en ti misma.

Ronnie y Oliver asintieron.

—Estamos contigo, siempre lo estaremos. —Una lágrima de felicidad me recorrió la mejilla. Fue la primera de muchas.

Jolene también se acercó y me pasó un pañuelo para que me secara las lágrimas.

—Jamás repetiré esto, aunque me torturen, así que escucha con atención. —La miré con curiosidad—. Lena, tienes una oportunidad enorme delante de tus ojos y, desde que te he conocido, jamás te has apagado ante el fuego. Haz lo que sea necesario para ser la mejor versión de ti misma.

Me levanté de golpe y la abracé. Jolene podía ser un témpano de hielo, pero detrás de esa fachada había una chica dulce, rota y que protegía a los suyos. Ese día aprendí que nunca debes subestimar el brillo de los demás. Nadie sabe lo que costó tener ese rayito de luz.

—¡Quita! ¡Quita! —Se apartó Jolene—. Me vas a manchar de mocos. ¡Qué asco!

Marcos fue el siguiente en abrazarme. Me susurró en la oreja:

—Jamás dejes de luchar por tus sueños. Estoy orgulloso de ti, y si decides irte a París, hazte amiga de algunas francesas. Así me las presentas.

Riéndome, lo empujé. Las hormonas le podían. Tenía mucha suerte. Aun así, un nudo me oprimió el pecho. Había llegado el momento de contárselo a Noel, y no estaba preparada.



El pabellón era enorme. El techo era una gran cúpula de cristal y el sol impactaba en medio del estrado. Ronnie se puso una gorra, quejándose del bochorno que hacía en ese lugar. Yo solo podía agradecerlo, la fiebre me había subido y la chaqueta no era suficiente para entrar en calor.

—No sé si ha sido buena idea venir —comentó Oliver.

—Eres una masoca —contestó Ronnie.

Cabezona había nacido. Seguiría siéndolo para siempre. Después de muchas negativas, había conseguido que ambos me acompañaran al campeonato. Al menos si ganaban quería estar presente. Nos sentamos en las gradas, cerca de la puerta por si me subía mucho la fiebre. O, según Oliver, por salir corriendo si en cualquier momento estornudaba muy fuerte y bañaba a un desconocido con mis mocos. Miré el WhatsApp, tenía un mensaje de él.

¿Estás en el campeonato?

Sí. ¿Y tú?

¿Estás loca? ¡Tienes fiebre! Bueno, nos vemos a la salida, escribió Noel, y añadió un corazón.

Ese maldito emoticono provocó que se me acelerara el corazón.

¡Perfecto!, escribí tecleando con rapidez.

Una sombra pasó por mi lado, sentándose junto a Oliver.

¡Por cierto! Creo que Cristian está
por allí, intenta que no se tire
de los pelos con Oliver.

Oí su voz. Mierda.

Demasiado tarde...

Pulsé «Enviar» junto con una imagen de un unicornio asustado.

Ronnie me dio un toque en el hombro. Señaló con la mirada a Oliver y a Cristian. La entendí, ¿qué demonios hacían juntos? Los dos tenían la espalda recta y miraban al frente. Oliver con el ceño fruncido, Cristian retorciéndose las manos nervioso.

—Oliver, sé que ya no me hablas... —Cristian fue el primero en dar su brazo a torcer. Aunque la frase hacía aguas por todas partes. ¡Era obvio que no le hablaba! Puse los ojos en blanco.

—No me jodas, no me había dado cuenta —dijo irónico Oliver—. ¿Por qué debería hacerlo?

—Porque somos adultos. Podemos hablar.

Oliver se le encaró.

—Madurar es terminar una relación y no hablar mal de la porquería de tu ex. Obviamente, también incluye no hablarle más.

—Oliver, tú y yo jamás estuvimos en una relación.

Auch. Directo al corazón. Aunque también era una realidad. Oliver le hizo una peineta y le dio la espalda. Nos lanzó una mirada de sufrimiento e hizo el gesto de pasarse el pulgar por la garganta.

—Vale, joder, tienes razón —suspiró el rubio—. He sido un mierdas.

Oliver le volvió a dar la cara.

—¡Por fin lo aceptas! —aplaudió dramático.

—Pero también te pido que me entiendas... No es fácil para mí —siguió explicando Cristian —. Necesitaba conocerme, apareciste tú y me di cuenta de muchas cosas.

—¿Como de que estabas enamorado de tu mejor amigo?

Joder, qué poco tacto.

—Entre otras, pero no grites tanto, por favor —protestó Cristian, mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie los había oído—. Solo lamento que salieras tú quemado...

Así que era verdad... Debía de ser duro estar enamorado de su mejor amigo.

—Mira, Cristian. Quemarme o no es lo de menos. —Ahí iba una de las frases filosóficas de Oliver—. Lo que me duele es que no te aceptes a ti mismo.

—Sabes que es aterrador hacerlo... —replicó él incómodo.

—¡Lo sé! Es aterrador, espantoso, horripilante, terrorífico, enloquecedor, espeluznante... —Sonreí, esas palabras las había aprendido de mí—. Pero si no te aceptas, harás daño a otras personas. Y también te harás daño a ti mismo. Eres suficiente, Cristian. Quiérete más. Y quien no lo acepte, ¡que lo jodan!

Me acordé de lo que le dije yo un día a Noel.

—Gracias... Ha sido un placer conocerte, Oli. —Le dio una palmada en la espalda.

—Lo mismo digo, Cris.

Me sorprendió que Cristian le diera un beso en la mejilla, cerrando así un ciclo de malas vibras y corazones medio rotos. Después, se fue. Ronnie fue la primera en romper el silencio.

—¡Te lo dije! Hablando, las cosas se arreglan —dijo con suficiencia.

—Pero es que prefería la segunda opción...

—¿Qué segunda opción? —pregunté.

Ronnie me dio un codazo, abriendo mucho los ojos y negando con la cabeza.

—Pues que me viniera suplicándome de rodillas y, de paso, me comiera la chorra. —Lo admito, no me esperaba esa respuesta.

—¡Es que no tienes filtro! —exclamó la morena, después me señaló con un dedo—. Y eso te

pasa por preguntar.

Levanté las manos, disculpándome. Una música clásica empezó a sonar en el pabellón. Alek y Ricky subieron a la tarima, delante de un montón de cámaras de los diarios nacionales y las revistas locales. Después salieron sus adversarios. Oliver los abucheó. Yo me senté bien en la silla. Comenzó el torneo. Cada vez era más intenso, no podía dejar de moverme incómoda cada vez que los contrincantes se comían piezas. Oliver no paraba de bostezar; Ronnie, de mirar el móvil.

—¿A qué hora termina este suplicio? —preguntó esta última.

—¡Shhh! Callad. Está superinteresante. —Les quedaba una última ronda.

—Estoy más aburrido que un calvo peinándose —protestó Oliver.

No los escuché. Me levanté de un salto y me puse a aplaudir. ¡Acababan de ganar el torneo! Y aunque me hubieran dejado fuera, me sentía la persona más feliz del mundo. Aplaudí hasta que me quedaron las manos rojas. Oliver y Ronnie se unieron.

—No aplaudo porque me haya gustado —aclaró Oliver—. Aplaudo porque se ha acabado.

Le hice una peineta. La gente comenzó a salir y nos fuimos a uno de los pasillos interiores, a esperar que nuestro amigo terminara la rueda de prensa y de recibir las felicitaciones. Era la parte más cansada. Yo me senté en el suelo, la fiebre me había bajado un poco gracias a los antibióticos. Cuando Alek acabó, Oliver fue el primero en felicitarlo, seguido de Ronnie.

Oliver le susurró algo en la oreja. Cuál fue mi sorpresa cuando se giró, con ojos tristes, y vino caminando rápido. Al levantarme del suelo me abrazó, como siempre.

—¡Lo has hecho muy bien! —chillé emocionada, colgándome de su cuello. Al fin y al cabo, era mi amigo. Él me abrazó por la cintura—. Aunque no te perdono que me reemplazaran por ti.

A pesar de todo eso, me dolía que fuera él quien iría a Copenhague. Estaba celosa. Yo había trabajado muy duro para poder estar allí ese día, pero la vida tenía otros planes para mí.

—Lo siento, pero era una buena oportunidad, Trébol —sonrió.

Me solté de su agarre.

—¿Por qué me llamas así? —Arqueé una ceja, no era la primera vez que lo hacía.

—¿No es obvio? —Negué con la cabeza—. Porque eres mi suerte.

Moví la nariz, como siempre hacía cuando pensaba o estaba nerviosa. Quería a Alek, pero como amigo. Él no dejaba de mirarme con los ojos apagados y tristes. Me estaba incomodando.

—¿Por qué me miras así? —le pregunté al final.

—Oliver me ha dicho que... —Alek se pasó una mano por el pelo. Mierda. El pelinegro dio un paso hacia mí, acercándose—. Que te vas a ir a París.

¡Era un bocazas! Lo habría agarrado de la oreja y lo habría arrastrado por toda Barcelona. Me estiré el jersey hacia abajo, inquieta. No quería que Alek se enterara, porque eso significaba que me podía robar la plaza. Y... que lo sabría antes que Noel. Me sentí impotente.

—Aún no es seguro...

Él dio otro paso hacia mí, me cogió del mentón y me obligó a mirarlo a los ojos. Lo tenía

demasiado cerca.

—Y si te vas, ¿qué voy a hacer sin ti?

Temí que me volviera a besar. Aunque Alek era muy pudoroso y no lo haría delante de tanta gente.

—¿Seguir viviendo, por ejemplo? —intenté quitar un poco de hierro al asunto.

Él me cogió de las manos.

—¿Y Noel? ¿Lo sabe? ¿Sabe que es posible que te vayas a París a estudiar?

—Aún no le he dicho nada... —contesté molesta.

—Vaya... —susurró para sí—. Así que es cierto, te vas.

Moví los hombros arriba y abajo. ¿Me iba? Podía ser. Faltaba enviar la solicitud, que estaba casi convencida de que sería aprobada, pero primero quería hablar con Noel. No para pedirle permiso..., sino porque él se había convertido en alguien importante en mi vida. Doliera o no, necesitaba sincerarme con él. Decirle todo lo que sentía, abrirme en canal.

Alek dejó de mirarme para observar un punto detrás de mí.

—¿De verdad? —Esa voz.

«Joder, no...» Se me fue todo el aire de los pulmones y tuve ganas de vomitar. El corazón en la boca. Me giré sobresaltada, alejándome del pelinegro.

—Mejor os dejo solos...

Maldije a Alek. En ese momento lo odié. Él podía haber sabido que Noel estaba detrás de mí, escuchándonos. Se fue con Oliver y Ronnie.

Me acerqué al moreno, pero él dio un paso atrás. Se me cayó el alma a los pies y comencé a notar un nudo en el pecho que cada vez apretaba más, no podía respirar bien. Él llevaba un ramillete de margaritas en una mano y se le resbaló. Los pétalos se desperdigaron por el suelo, entre nosotros.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —La rabia estaba presente en su voz.

—Te lo puedo explicar, Noel —balbuceé al borde del pánico. No, no podía perderlo a él.

—¿Te vas? —Sus ojos eran dos perlas de hielo—. Y no me mientas.

—No lo sé... Puede.

—¿Lo sabían todos? —Agaché la mirada—. Dímelo, Lena.

—Yo... —balbuceé—. Te lo quería decir.

Soltó una risa sarcástica. La noté como una daga clavada en el cuello. Acto seguido chutó las flores, cabreado. Grité, quería explicarme, pero él no me escuchaba. Sin saber en qué momento, comencé a llorar. Se me estaba rompiendo el corazón en mil pedazos.

—¿Es que todo ha sido una mentira? —Dio dos pasos hacia mí—. ¿He sido un puto juego para ti? ¡¿Es eso?!

Teníamos ambos los ojos llenos de lágrimas. El corazón en un puño. Solo quería que me abrazara.

—¿Te estás oyendo? —exclamé indignada—. Claro que no lo has sido.

—¡Jamás tendría que haberte conocido!

Dejé de llorar de inmediato.

—No lo dices en serio... —balbuceé. Noel se giró para irse—. ¡No puedes decirlo en serio!

Me acerqué, dando pasos agigantados. Lo cogí con rabia de la muñeca, imploré que me mirara.

—¡Dímelo a la cara! —Oía los ecos de mi voz muy lejos.

—De todas las personas, nunca pensé que serías tú quien me destrozaría... Felicidades, Lena.

Apreté los puños. Me acerqué a él, sin miedo. Nos quedamos enfrentados. La lengua fue más rápida que el cerebro.

—Duele saber que todo lo que hice no te ha valido para aprender nada. —Tenía una bola de rencor en mi interior—. Duele saber que sigues siendo el mismo idiota de siempre.

Sus ojos me miraron, abrasándome. Se acercó tanto que rozó sus labios con los míos. Me quedé helada.

—Más duele saber que no significó nada para ti —susurró sobre mis labios antes de irse—. Creí que te quería... Pero ya no.

Lo escupió como si le quemara por dentro. Me destrozó. Me derrumbé. El dolor fue tan fuerte que no pude aguantar más. Se formó dentro de mí una grieta que sería eterna. Él se marchó y yo me dejé caer en el suelo, recogiendo los pétalos del ramillete que había tirado.

—Yo sí te quiero —susurré entre lágrimas.

Fue demasiado tarde para que él me oyera. Yo siempre lo había visto como algo fugaz, él a mí como lo infinito. Ese fue el error.

Esa noche envié la solicitud para la beca.

Hablemos de los cristales rotos...



Noel Martín

Le di tan fuerte que me reventé los nudillos. Me escocían. El sudor frío me recorría la espalda. Me limpié la frente. Y seguí dándole al saco de boxeo al ritmo de *Teeth*, de 5 Seconds of Summer. Era un puto gilipollas. ¿En qué momento había pensado que ella se quedaría por mí? Joder, era un chiste. Encima había sido el último en enterarme. Creía que todo podría ir diferente con ella... Me equivoqué.

«Todo el mundo te abandona, no debería ser ninguna sorpresa», me recordé.

Golpeé más fuerte. Una por cada vez que me habían hecho daño. Por mi no-padre, el patético; por mi hermano, el perfecto; por todos los amigos que me habían fallado; por ella, la estúpida pelirroja de la que me había enamorado. El último puñetazo iba dedicado a mí. Por ser un idiota en toda regla. Un idiota que pensó que podrían llegar a quererlo.

«Sigues siendo un patético de mierda. No eres suficiente para nadie», volvió la voz de mi cabeza.

Me derrumbé. Grité. Lloré. Le pegué más fuerte, salpicándome las manos de gotas de sangre. Llegué a la conclusión de que me había roto el corazón solo, porque siempre había sido consciente de cómo el amor podía joderlo todo.

—Noel... Joder —Cristian apareció. Me había dejado una sala en su casa para pegarle al saco. Me levantó del suelo y me acompañó al salón—. Estás hecho un asco.

No contesté. No podía, tenía un nudo en la garganta.

—Ya ha pasado una semana y media... No puedes seguir así.

—Estaré como me salga de los cojones —espeté molesto. Todo el mundo me decía lo mismo, y estaba hasta la polla de la toxicidad positiva.

—Deberías hablar con ella. —Sabía que estaba preocupado—. Jamás te había visto así por una tía.

Me levanté, dolorido.

—No hay nada que hablar.

—Al menos deja que se explique, Noel —murmuró Cristian.

—Mira, porque eres mi amigo. Si no, te daría una hostia —protesté enfadado—. Lena se va a ir. Se enteró todo el puto mundo menos yo, como siempre. El idiota de turno. Así que no me vengas con mierdas... Ella lo decidió así.

Lo sentí como una puñalada. Los últimos días habían sido horribles. Jolene y Cristian se habían preocupado por mí, pero me sentía solo. Además, Jolene jugaba a dos bandas. También cuidaba de Lena.

—Haz lo que quieras —añadió el rubio, rindiéndose—. Pero deja de intentar ser un jodido bloque de hielo. Ella sigue enamorada de ti, solo hace falta ver cómo te mira en clase.

En clase desconectaba tanto que dudaba de mi propia existencia. En casa, me había intentado sincerar con mi hermano, pero no podía. Seguía dolido, el miedo a que me traicionara estaba presente, y yo no podía sobrevivir a otro asalto.

Y Lena... Seguía siendo ella. Más ojerosa, más pálida, menos parlanchina. Y sufríamos. Nos evitábamos todo lo que podíamos, pero no era fácil. Ella era mi jodida vecina. Mi compañera de clase. La primera persona de la que me había enamorado. No la veía, pero pensaba en ella veinticuatro horas al día. La echaba de menos... Aunque no daría mi brazo a torcer. No después del daño irreparable. Encima la había visto tan cerca de Alek... Me crují los dedos desesperado. Era un auténtico gilipollas por creerme que habría algo entre nosotros.

«Instrucciones para no echarla de menos: pensar en lo más bonito que me había dicho. Y convencerme de que fue mentira.»

—Ahora mismo me tengo que centrar en los exámenes finales. Antes de un mes es la selectividad, por si no te habías enterado.

Cogí la mochila y me puse la camiseta de tirantes. Hacía un calor de mil demonios.

—¿No te quieres duchar aquí? —murmuró mi mejor amigo—. Hueles a muerto.

«Es como me siento...»

—Mi hermano me espera —mentí—. Gracias por dejarme tu casa para boxear.

—Ya sabes, también es la tuya para cuando lo necesites.

Cristian estaba mejor, comenzaba a aceptarse y a quererse. Me quería alegrar por él, solo que en ese momento no lo sentía así. Me despedí.

—¡Y llámame cuando llegues! —oí que me gritaba. No le contesté.

Monté en la moto. Tenía ganas de acelerar, de deslizarme por las calles de Barcelona y liberarme. Recorrí toda la costa, persiguiendo las gaviotas. Enfrentándome al viento que me despeinaba y me borraba las lágrimas. Siendo invencible. Pero, joder, todo me recordaba a ella. Incluso conducir. Aceleré más, siendo temerario; ya me daba igual todo.

Ese día tardé más de media hora en llegar a casa. Y si no tardé más fue porque la gasolina estaba muy cara y me la tenía que pagar con lo ahorrado. Aparqué delante de casa y entré por el

portal. Tragué saliva al verla. ¿Por qué la vida me odiaba tanto?

Allí estaba ella. Lena Rose, mi problema. Más humana de lo que jamás la había visto. Me descubrió. Eché de menos las sonrisas que me había regalado en el pasado. Solo frunció el ceño, mirándome los nudillos en carne viva. La pelirroja estaba esperando el ascensor, pero yo no podía permitirme estar con ella en un espacio cerrado. Subí por la escalera. Tuve el efímero deseo de que me siguiera. No pasó.

Solo quería un día tranquilo. Uno para desconectar, no pensar y pegarme un maratón de películas de Marvel. Porque, sí, lo había decidido. Era mi manera de convertirme en un mártir, y acordarme de que debería haberlas visto con ella cuando tuve la oportunidad. Abrí la puerta de casa y... Todo explotó. Gritos. Golpes. La voz ronca de mi no-padre... Los alaridos de Leo. Los sollozos de mi madre. Corrí como un desgraciado. Todo pasó demasiado rápido.

Encontré a mi padre agarrando a mi hermano del cuello del jersey. El labio le sangraba. Mi madre en el suelo, llorando. No fui consciente de lo que hacía. Lo empujé, pero él era más fuerte... Me pegó un bofetón que me tiró al suelo.

—¡Sois todos unos mierdas! —gritó. Iba borracho—. No servís para nada... Escoria.

Se acercó a mí y me escupió en la cara. Lo que él no sabía era que, una vez que ardes, nada te quema.

—Encima, siempre lloriqueando... —siguió hablando, mientras iba a buscar una botella de whisky de mala calidad.

Busqué con la mirada a Leo. Tenía un ojo morado. Miraba a Pablo con un odio profundo... Mi madre era un espectro, escondida bajo la mesa. Me levanté. El fuego me consumía. Saqué todo el odio que llevaba dentro.

—Eres patético —amenacé—. ¡Vete!

El hombre se giró, levantando una ceja. El olor a alcohol y a orina que desprendía me mareó.

—¿Qué has dicho, mocoso?

Me acerqué más a él. Sin miedo, ya no.

—Que te largues. —Apreté los dientes.

—¡Esta es mi puta casa, niñato!

Levantó la mano. Cerré los ojos..., pero el golpe nunca llegó.

—¡Ya lo has oído! —Mi madre se había puesto delante de mí, protegiéndome y recibiendo ella el golpe. Gritó todo lo que pudo—. ¡Largo! He llamado a la policía.

Jamás la llamó, pero eso lo supimos más tarde. Leo se puso a un lado. Cogió una botella de cristal y la rompió contra la pared. Me mordí la mejilla por dentro, haciéndome sangre. Intentando no temblar.

—¿No lo has entendido? —vociferó mi hermano, empuñando la botella rota—. ¡Lárgate!

—¡Estáis todos mal de la cabeza! Que os jodan, hijos de puta. —Cogió la chaqueta y cerró de un portazo.

Mi primer instinto fue abrazar a mi madre. Nos derrumbamos juntos, como una familia.

Lloramos con ella. Fui consciente entonces de que mi madre había reaccionado, de que nada volvería a ser igual. Y, por primera vez, sentí que había salido de la jaula. Era libre.

Una persona rota es como un cristal hecho añicos. Ella ya lo sabe, no hace falta recordárselo. Pero nadie le ha dicho que solo hace falta un pequeño rayo de luz para que vuelva a brillar.

Nosotros volveríamos a hacerlo.



Había pasado una semana.

Pablo no había regresado.

Yo ya había hecho los exámenes finales del instituto. Había hincado tanto los codos para asegurarnos un buen futuro a mí y a mi madre que me habían ido de puta madre.

Había roto mi última regla: que conocieran mis secretos. Todo el mundo me señalaba apenado, pensando que era jodido perder un padre. Comentaban, murmuraban y creaban rumores dignos de un libro de Stephen King. Lo que no sabían era que me sentía más liviano. No se puede echar de menos a alguien a quien no has querido nunca.

Había llegado el día para escoger la carrera y las universidades donde intentaría entrar. Seleccioné las universidades de Barcelona para hacer Magisterio. Seguía evitando a Lena, aunque mi corazón continuara acelerándose cada vez que pensaba en ella. Y era la hora de ir a los juzgados. Me vestí con un traje negro. El calor de finales de mayo me asfixiaba, aunque la ansiedad pesaba menos. Llamaron a la puerta.

—¡Noel! —gritó mi hermano—. Es para ti.

Me dirigí con pasos pesados hasta la puerta. El sol me deslumbró, pero ella lo hacía más. Allí estaba, con un vestido amarillo y tendiéndome un pastel de fresas. Como en los viejos tiempos. No pude evitar sonreír. Nunca sabes cómo de enamorado estás hasta que quieres alejarte y no puedes.

—Me he enterado...

—No hacía falta —murmuré.

—Te he traído un pastel de fragarias. Quiero decir, de fresas —dijo con la voz baja, nerviosa. Yo también lo estaba, hacía semanas que no hablábamos. Me entraron unas ganas terribles de llorar. Intenté coger el pastel sin que se me cayera—. Siento no haber estado a tu lado cuando lo necesitabas.

Su confesión me pilló desprevenido. Ella no sabía que a Pablo le pondrían una orden de alejamiento y un par de años de cárcel, por otras infracciones que había cometido fuera de casa. Jamás volvería. No obstante, era consciente de que Lena había seguido hablando con mi madre.

—No tenías por qué saberlo.

—Ya... Bueno, si necesitas algo, allí estaré. —Señaló la puerta de su casa—. Em... Adiós, Noel.

Se giró. Como pude, la sostuve del brazo. Necesitaba verla una vez más antes de perderla. Sus ojos verdes se me clavaron, brillantes. Robarle un beso habría sido tan fácil...

—Gracias —susurré con el corazón martilleándome con fuerza en el pecho.

Ella asintió, como no le dije nada más se fue y se encerró en su casa. Jamás supo que ese gracias era por ella. Un gracias por haberse colado en mi vida; otro por enseñarme a quererme, y, sobre todo, por hacerme la guía. Porque, aunque el título era «Guía para dejar de ser idiota», sabía que en realidad era una «Guía para ser feliz».

Estaba cansado de todo. De tener siempre el corazón roto... Pero perder a mi padre me había devuelto parte de mi vida. Ese día pensé en comenzar de nuevo, pero conmigo mismo. Reencontrarme, cerrar ciclos y ser mejor persona. Y lo haría con ayuda profesional.

—¿Tienes un momento? —me sorprendió mi hermano. También iba vestido con un traje negro que se le pegaba a los músculos—. Necesito llevarte a un lugar.

Él y yo nos habíamos unido más esas últimas semanas. Solíamos cocinar juntos; llevábamos a nuestra madre a pasear por el parque, y me acompañaba a jugar a básquet, aunque nos pasábamos la mitad del tiempo comiendo pipas y contándonos anécdotas de esos años. Él y yo estábamos tratando de recuperar el tiempo perdido. Después de tantos años, nos necesitábamos.

—Leo, dentro de una hora tenemos el acta en el juzgado —le recordé.

—Será rápido. —Me enseñó las llaves del coche de nuestra madre—. ¿Puedo conducir yo?

—¿Y mamá?

—Ya he hablado con ella, no te preocupes. —Sonrió, tranquilizándome.

Subimos al coche de nuestra madre, un Seat Ibiza negro de hacía muchos años. Fuimos directos al centro de Barcelona y, mientras me enseñaba una canción en francés, aparcamos en una calle que conocía muy bien. Me invadió la nostalgia.

—Espera aquí —me dijo—. Si no, no nos dará tiempo.

Acepté. Él se bajó. Mientras tanto, yo me enredé entre los recuerdos de cuando había llevado a Lena a ese lugar. Leo volvió al cabo de unos minutos. Llevaba una bolsa blanca y, dentro de ella, dos donuts de flan. Sonreí.

—¿Estaba Lucinda? —le pregunté.

Él negó con la cabeza.

—Dicen que sigue enferma... Estaban su nieto y una chica nueva. —Suspiró. Sacó uno de los donuts y me lo tendió. Después cogió el suyo—. ¡Por los nuevos comienzos!

—Por los nuevos comienzos.

Y, allí mismo, brindamos con dos donuts de flan glaseados, dejando el coche lleno de migas y nuevas oportunidades. No hicieron falta más palabras. Empezó a sonar *Compta amb mi* de Txarango. Mi hermano subió el volumen.

El significado de esa canción fue como un río de agua helada por debajo de la piel. Intenté no emocionarme. Fui consciente entonces de que Leo siempre se quedaría a mi lado, aunque estuviera lejos. Y Lena... Ella también.

Al final, ella había decidido compartir un pedacito de su vida conmigo.

—Noel... ¿Piensas en ella? —preguntó mi hermano feliz—. Jamás te había visto siendo tan estúpido.

Soltó una carcajada que movió todo el coche. Le di un golpe en el hombro.

—Podría ser... —contesté triste—. ¿Crees que, si se va, volverá?

—No lo sé... —murmuró pensativo—. ¿Y si te vas tú con ella?

Suspiré contrariado. Llevaba noches din dormir pensando en esa posibilidad, pero sabía que antes de irme de Barcelona tenía que arreglar mi vida.

—Creo que antes de irme a otro país tengo que aprender a quererme —cerré los ojos—. Ahora estaba perdido, tengo que reencontrarme.

El silencio nos embargó. La música seguía sonando en los altavoces del coche.

—¿Sabes qué? El truco estaba en decirle adiós a la persona, pero jamás a su amor.

Tenía razón. Pero estaba aterrado.

Necesitaba un último día con ella.

Eras, eres y serás siempre tú



Lena Rose

Miré la nota media que me quedaba de segundo de bachillerato: un 9,4. Estaba bien, pero... ¡Qué demonios! Como dirían los malhablados de mis amigos, «estaba de putísima madre».

Me senté bien en el sillón de casa de Oliver. Estábamos él, Alek y yo estudiando. Ronnie se estaba limando las uñas, pues las tenía tan largas que me habrían servido de marcapáginas para los apuntes (al menos las llevaba limpias). Ella era la única que no se preparaba para las pruebas. Había dejado bachillerato porque quería estudiar un ciclo formativo de peluquería al año siguiente.

Era 10 de junio. La selectividad estaba a la vuelta de la esquina, y afirmar que estábamos cagados era decir poco para lo que realmente sentíamos. Faltaba un día para la batalla.

—¿Qué nota media os queda de final? Acaban de publicarlas todas en la web del instituto.

Mis ojos se dirigieron directamente a Alek, quien, con toda la parsimonia del mundo, sacó el teléfono y se puso a buscarla.

—¡Tengo un 7,25! —Oliver levantó la mano para chocarla con la de Ronnie.

—¡Olé, mi zorra, que va a triunfar siendo periodista! —exclamó ella.

—Bueno, ahora falta que en la selectividad saque buena nota —contestó él.

Lo felicité. Pero yo quería saber si Alek me había superado. Cómo había terminado nuestra partida de ajedrez. ¿Sería él quien hubiera hecho jaque mate? ¿O sería yo?

—¿Qué? —No pude quedarme callada. Empezamos un duelo de miradas para ver quién lo decía antes—. ¿Qué has sacado?

—Dilo tú primera —me desafió.

—¿Por qué las Matemáticas del social no maduran ya? Es hora de que resuelvan sus problemas solas. ¡Me han bajado la nota! —lloriqueó Oliver, ajeno a la batalla que tenía yo con Alek.

Ronnie se fue a buscar unas patatas de bolsa para comérselas.

—Esto se va a poner interesante —murmuró para sí.

—¡Yo he preguntado primero! —protesté al borde del colapso mental—. ¡Por el amor de la tabla periódica y las parábolas! Dilo ya, que me vas a provocar un infarto de miocardio.

—¿Un infarto de qué? —preguntó Ronnie, sentándose otra vez con las piernas cruzadas. Oliver se colocó a su lado y cogió un puñado de patatas. Se divertían a nuestra costa. Alek contestó por mí.

—Significa un ataque al corazón.

—¡Alek! —me quejé.

—Bueno. Está bien... —La sonrisa que se le dibujó en la cara al pelinegro me confirmó el resultado. Acababa de perder—. Un 9,42.

No podía ser. Se me desencajó la boca. ¿Dos malditas décimas habían marcado la diferencia? ¡Puñetas! Me levanté tan rápido que estuve a punto de tirar todos los apuntes por el suelo. Si es que era un desastre.

—Creo que por su reacción queda claro quién ha perdido —señaló Ronnie.

—¿Quién? —preguntó Oliver con la boca llena de patatas.

—Pues quién va a ser, imbécil. ¡Lena! —Mi mejor amiga le dio una colleja—. Están a punto de salírsele los ojos de las órbitas, y no es precisamente porque haya visto a un *machoman* sexy y sin camisa.

—Gracias, Ronnie, me has subido muchísimo la autoestima —reprochó Alek, aún con la sonrisa en la cara. Se la habría borrado de un zapatazo.

—No te lo tomes a mal, cariño. Estás bueno, pero Tom Hiddleston es otro mundo. Aunque yo me quedaría con Zendaya. —Nos la quedamos todos mirando—. ¡¿Qué?! Es un pibón de mujer.

—No, si razón no te falta —me expliqué—. Pero de todo lo que has dicho solo un 0,1 por ciento tiene sentido.

Ronnie hizo como si se cerrara la boca con una cremallera, rindiéndose.

—¿Y bien? —Alek se estaba regocijando con mi mala suerte. Él sabía perfectamente que me había ganado.

—Un... —Me costaba decirlo. No quería aceptarlo.

—¿Un...? —rebatieron Oliver y Ronnie al unísono. Los quería matar.

—Un 9,40, córcholis —lloriqueé.

—¿Has perdido por dos décimas? Ni Romeo y Julieta eran tan desafortunados —dijo Oliver.

Le lancé una mirada furibunda. Estaba muy irritada. Mi mejor amigo se había leído hacía poco el clásico y, desde entonces, hablaba y soñaba con él a todas horas.

—Joder. No me mires así. ¡Es verdad que murieron por ser gilipollas! Si Romeo no se hubiera suicidado siendo más drama que persona, aún seguirían vivos, felices y comiendo perdices.

—Gracias por los ánimos, querido amigo —contesté irritada.

Me mordí el labio. Me sentía avergonzada y tenía una espina en el corazón. Siempre había querido ser la mejor, no solo por mí, sino por mi madre, que me había cuidado y ayudado siempre que lo había necesitado. Ella había estado mucha parte de su vida trabajando a horas intempestivas para podernos cuidar como madre soltera. Le debía todo, y si podía conseguir cualquier beca, iba a por ella.

No pude evitar mirar a Alek con retintín. Si él no hubiera aparecido, yo me habría quedado con esa matrícula. Le habría devuelto el favor a Cecilia. Tal vez debería haber estudiado más... Me había fallado a mí misma y a mi familia. Hinché los pulmones de aire. Oí una tos seca falsa. Era Alek, que nos miraba con el ceño fruncido y repiqueteaba con el móvil en su silla. ¿Y ahora qué?

—¿No vamos a comentar el hecho de que me debes una cita? —me lo preguntaba a mí. Me sonrojé y me tapé la cara con las manos, gruñendo.

—Lena, esa parte no nos la habías contado —me acusó Oliver, señalándome—. Traidora. ¿Has olvidado el código 6969 de los amigos? Contarnos los cotilleos.

—¡Es que no va a ser una cita!

—¿Y por qué él dice que sí? —cuestionó Ronnie.

—Porque sí lo es. —Iba a matar al pelinegro.

—¡No lo es! —refunfuñé—. Dijimos que quien ganara la matrícula sería invitado por el otro a una cena.

—Eso, querida mía, se llama cita —murmuró Alek. Oliver y Ronnie, que sabían que estaba mal con Noel, asintieron. Eran unos traidores—. ¿El viernes, después de la selectividad?

—Yo creo que tendré la cabeza triturada... —me excusé.

—Qué lástima —suspiró—. Justo ese viernes inauguran una librería-cafetería.

—Bueno, vale. Acepto —contesté. No tenía nada que perder.

Dejamos de estudiar por ese día. Quería ir a casa y descansar antes de la prueba. Darme una ducha fría, beberme una limonada granizada y repasar sin presión. Además de quitarme el mal sabor que me había dejado perder contra Alek. Llegué al portal y subí la escalera que daba al patio de vecinos.

—¿Lena? —Me giré como un resorte, pensando que mi mente se estaba burlando de mí. Había soñado tanto con esa voz...

Al verlo noté fuegos artificiales en el estómago. Y, a la vez, el dolor del pecho se intensificó. Llevábamos casi un mes sin hablar. Mierda, lo echaba de menos. Pero él no quería saber nada de mí.

—Solo quería decirte que he aprobado... —Sonrió nervioso.

Lo imité. Noté el corazón caliente. Lo veía más seguro de sí mismo, más feliz.

—¡Eso es una muy buena noticia, Noel! Quería abrazarlo.

—Sí... Solo quería darte las gracias. —Incliné la cabeza, sin entenderlo—. Me has ayudado mucho este año.

Permanecimos en silencio, mirándonos. Cuestionando todo lo que podría haber sido y se había quedado en nada. Lo habría abrazado, enterrado mi cabeza en su clavícula, notando su corazón a través de mi piel.

—Bueno, me tengo que ir —contestó al final él, rompiendo el momento. Asentí, triste—. Nos vemos...

Me sentía gilipollas porque no había podido soltar palabra. Entré en casa, con un nudo en la garganta. Él siempre tuvo razón. A veces lo mejor era alejarse para crecer, y él estaba creciendo.



—¡Por fin somos libres! —gritó Oliver.

Estábamos fuera de la Universidad de Barcelona, donde habíamos hecho la selectividad. Habían sido tres días muy duros. Lágrimas, noches de desvelo y teína en vena.

Me había ido genial. Me había esforzado mucho y estaba orgullosa de mí misma. La perseverancia hace el camino.

No se nos ocurrió nada más que lanzar todos los apuntes al aire, entre gritos de júbilo y lágrimas de felicidad. Obviamente, después nos tocó recoger todos los papeles que habíamos tirado. Yo, por suerte, había cogido y tirado los de Oliver. ¡Los míos, ni loca! ¿Y si los necesitaba para el futuro?

—Ahora toca ir a comprar los trajes para la graduación —sonrió malicioso Oliver—. Voy a llamar a Ronnie para que venga.

—Pero después me debes mi cita. —Alek me empujó suavemente con el hombro, enfatizando las últimas palabras.

Qué pesado.

—Solo si me invitas primero a un helado de limón, ¿hecho? —Intenté ingeniármelas, al menos si tenía que pagarle una cena quería conseguir algo a cambio.

—Tramposa —protestó.

—¿Trato o no? —repliqué—. Es justo. Yo acepto que te debo una cita si tú me invitas a un helado de limón.

—Deberías estudiar Administración de Empresas —se rio—. Porque menudos acuerdos haces. Pero está bien, hay trato.

Nos dirigimos al centro comercial. Ronnie ya estaba allí, fumándose un cigarro. Aún no había conseguido dejar el tabaco, pero tampoco la juzgaba. Una cosa después de la otra. En ese momento, ella estaba en proceso de reconstruirse. Pensé que ojalá nos pudiésemos querer para siempre, sin baches ni tormentas. Pero caer de vez en cuando también forma parte de nuestro aprendizaje. Oliver fue a cogerle un cigarro, le pegué en las manos.

—Aguafiestas. —Hizo un puchero—. ¡Ya soy mayor para hacer lo que quiera!

—Será que eres mayor para lo que quieres.

—Mira, Calabacita, leí en una revista que dos de cada cinco fumadores mueren —se quejó

—. Eso quiere decir que los tres que no lo hacen se convierten en inmortales, ¡y ese podría ser yo!

Suspiré dramáticamente. Ronnie aplastó el cigarro y me agarró del brazo, alejándome de los lamentos de mi mejor amigo. El centro comercial estaba a petar de gente joven que iba a celebrar que se había terminado la selectividad. Era algo agobiante, pero también lo entendía.

—¿Ya tienes vestido para la graduación? —me preguntó mi amiga.

Negué con la cabeza.

—¿No puede ser un traje? De esos de colores chillones. —Sonreí alegre.

—Con traje hará mucho calor, cariño.

—Vaya... Es que ya tengo muchos vestidos y quería probar algo nuevo. —Hice un puchero.

—¿Y un mono? —soltó Oliver—. Es más práctico.

—¡Por fin tienes una muy buena idea! —chillé de emoción.

Comenzamos a entrar dentro de las tiendas. Hacía un calor que abochornaba, el pelo se me encrespaba, convirtiéndome en una escoba andante. Me obligaron a probármelo todo. Desde vestidos negros, que me negué a comprar porque yo quería algo colorido, hasta vestidos con pedrería y cachivaches incómodos. Hasta que encontré el mono perfecto. Salí del probador, sintiéndome una diva. Oliver y Ronnie aplaudieron. Alek se limitó a revolverse el pelo ruborizado.

—Estarás preciosa, Lena. —Ronnie me dio un beso en la mejilla. Me dejó toda la marca de su pintalabios—. A ver, saluda como la reina.

Entre risas, la imité.

—¿Y yo no estoy precioso? —preguntó Oliver de brazos cruzados.

—¡Eres un puto celoso! Pero tú también. —Repitió la acción del beso—. ¡Estoy tan orgullosa de vosotros! ¡De verdad, os hacéis mayores!

Se secó una lágrima invisible. Era del club de los dramáticos. Nos cambiamos, pagamos el mono y fuimos a buscar un traje para Oliver. Cuando entramos en la tienda noté que el aire se escapaba de mis pulmones y el corazón se me paraba. ¿Podía dejar de sentir aquella sensación cada vez que lo veía?

No esperaba encontrarme a Noel y a Cristian, y estaba claro que mi mejor amigo tampoco. Moví la nariz, nerviosa. Quise huir. Noel y Cristian se estaban riendo con otras chicas que iban con ellos. Jamás había sido celosa, pero... Se me rompió más el corazón, si eso era posible. Cuando él me vio, me sonrió triste. Eso ya me mató. Siguió hablando con las chicas como si nada. ¿Por qué ellas podían tener sonrisas suyas y yo no? Necesitaba una última sonrisa suya. Un último abrazo. Un primer y último beso de despedida.

—Vamos a por ese helado... —Alek me cogió del brazo, salvándome de sentirme más humillada—. Oliver, Ronnie, id mirando trajes. Ahora venimos.

Me mordí el interior de la mejilla para no llorar. Nos dirigimos a una de las heladerías que ya estaban abiertas. Alek me indicó que me sentara y se encargó de comprar dos tarrinas de helado.

Uno de menta para él, uno de limón para mí. Cuando se sentó, me miró con el ceño fruncido.

—¿Qué sientes? —Esa pregunta me sorprendió.

No podía mentirle. Ni a él, ni a mí.

—Lo quiero... —confesé—. Y lo quiero tanto que duele, porque él y yo jamás vamos a poder estar juntos.

Él se deshinchó ante mi revelación y sus ojos se apagaron. Aun así, jamás perdió la sonrisa.

—¿Te han dicho ya si te aceptan en la Universidad de París? —Negué con la cabeza—. Entonces aún tienes una oportunidad de estar con él.

—¿No te molesta que hable de esto contigo? —le pregunté. Sentía como si el aire me quemara los pulmones.

—Lena, el amor no correspondido es una jodida mierda. Y lo sé de primera mano. —Estaba así por mi culpa y me sentí mal por él—. Así que te entiendo.

—¿Y cómo haces para aguantarlo? —reclamé cabizbaja.

—Me quedo con los momentos bonitos. Con las pequeñas cosas que me han hecho feliz, que provocan que miles de mariposas enfurecidas dominen mi estómago. Pero ese no es el asunto, Lena.

—¿Y cuál es? —pregunté mientras me comía una cucharada de helado. Tenía la boca seca.

—Que él está enamorado de ti hasta las trancas. —Suspiró decaído. Le dolía decir esas palabras—. Pero estáis tan ciegos que no os dais cuenta.

—¿Por qué crees eso? Él está enfadado conmigo. —Negué con la cabeza, no podía creérmelo.

—Lena, ponte en su piel. No está enfadado, está dolido por la posibilidad de que te puedas ir de su vida. Por primera vez y seguramente la última, lo entiendo.

Lo miré a los ojos. Lo decía en serio. Nos quedamos callados mientras terminábamos de comernos el helado. Pensando en qué podría haber cambiado para que Noel no se hubiera apartado de mí. Necesitaba hablar con él, aunque fuera una última vez. Oliver y Ronnie nos enviaron un mensaje, indicándonos que ya tenían el traje y que se iban. Alek me propuso llevarme a mi casa.

—¿Y la cita? —le pregunté.

Él me sonrió apenado.

—Prefiero quedarme con este momento.

Le dije que me apetecía ir caminando a casa, para pensar. Antes de irme tenía que hacerle aquella pregunta: por qué, de todas las chicas que existían, me quería a mí.

—¿Por qué yo? —pregunté bajito antes de irme. No sabía si quería oír la respuesta.

Él lo entendió.

—Porque eres magia. —Sonrió—. Eres de esas personas que te hacen creer que el mundo es bonito. Brillas con luz propia. Porque eres tú.

Recordé el primer día que hablamos, en la fiesta de Jolene. Él me había dicho que existían

personas que eran magia. Siempre se había referido a mí...

—Gracias por ser un buen amigo.

Le di un último beso en la mejilla, le regalé un abrazo y me fui. El trayecto hasta casa fue duro. Los nervios de los últimos días y todo lo que había pasado en el centro comercial me consumían. Noel había sido una pieza importante en mi vida. Un amigo que se había convertido en algo más. Maldita la noche que tuve que vomitarle en los zapatos.

Llegué a casa hecha un manojo de nervios. Entré en el salón. Mi madre, que estaba con Astrid viendo una comedia romántica, me llamó.

—Ha llegado hoy —dijo emocionada tendiéndome un sobre con el sello de la Universidad de París—. A ver qué dice.

No podía ser... Joder, lo que me faltaba. Necesitaba acordarme de cómo respirar.

—¿Puedo abrirlo sola? —pregunté al borde del llanto. Demasiadas emociones en pocos días.

Ellas asintieron y se fueron a la habitación, dejándome sola en el salón. Me temblaban las manos, el corazón me martilleaba tan fuerte que temí que se viniera todo abajo. Cogí aire. Era la hora de saber mi futuro... Me envalentoné y abrí la carta. La leí.

Mierda, no podía ser.

Las lágrimas comenzaron a brotar. Saladas. Calientes. No tenía palabras.

En ese momento llamaron al timbre de la puerta, arrastrando los pasos, abrí. Al verlo allí delante de mí solo quise gritar, abrazarlo y decir que lo quería. Llevaba un ramillete de margaritas naranjas, él sabía que era mi color favorito. Iba vestido con un traje que le venía grande. El corazón se me encogió y me quise perder en esos ojos miel, esa sonrisa que debería haber sido eterna. Él era arte abstracto, y por eso era único.

—Noel... —susurré entre lágrimas—. Pensaba que...

—Antes de que digas nada, lo siento. —Me cogió la cara con una mano y me limpió las lágrimas—. Siento no haberte dejado explicarte, siento haberme apartado de tu lado.

Necesitaba perderme entre esos labios.

—Yo también lo siento —confesé—. Perdón por no habértelo dicho antes...

Él puso un dedo sobre mis labios, obligándome a callar. Estaba nervioso y no dejaba de alborotarse el cabello. Pasaba el peso de un pie a otro, intentando encontrar las palabras.

—¡A la mierda! ¿Sabes?, he planeado este momento un centenar de veces. ¡Pero qué demonios! Joder. No sé ni por dónde empezar. —Se trababa al hablar, inquieto—. No sé si ya te han aceptado en París o no. ¡Pero no me lo digas! No aún.

Reí histérica a través del dolor. Él se acercó y apoyó su frente en la mía.

—Lena, no te voy a pedir que te quedes. Tú estás hecha de polvo de estrella. Brillas con luz propia y tienes que seguir volando. Pero, por favor... —Las lágrimas me escocían, él me las limpió otra vez y dejó su pulgar encima de mis labios—. Necesito que me regales una última noche a tu lado.

Dio un paso atrás. Me puso el ramillete de margaritas en las manos.

—Lena Rose. ¿Me concederías el honor de ser tu pareja para la fiesta de graduación?

Lo rodeé con los brazos. Una y mil veces sí.

Porque, a pesar de todo lo que estaba por venir, si hubiera tenido que volver a empezar, siempre lo habría elegido a él. Siempre él.

No existen las últimas veces...
Solo las penúltimas



Noel Martín

Jamás debería ser la última vez. Como decía mi hermano, «solo existen las penúltimas veces, porque estoy seguro de que siempre habrá una próxima».

Seguía sin saber si Lena se iba a París o no. Tampoco tardaría en descubrirlo. Así que estaba aterrado porque jamás había entrado en mis planes enamorarme de ella y perderla.

—Un café con leche, uno descafeinado y... —Leo me miró—. ¿Qué quieres tú?

—Un cappuccino, gracias.

Había dejado de beber el café solo. Quería alejar todo lo amargo de mi vida. Estaba con Leo y mi madre en el Central Pork. Hacía años que no íbamos los tres juntos a algún sitio. Por primera vez éramos una familia unida. Leo tenía que volver a Lyon para terminar los exámenes finales, aunque ya era su último año en la universidad.

Yo, en cambio, estaba ayudando a mi madre con la mudanza. Había costado muchísimo decidirnos, pero queríamos dejar atrás ese lugar de fantasmas del pasado y malos recuerdos. Tampoco nos íbamos muy lejos. Habíamos encontrado un piso pequeño pero cómodo unas calles más arriba de la nuestra.

Nos habíamos enamorado en el instante en que pusimos un pie dentro.

La luz del sol acariciaba cada rincón y eso, en los momentos malos, nos podría servir. En el salón había un balcón pequeño, en el que solo cabían dos personas, que adornaríamos con los geranios de mi madre. También tenía una cocina en el mismo salón —con lavavajillas incluido. Ni confirmo ni desmiento que me emocioné—; un baño tan diminuto que cuando te agachabas las nalgas rozaban la pared de atrás, y tres habitaciones. Una para mi madre, una para mí y una para él.

—¿Estás seguro de que quieres volver a Barcelona? —le pregunté.

—Está decidido. —Mentira, no lo estaba, pero no quería dejarnos solos. Aunque él sabía que estaríamos bien—. Además, quiero ahorrar para sacarme un máster. Es lo que tiene estudiar Trabajo Social, que siempre tienes que estar formándote.

—Me alegra saber que volverás —dijo mi madre. Había ganado algo de peso y sonreía mucho más—. Y tú, Noel, ¿te han dicho algo de las notas de selectividad?

Negué con la cabeza.

—Qué va. Se supone que salen la semana que viene.

—¿Nervioso? —preguntó Leo con retintín.

—Un poco. Espero entrar en la Universidad de Barcelona.

—Y Lena, ¿qué va a hacer ella?

«Mierda.»

Se me había pasado por alto que mi madre aún no sabía nada. Mi hermano, que sí que lo sabía porque me había sincerado con él hacía tiempo, se atragantó con su descafeinado.

—¿He dicho algo que no debía? —Mi madre me miró con ojos de preocupación.

Cogí aire. Tenía un jodido nudo en el pecho y no fui consciente de que apretaba la servilleta entre las manos.

—Puede ser que se vaya a París.

Fue una bomba. La mesa se quedó en silencio. Y yo solo pude echarme a llorar porque, por primera vez, no me importaba derramar las lágrimas delante de los que me querían. Mi madre me abrazó y Leo me cogió de la mano.

—Llora, cariño mío. Limpia tu alma —susurró mi madre mientras me daba besos en la cabeza.

Aprendí que llorar no es de cobardes. Llorar es sacar lo que nos duele y seguir adelante.

—No quiero que se vaya, mamá. Ella es... —Me rompí. Media cafetería me miraba, pero me daba igual si los molestaba.

—Lo sé, amor. Lo sé. Pero ella tiene que seguir volando... No es un pájaro que puedas encerrar en una jaula. —Intentó decirlo con todo el amor del mundo.

Cogí un pañuelo y me soné los mocos. Habló mi hermano.

—Ella siempre ha sido especial... —dijo divertido—. Me acuerdo de que a la semana de que se hubieran mudado a la casa de al lado me la encontré con un hurón.

—*Hei-Hei*... —repuse mientras hipaba. Sonreí ante la mención de su mascota.

—Me contó todas las características de ese animal, estuvo al menos una hora. ¡Y yo había vuelto del dentista! Me habían dormido la boca. —Se rio—. Me preguntó por qué hablaba tan raro, que si tenía problemas de bruxismo.

—¿De qué?

—Eso de rechinar los dientes —protestó—. ¡Pero es que ella tenía diez años! Y yo quince.

—¡El demonio del hurón! —dijo mi madre divertida—. Ya son varias las veces en que se me

ha meado en los geranios. Ahora que nos vamos tendrá que buscar otros.

—A mí me mordió porque me colé en la habitación de Lena por la escalera de incendios...

Mi madre y Leo abrieron muchísimo los ojos.

—¿Estás loco? —protestó ella—. ¿Y si Lena hubiera pensado que era un ladrón?

Solté una carcajada ante el recuerdo.

—Fue lo que pasó. Me pegó con un secador en la cabeza y después me puso una tirita de dinosaurios en la punta del dedo.

—Va a llegar lejos esta niña —dijo sorprendida mi madre.

—Es tan... —comenzó Leo.

—Peculiar —terminé yo.



Tragué saliva. Estaba tan nervioso que sudaba a mares, y estar metido en ese traje negro no ayudaba. Mi madre se acercó a mí y me puso bien la corbata. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Estoy tan orgullosa de ti, hijo.

Le di un beso en la mejilla.

—Y yo de ti.

Era la hora. Tenía que ir a buscar a Lena. Iríamos los dos con mi moto a la graduación, así después podríamos ir a la fiesta nocturna sin necesidad de depender de nadie. No me quedaban uñas para morder.

—¡Guau! Qué sexy, hermanito, ya te vas pareciendo a mí —dijo burlón Leo.

Le di un empujón.

—Os veo allí —contesté.

Ellos asintieron. Cogí aire, preparado para el día que se avecinaba, y salí de casa. Respiré hondo mientras miraba hacia arriba. El pequeño trozo de cielo que daba al patio de vecinos brillaba. Cerré los ojos, saboreando el buen día que hacía. También estaba aprendiendo que, si llevas el sol por dentro, no importa que te estés mojando bajo la lluvia. Me armé de valor y llamé a la puerta. Cecilia fue la primera en abrirme, sonrió enseñando todos los dientes.

—¡Estás guapísimo, Noel! —Me invitó a pasar—. Lena ahora viene, está terminando de arreglarse. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias —contesté inquieto—. Estoy bien.

No dejaba de repiquetear con el pie en el suelo. Su hermano me miraba curioso desde el salón. Cecilia me estaba hablando de lo que le gustaba ser enfermera, pero lo mal que lo llevaba esos últimos días.

Y el mundo se paró cuando la vi. Ella era la estrella más brillante del mundo.

—Joder... —murmuré sin poder apartar los ojos de ella.

Iba vestida con un mono de color rojo con las mangas caídas, pata ancha de campana y la

espalda descubierta. Llevaba un semirrecogido y unos pendientes de girasoles. Quise acariciar con los labios cada una de las pecas que se entreveían. Y las que no, también. No pude evitar sonreír cuando bajé la mirada y la vi con unas Converse blancas. Lena era única. Era... Lena. E iba a quererla para toda la vida.

Se acercó nerviosa.

—Estás preciosa. —Le puse un mechón rebelde detrás de la oreja.

—Tú no estás nada mal —balbuceó.

—¿Nada mal? —Arqueé una ceja y le di un golpecito en la nariz—. No mientas.

—De acuerdo, estás de muy buen ver. —Se sonrojó de inmediato—. ¡Pero no te lo creas mucho!

—¡Una foto! —chillaron—. ¡Esperad!

Cecilia nos obligó a posar juntos. La cogí de la cintura y pude percibir sus mejillas rosadas ante ese gesto. Yo no estaba mucho mejor. Me moría por besarla de una vez por todas.

—¡Estáis guapísimos! —añadió su madre contenta.

La invité a cogerse de mi brazo. Ella dudó, pero lo hizo. Y en qué momento entró en contacto conmigo... Se me puso la carne de gallina.

La llevé a la moto.

—¡¿En serio?!

—¿Por qué te extrañas?

—¡Ni el último día podías dejar tu moto! —Se rio.

No pude evitar que el corazón se me parara por un momento con esa pequeña verdad. Podía ser que esa fuera mi última noche con ella. Se subió de un salto y se puso el casco. Me cogió de la cintura y quise controlarme. Lo prometo. Pero la sensación de tenerla, por fin, tan pegada a mí sin rechistar hizo que diera un acelerón. Me reí cuando ella me soltó un golpe en el casco.

Fue una dosis de adrenalina. Nos convertimos en dos personas imparables, corriendo contra el viento. Perdiéndonos y disfrutando de los pequeños momentos. En nuestro interior existía un verano invencible; estábamos aprendiendo a amarnos a nosotros mismos.

Cuando llegamos, ella se bajó de un salto. Jamás dejaría que alguien la ayudara. La graduación era al aire libre, en el mismo patio del instituto. Habían colocado un montón de sillas para los familiares y otras para los estudiantes de bachillerato, todas decoradas con lazos rojos. Sonaba una canción de Nil Moliner, la de *Libertad*.

No pude sentirme más identificado.

Me situé a su lado. Nuestras manos se rozaban... Entrelacé mis dedos con los suyos. Tuve miedo de que los apartara, pero, en contra de lo que pensaba, me apretó la mano. Deslumbraba a todo el mundo.

La mayoría de la clase ya había llegado. Me dieron igual las miradas curiosas, las caras de desconcierto y que nos señalaran con el dedo. A su lado, no podía sentirme más lleno.

—¡Ha llegado la reina del baile! —chilló Oliver cuando la vio. Le di la razón. Después me

miró a mí y me acusó con un dedo—. Y a ti ni se te ocurra robarme mi corona del rey del baile.

—Cariño mío, esto no es Estados Unidos. Aquí no hay rey ni reina del baile —dijo una chica morena que iba con un vestido verde que combinaba con el de Oliver, un amarillo chillón que se veía a kilómetros de distancia.

Era Verónica, la chica que encontré aquella noche en el portal de mi antigua casa. Había ido a nuestra clase en secundaria.

—Un placer volver a verte, Noel. —Sonrió.

—Igualmente, Verónica.

—Llámame Ronnie. —Me guiñó un ojo—. Por cierto, Lena. Normal que estés coladita por sus huesos. ¡Está que te cagas!

Si hubiera habido una alarma de incendios, se habría encendido. Lena tenía la cara y las orejas tan rojas que ardían.

—¿Así que estás coladita por mis huesos? —la chinché, aunque me había dado un paro respiratorio después de la confesión de Ronnie.

A Lena le gustaba... Joder. Sí que habíamos estado ciegos. Alguien me alargó la mano, sacándome de mis pensamientos. Era Alek.

—¿Paz?

—Joder, qué cursi, tío. —Pero encajé mi mano con la suya. Había sido injusto con él.

Se acercó un hombre con perilla. Era el padre de Oliver.

—¡Una foto grupal! —chilló contento.

—Joder, papá, llevas todo el día haciéndome fotos —protestó Oliver—. Suerte que soy fotogénico.

Mucho quejarse, pero fue el primero en ponerse para la foto. Ronnie y Alek se colocaron a su lado. Lena también se dirigió a ellos, pero cuando vio que no iba me cogió de la mano.

—Tú también tienes que salir —dijo dulce—. Formas parte de nuestra vida.

Jamás podré explicar la felicidad que sentí cuando me dijo esa frase.

—¡Esperadme, que voy! —Unos tacones repiquetearon en el suelo—. ¡Dejadme sitio al lado de mi hermana!

Jolene apareció con un vestido azul con escote palabra de honor. Cuando vi a Cristian le pegué un silbido y lo obligué a venir. Los miré a todos orgulloso. Tenía amigos que jamás había pensado tener. Todos juntos, en una solo foto. Seríamos infinitos.

Antes de irnos, Cristian me pidió que hablara con él. Nos pusimos a un lado y me lo soltó.

—He decidido hablar con mis padres —sonrió—. Sé que es una mierda tener que salir de un supuesto armario, pero lo necesito.

Me alegré por él, se merecía ser libre y expresar lo que le saliera del nabo.

—Una gran parte de la sociedad es peor que un dolor de muelas —me quejé.

—Toda la razón, tío. Pero bueno, quiero aceptarme y no tener que esconderme.

—¡Ese es mi amigo! Qué orgulloso estoy de ti, tío. Si hace nada eras un mocoso sin pelos en

los huevos. —Le di un golpe amistoso en el pecho—. Si necesitas cualquier cosa, me lo dices. Mi casa también es la tuya.

Nos pidieron que nos sentáramos. Lena me cogió de la mano y tiró de mí para que me situara a su lado. Nos fuimos a la primera fila, porque ella quería estar bien atenta. La emoción nos invadía. Algunos alumnos cantaron, nuestra tutora dio un discurso y, cuando ya se habían asomado las primeras estrellas, comenzaron a dar las orlas.

No pude evitar soltar un par de lágrimas cuando gritaron mi nombre. La gente aplaudió y silbó. Me lanzaron piropos. Al final, seguía siendo el popular de la clase. Pero yo solo tenía ojos para Lena. Para observar cómo me miraba con orgullo. Leo y mi madre aplaudieron con ganas.

—Siempre supe que tú podrías, ¡y además con muy buena nota!

Me giré, encontrándome con Luciano, mi profesor de Historia. Iba con su perro lazarillo, que llevaba una pajarita roja.

—Gracias —dije con el corazón hinchado.

—Date las gracias a ti mismo, Noel. Lo has conseguido porque has querido. Serás un buen profesor.

Abrí mucho los ojos.

—¿Cómo sabes que he escogido esta carrera? —pregunté asombrado.

—Yo lo sé todo. —Sonrió—. Recuerda: soy ciego, pero puedo ver.

Le di un apretón de manos agradecido y volví a mi sitio. En ese momento fue el turno de Lena. Sus amigos comenzaron a gritar y yo... Yo me levanté, delante de las miradas indiscretas de todos los presentes. Ya no me importaba si me criticaban. Quería que me viera allí, entre la gente. Apoyándola. Queriéndola bajo la luna que empezaba a asomarse. Jolene también se levantó y se puso a aplaudirle. La siguieron Oliver, Ronnie y Alek. Los dos primeros solo le gritaban piropos bastante singulares.

—¡Quién fuera cilantro para quedarse en tu sonrisa! —gritó Oliver.

—¡Quién fuera cemento para sostener ese monumento! —añadió Ronnie.

Y, poco a poco, la gente se fue levantando para aplaudirle. Marcos, Cecilia y Astrid comenzaron a sacar fotos. Lena sonrió alucinada, con las mejillas mojadas de la emoción y una sonrisa que no le cabía en la cara. Se lo merecía, ella era luz. Bajó corriendo y me abrazó.

—¡Lo hemos conseguido! —gritó.

La alcé en el aire y la hice girar entre mis brazos.

—Sí, pecosa. —Enterré mi nariz en su clavícula—. Lo hemos conseguido.

—Siempre he creído en ti. —Me dio un beso en la comisura de los labios.

Esas cinco palabras me marcaron de por vida. Ella lo había hecho cuando no lo hacía ni yo.

Era hora de que empezara la fiesta. Nos despedimos de los padres y las madres, quienes, emocionados, se fueron a tomar unas birras. Pero antes, Astrid y Cecilia se hicieron varias fotos con sus hijas. Se habían convertido en una familia de lo más peculiar (como la hija). Llegamos a

un local, al lado de la playa, donde cenamos entre risas, brindis y sangría que compramos los mayores de edad. Cuando pusieron la música a todo volumen, la cosa ya comenzó a desmadrarse.

Cubatas. DJ. Hielo. Confeti. Voces a grito pelado. Risas. Cervezas. Brindis.

Llevaba la tercera cerveza cuando empezó a sonar una canción lenta. De inmediato busqué a Lena, que estaba con Oliver y Ronnie dándolo todo. Sus ojos también me encontraron. Nos acercamos.

—¿Me concedes este baile? —me preguntó.

—¿Me lo concedes tú a mí?

La cogí de la cintura y la pegué a mi cuerpo, bailando a paso lento. Apoyó su cabeza en mi pecho, notando como mi corazón me iba a tres mil por hora. Quise decirle que eso era por ella. Terminó la canción, pero seguimos pegados. Bailando, soñando con los pies. Siendo solo ella y yo. No importaba nada más. Y bailamos otra, y otra más.

—Te he echado de menos —me confesó.

—Y yo a ti, pecosa.

Lena fue la primera en separarse. Me acarició el rostro. Sus dedos pararon en mis labios, los dejó caer y me cogió de la mano, invitándome a irme con ella. Nos marchamos de esa fiesta sin ser vistos. La luz de la luna se reflejaba en el mar. Las olas eran plateadas y la melodía que creaban era preciosa. Lena se descalzó. La imité. Me cogió de la mano.

—Bailemos aquí —propuso.

Y lo hicimos. Solos. Nuestra música era el mar. El sonido de las piedras que arrastraban las olas, de la arena moviéndose bajo nuestros pies. Nuestras respiraciones, mezclándose. El deseo brillando en sus ojos verdes. Recordé la primera vez que habíamos hablado ese año: le había tirado un café en el pelo. ¿Cómo habíamos terminado allí? Pegados y colándonos el uno dentro del otro.

—Noel... —Me sacó de mis pensamientos.

Supe entonces lo que me quería decir, pero aún no estaba preparado para decirlo en voz alta.

—No hace falta que lo digas. —La apreté más contra mí—. Lo sé.

Lo había sabido desde el momento en que la había visto llorar en su puerta. La habían aceptado en París. Era real. Se iba.

—¿Cuándo? —Necesitaba saber cuánto tiempo me quedaba.

—Me voy la semana que viene.

La abracé más fuerte, pegándola a mí. Observé como cerraba los ojos, con el corazón en un puño. Las lágrimas saladas y calientes empezaron a aparecer, manchándole el rostro.

—Tengo miedo —confesó.

—¿De qué?

—De perderte. —Levantó los ojos, encontrándose con los míos.

Los dos teníamos los ojos llorosos. Podría haberle dicho tantas cosas... Pero si se hubiera

dado cuenta de la forma en que la miraba ya lo habría sabido todo.

—Jamás me perderás, Lena. —Paré de bailar y puse una mano encima de su corazón. Las lágrimas me escocían, pero lo solté todo. Me acerqué a ella—. Porque las personas como tú dejan huella. Puede que te vayas de mi vida. Que estés en otro país. Pero nunca te irás por completo.

—¿Seguro?

—Pecosa, siempre quedará nuestra «Guía para dejar de ser idiota».

Las lágrimas no dejaban de brotar. Aún no se había ido, pero yo ya la extrañaba de más.

—Noel...

—Mierda —me quejé, pegando mi frente a la suya—. Ha sido un placer conocerte, pecosa.

—Noel —repitió mi nombre. No le hice caso.

—No sé qué me has hecho, pero me vuelves loco —susurré.

Acerqué más mis labios a los suyos, casi rozándolos. Nuestras respiraciones, agitadas, se mezclaban. Necesitaba tenerla solo para mí esa noche, besarla en cada recoveco de su cuerpo, lamerle las pecas una a una. Necesitaba no soltarla jamás.

—Te voy a besar —soltó de golpe.

Y sus labios impactaron en los míos. Jamás podré contar lo que sentí. La magia nos invadió. Cerré los ojos. Pasé mis manos por su cuello y la pegué más a mí. Profundizando, conectándome más a ella. Nuestras lenguas se enroscaron, le mordí el labio. La necesitaba, siempre lo haría. Me cogió de los brazos, poniéndose de puntillas.

Ojalá esa historia no se hubiera terminado.

Ojalá ella no se hubiera ido.

Ojalá.

Nos besamos entre lágrimas saladas y la promesa de reencontrarnos. Nos perdimos entre la arena, con el mar observándonos; me perdí toda la noche entre sus mechones rebeldes, sus ojos brillantes y sus pecas que parecían constelaciones. Besé cada una de ellas. Y le hice el amor de todas las formas que sabía.

Fueron besos con sabor a «no me olvides».

Fue un primer beso de despedida.

Hasta siempre, Lena



Lena Rose

Las maletas estaban preparadas. Al cabo de cinco horas salía el avión hacia París. Los de la universidad me habían pedido que llegara antes de septiembre para hacer un curso de verano, financiado por ellos, para estudiar francés.

Me esperaban cuatro años duros de clases de Psicología.

Un sueño hecho realidad en París. Y otro sueño que se quedaba en Barcelona.

Seguía sentada en la cama, con los ojos vidriosos y mirando la foto que me había hecho con Noel en el Tibidabo. Desde aquella noche no lo había vuelto a ver. Habíamos decidido no vernos más. Arrancarnos la tirita de golpe para que en un futuro no volviera a doler separarnos. Él fue la despedida que más me costó asimilar. Una parte de mí siempre sería suya.

Me habría gustado que nos fuéramos juntos. Pero éramos jóvenes, inexpertos y, lo peor, no teníamos dinero.

Tuve una idea de último momento. Cogí mi agenda, *Nube,* que ya estaba guardada en la mochila, y la abrí. Busqué la página donde estaba escrita la «Guía para dejar de ser idiota» y la arranqué. Después agarré la foto y escribí detrás una breve despedida. Cuando terminé, entre lágrimas, las doblé y las guardé en un bolsillo del vaquero. Por si acaso. Por si las casualidades de la vida querían que lo viera por última vez.

—Cielo, es la hora —dijo mi madre—. ¿Estás preparada?

—Creo que sí. —Ella se acercó y me cogió ambas manos.

—Irá bien, Lena. Lo sé. Tú puedes con todo.

—Gracias, mamá. Por todo, desde que nací hasta ahora. —La abracé—. Te quiero.

Hei-Hei se venía conmigo a París en su jaula, bufó cuando lo cogí. Cogí las maletas y me despedí de mi casa. Estaba segura de que volvería, pero no sabía cuándo.

Marcos y Jolene me esperaban en el coche, junto con Astrid, que estaba en el asiento del pasajero. Oliver, Ronnie y Alek estaban ya en el aeropuerto. Había llorado tanto los últimos días

que ya no me salían lágrimas. Tenía los ojos tan secos como un estropajo. Me senté entre Marcos y Jolene.

—¿Estás bien? —preguntó mi hermano, cogiéndome la mano.

—Sí, solo estoy un poco triste. Pero es para cumplir un sueño. —Sonreí.

Jolene me agarró la otra mano y me la apretó.

—Nunca dejes de soñar, todo se consigue —añadió—. ¡Ah! Y pásame el número de referencia de todos los nuevos modelitos franceses que veas.

Puse los ojos en blanco, pero me sentía muy afortunada. Tenía un hermano al que quería con toda mi alma, y una nueva hermana que iba por el mismo camino. Me dolía haber juzgado a Jolene. Ella era tan diferente de como la había imaginado... Cuando se quitaba la máscara de frialdad era única. Con el tiempo había aprendido a quererla.

Llegamos temprano al aeropuerto. Estaba abarrotado de gente que se iba de vacaciones de verano.

—Lena, piensa que no estaremos tan lejos. —Mi madre me cogió de los mofletes y me los llenó de besos—. Te iremos a visitar siempre que podamos. ¡Y si necesitas algo...!

—Te llamo —dije divertida. Mi madre me había repetido ese discurso varias veces.

Después de facturar las maletas, nos adentramos en la zona que indicaba la salida de los aviones. Los nervios me carcomían. Iba a irme por primera vez sola. A otro país. A estudiar una carrera que hasta hacía pocos meses no sabía. Todo esfuerzo tiene su recompensa.

—¡Allí! ¡Allí! —oímos gritos.

—¡Lena! ¡No te vayas aún! —Oliver y Ronnie vinieron corriendo.

Ambos se lanzaron encima de mí, desestabilizándome. Caímos los tres al suelo. Alek iba detrás de ellos, con una sonrisa divertida y las manos metidas en los bolsillos.

—¡Mi culo! —me quejé.

—¡Cállate! —lloriquearon los dos—. ¡No te puedes ir aún!

Se levantaron y me tendieron una mano. Nos abrazamos los tres, una y mil veces. Echaría de menos estar con ellos, sus idas de olla y no poder ser la aguafiestas del grupo.

—¿Te has llevado el conjunto de lencería que te regalamos?

Abrí mucho los ojos. ¡Allí no! Oliver pensó que mi expresión era porque no lo entendía.

—¡Sí, tía! Con el liguero de color rojo. ¡Muy sexy!

Ronnie, que era algo más lista que él, le puso una mano en la boca para hacerlo callar.

—Te pido disculpas en nombre de Oliver.

Este le clavó los dientes. Casi terminan a arañazos. Mientras discutían, fui a despedirme de Alek.

—¿Estás lista? —preguntó tímido.

—Todo el mundo me pregunta lo mismo —murmuré.

Era una realidad. La gente me tachaba de loca o de valiente, según a quién se lo dijeras, al contarles que me iba cuatro años a estudiar a París.

—Vale... Entonces, ¿qué es lo primero que vas a hacer cuando llegues allí?

Me reí ante su pregunta.

—¡Comerme una crepe con fresas! Y bailar bajo la Torre Eiffel, como buen cliché francés. —Sonreí.

Él también lo hizo.

—Que todo te vaya muy bien —dijo antes de darme un beso en la mejilla.

—Igualmente, Alek. —Pero antes de que se fuera lo paré—. Y espero que encuentres a alguien que te merezca.

Me devolvió la sonrisa y se fue. Todo fueron abrazos, lágrimas y «hasta luego». A veces las despedidas son así, con el corazón en un puño y los ojos rojos. Decidí quedarme con los momentos bonitos y todo lo que había aprendido de él. De Noel.

Porque de él también había aprendido muchas cosas: como la importancia de quererse y aprender a vivir.

Comencé a encaminarme hacia la zona de control para ir al *duty free*. Estaba feliz, pero me dolía no haberlo visto por una última vez. Me sentía culpable. Lo echaba de menos. Pero tampoco sabía que pasaría aquello.

—¡Lena! ¡Lena! —gritó alguien desesperado.

Me giré de inmediato, con el corazón latiéndome desbocado. Temí que mi cabeza me estuviera jugando una mala pasada. Jamás podría olvidar esa voz de la que me había enamorado. Me aparté de la zona de control, ganándome las miradas de varios guardias.

—¡Espera! ¡Un momento! ¡No te vayas!

Dejé la jaula de *Hei-Hei* en el suelo y tiré la mochila. Cuando lo vi, comencé a correr en su dirección. Quería estar entre sus brazos, oír su risa, ver sus ojos color caramelo y acariciar la peca que tenía encima de la ceja. Noel me levantó y me besó. Enredó las manos entre mi pelo y yo pasé los brazos por su cuello.

—Lo he conseguido, pecosa. ¡Lo he conseguido! —contestó sobre mis labios. Era feliz. Me volvió a besar. Esa vez más suave y lento. Cada beso provocó que naciera una nueva estrella—. Voy a ser profesor... Y no podía dejar que te fueras sin decírtelo.

Esa vez lo besé yo. Estaba tan orgullosa de él.

—¡Vas a ser un profesor maravilloso!

Él me dejó en el suelo. Me acordé de que tenía la foto y la hoja de mi agenda en el bolsillo, y se las di. Al final tendría que dar la razón a Alek y creer en el destino.

—¿Qué es eso? —preguntó dudoso.

—Para que te acuerdes de mí.

—Sabes que siempre lo haré —murmuró, a punto de llorar.

Me puse de puntillas y lo volví a besar, con los ojos cerrados. Entonces anunciaron que se iniciaba el embarque. Era el último momento. Lo quise. Lo quise mucho. Y bonito.

—Recuerda: eres suficiente. Siempre lo serás —susurré sobre sus labios—. Te quiero.

Comencé a alejarme poco a poco, saboreándolo. Quedándome con las últimas imágenes de él, sonriendo. Siendo feliz.

—Hasta siempre, Lena.

Siempre lo querría. Jamás lo olvidaría. Porque las personas como él son eternas.



Noel Martín

Hay personas que dejan huella en nuestra vida. Lena fue una de ellas. Se coló bajo mi piel. Permitió que me abriera en canal, que me empapara de ella y jamás me juzgó (bueno, un poco al principio). Cuando me despedí de ella cogí la moto y me fui al parque donde habíamos hablado por primera vez. Necesitaba leer esa nota solo. Las flores me dieron la bienvenida. El sol me acarició el rostro, limpiándome las lágrimas lentas que me besaban las mejillas.

Lena siempre sería mi estrella fugaz favorita.

Me senté en uno de los bancos y cogí aire.

Desdoblé la foto y vi que por detrás había algo escrito.

Noel:

Si estás leyendo esto es que todo ha ido bien. Significa que nos hemos visto por penúltima vez, porque como me dijiste hace tiempo, no existen las últimas veces. Y ese debería ser el último punto de nuestra guía.

Punto número 10: no existen las últimas veces, solo las penúltimas.

Gracias por enseñarme qué significa la libertad. Porque, aunque no te lo creas, me enseñaste a vivir. Jamás dejes de soñar, y recuerda: si alguna vez te sientes perdido, sigue las estrellas, ellas te guiarán.

Cuídate, sueña y cree en ti mismo. Eres suficiente.

Te quiero.

No me olvides nunca.

Lena

Sonreí al ver que había otro papel plegado con los diez puntos de la guía. Me levanté. Quería soñar con que algún día nos reencontraríamos. Que volveríamos a reírnos mirando las estrellas. Que nos contaríamos la vida, cómo nos había ido todo.

No existían las últimas veces, solo las penúltimas.

Fuimos un cuento corto que releería mil veces. Sinceramente, jamás supe cómo olvidarla. Hay finales que nos salvan y, en esta historia, ella me salvó a mí.

Epílogo

Cuatro años más tarde

Una brizna de lluvia empapaba, como siempre, las calles de París. El frío del otoño había llegado y, entre árboles de tonos cálidos, se camuflaba una chica pelirroja que caminaba cada vez más deprisa. Estaba nerviosa, desde que había recibido un mensaje de que sus dos mejores amigos de Barcelona estaban a punto de aterrizar en el Aeropuerto Charles de Gaulle.

Lena, ese día, se había levantado muy pronto para asistir a la facultad, donde había ido a recoger el título de Psicología. Ese último año había hecho prácticas en un bufete de psicólogos y le habían gustado mucho, así que posiblemente echaría el currículum allí. Sin embargo, echaba de menos el barullo de Barcelona, la lengua, la comida y, sobre todo, el mar.

Se consintió parar un pequeño momento para coger un café exprés en una cafetería ambulante. Tenía unas ojeras de caballo. Sabía que necesitaba más horas de sueño, pero la vida ajetreada de esa ciudad no se lo permitía. Parecía que los franceses no descansaban demasiado. Tomando un sorbo —y quemándose la garganta, para variar—, paró un taxi. Le indicó la dirección del aeropuerto al conductor.

Aprovechando que estaba sentada y le quedaba más de media hora para llegar, decidió llamar a su hermanastra.

—¡Lena! —descolgó la pelinegra desde el otro lado del móvil—. ¿Ya han llegado esos dos imbéciles? Llevan semanas dándome la lata con que se van a París.

La pelirroja se rio.

—Estoy yendo para allí —contestó dándole otro sorbo al café—. Aunque estoy un sesenta y nueve por ciento segura de que se perderán en la salida. ¿Cómo están yendo las vacaciones por Tenerife?

Jolene, su media hermana, se había ido a Tenerife para descansar del último año de su carrera. Estaba terminando Periodismo; en enero presentaba el último trabajo.

—¡Sabes que no son vacaciones! —se quejó ella—. Solo un retiro espiritual, que va bien para el cutis.

—Según la RAE, la palabra *vacación* es un descanso temporal de una actividad...

—¡Sigues siendo igual de friqui que siempre, joder! —exclamó la pelinegra—. De acuerdo, puede que esto sí sean vacaciones. ¡Pero sigo haciendo trabajos de la universidad!

—En fin... —Lena puso los ojos en blanco. Ambas eran muy diferentes—. ¿Sabes si Oliver

y Ronnie vienen muy alterados?

—Solo sé que van con una sorpresa... —Sonrió con diversión.

A Lena se le desencajó la boca.

—¡Otro vibrador no, por favor! —se quejó—. La última vez los detuvieron porque pensaron que era un tipo de arma. ¿A quién se le ocurre comprar vibradores por páginas no oficiales y no homologadas?

Oliver y Verónica seguían siendo un caso. En ese momento, ellos seguían siendo muy amigos de Jolene y Noel, su primer amor. Y aunque habían pasado otros chicos por su vida, Lena solía pensar en él con cariño. Ya se dice: el amor verdadero es solo el primero, y los demás para olvidar.

Los había ido viendo los primeros años. Sin embargo, los últimos, ella casi no había podido ir a Barcelona, y además los vuelos estaban muy caros. Así que solo iban a verla, de vez en cuando, Marcos y su madre.

—Tía, me tengo que ir. ¡Voy a hacer submarinismo! —chilló Jo desde el otro lado—. ¡No me seas muy friqui y sal más de fiesta, que estás muy tiesa! Nos vemos.

Colgó. La pelirroja, que estaba algo nerviosa y con el estómago revuelto, apoyó la cabeza en la ventanilla y entró en un duermevela que duró todo el trayecto, recordando por qué había decidido irse a vivir lejos de los que quería.



El moreno rechinaba los dientes sin parar. Oliver y Verónica, que estaban cada uno a un lado de él, le dieron un manotazo a la vez.

—¡Gilipollas! —soltó Noel enfadado—. ¿Qué os pasa, pedazo de locos?

—Quién diría que tú eres profesor —se mofó Oliver—. Solo sueltas insultos por esa boquita.

Noel puso los ojos en blanco. Estaba cagado de miedo y seguía pensando que había cometido la locura más imbécil de su vida: irse a París con sus amigos, que iban a ver a una chica de la que él había estado enamorado. ¿Por qué iba? Por fin había podido reunir el dinero suficiente para estudiar un máster allí.

Había acudido durante mucho tiempo a la psicóloga, y sabía que lo necesitaría de por vida. Aun así, lo agradecía profundamente. Se había reencontrado, entre mucho dolor y lágrimas. Y ya estaba preparado para salir de casa. Su hermano y su madre lo habían animado, solo eran dos años. Después podía volver. Además, había pedido unas becas que, gracias a sus buenas notas en la carrera, podían concederle.

El avión dio otra sacudida y notó el estómago en la boca. Joder, cerró los ojos con fuerza.

—Solo son pequeños espasmos que tiene el avión —intentó tranquilizarlo Verónica.

—Ya, claro, no te jode...

Tardaron aún media hora en aterrizar y, cuando lo hicieron, Noel se esforzó por no vomitar.

Había aprendido algo en ese vuelo: odiaba los aviones. Estaba más mareado que una perdiz. Cerró los ojos y se pellizcó el puente de la nariz. Fueron los últimos en bajar del aparato, porque Oliver se negó a tener que dar codazos para salir el primero. Noel le quiso gritar: ¿ellos no estaban nerviosos?

Finalmente, consiguieron salir de ese estúpido pájaro metálico.

—¿Cómo estará Lena? —preguntó Verónica, también histérica—. ¿Habrá cambiado de color de pelo? ¿Llevará piercings?

—¡Estúpida! —chilló Oliver. En esos cuatro años aún no había aprendido a modular la voz —. La ves cada semana por videollamada. ¡Claro que sigue igual!

Noel no dijo nada. Caminó en silencio a su lado mientras le bombardeaban la cabeza a gritos. Intranquilo, se puso la mano en el bolsillo, acariciando su amuleto: la foto doblada que le había dado Lena Rose cuatro años atrás.

En ese momento fue consciente de dónde estaba y se aterrorizó. Joder, estaba a punto de verla de nuevo. ¿Y si ella ya no quería saber nada más de él? Habían pasado demasiados años, pero Noel tenía claro que necesitaba verla. ¿Y si él no era suficiente? Aunque recordó las últimas palabras que le dijo Lena la última vez que la vio en persona: «Eres suficiente, siempre lo serás».

Se le habían quedado grabadas a fuego en la memoria.

Sí que habían ido hablando, pero muchas veces él tenía clase cuando sus amigos se conectaban para hablar con ella a través de videollamada, así que solía conectarse temprano. Notó que tenía un nudo en el estómago que se iba apretando. No dejaban de temblarle las manos, nervioso.

Sin darse cuenta, y cavilando sobre sus pensamientos, los tres salieron de la zona de desembarque. Cuando comenzó a oír los gritos de sus dos amigos, fue consciente de que ella debía de estar allí. ¿Qué cara habría puesto al verlo? Tragó saliva, a punto del colapso mental, sin saber bien si quería verla.

Se armó de valor y levantó la vista. Cuando sus ojos marrones chocaron con los de ella, verdes con motas doradas, supo entonces que era la persona indicada, en el momento correcto. Los años habían hecho su efecto. Lena seguía vistiendo de forma extravagante (y más francesa); el cabello le llegaba ya por debajo del pecho y tenía la expresión más adulta.

«Joder, está preciosa», pensó.

Noel notó como ella aún era mucha mariposa para su estómago. Se mordió los labios y no pudo evitar sonreír. Ella era puro fuego.

Lena se acercó primero a sus amigos, que casi la tiran al suelo al verla. Hacía tres años que no se veían. Después, cogiendo aire para no temblar, se dirigió a Noel. Seguía estupefacta. ¿Qué hacía él allí? No podía dejar de sonreír como una estúpida.

—Pecosa...

Lena enterró la cabeza en el pecho de Noel, como si no hubieran pasado los años. El moreno se dio cuenta de que aún olía a flores.

—Vecino... —dijo con un hilo de voz, emocionada mientras lo abrazaba con fuerza—. ¿Qué haces aquí?

Él corazón de ambos latía desbocado. Aun así, casualmente, los dos latían al mismo compás.

—Te lo prometí —sonrió él—. No existen las últimas veces, solo las penúltimas.

Y, en ese aeropuerto, esas penúltimas veces se convirtieron en instantes a punto de quemar el mundo.

Guía para dejar de ser idiota

- No agobiarás ni insultarás a las personas para sentirte mejor. Ellas son tus iguales.
- Es inteligente tener miedo y aceptarlo. Lo importante es que no te impida seguir soñando.
- Sonríe. La vida te puede sorprender si lo haces. Y huye de las personas que apagan tu sonrisa.
- El secreto está en quererse a uno mismo para poder amar a los demás.
- No hay fracaso, salvo dejar de intentarlo.
- A veces no hay próxima vez. A veces no hay segundas oportunidades. A veces es ahora o nunca.
- Una persona que no es libre no será capaz de vivir plenamente. Date permiso para volar.
- No te compares con nadie más. Solo sé tú mismo, eso nadie lo podría superar.
- Nunca es tarde para comenzar a vivir.
- Y como me dijiste una vez...
- No existen las últimas veces, solo las penúltimas.

Agradecimientos

En el pasado, me perdí de tal manera que pensé que jamás volvería a ser yo. Reencontrarme ha sido uno de los momentos más difíciles de mi vida, y escribir esta historia me ha ayudado a hacerlo.

Así que no puedo empezar este apartado sin dar las gracias a mis personajes por haber aparecido en mi vida. Al igual que Lena salvó a Noel, ellos son los que me han salvado a mí. Siempre seréis mis dos estrellas fugaces favoritas.

Gracias a todo el equipo de MatchStories por haber confiado en mí desde un primer momento y por su trabajo. En especial, a Cristina, por haber apostado por esta historia, y a Esther, mi editora, por haberla mimado tanto.

A mi madre, mi padre y mi hermano, por haber estado siempre a mi lado. Soy quien soy gracias a vosotros, *us estimo molt*. A mi *àvia*: las letras siempre nos unirán y daremos la vuelta al mundo gracias a ello.

A la familia de sangre y a la que no es de sangre. A los de siempre: Montse, Laura, Ana, Marc, Òscar, Rous, las de Reus, las de Infantil y a los que han llegado para dar luz a mi vida.

A los amigos que he hecho gracias a las letras, especialmente a Elena, Jon, Laura y Enara. Y a las de Barcelona, por cuidarme siempre.

A mis profesoras de Catalán del instituto y la universidad, especialmente a Mónica, por animarme a seguir escribiendo.

A Lili, por apoyarme desde que nació esta novela en 2018 y haber creado la cubierta de la que estoy tan enamorada. A Jon Azkueta y Alina Not, por dedicarme su tiempo.

A la gente de Wattpad, mi segunda casa, y a los seguidores que siempre han creído en mí.

A mi yo del pasado: sí, eres suficiente.

Y, finalmente, a ti, que me estás leyendo. Gracias por darme una oportunidad. Jamás dejes de creer, y recuerda: a veces es necesario perderse para reencontrarse. Nunca estarás solo, las estrellas siempre siguen brillando, aunque estén sumergidas en la oscuridad.

Hasta siempre.

Banda sonora

La sortida, ℗ 2019 Música Global Discogràfica, S. L., interpretada por Sense Sal.

All of Me, ℗ 2013 Getting Out Our Dreams and Columbia Records, a Division of Sony Music Entertainment, interpretada por John Legend.

Yellow Submarine, ℗ 2015 Calderstone Productions Limited (a division of Universal Music Group) © 2015 Apple Corps, Ltd., interpretada por The Beatles.

It's My Life, ℗ 2003 The Island Def Jam Music Group © 2003 The Island Def Jam Music Group, a Division of UMG Recordings, Inc., interpretada por Bon Jovi.

Drivers License, ℗© 2021 Olivia Rodrigo, under exclusive license to Geffen Records, interpretada por Olivia Rodrigo.

My Life, ℗© 2021 KIDinaKORNER/Interscope Records, interpretada por Imagine Dragons.

Stick to the Status Quo, ℗ 2020 Walt Disney Records © 2020 Disney, interpretada por Cast of High School Musical.

Volcans, ℗© 2018 Música Global Discogràfica, S. L., interpretada por Buhos.

Barcelona s'il·lumina, ℗© 2016 Música Global Discogràfica, S. L., interpretada por Buhos.

Estrella polar, ℗ 2007 Sony Music Entertainment España, S. L., interpretada por Pereza.

Bad Blood, ℗© 2016 Entangled Truth Records, interpretada por Taylor Swift.

Teeth, ℗ 2020 5 Seconds of Summer, under exclusive license to Interscope Records © 2020 5 Seconds of Summer, interpretada por 5 Seconds of Summer.

Compta amb mi, ℗ 2014 Txarango © 2020 Halley Records, interpretada por Txarango.

Libertad, ℗© 2021 Warner Music Spain, S. L., interpretada por Nil Moliner.

Si quieres disfrutar de la música que acompaña a esta historia, puedes hacerlo a través de este link: https://tinyurl.com/2keoxy9z o escaneando este código QR:

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

Hasta que dejemos de ser idiotas
Ona Spell

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En *Grupo Planeta* agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© Ilustración de la cubierta: Esmeralda @eeperart
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Ilustraciones del interior: Shutterstock

© Ona Spell, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2023

ISBN: 978-84-08-27264-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta